



LUIS
ÁVILA

LOS
JUEGOS
DEL
JEFE

Los juegos del jefe

Los juegos del jefe

Luis Ávila

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Los juegos del jefe

Ávila, Luis
Los juegos del jefe / Luis Ávila. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta,
2019.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-6689-0
1. Narrativa Juvenil Argentina. I. Título.
CDD A863.9283

© 2019, Luis Ariel Ávila

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6689-0

*A Liliana Alaniz por su inagotable apoyo.
A mis lectores, porque ya perdieron el juicio y los adoro.*

ADVERTENCIA

¡Hola! Me alegra de que te estés encontrando con esta historia.

Soy L., su autor.

Quisiera hacer una aclaración: *Los juegos del jefe* es una ficción que aborda temáticas difíciles del mundo real, como la violencia sexual, el consumo de drogas, la prostitución forzada y la pornografía y su costado adverso. Al tratar estos asuntos, se espera que dejen de ser una cuestión tabú, silenciada o banalizada y que se hable de ello.

No obstante, si atraviesas por alguno de estos problemas, quizás este libro no sea para vos y quieras compartir eso que te angustia con alguien de confianza.

El contenido de esta novela podría herir la sensibilidad de algunos lectores. Se ruega discreción en todos los sentidos, y, si es útil la historia para que rompas el silencio de una situación difícil en tu vida, no dudes en pedir ayuda.

Dichas las advertencias correspondientes, ¡que empiece la lectura!

El 22% de las personas en el mundo creen estar siendo observadas por la cámara de su celular.

El 10% cree que está siendo observada desde su computadora u otros dispositivos.

El 99,9% de las personas que tiene un dispositivo electrónico con cámara frontal o dorsal es susceptible de ser observada.

Al menos el 5% de la población es susceptible de estar siendo *hackeada* ahora mismo.

#000

PRÓLOGO

Hay mundos que no deberían ser descubiertos.

No por peligrosos sino por fascinantes.

El inconveniente es que las reglas son demasiado aburridas como para ser seguidas. Lo divertido está en que fueron creadas precisamente para que podamos burlarlas.

Lo mejor de saltarte una norma es que podrías descubrir algo asombroso. Personas que no tienes idea que son reales, juegos que podrían hacerte perder la cordura en menos de lo que dura un chistar de labios, contratar un asesino por menos de diez libras, ver pornografía ilegal por centavos, meterte en la computadora de otros por cinco libras más... Las maneras son infinitas.

Cuando llegué a Yorkshire, pensaba que tendría una vida normal. Estudiaría en la Escuela de Medicina, sería un cero en la izquierda para los demás y hurgaría en ciertos datos cada vez que alguien me hiciese daño, manteniendo así a salvo mi vida detrás de las pantallas.

Solo necesito un teclado y seré más peligrosa que un revólver.

Solo dame tu IP y tendré tu vida en mis manos.

Sin embargo, esto es lo que hace que mi supervivencia corra peligro constantemente. Por eso, soy un punto ciego. Una sombra anónima. Alguien que no hace daño pero que sí hace justicia cuando lo considera conveniente.

Cuando llegué a Yorkshire, creí que sería una más del montón.

Hasta que Nick Jefferson se cruzó en mi vida.

Y, desde entonces, supe que sería mi enemigo.

#001

#BASTARDO

Mamá hace sonar mi celular todas las mañanas; cree que el cubículo donde vivo no tiene buena acústica como para saber que la *app* de mi despertador está a punto de bramar a un lado de mi cabeza.

—¡Basta ya! —grito en dirección al celular y lo arrojo contra la cómoda.

Pero no logro desarmarlo, así que continúa sonando. ¿Por qué tuve que comprar de esos que traen la batería incrustada? ¿Por qué mi madre piensa que mi intento por independizarme fracasará? Llama cada mañana con la excusa de querer saber «cómo he amanecido», pero en verdad lo que quiere es asegurarse de que ya estoy tomando mi café, lista para salir al hospital.

Me quito la frazada y la empujo a un lado. Busco mis pantuflas y me las pongo al revés mientras me dirijo a buscar el celular que ha caído bajo la cómoda. Ni que lo hubiese arrojado tan fuerte, santo cielo.

Me agacho y mientras tanteo con mi brazo, deja de sonar. Genial, ahora vienes a callarte, no sabes cuánto te lo agradezco.

Mi corazón se desboca al tocar algo blandito y peludo. Quito la mano de inmediato y me arrojo hacia atrás golpeándome la espalda contra el borde de la cama. ¿Qué demonios fue eso?

Busco un zapato y lo sostengo. Miro detenidamente bajo la cómoda de tablas destartaladas.

Intento discernir qué puede haber sido cuando la luz del celular vuelve a encenderse y vibra anunciando un mensaje. Doy un salto en el instante en que se mueve lo que sea que haya tocado y se mete en un hueco justo entre la unión del suelo con la pared. ¡Mierda, mierda, mierda!

De pronto miro la mano con la que toqué el ratón como si tuviese ácido y corro hasta el baño para lavarme. Me enjuago frenéticamente con jabón sintiéndome sucia. Hasta pruebo con lavandina y una vez que me convenzo de que fue suficiente, vuelvo a mi cuarto y empujo la cómoda con precaución de no tirar el espejo que pende de ella.

Así es que encuentro a mi presa. El celular, obvio, no la jodida rata.

Lo levanto y miro la pantalla.

Una llamada perdida de N. Jefferson.

CARAJO.

Miro la hora y compruebo que apenas son las 7:05. Tengo veinte minutos en tren y veinte más entre ducharme y desayunar. Entro a las 8 a.m. Estoy en horario. ¿Qué quieres ahora, Nicholas Jefferson?

Hay un mensaje que ha dejado luego de la llamada.

¿Dónde diablos estás, Natalie?

Te he llamado y no contestas. ¡Despierta! Te necesitaba hoy a las 7 y aún no has llegado.

Ay, no...

Me sujeto la cabeza como si me fuese a reventar. Ayer llegué a las once de la noche a casa, me quedé jugando a Minecraft hasta las tantas y olvidé que el bendito doctor Jefferson me pidió que fuese antes al hospital para presenciar la disección de un cadáver. Es una de las prácticas del

programa de residencias del cual formo parte.

Llego en 15.

Envío mi respuesta y rezo para no encontrármelo de malas cuando llegue.

Me meto a la ducha a la velocidad de la luz y debo asecarme con agua helada puesto que el termotanque demora en calentar el agua. Uso jabón y un poco de champú nada más para acelerar las cosas y, al salir, tomo mi celular con el que he escuchado música mientras me duchaba. Pido un Uber y pienso en lo sobrecargada que ya tengo la tarjeta de crédito.

Debo unas seis mil libras de alquiler por la caja de zapatos donde vivo, aunque es lo más económico que encontré en Yorkshire. No es caro, pero los montos se multiplican cuando debes más de tres meses.

Con la mano, quito un poco de humedad al espejo del baño y me cepillo los dientes. Mi rostro es demasiado redondo, aunque soy de contextura delgada, y nunca explicaré cómo es que cuando pesaba treinta y ocho kilos en mi adolescencia no se me desinflaron ni las mejillas ni el trasero. La gente dice que soy «normal» ahora que peso diez kilos más y mido un metro sesenta, pero no me lo creo. Mi nariz es muy respingada y mis ojos demasiado grandes.

Lo único de mí que me gusta son los ojos azules. Papá los tenía del mismo color. Mirarme al espejo me recuerda mucho a él. Mis labios son carnosos, pero siempre los tengo inflamados de tanto mordérmelos mientras peleo en Mortal Kombat.

Cuando he terminado, salgo del baño, me coloco una camiseta holgada blanca y unos pantalones azules de jeans. Encima, la bata blanca de la guardia del hospital.

Antes de salir, miro el celular, que me informa que el Uber lleva seis minutos esperando. ¡Mierda! ¡Me los está cobrando! No me miro en el espejo antes de salir y cierro con llave. La guardo y bajo las escaleras de los apiñados departamentos.

Al salir, me subo y saludo al conductor. Le pido disculpas, pero no dice más que «ajá, ajá».

Suspiro. Mi estómago ruge. Anoche no he tomado más que agua y café. Tengo algunas libras, pero debo sobrevivir con ellas hasta el próximo mes. Apenas me alcanza el sueldo universitario del hospital, sin embargo, espero que cuando consiga un puesto fijo, pueda vivir donde y como yo quiera.

Cuando enciendo la pantalla del celular, veo que tengo otro mensaje. Sí, del jodido Jefferson:

Quédate en tu casa hoy.

Estás fuera del programa de prácticas.

El corazón se me sube a la garganta y ahogo un grito cuando leo esas espantosas palabras.

¿Cómo... que... fuera...? No. No, no puede ser. Necesito aprobar esto. Necesito aprobarlo este año. No puedo rehacerlo. Y no por culpa de que el jefe de residencias sea un maldito obsesivo que trabaja más horas de las que le da el culo y quiere obligarnos a que todos sigamos ese ritmo.

Pero ¿qué edad tiene? ¿Treinta? No hace tanto debe haber estado en mi lugar. Sabe lo importante que es esto, ¡demonios!

No, Jefferson. Esto no quedará así.

Me he estado absteniendo hasta el momento de *hacerlo*, pero me he quedado sin opciones. Él me ha empujado a *esto*...

Busco en mi mochila la *tablet* y abro mi cuenta en HardDeep. Esta es una plataforma que oculta tu IP al navegar y puedes tomar el IP de otras personas al contactarte con ellas.

Una vez dentro, busco al doctor en Facebook. Me cuesta hallarlo, quizás se me ocurre que el aburrido de este tipo no tiene idea de lo que es divertirse un rato con una red social o un

videojuego, pero no es tan chapado a la antigua como pensaba. Doy con él, no obstante, me llama la atención que el segundo resultado es un chico muy parecido. Parece tener diez años menos que Nick. ¿Será una cuenta vieja? Tiene el pelo largo rubio hasta la mandíbula, ojos claros y un tono bronceado, pero sus comisuras rasgadas me confirman que no se trata de Nick. Aunque comparten apellido y una ligera similitud de facciones.

Jordan Jefferson.

Entro y *stalkeo* sus fotos. No tiene mucho cargado, pero me voy a Snapchat y a Instagram. Tiene videos y fotos sin camiseta. Es modelo y muy lindo. Reemplazo mi idea de buscar a Jeff y rastreo el IP de Jordan en HardDeep. Una vez que lo consigo, lo introduzco en mi localizador y descubro que el chico está ahora a unos cuarenta kilómetros. Ha tenido la ubicación activada en los últimos días. Reviso los lugares donde ha andado y el corazón me cae a los pies cuando noto que ha frecuentado demasiado saunas *gays* y negocios de *bondage*.

Desde la cuenta personal puesta en mi celular, le doy Follow a su cuenta de Instagram. Que no sea *hetero* (si es que mis deducciones son correctas) no significa que no me haya parecido un chico divertido. Y no lo digo por el *bondage*... quizás.

Así que voy a mi objetivo.

Nicholas Jefferson.

Localizo su cuenta y solo tiene una foto de perfil, no hay portada, solo ha compartido publicaciones referidas a la medicina y la última es del 12 de noviembre de 2016. Sí, *dos mil dieciséis*. ¿Por qué no se parece un poquito a su hermano? Tendría mucho que aprender.

Una vez que lo rastreo desde mi HardDeep, intento obtener su IP, sin embargo, un cartel salta a la vista en mi pantalla.

ERROR

¿Qué? No puede ser. Debo haberlo transcritto mal. Vuelvo a copiarlo, pero esta vez con un simple Ctrl+C y un Ctrl+V para evitar cualquier inconveniente. Lo corroboro: está idéntico.

Enter.

ERROR

¿De nuevo?

Vamos, tiene que ser una broma. Puta tecnología. Suelo usar páginas webs alternativas para el rastreo de IP, así que me dirijo a una de ellas y coloco el *link* con la cuenta de Nick.

Carga.

Y aparece una ventana en blanco con un código en letras grises. ¿Error de nuevo? Traduzco el código con una aplicación y leo lo que dice:

Dirección%de%IP%bloqueada%Imposible%acceder

¿A qué rayos te refieres con «imposible de acceder»? Tecnología del demonio, tú no me dirás que no puedo acceder a la cuenta de un fanfarrón como Jefferson.

Si Jeff me echa de las prácticas, estaré frita. Quedaré en la calle. El dueño del departamento no tolerará un solo mes de deuda más.

Debo tomar riendas en el asunto con Jefferson...

Todo el mundo tiene un historial que ocultar.

Todos hemos hecho en Internet algo que nos avergüenza; de ello nadie se escapa.

Y tú, Nicholas Jefferson, vas a pagarlo caro si me repruebas las prácticas.

Para ello, solo debo acceder a su IP. Nunca tuve inconvenientes salvo con *hackers*, pero al encontrarme con estos, frecuentemente me detengo. No quiero que invadan mi privacidad. Aunque

a mí sí me gusta espiar en la de los demás, yo no haría lo que ellos hacen solo por divertirme.

A menos que... Nicholas lo haya hecho. Que haya bloqueado intencionadamente el acceso externo a su dirección IP. Pero ¿por qué? Esto no hace más que constatar que esconde algo.

Y necesito acceder a cualquier costo.

Lo pienso y solo me queda una alternativa: descargar un virus en su computadora. Tengo que meterme en ella y solo se me ocurre una manera: violar su privacidad. ¿Haría algo ilegal solo para salvarme? ¿Amenazaría a Jefferson solo para sacarme un beneficio?

Dicen que en la desesperación todo vale, y yo estoy desesperada.

Más que nunca.

Lo siento, doctor. Ya tomé una decisión.

#002

#DESPRECIADA

El *malware* está listo. Lo descargo mientras bajo del Uber y lo dejo encriptado en mi cuenta de HardDeep.

He visto que Jefferson tiene una computadora portátil en su consultorio que usa muy poco, solo para llenar planillas y enviar amenazas por mail a sus alumnos. No espero menos de él. Debo enviar el *malware* por Bluetooth, aunque él lo tiene que aceptar para que yo pueda vincular mi *tablet* a su computadora. No puedo hacerlo desde mi celular personal ya que ahí no uso HardDeep, de hacerlo debe predominar el *soft* anónimo.

Mientras paso por el pasillo del hospital de Yorkshire, percibo algunas miradas que me cruzan, personas que me ven como si fuese un bicho raro. O es que yo estoy paranoica por mi tardanza.

¿Será que Jefferson se ha encargado de que todos sepan lo ineficiente que soy? Por favor, aún no son las 8 a.m. que es cuando debo ingresar normalmente.

Dos patanes de las prácticas a quienes reconozco como Sanders y Chuck me miran y ríen también. Los he sumado a mi lista negra, y alguna vez les revisé el historial de Internet. Solo porno del corriente, nada que pueda evidenciar francas tendencias criminales o que pueda avergonzarlos.

—¿Qué tal, Hale? ¿Te enjuagaste la boca hoy?

El otro lo empuja y acompaña con una risotada.

Malditos imbéciles. Algo encontraré, estoy segura.

No termino de entender del todo su horrible broma, pero es probable de que me haya acusado de quedarme dormida.

Entro en la antesala de la morgue, me cierro la bata, me lavo las manos, me coloco los guantes con la profilaxis adecuada y me recojo el cabello antes de colocarme el barbijo. Sophia llega desde el interior de las «mesadas», así llamamos a la sala donde se hacen las disecciones.

—Ey —me dice. Es mi mejor amiga desde el primer año de la universidad. Es delgada, más alta que yo, tiene el cabello castaño oscuro, es de ascendencia holandesa y su semblante de inocencia es mucho más sutil que sus comentarios—. ¿Estuviste haciendo cosas indecentes antes de llegar? —me pregunta.

Frunzo el entrecejo.

—Solo olvidé que debíamos llegar antes —me explico—. ¿Jeff está furioso con los que hemos faltado hoy?

—Jefferson siempre está furioso —dice ella mientras se quita los guantes sucios, se lava las manos y saca un espejo diminuto del interior de la bata donde suele llevar también su maquillaje—. Y eres la única que todavía no está dentro, así que ya sabemos a quién puede dirigir su furia de hoy.

—Ay, no.

—Sí, eres la única que falta.

—¡No lo digo por eso!

Cuando me miro al espejo, me encuentro con la enorme mancha de pasta de dientes que tengo

en la boca. Me quito los guantes y me lavo hasta no dejar nada.

—No es tan grave —dice ella—. Pero parece que alguien te acabó...

—¡Cállate! ¡Es repugnante!

Me encojo de hombros.

—Es solo una broma —dice ella y guarda su espejo diminuto—. Vamos adentro antes de que nos repruebe por completo.

Una vez en «la cocina», nos encontramos con varios practicantes higienizando el sitio donde estuvo el cuerpo. Ya se lo llevaron. Literalmente, he llegado tarde.

Con rapidez rastreo el lugar y, a un costado, me encuentro con el jodido doctor Jefferson. Se ha descubierto el cabello corto y se está quitando los guantes de látex mientras conversa con Bea, una odiosa estudiante de la carrera que, según corren los rumores, se ha metido el paquete de algún profesor con tal de aprobar un par de asignaturas y conseguir otros beneficios. No entiendo cómo hemos llegado a coincidir en alguna instancia de la profesión. Jefferson parece no prestarle mucha atención pese a que es una de las pocas personas que se detiene a escucharla, aunque su voz chillona hace que a cualquiera se le parta la cabeza. Quizás se deba también a que muestre tanto el escote mientras habla y se le desprendan algunos botones de la chaqueta blanca.

El punto es que, cuando Nicholas repara en mí, dirige un vistazo que filtra algunos atisbos de furia. Bea capta la distracción y se vuelve para saber quién ha robado la atención que ella debería estar captando ahora mismo. Ella me mira de arriba abajo y vuelve al objetivo anterior. Busca la mirada de Jefferson y este, finalmente, me ignora.

—Mira quién está reteniendo al jefe de residencias más lindo en la historia de los jefes de residencias —me dice Sophia por lo bajo.

—Beatrice —murmuro su nombre como si fuese una palabrota—. No me interesa. Seguramente conseguirá su objetivo de acostarse con él en algún momento. Si es que no lo ha hecho ya.

—¿Tú crees?

—Se detiene a escucharla y eso ya es demasiado viniendo del maldito doctor Jefferson.

—Chisst —me advierte Sophia que baje la voz.

—¿Qué? —Miro a mi amiga a los ojos—. Es cierto. Nadie en el mundo es tan insoportable como él.

—Yo lo soportaría a cambio de tener en mi cama su enorme... Santo cielo, viene hacia acá.

—¿Qué?!

—Sí, y creo que viene a... nosotras... ¿qué vas a decirle?

—Yo... ¡no lo sé!

—Ay, demonios.

Finalmente, Jefferson interviene en la acalorada conversación entre mi amiga y yo. Bea camina detrás del doctor como perro en celo que huele el trasero a los otros.

—¿Qué hace aquí? —me increpa.

—He... venido a mi... práctica.

—Está fuera de esto, señorita Hale. Le di demasiadas oportunidades.

—¿Oportunidades? ¡Usted no le da oportunidades a nadie! Además, ¡deje de tratarme como si no fuera parte del equipo!

De pronto siento que las miradas de todos me pesan. Le he gritado. Le he gritado al maldito doctor Jefferson, profesor y jefe del Programa de Prácticas y Residencias, del cual dependo para obtener mi titulación definitiva en Medicina, lo único que podría sacarme del miserable modo de vida en el que he estado estancada más o menos desde hace veintidós años, es decir, desde que nací.

Y la he terminado de cagar justo ahora.

—A mi despacho. Ahora.

Rompe la tensión generada, me evade y se retira. Beatrice se retira tras él y clava sus enormes ojos negros en mí, sacudiendo también su enorme melena de cabello negro sedoso. Es una perra.

—Amiga, no sabes cuánto lo siento —murmura Sophia y parece que llorará en cualquier momento.

—No lo sientas... Necesito que me hagas un favor. Te lo ruego.

De pronto mi cabeza empieza a sacar cuentas y evoco mentalmente el programa de HardDeep con el *malware* que he encriptado en la *tablet* de mi mochila.

—No puedo salvarte de esto, pero dime lo que necesitas —responde mi amiga—. Siempre que no se trate de rayarle el auto o tirarle bombas de pintura a la casa. Grafitis tampoco, soy mala para el diseño.

—Nada de eso. —Me giro hacia ella. Admito que alguna vez lo hice, pero eso fue cuando tenía trece años. Consecuencias de ser una chica que siempre prefirió juntarse con chicos—. Tienes que distraer a Jefferson durante treinta y nueve segundos, una vez que yo esté dentro de su despacho.

Sophia frunce el entrecejo.

Salgo corriendo del lugar y busco mi mochila en los casilleros. Saco la *tablet* y comienzo a desencriptar el archivo. Demorará unos cuarenta y siete segundos.

Alguna vez hemos tenido reuniones en el despacho del doctor. Tiene una Lenovo última generación sobre su escritorio.

Tiempo que demora una computadora de ese tipo, sin troyanos de por medio, en encenderse e iniciar el sistema operativo: siete segundos.

Tiempo que demorará mi *tablet* en acoplarse a su dispositivo vía Bluetooth: diecinueve segundos.

Tiempo que demorará en enviarse el Trojan Tools, alias *malware*: ocho segundos.

Tiempo que demorará en instalarse: cero. Cuando Nicholas reinicie su máquina, esta actualizará el Windows automáticamente y él pensará que solo es una actualización más, cuando, en verdad, mi bebé estará extendiendo sus raíces en todo el sistema operativo para darme información exclusiva.

Tiempo que me tomaría en llegar a su escritorio desde la puerta: dos segundos. Tiempo que me demoraría levantarme de la silla y reubicarme donde quedé: tres segundos.

Total: treinta y cuatro segundos.

Probabilidad de tiempo de carencia estimado ante un margen de error: cuatro segundos.

—Entonces, ¿debo distraer a Jefferson durante treinta y nueve segundos mientras tú haces no sé qué cosa ahí dentro a la velocidad de un rayo? —pregunta Sophia mientras caminamos en dirección al despacho del doctor. Ella echa un vistazo de refilón a mi *tablet*—. Solo espero que lo que vayas a hacer esté dentro de los márgenes de la legalidad. ¿Te tomarás una *selfie* en pechos sobre su escritorio y la colgarás en Snapchat?

—Nada de eso, Sophia. Lo que sea que vaya a hacer, Jefferson ni lo va a notar. Lo prometo.

Ella me mira y suelta una risita.

—Por favor —le insisto—. Háblale de lo que sea. ¿Recuerdas cuando necesitabas que le dijera a tu madre que estábamos haciendo un trabajo para la clase de Anatomía Patológica II y, en verdad, estabas estudiando la anatomía de Mark Dustin contra la biblioteca de su padre?

—Ya, ya.

—Lo hice desinteresadamente, pero necesito esto ahora tanto como tú necesitabas que yo le mintiera a tu madre. Por favor. ¿Está bien?

Mientras subimos las escaleras camino al despacho de Jeff, ella asiente y murmura:

—Treinta y nueve. Ni un segundo más.

Si lo logra, será digna de admiración. Jefferson odia conversar. Solo da órdenes. Y mi amiga debe retenerlo durante un tiempo monumental.

El punto es que, al llegar, me encuentro con Bea en la puerta. ¿Qué carajo hace aún aquí?

—Ey —me adelanto. Está con la espalda apoyada sobre la puerta—. ¿Me das permiso?

—Oh, lo siento, el profe está ocupado. Me está esperando para explicarme el asunto de la intimidad del paciente. No me quedó claro en la clase de Ética Profesional y necesito un ejemplo práctico. Adiós, perdedora. Por cierto, ¿no se supone que debes rehacer el programa de Residencias el próximo año?

La miro y mis ojos echan fuego.

Añadida a mi lista negra: Beatrice Lange. Prometo revisar cada una de tus conversaciones.

—Me está esperando. Hazte a un lado —le digo.

Sophia suelta un suspiro y, aprovechando que es más alta que Bea y yo, toca la puerta por encima de las dos.

La zorra se aparta de la puerta y se pone delante de So y de mi nariz.

El ojeroso doctor Jefferson demora unos catorce segundos en aparecer por la puerta.

Justo antes de que desatemos una batalla campal contra su título.

—Oh, gracias por atender. ¿Seguimos con eso de «las revisiones en consultorio»? —pregunta Bea con una confianza forzada. Capto que Nicholas la mira con aires de «¿eres estúpida o qué?», la ignora y se gira hacia mí.

—Hale. Entre y cierre la puerta.

A Bea se le cae el alma a los pies.

Nicholas nos da la espalda y se mete al despacho.

Cuando paso a su lado para poder entrar, le empujo un hombro y ella masculla por lo bajo:

—Lo tienes merecido, inútil.

Le muestro el dedo medio y entro. Si creía que nunca iba a tener problemas con esta matona, estaba equivocada. Y todo por culpa de Nicholas Jefferson, en el que podría ser mi último día de trabajo.

Cuando cierro la puerta, lo encuentro apoyado sobre la parte delantera de su escritorio. Está cruzado de brazos y mira hacia un punto fijo en su biblioteca pero se hace evidente por la mirada perdida que no busca un tomo en especial. No he venido a que me dé una clase sino para que me expulse formalmente del programa.

Jefferson es doctor, profesor y jefe a la vez. Doctor en el área de cirugía dentro del departamento de Neurología, aunque cada tanto debe suplir colegas en Urgencias; profesor de la Universidad en una de las últimas asignaturas, llamada «Paidoneurología»; y jefe del departamento de prácticas profesionales que hacen a los requisitos del programa universitario para poder terminar la Escuela de Medicina y del programa remunerado de residencias. Por lo tanto, tiene su propia oficina en el hospital, que es donde estamos justo ahora. ¿Cómo logró tanto en tan poco? Es imposible de explicar a ciencia cierta, pero el enojo con el que vive evidencia que no hace nada más por fuera de esto. Nada de nada. Solo una persona frustrada con su vida puede ser tan despreciable.

—Siéntese, señorita Hale. —Señala un sillón frente a la biblioteca.

—Permiso —murmuro y avanzo a pasos acelerados hasta llegar al sofá de tres cuerpos.

Jefferson se rasca la barba y sigue mirando fijo. A continuación se gira hacia su escritorio donde tiene un vaso de vidrio y una botella de Bourbon. Se sirve y no me ofrece. Tampoco le

aceptaría. Al otro lado está mi objetivo: su portátil.

Mientras bebe, se cruza de brazos otra vez y el guardapolvo blanco abierto le aprieta los amplios bíceps. Del mismo modo con la camisa celeste que tiene debajo. No sé si lo sabrá, pero el color le combina excelente con sus ojos y no sé por qué carajo he pensado eso.

—¿Recibió mi último mensaje de hoy? —me pregunta.

Asiento.

—Entonces, sabrá que ya no forma parte del Programa de Prácticas —añade y contengo mis ganas de saltar en defensa propia—. Luego de esta conversación, enviaré un mail a la Universidad para pedir su baja.

—Si me permite, prof...

—No he terminado. —Cierro la boca—. Su incumplimiento será reflejado en su legajo. Normativas del hospital. El centro de salud que la reciba el próximo año deberá conocer sus referencias.

—¿Incumplimiento? —logro meter una palabra entre medio, que él capta y me mira con el semblante serio. Bebe otro trago. ¿Será alcohólico? Jefferson siempre huele a colonia para después de afeitarse, no recuerdo haberle percibido olor a bebida.

—Hoy ha llegado una hora tarde...

—Cuarenta minutos.

—La semana pasada no reescribió la historia clínica que le ordené...

—¡Hoy lo iba a hacer!

—Debería haberlo dejado listo el viernes pasado.

—Lo hubiese hecho si no tuviera que atender a dieciséis pacientes por día, higienizar las mesadas de la morgue y desinfectar los instrumentos de la sala de cirugía, cosa que debiesen hacer los instrumentistas y no los que estamos de prácticas de la Escuela de Medicina.

Jeff levanta una ceja.

—Lo siento —me apresuro en agregar.

—Sus respuestas justifican mi decisión, Hale.

De pronto escuchamos ruidos afuera. Parece que Bea y Sophia discuten. Ambos miramos en esa dirección hasta captar que dan dos golpes a la puerta.

¡Sí!

—La decisión está tomada —añade ignorando que están llamando afuera—. ¿Algo más que quisiera agregar?

—¿No va a ver quién llama?

—Tienen prohibido interrumpirme.

—Podría ser importante...

Vuelven a golpear.

Y otra vez.

Sí, Sophia.

Lo siento mucho, lo compensaré.

—Santo cielo —suspira Jefferson, me da la espalda y abre la puerta. Sophia está de pie, lidiando con Bea.

—¡Le dije que no podía molestarlo! —grita la insoportable de Lange.

—Lo siento, pero es importante —añade.

—¿Importante? Lo vemos luego —dice Jefferson e intenta darle la espalda, pero Sophia se adelanta con un pie contra el umbral.

—¡Es... urgente!

Jeff la mira.

—Sophia, no ensucies tu legajo. Es bueno. No lo arruines.

—Lo digo, en verdad. Ha entrado un paciente en neuropaidología y es urgente. Creo que lo necesitan a usted.

—¿Qué?! —brama Bea—. ¡Ha estado aquí todo este tiem...!

—Lo vi antes. En serio. Venga, por favor —interviene Sophia tapándole la boca a Beatrice.
Jefferson se pasa una mano por el rostro.

Acto seguido se gira hacia mí y me ordena:

—Quédese donde está. Regreso enseguida.

Y se va.

Nos quedamos solos su computadora, mi *tablet* con el *malware* y yo.

Treinta y nueve segundos empezando... ¡ahora!

#003

#LADRONA

Eso es, bebé, muéstrate para mí.

Sí, eso, más rápido. Más. Más rápido.

Así, me encanta. Mantén esa velocidad, vas perfecto, ya queda poco.

Ahora quiero que acabes. Pronto. Eso es, sí. Ahora. Acaba ahora.

Y... ¡listo!

El archivo se ha terminado de descargar en mi *tablet*.

Una de las ventajas de haber salido temprano de trabajar, o de haber sido echada, es que puedo estar en mi casa almorzando medio kilo de helado con chips de chocolate. No almuerzo todos los días esto, mi alacena se caracteriza por tener fideos disecados y sopa de pollo envasada. Pero esta es una ocasión particular para el festejo: hoy he podido meterle un virus a la computadora del idiota del doctor Jefferson. Así es, profesor. ¿Qué va a hacer ahora contra esta pobre estudiante de Medicina que necesita las migajas que gana en sus putas residencias hospitalarias?

Llevo tiempo sin hacer esto. Una de las políticas que tenemos en mi grupo de *hackers* anónimos de HardDeep es no beneficiarnos del perjuicio hacia otros. Y esta vez, lo necesito con mi vida.

Mi celular vibra en la diminuta mesa de la cocina. Es un mensaje de mamá.

Hola, cariño, ¿estás bien? No respondiste a mis llamadas.

Lo siento, mamá, pero no eres la única persona a quien no le respondo. Le doy la vuelta al celular y vuelvo a la pantalla de mi *tablet* conectada al portátil. Necesito dinero para comprarme una computadora más sofisticada, esta mierda se está poniendo lenta, pero los números de mi cuenta bancaria están en rojo.

Jefferson ha demorado una hora en encender su computadora. Recién ahora se está actualizando el sistema operativo. Al final he metido en problemas a Sophia por mi culpa: se inventó que un niño llegó a urgencias y lo necesitaban a Jefferson. Jefferson descubrió la mentira y mi compañera dijo que se había confundido y pidió disculpas. El doctor no le perdonaría algo así de nuevo. Y estoy a punto de compensárselo.

Resulta que el jefe de residencias tiene casi nulo el registro de visitas a redes sociales y el historial está limpio de porno. Oh, lindo bebé, ¿a que no se hace pajas mirando chicas sin ropa? Qué tierno. Al carajo.

Entro al historial oculto. Aquel que está sellado como una escritura en el *software* por cada visita a Internet que se realiza.

Lo abro y finalmente descubro...

Nada.

¡¿Qué?!

Nada de porno pero sí hay algunas entradas a Facebook, su *homebanking* y otras que no son de interés. No puede ser. *Es hombre*. Los hombres hacen cosas en Internet que los dejarían en vergüenza de solo hacerse eso público. Al último le tomé capturas de pantalla a cada una de sus

búsquedas y se las colgué en el perfil de Instagram. También le puse en su nombre de usuario «No vuelvas a joder a una chica». No me rompió el corazón, sino que drogó a una chica en una fiesta y luego se la llevó a una habitación. En su historial encontré búsquedas como «Nenas de 15». Le develé todo y nadie sospechó de mi intervención.

No soy de ir a fiestas, esa fue la última a la que asistí y fue en casa de una compañera de universidad cuando estaba en cuarto año. Ni siquiera reparó en la aburrida chica de negro que bebía vodka sentada en un sofá mientras una parejita se toqueteaba a mi lado.

Nick parece no hacer nada ilegal desde su computadora. Hasta que algo llama mi atención: no hay nada registrado del día, no está asentado en ningún lado que tenía que hacer la historia clínica de su bendito paciente, sin embargo, yo sí tengo un mail. De alguna parte debe haberlo enviado.

Voy a mi celular para corroborarlo, abro la cuenta de correo y doy con su mensaje. Estaba en lo cierto. Lo reviso.

Santo cielo.

Rastreo su IP y está bloqueado.

Intento entrar desde el *malware* que le descargué y sigue del mismo modo.

Mierda.

Querido Nicholas Jefferson, no sé si contratas tecnología de punta cuando vas a comprar a las tiendas de electrónica, pero usas tu casilla de mail desde más de un dispositivo, mira qué casualidad, tienes el IP bloqueado en todos ellos. No puedo andar detrás de ti instalando virus como psicópata, deja de hacer eso, en verdad, es molesto.

Por un momento considero la idea de hacerle alguna jugarreta en su perfil de Facebook subiendo algo vergonzoso como «tengo 50 gramos de coca, ¿alguien quiere compartir conmigo?»; no obstante, lo desestimo. No tiene sentido. Si conscientemente está aplicando seguridad a los aparatos que usa, esto haría que se alerte y lo necesito con la guardia baja.

Así que decido empezar por responder a mi amiga pagándole la deuda del favor que me concedió.

Entro a la cuenta bancaria del doctor, accedo a los usuarios y contraseñas borradas, los encuentro y la pantalla carga sus deudas y dinero en cuenta.

Mientras me meto una cucharada de helado en la boca, la pantalla carga. Maldita cosa vieja, te destruiré en cuanto encuentre un bebé mejor que tú... lo cual será en muchos años, si es que logro terminar las prácticas alguna vez.

Me pongo de pie y busco una manta en mi desordenada habitación. Tras el mueble que sostiene el espejo, veo una colita negra sobresaliendo. Un escalofrío me recorre el pecho mientras considero la idea de poner a hervir agua y echársela encima, pero la dejo de lado. Te dejaré vivir por hoy, roedor asqueroso.

—Mientras no te subas a mi cama —le advierto como si me escuchase o entendiese—, te dejaré vivir. ¿Tenemos una tregua?

El bicho esconde la cola y desaparece en su agujero. Es todo un okupa.

Hasta que pueda comprar una estufa eléctrica, me caliento con mi manta, engrosada con prendas viejas que le cosí hace unas semanas. Me la llevo a la cocina, donde hago mis... operaciones. Sí, es otra manera de operar que va más allá de la cirugía.

La estufa, un celular nuevo, un portátil, más libros, un nuevo cubrecama, cambiar de departamento, y la lista puede seguir creciendo. Me estoy endeudando conmigo misma sin contar el alquiler y la tarjeta de crédito, cuyo color rojo está a punto de explotarme en la cara.

Tomo asiento frente a la PC y mis ojos se desencajan.

Ha terminado de cargar la cuenta bancaria de Jefferson.

Y tiene nada menos que cinco millones de libras en su puta cuenta. *Cinco millones*. Nunca vi nada igual. Podría pagar cien veces mis deudas y aun así me sobraría un resto. Maldito ricachón del demonio, ¿no puedes haberte enriquecido tanto en tan poco tiempo siendo un médico de casi treinta años! Veo su fecha de nacimiento: 2 de febrero de 1990. Tiene veintinueve años. Es imposible. De seguro viene de familia adinerada, por eso lleva tanta suerte el cabrón. Y otros contamos con tan poco.

Aun así, algo que puedo hacer es transferir cada uno de esos ceros a mi cuenta y seré millonaria. Pero no quiero tener problemas legales, además de que tampoco me interesa enriquecerme con los sucios números de este sujeto. No quiero una sola libra de su parte. Sin embargo, a Sophia le vendría bien algo.

Le transfiero quinientas libras a mi mejor amiga y lo justifico a modo de «Resumen de tarjeta de crédito». No especifico números ni códigos ni nada. Además, me he ocupado de que mi cuenta de HardDeep deje limpio de información cada vez que paso por esto. En la transferencia a mi amiga, le figurará que el dinero proviene de una cuenta anónima y en el justificativo dirá «de un admirador secreto, bss».

Listo. Ella tiene muchos tipos lindos detrás, no le parecerá extraño algo así.

Vamos a lo que me interesa.

No puedo creer que Jefferson no haya buscado al menos una vez una página xxx en su historial. No doy con nada de mi interés. Así que entro a la casilla de mensajes de Facebook. Hay menos de cinco casillas de mensajes. Uno de una vieja amante que es de 2013, otro de 2014, otro de su madre, un cuarto de un usuario que ya no existe y el último es del lunes pasado.

Mi celular vibra sobre la mesa y me distraigo.

Miro.

Es un mensaje de Sophia.

A que no te lo vas a creer.

No le respondo. Lo dejo.

Abro la casilla de mensajes del lunes. Es de un tal Ken Andersen.

Mi celular vuelve a vibrar.

Tengo un admirador secreto.

Vaya que le ha llegado rápido la transferencia.

¿Cómo sabes que no es admiradora? Gracias por el favor, So. Bss

Le envío mi respuesta y pongo el celular en silencio. No sabrá que nuestro jefe ha pagado mi deuda hacia ella. Considero la posibilidad de pagar mi tarjeta de crédito pero implicaría aceptar su dinero sucio y no lo quiero.

Abro el mensaje de Ken. Han estado conversando sobre salir de fiesta. Veo la foto de perfil de Andersen y me encuentro con un tipo musculoso de ojos claros, piel bronceada, cabello rubio y con demasiado fijador. ¡Claro! ¡Lo conozco! Es doctor en el servicio de oftalmología. Sophia me contó que fue compañero de Jefferson cuando estudiaban en la Escuela de Medicina. Nunca hablé con él, pero lo reconozco de vista.

Rastreo dónde van a ir, pero no aparece. El último mensaje de Ken dice:

Vamos, Nick. Hace mil años no salimos. Vayamos por unas nenas y sabes que no me refiero a cervezas. ;)

¿Nick? Es la primera vez que veo que alguien se dirija al serio doctor Jefferson, jefe de Prácticas del Departamento de Pediatría, profesor titular en la Universidad de Yorkshire, con el

diminutivo «Nick».

La respuesta de Jefferson es cortante:

Viernes, entonces. Coordinemos el lugar por Wpp. Tengo cirugía en diez.

Y ahí termina.

¡Hoy es viernes, por todos los santos!

No me lo termino de creer. ¿Así que el doctor Jefferson pauta salir de fiesta diez minutos antes de entrar a una cirugía? ¿Así que el aburrido de Jefferson sale de fiesta? ¿Así que este idiota es millonario en verdad? Guau.

De pronto, una lamparita se enciende en mi cabeza como si algo hubiese hecho cortocircuito. Te atrapé, Nick.

ChocolateCake: Que me ayuden, cerdos.

GiveMeTheDrugsBabe: Hola, Pastelito. ¿Qué se te ofrece?

ChocolateCake: Gracias al cielo. Saben que lo de cerdos no iba en serio.

GiveMeTheDrugsBabe: Somos las personas del mundo en quien más confías. Lo sabemos.

ChocolateCake: Me alegra que así sea. Necesito de su ayuda.

WhoIsTheSamurái: Hola, chicos, perdón por la demora en conectarme, mi red es una porquería en el metro.

ChocolateCake: Qué bueno saber que estás aquí, Samurái. Bueno. Lo que necesito es lo siguiente. Debo entrar al celular de un sujeto que tiene el IP bloqueado.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Probaste con meterle el Tools 2.1?

ChocolateCake: Solo a su notebook, pero ahora necesito entrar a su celular y tiene el identificador protegido. No puedo acceder a su celular hasta dentro de unos días, quizás. No sé si lo volveré a ver.

WhoIsTheSamurái: ¿Estás acosando a alguien que te gusta, Pastelito?

ChocolateCake: ¡NO!

GiveMeTheDrugsBabe: Ya conoces las reglas. Solo en casos de vidas en peligro, sospechas de negocios sucios o ayuda comunitaria urgente.

ChocolateCake: Digamos que esta situación corresponde a la tercera normativa. No estoy infringiendo nada, lo juro.

GiveMeTheDrugsBabe: Confío en tu palabra, Pastelito. A ver si podemos ayudarte... ¿Estás ahora mismo dentro de su computadora?

ChocolateCake: En una de sus computadoras. Sospecho que usa más de una.

GiveMeTheDrugsBabe: Perfecto. ¿Te has fijado si tiene acoplado el celular a los dispositivos Bluetooth?

ChocolateCake: Sí, y no hay nada.

WhoIsTheSamurái: ¿Tiene vinculado el celular a cuentas o compras por Internet? Páginas porno, por ejemplo.

ChocolateCake: Nada de porno. Ni en el historial oculto. Eso es lo que me hace sospechar que utiliza otra computadora o dispositivo.

GiveMeTheDrugsBabe: No te preocupes. Siempre existe una grieta aunque cueste encontrarla.

ChocolateCake: Aquí está todo tan bien que me asusta.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Ha entrado a WhatsApp web?

ChocolateCake: Ejem... No lo sé. Ahora te digo.

ChocolateCake: Bingo. Lo ha hecho. Pero el HardDeep vuelve a decirme ERROR.

GiveMeTheDrugsBabe: No te preocupes por eso. ¿Tienes el código por el cual debió pasar la cámara de su celular?

ChocolateCake: Sí, está grabado.

GiveMeTheDrugsBabe: Pásamelo.

ChocolateCake: IMAGEN.

WhoIsTheSamurái: ¿Usa iPhone el doctor?

ChocolateCake: «Doctor». Veo que ya lo *stalkeaste*. De hecho, sí, usa iPhone.

GiveMeTheDrugsBabe: Y se trata de una versión muy moderna. Al profe le fascinan los celulares caros. Aquí tienes el código para entrar a su WhatsApp web.

ChocolateCake: ¡Oh, cielos! ¡¡Muchas gracias!!

GiveMeTheDrugsBabe: De nada, Pastelito. Diviértete.

ChocolateCake: ¡Muchas gracias! ¡Los adoro!

WhoIsTheSamurái: ¡De nada, Pastelito! Cuando vuelvas a necesitar mi ayuda, lo haré. Que disfrutes. **GiveMeTheDrugsBabe:** ;)

Usted se ha desconectado

Resulta que Jefferson no tiene muchas conversaciones de chat. Ha hablado con Bea sobre su proyecto donde habla de la intimidación de los pacientes, pero el profe no le ha dado mucha importancia. ¿Cuándo se va a dar cuenta esa tonta de que este tipo no quiere nada? Aunque ya sé cómo son los hombres: la carne más débil y decepcionante que pueda existir. Quiere un agujero y Beatrice se lo está ofreciendo. Tarde o temprano caerá y no es tema mío ya. Solo si en algún momento quisiera iniciar un escándalo digital por acostarse con su alumna residente.

Encuentro algunos chats de su hermano, por lo que puedo corroborar que Jordan es el chico de Facebook; otro de su madre, otro de algunos alumnos y colegas del hospital o la universidad donde le hablan por formalidades, hasta que doy con mi objetivo.

Ken.

Ahí está lo que buscaba. GiveMeTheDrugsBabe, ¡te adoro!

Busco rápidamente mi celular y descubro otro mensaje de mamá:

¿Estás bien?

Carajo.

Son las seis. Está anocheciendo ya. ¿Cómo se pasa tan rápido el tiempo cuando estás detrás de un par de pantallas?

Tengo otro de Sophia:

¡¡No puedo creer que me hayas enviado dinero!! ¡Lo hice porque eres mi amiga y ya has tenido suficiente para un solo día!

Un segundo mensaje de ella:

¿Alguna noticia de Jefferson? ¿Pudiste pedir en la universidad que te ubiquen en otro hospital?

Para colmo, se preocupa.

Tecleo una respuesta:

Sé que soy de los que odian salir de fiesta, pero tú lo amas así que prepárate que esta noche nos vamos a Drink's.

Su respuesta no demora en absoluto:

¿Te sientes bien, Nat? Solo fue un favor, olvídalos. Y mañana te devolveré tu dinero, en verdad, no es necesario.

Yo:

¿Desde cuándo soy una persona caritativa, So? Ese dinero es para que pagues nuestra salida. Esta noche quiero que sea de puta madre así que ábrete el escote y vamos a ese bar.

#004

#ARROGANTE

No sé si el vestido de Sophia es demasiado corto o sus piernas son demasiado largas, pero luce bien. El vestido es blanco con un pequeño bordado de encaje al final y se sostiene a sus hombros de un fino bretel transparente. Es muy distinto al mío, que es azul Francia, con hombros descubiertos y una abertura en V en la espalda. Lo he usado solo una vez en mi vida, es que me queda dos centímetros por arriba de las rodillas, lo cual es extraño en mí, pues rara vez me he puesto algo tan corto. Cuando me pongo shorts, se ilumina la noche por la palidez de mis piernas.

—Deja de estirarlo, se te ve bien —le digo a So para que se calme mientras nos bajamos del Uber.

—¿Segura? Creo que se me ha engordado el trasero.

—Olvidalo. A los hombres les encantará.

—No quiero parecer una zorra.

Le arrojó una mirada asesina.

—¿Lo dices en serio?

Ella ríe con timidez y ambas encaramos a la puerta del bar.

El guardia de seguridad hace un escaneo del trasero de ambas y se detiene en el de mi amiga. Hace algunos años que ya no nos piden identificación para entrar a un bar, pero estoy segura que, de no ir con So, a mí sí me la pedirían. Mi contextura física parece sacada de un catálogo de uniformes para niñas católicas.

—¿Ya habías venido antes? —me pregunta So mientras nos dirigimos a las banquetas de la barra.

—No pero... me intrigaba —le digo mientras miro en todas las direcciones posibles en busca de mi objetivo.

—¿Por qué?

—Publicidad en Instagram.

—Oh, vaya. Así que frecuentas páginas de bares.

—Puuaj, ¡no!

—Nat —escucharla decir mi nombre con seriedad hace que me gire hacia ella—, las dos sabemos que Internet elige publicidad según las búsquedas que haces. Y tú, claramente, no *stalkeas* bares. Ahora dime, ¿a quién buscas?

Oh... rayos...

—Bien, me atrapaste —le digo—. Al de Oftalmología.

Ella retrocede como si le hubiese caído una cubeta con agua fría.

Acto seguido, el barman se acerca a nosotros. Es un lindo chico de piel pálida, pelirrojo, ojos azules, corbatín, camisa blanca y chaleco negro. Este sitio es demasiado formal para mi gusto.

En verdad, ningún sitio nocturno me gusta salvo aquellos donde hay computadoras.

Y si es formal, menos que menos. Sophia me conoce bien.

—¿Qué se les ofrece para beber? —nos pregunta el barman.

—Jugo de arándanos —le contesto.

Sophia me mira con sorpresa y una risita escapa del barman.

—Oh, qué graciosa —responde mi amiga y se gira hacia el chico—. Daiquiri de frutilla para ambas, por favor.

—Claro —dice y se retira.

—No sé qué es el daiquiri, So.

—Quizás es hora de que lo sepas. —Me sonrío y retoma el viejo tema—: Así que vienes buscando a un practicante de Oftalmología. ¿De quién se trata? ¿Jordi? ¿Esteban?

—Ajajj, no. Al... doctor del sector...

—¡Phillips tiene cincuenta años, Natalie!

—¡No el jefe de residentes! Al que viene de las playas.

—Eso fue cruel. No es de las playas sino de Corea.

—Da igual, puede venir de playas coreanas.

—No, Nat. Son dos países y culturas completamente diferentes. No conviene juzgar a la gente por el bronceado de su piel.

—Bueno, el punto es que lo busco a él.

—Se llama Ken. Debe tener como diez años más que nosotras, ¿lo dices en serio?

—Ajaj. Ken... —Finjo que no sé su nombre y vuelvo a echar un vistazo por todas partes. Acto seguido llegan los tragos y algo en la mirada de Sophia parece que se ilumina.

—Objetivo a la vista. —Señala acercándose a mí y observando sobre mi hombro izquierdo.

Me giro hacia atrás y le veo entrar.

No reparo en Ken ni en su acompañante, sino en el primero que entra. Tiene una costosa camisa azul más oscura que mi vestido de una tela muy sedosa que brilla de tan sofisticada, está adherida al torso y le marca el atlético cuerpo al... egocéntrico doctor Jefferson. No cabe esperar otra cosa de ese patán ególatra. El punto es que he dado con mi objetivo, aunque ello implique soportar un club nocturno de mierda. Viste también pantalones negros adheridos a las piernas y zapatos de alguna marca demasiado cara.

—Ay, por Dios —suelta Sophia al notar lo mismo que yo—. Es el profesor Jefferson.

—Uy, sí, qué alegría.

—Mira ese... pantalón. Le marca el culo de maravilla. Y no podría haber elegido mejor camisa que esa, parece que las mangas le van a reventar de lo grandes que tiene los bíceps. Más los pectorales... Dios santo.

—Uy, sí, qué maravilla. —Trato de no mirar.

—¿Y quién es el bombón que viene detrás?

Observo de costado donde señala Sophia y noto que se trata de otro hombre: es esbelto, delgado y trae puesto un traje que le queda entallado. El pelo negro es corto y los primeros botones de su camisa desprendida le dan un aire alborotado. Se lo ve sexy pero no es mi estilo, paso.

Otras chicas también los miran bastante entretenidas, aunque Jefferson ignora a todo el mundo, toma una escalera lateral y sube a la zona VIP de este horrible lugar. No solo viene a un sitio caro y tan feo de lo formal, sino que además se mete a la zona de privilegiados. Se trata de una cabina vidriada ubicada en un entresuelo. Claro, cuando tienes cinco millones que te respaldan el bolsillo...

—Quédate con Ken, yo me voy con el último —añade mi amiga—. Pero Jefferson quedará solo.

—Estoy segura de que no le molestará prescindir de la compañía humana.

—Es probable. Aunque está como para comérselo en salsa barbacoa. Seguramente no

demorará en encontrar una chica con quien pasar la noche.

Espero que sea una chica ilegal o algo que lo perjudique.

De pronto me siento una estúpida. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Creía que me encontraría a Jefferson haciendo qué exactamente? No es un lugar de strippers y si las hay ahí arriba, desde abajo no podemos discernir nada de lo que hay más allá de esos vidrios espejados. ¿Acaso pensaba que estaría con Beatrice? ¿Por qué exactamente? Al demonio, debe haber otra forma de llegar a su celular o de encontrar algo para extorsionarlo. O quizás deba renunciar a mi suerte de mierda y aceptar que he perdido mi oportunidad de concluir las residencias este año. Mamá va a matarme (o quizás no lo haga literalmente), seré una decepción para ella. Solo espero que siga viva para cuando...

—Vámonos —le digo a mi amiga y me pongo de pie.

—¿Qué? No, recién llegamos —me contesta.

—Esto es una locura. Ken debe tener familia o novia o algo, no puedo hacer nada aquí.

—No estaría en un bar esta noche si tuviese algún tipo de compromiso, a menos que no le importe —me retiene Sophia—. Por cierto, ¿cómo supiste que vendría esta noche?

—Lo... escuché comentarlo.

—Bien. Con más razón: ya estamos aquí y no nos iremos. Si no es con Ken, será con otro.

—Pero ¿por qué necesitamos ligar con un hombre para poder pasarlo bien?

—Tienes razón. Olvidémonos de ellos, ¿sí?

Sophia extiende su dedo meñique.

—No haré eso —le digo.

—Tienes que hacerlo —insiste.

—No.

—Debes. Te hice un favor, ¿lo olvidas?

—Uff...

No le sacaré en cara el dinero.

Acerco mi dedo meñique y lo engancho al suyo conviniendo ambas a la vez:

—Nada de hombres por esta noche.

—¡Por favor, por favor! ¡Solo le daré tu número de teléfono y me vuelvo!

Me tomo la cabeza como si me pesase sobre la barra y creo que ha llegado el momento de dejar de beber.

—Noooo —le digo a Sophia, quien también ha tomado varias copas. He perdido la cuenta pero más de tres cada una, seguro.

La gente ha empezado a bailar a nuestro alrededor y el bar pasa a ser un club nocturno con todas las letras.

—¡No me acostaré con un doctor del lugar donde hago... hice mis prácticas! —le digo.

—Lo haré —me contesta con determinación, poniéndose de pie.

Lo hago también y me detengo frente a ella. Me mareo un poco en el envión, pero logro sostenerme.

—Ven. Bailemos así corroboramos cuánto podemos sostenernos en pie.

—Síiiii.

Tomo a mi amiga por el vestido y la llevo hasta la pista de baile. Está sonando un remix interesante de una canción que conozco: «Apartment», de Bobi Adonov. Amo esa canción. Le he dado como mil reproducciones desde mi cuenta de Spotify. Obligué al último chico con el que me acosté a que la pusiera de fondo cuando lo hicimos. No fue tan mágico. Disfruté más la canción que su cintura contra la mía.

—Woouooooou —aúlla Sophia.

—¡Cálmate! —le grito pero la música amortigua mis oídos.

—¡¿Quééééé?! —

—¡Que te...! Bah, olvídalo.

Ella sonrío y seguimos bailando.

Aprovecho que por primera vez en la noche ponen una canción que me gusta, aunque la hayan retocado para que seaailable, y deajo que la voz de Bobi se me meta en los huesos. Las guitarras suenan en mi interior como grandes secuencias eléctricas. Cierro los ojos y me deajo invadir por el ritmo de la canción que resulta embriagante junto a la combinación de las luces y la bebida que me he tomado en lo que va de la noche.

Hasta que la canción engancha otra de un cantante que no reconozco, pero la letra dice: «te cogereé de todas formas».

—¡Vaya canción! —le digo a mi amiga un poco horrorizada. No por la letra sexual sino porque TODO aquí es sexual.

Pero Sophia no está.

¿Qué carajo?

—¡¿So?! —

Camino entre algunas personas, chocándome a ratos con cuerpos muy apretados.

Mi amiga se ha ido.

O se la han llevado.

O la música la ha arrastrado por otros lugares.

Miro en todas partes y saco mi celular del corpiño. Reviso la casilla de mensajes, pero no me ha avisado nada. ¿Por qué este tipo de cosas tienen que ocurrirme a mí?

¿Dónde te metiste?

Escribo y envío el mensaje.

Pero al levantar la cabeza, tengo la sonrisa de un chico mirándome de pies a cabeza y ofreciéndome una mano.

—Hola, linda. ¿Bailamos?

Es el amigo de Ken y Jefferson.

#005

#NEGOCIADA

—¡No, gracias! —le contesto—. ¡Estoy buscando a mi amiga!

—¿Tu amiga, la rubia alta? —me dice acercándose a mi oído y percibo su perfume. Mierda, es riquísimo. Fresco y ligeramente dulce. Noto un toque almendrado. No se parece al que usa Jefferson, que me remite a cuero y tabaco.

—¿La has visto? —le pregunto.

—Sí. Está arriba. Me sugirió que te venga a ver.

Ay, no.

¡Sophia fue a buscar a Ken pero está tan ebria que me envió al equivocado!

—¡Debo ir a buscarla! ¡Permiso! —le digo intentando pasar.

—Aguarda —me dice—. Está interactuando con mis amigos. ¿Por qué no conversamos un rato?

¿Es que Jefferson se encuentra intentando ligar con mi mejor amiga? No, mierda, no. Aunque a So le gustan los tres hombres, no sé si sería muy sensato...

Ay.

Mi cabeza me duele cuando me doy cuenta de algo.

¿Quería un escándalo en que Jefferson estuviese involucrado con una alumna de las residencias del hospital? Lo tengo, aparentemente. Pero no quiero que mi mejor amiga quede implicada en eso. Beatrice sería mucho más conveniente, ¡Sophia definitivamente no!

De todas formas, ella subió. No debería llevármela tan rápido...

—¡Bi... en! —le digo—. ¡Conversemos!

—¿Y si mejor vamos a un lugar más tranquilo?!

—¿Cómo qué?!

—Tengo mi auto afue...

—Oh, no, lo siento. Pero si quieres llevarme a un lugar más tranquilo, puede ser allá arriba con tus amigotes y mi compañera.

Cada tanto mis neuronas hacen sinapsis y se me ocurre una buena idea.

—Bien, subamos —dice él luego de estudiarme con la mirada.

Se dirige hasta la escalera y me deja subir primero. Mientras lo hago, noto de refilón que me está observando el trasero, jodido cerdo.

La zona VIP consta de un montón de juegos de living en una especie de cabina ovalada cuyos vidrios sí dejan ver a la perfección lo que hay más allá. Hay algunas personas sentadas, otros conversan, hay quienes forman sus propios grupos.

De pronto los veo. Ken conversa animadamente con Sophia pero Jefferson está al otro lado, en una especie de balcones semiabierto, fumando un cigarrillo. ¿Fuma? Dios.

Acto seguido tomamos asiento en un juego de sillones contiguo.

—Entonces, ¿te llamas Natalie?

Lo miro como si me hubiese desnudado.

—¿Cómo lo sabes? —le digo alejándome de él.

—Te he estado observando toda la noche.

—Bien pero no tengo un cartel en la frente que diga mi nombre. ¿Jefferson te lo dijo?

—¡Ah! ¿Conoces a mi amigo?

—Ejem... quizás.

—¿Y por qué debería habérmelo dicho?

—Es mi... jefe de residencias en el hospital.

—¡Ah! —Algo en su gesto parece que decae—. Y tienen... una relación ¿muy estrecha?

Lo miro como si me hubiese insultado directamente.

—¡No! Claro que no.

—Ah, disculpa. Solo prefiero conservar el código de no meterme con las chicas de mis amigos. Ya sabes.

—¡¿Es mi jefe, mi profesor, mi doctor!!

—¿*Tu* doctor?

—¡Digo... No! ¡Es doctor y punto!

Él frunce el entrecejo. Acto seguido, un mesero se acerca con una bandeja en la mano. Trae champán.

—Gracias —dice mi acompañante mientras dejan copas y champán sobre la mesa ratona frente a nosotros.

El recién llegado descorcha la botella, nos sirve bebida en las sofisticadas copas de cristal y se va.

—¿Por qué mejor no dejamos de hablar de Jefferson y nos centramos en nosotros? —pregunta él mientras me pasa una de las copas—. Por ejemplo, mi nombre. Soy Kaneki. Amigo de tu jefe y socio.

De pronto me interesa más.

¿Socio?

—Kaneki —digo mientras huelo el champán y me mojo los labios. Si alguna vez probé esto no me acuerdo, pero tengo la lengua un poco pastosa de tanto alcohol para una sola noche.

Me pregunto cuánto saldrá esa botella.

Seguro que lo equivalente a medio mes del alquiler que debo.

—Sí. ¿Te gusta? —me pregunta luego de que le doy un sorbo a mi copa.

—Sí, sabe bien.

—Me refería a mi nombre.

—Ah —murmuro un poco incómoda—. ¿Eres de... Corea?

—No —responde riendo. Ese es Ken, aunque parezca más bien de Colorado o Cancún.

—¿Filipino? —arriesgo.

—Japón —me corrige—. Tokio. Mi familia llegó a Yorkshire cuando era niño.

—Ah.

—¿Y qué hay de ti?

—¿De... mí? —articulo con la copa sobre los labios como si sirviese para esconderme.

—Sí. ¿De dónde vienes? ¿Eres de Yorkshire?

—Ejem... No. Mi familia es de Nottingham.

—¡Ah! —Kaneki parece sorprenderse—. La ciudad de Robin Hood.

—Ajá.

—¿Eres de esas familias a las que Hood les robaba para, ya sabes, darle a los más pobres?

—Mmm, no exactamente. Soy más bien de las familias a las que Robin Hood les hacía sus actos de caridad.

—¡Ah! —Kaneki se bebe su copa de un trago ante la incomodidad de mi declaración—. No

tengo nada en contra de eso, es que, ya sabes, este lugar es... bueno, algo costoso y eso. Juzgué mal, lo siento.

Creo que capta el modo en que lo fulmino con la mirada.

—Pero tienes trabajo estable en el hospital, estás haciendo el programa de residencias, ¿verdad? —me pregunta y no hace más que seguir hurgando en la herida.

—Algo así.

—Pues, ya tienes todo solucionado. Porque en caso de que necesitases un dinero extra... ya sabes.

¿Qué mierda me está insinuando?

—¿Quieres decir que tú pagarás el champán? —le digo virando lo que sea a lo que se haya referido—. No es necesario, ahora mismo me voy.

—¿Qué?! No, no, aguarda, no es necesario. No me refería a eso. Y sí, lo pagaré. Solo discúlpame, fui grosero. Me expresé mal.

No sé qué carajo haya querido decir pero no me interesa.

—¿Y si mejor me cuentas eso de que Jefferson y tú son socios? —le digo acomodándome en el sillón.

—Ah —dice él y se sirve más bebida, llenando también mi copa—. Ya sabes, algo chico, una pequeña empresa con Ken y Nicholas. Nada del otro mundo.

—¿Ken también?

Ningún socio de ninguna pequeña empresa tiene cinco de los grandes en su cuenta bancaria.

—¿Y qué venden?

—¿Hale? ¿Qué haces aquí?

La voz me atraviesa los oídos como cuchillas.

Miro hacia el costado y me encuentro con un cinturón de cuero y hebilla de metal. Levanto un poco más la cabeza y doy con la mirada enfurecida de Jefferson pero no se dirige a mí sino a su socio.

—Ah, Nick. ¿Cómo estás?

—¿Qué hace con él? —Jefferson me mira. Detesto que no me tutee.

—Nos estamos conociendo —le contesto, al ver que la situación lo enfurecía.

—Conversamos, Nick. ¿Por qué no buscas a la chica...? Ya sabes.

¿Qué chica? ¿O lo dice solo para seguir ligando conmigo? Pues, no me interesa. Creo que ya he obtenido la información que buscaba.

Con que una misteriosa pequeña empresa no declarada.

—No me buscaré a ninguna chica —responde él y me mira—: Retírese, por favor.

—No, profesor —le contesto, logrando que mis palabras lo enfurezcan aún más.

—No puedes estar con ella. —Le ordena a Kaneki.

—¿Por qué?

Jefferson se toma la cabeza.

—Eso, profesor. ¿Por qué? Soy alumna de su plan de residencias y hemos coincidido esta noche en un lugar donde salimos a tomar unas copas.

—Puede... simplemente...

¿Callarme? ¿Cerrar la boca? ¿Acaso vas a mandonearme también aquí, Nicholas Jefferson?

Él termina la frase:

—¿...venir conmigo?

—¿Qué?

Mi respuesta sale casi de inmediato.

—Debemos conversar. Solo... ven un momento.

Oh, vaya, ahora quiere hablar este hijo de puta. Es mi oportunidad.

—Bien. ¿Dónde quieres que vayamos?

Jefferson me toma de un brazo y me tironea hasta el balcón donde antes fumaba un cigarrillo.

Así que el tabaco no es de su perfume...

—Ahora vuelvo —le señalo a Kaneki, sujetando la copa, y me retiro con el doctor.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me dice con una mirada glacial.

—¿Hablando con un hombre en un club?

—Pero por qué con él. No debes tener nada que ver con nadie de mi alrededor.

—¿Y eso por qué, doctor Jefferson? Ha sido una enorme casualidad.

—Te diste la vuelta cuando entramos. Y es la primera vez que te veo en el club. Sabías que Kaneki venía conmigo.

¿Así que viene seguido a este lugar? Vamos, profe, siga hablando.

—Yo solo he venido a divertirme, no todo gira alrededor de su puto ombligo, señor profesor.

—No me hables de ese modo.

—¿Ahora nos tuteamos?

—Carajo.

Se sostiene el puente de la nariz con dos dedos en busca de cordura.

—Mira —suelta luego de un resoplido—. Kaneki es mi socio. Y no puedes... estar con él.

Punto.

—¿Por qué?

—¿Te gusta? —me pregunta tomándome por absoluta sorpresa. ¿Qué le importa a él si su socio me gusta?

—Es sexy —le contesto y los músculos de su mandíbula se tensan.

—No puedes estar con él —responde tajante.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, Natalie: es mi socio.

—Así que sabes mi nombre.

—Solo límitate a buscar a tu amiga y lárguense de aquí. Si no tienes dinero para el taxi, te lo pago yo.

¿Qué carajo tienen estos tipos con humillarme por mi condición económica?

—Eres un idiota —me atrevo a decirle.

—No quería que se malinterpretara. Pero olvida a Kaneki y váyanse de aquí. Él es mi socio y tú, desde hoy, has dejado de ser oficialmente mi alumna en las residencias.

Sus palabras me hieren, pero trato de ignorarlo ahora mismo. Este idiota no se hace una mínima idea de lo que esas prácticas significan para mí. De ello depende que coma todos los días y mi titulación. No soy de la clase acomodada de la cual viene y tiene la suerte de pertenecer.

—Tú lo has dicho: desde hoy no soy tu alumna. Puedo estar con tu socio o con quien se me antoje.

—No lo entiendes, ¿verdad? Creerán que fue un conflicto de intereses. El mismo día que te doy la baja en las prácticas, tienes algo con mi socio de negocios. No puedo dejar que ensucies mi legajo profesional.

Oh...ya.

Si creía que este tipo era un imbécil, acaba de redoblar la apuesta.

Con que todo se trataba de eso: su puta carrera y su puto legajo profesional. Claro que todo gira alrededor de su ego, no cabía esperar otra cosa. Si por un instante creí que podría apiadarse,

estaba equivocada.

Pero esto no significa que me haya quedado sin armas para defenderme. Ya me han despreciado lo suficiente como para que él venga a hacerme sentir humillada una vez más.

—Evidentemente eres un hombre de negocios y esto se puede negociar —le digo, tajante.

—¿A qué te refieres? No me gusta cómo se oye eso.

—Pues fíjate que a mí sí. El trato es este: tú me das nuevamente el alta en el programa de residencias y yo me olvido de tus socios, ¿estamos? Una nueva oportunidad a cambio de que no ensucies tu legajo profesional.

—No haré eso. Tú te ganaste la expulsión del programa. Reprobaste, para ser exactos. —Estoy a punto de reventar la copa de Kaneki en mi mano.

—¿Reprobé porque no hice todo lo que a ti se te dio la gana? Nos tratas como esclavos. Somos residentes, no cucarachas a quienes pisotear.

—Yo... No es esa mi intención, la práctica profesional es así, el sistema de salud está lleno de urgencias y pretendo que mis alumnos estén a la altura de ello; es probable que tú no lo estés. Pero esto ya no entra a discusión: no haré lo que pides. Me estás chantajeando. Eso es motivo de sanción, además.

—No, no lo es. Si me dejas fuera del programa, no eres más mi jefe de prácticas y ya aprobé tu materia el año pasado, así que haré lo que se me antoje. Por cierto: aunque con Kaneki no haya ocurrido nada, me encargaré de que eso llegue al Departamento de Asuntos Internos, lo cual se verá muy bien reflejado en tu puto legajo profesional.

—No harás eso.

—Oh, sí que lo haré.

—Mierda.

Jefferson reclina la cabeza y mira la noche estrellada como si un meteorito estuviese a punto de traer consigo el fin del mundo. Nunca antes lo vi tan preocupado por algo como para que lo dejase en silencio.

Sus manos en la cintura le marcan aún más sus pectorales que suben y bajan al ritmo de su respiración agitada. Sophia tiene razón, es atractivo, pero su modo de hacerse deprecia hace que se vuelva insoportable.

—Bien —masculla, y me habla demasiado cerca, tanto que el olor a cuero y tabaco se me mete en la nariz, además de su aliento mentolado—. Lo haremos así: el lunes te reincorporas al programa de prácticas, pero tendrás que redoblar las horas. No sé cómo, pero lo harás.

—Ni loca. Continuaré normalmente.

—Haz lo que te digo. —Se adelanta.

Y yo me adelanto más.

—¿Por qué? —lo provoco.

—Porque soy tu jefe.

—No aún.

—Lo soy, carajo. Estás dentro otra vez, ¿contenta? Tú te olvidarás de Kaneki y esto nunca sucedió, ¿contenta?

—Nada de redoblar horas.

—¿Y de qué modo justificaremos tu reinsertión al programa, geniecilla?

—Tú eres el jefe. —Me encojo de hombros.

—Entonces... trabajarás para mí.

Levanto una ceja.

—¿Q-qué?

—Yo. —Cierra los ojos como si le pesasen una inmensidad—. Yo... te recibiré en el laboratorio. ¿A qué hora sales comúnmente de las residencias?

—A las cinco.

—Entonces de cinco a siete te quiero en el laboratorio del hospital. Harás un proyecto con mi asesoría para compensar tus faltas y no reprobar.

Parpadeo, impresionada.

—¿Estamos? —insiste. Se ha enrojecido de la furia. No lo había visto así. O sea, enojado está siempre, pero esta vez *furioso* sería la palabra adecuada. En verdad he logrado intimidarlo—. ¿Tenemos un... trato?

Extiendo mi mano y rompo la distancia entre ambos para estrechar la suya por la fuerza. Si vamos a hacer un negocio, lo haremos bien.

—Tenemos un trato —convengo y me voy con una sonrisa maliciosa en el rostro y la copa de Kaneki en la mano.

#006

#SOCIOS

Despierto un minuto antes de que entre la llamada de mamá.

Es lunes y el comienzo de semana no se me hace muy agradable. Sin embargo, ahora mi ánimo es diferente. Es como si tuviese un propósito o esas ridículas cosas que dicen los libros de autoayuda creyéndose que te enseñan cómo vivir.

Mientras me estoy cepillando los dientes en el baño, le doy al verde en mi celular mientras mamá llama y dejo el aparato sobre el botiquín tras el espejo.

—Cariño, me tenías preocupada. ¡Buen día! —contesta en cuanto atiendo.

Escupo la espuma que me ha generado la pasta de dientes y me enjuago mientras intento decir algo legible:

—Gola, magmá.

—Tú... ¿te sientes bien?

—Sig.

—¿Estabas... despierta?

Me termino de enjuagar y largo el agua de la ducha mientras aguardo que el termotanque caliente.

—Sí, mamá. Acabo de despertarme.

Santo cielo, parece que la he emocionado.

—Estás por ir al hospital, ¿verdad?

—¿Dónde más?

—No lo sé. Mejor no te molesto más, cariño. Que tengas un buen día y salves muchas vidas. ¡Adiós!

Dudo que eso sea hoy.

—Adiós, mamá —me despido y corto la llamada.

El asunto es el siguiente: hoy comienza mi labor reparatoria en el hospital para compensar las faltas que produjeron que Jefferson me echase del programa de residencias. Trabajaré dos horas extras por día en el laboratorio, en un proyecto que el doctor está diseñando. No me entusiasma mucho, pero sí pensar que hace tres días estaba a punto de perderlo todo; en cambio, ahora la suerte me sonrío un poco.

Desde que llegué a Yorkshire, he tenido que trabajar de camarera, lavaplatos y tras el mostrador de una tienda que vende esmaltes y basura para que chicas se pinten la cara. En este último duré una semana y fue mi empleo más corto. En cambio, cuando aprobé la última materia de la carrera, se abrió la posibilidad de poder iniciar el periodo de prácticas remuneradas que coincidirían con mi interés por las residencias hospitalarias, suceso que me serviría para adelantar horas prácticas en la Escuela de Medicina. Estudié hasta que los moretones bajo mis ojos se afianzaron con fuerza y bebí café como nunca, pero logré aprobar ambos programas con notas un poco por debajo del promedio, pero quedé dentro. El pago es mediocre pero un poco mejor que atendiendo en un bar. Necesito acreditar esto para obtener la finalización de la carrera.

Una vez que he terminado de ducharme, me visto con una blusa que lleva estampado el logo de

SEGA, pantalones de gabardina y salgo de casa con la mochila a cuestas.

Me tomo el tren de siempre mientras le doy vueltas a la idea de *stalkear* a Kaneki o a Ken, los «socios» de Jefferson. No entiendo para qué, se supone que conseguí lo que buscaba, no obstante, las reglas de mi equipo de HardDeep son claras. Y esto no entraría en esas normativas.

Pero todo el mundo *stalkea* así que... lo hago. Busco a los socios de mi jefe desde mi cuenta anónima mientras voy en un asiento del tren. No lo hago desde mi usuario personal, ya que no es muy difícil descubrir quién espía tu perfil, basta con que te descargues alguna *app* y ya lo sabrás.

Me resulta más sencillo dar con el perfil de Ken en Facebook. Su cuenta en Instagram es privada y tiene seguridad para ambas. Mierda. En Facebook solo puedo ver su foto en la que ríe con un vaso de cerveza y unos lentes de cotillón en lo que debe ser una boda. No es difícil ver la información que se intenta ocultar para el público desde el usuario de un *hacker* del HardDeep, sin embargo, no debo, no debo, no debo...

¿Y si Jefferson vuelve a molestarme? ¿Y si vuelve a amenazarme con retirarme los pocos privilegios que me quedan solo porque a veces anda con un mal día? Sería prevenir. Esta vez me he salido con la mía gracias a una enorme casualidad, pero dudo que vuelva a tener una oportunidad así. Me ha sido de utilidad para no mostrar todas mis cartas.

Así que entro.

Me meto al perfil de Ken desde mi celular y no me cuesta nada rastrear el IP de todos los dispositivos desde los cuales ha visitado su perfil. Reviso y solo tiene publicaciones estúpidas al estilo «Comparte este Santo y tendrás protección para siempre» o «Comenta Amén para que estos niños se salven». Qué carajo, es un estúpido con todas las letras, no sé qué pudo verle Sophia como para acercarse a él. Lo que me sorprende es que sus publicaciones tienen Me gusta de un público casi completamente femenino.

Al entrar en su Instagram, descubro que casi todas son *selfies* de su torso, que debe forzar demasiado para que se le marque algo más de lo que ya tiene bastante inflado como las palomitas de maíz. Nuevamente los Me gusta son femeninos. Casi todas chicas que tienen fotos tan «provocativas» como las de él. Un baboso más.

En su casilla de mensajes no hay nada de mi interés, pero desde su buscador en Facebook doy con Kaneki. Bingo. Al parecer, su privacidad impide que gente que no tiene de amiga en su cuenta lo pueda encontrar. ¿Qué te traes, querido? ¿Por qué la seguridad que tú y tu amigo Jefferson aplican no lo hace Ken? Bueno, el último es una pizca más bobo.

Kaneki no es muy ávido de redes sociales; no obstante, en su casilla de mensajes hay una gran cantidad de saludos sin responder y respondidos de chicas. Todas muy bonitas, no sé qué le produjo fijarse en mí.

Lo malo es que no encuentro ni rastro de la «pequeña empresa» que se supone han formado.

Oh, claro...

Entro al perfil de Ken. En Información dice lo que busco:

Doctor en servicio de Oftalmología del hospital de Yorkshire.

Copropietario de Clean!!! *Enterprises*.

¿«Clean!!!»? ¿Y con esos estúpidos signos de admiración al final?

Googleo toda la información que me es posible. Doy con su registro en registros legales del Estado. La fundaron hace ocho años, cuenta con cuatro empleados y sigue siendo tan pequeña como siempre. Factura lo suficiente como para que dos personas puedan vivir bien, aunque no produce grandes ingresos. Es una empresa de limpieza, contratan personas para la higiene de lugares.

Aquí hay algo que anda mal. Ni duplicando toda la facturación que estas personas tienen declaradas se llega a una cuarta parte de lo que Jefferson tiene en su cuenta bancaria. Y solo he visto una, lo más probable es que manipulen más de una cuenta. Si tendrá más cuentas es un enigma, pero bastaría con revisar si tiene más dispositivos desde los cuales realiza operaciones bancarias para poder saberlo.

Pero ya he llegado al punto donde debo bajar y en el hospital no tengo tiempo de tocar el celular una vez que ya me he puesto el uniforme.

ChocolateCake: ¿Ya les dije que los amo?

WhoIsTheSamurái: Y nosotros a ti. ¿Te sirvió la ayuda de la otra vez? ¿Lograste salvar a alguien?

ChocolateCake: Créeme que sí.

GiveMeTheDrugsBabe: Me alegra oír eso, Pastelito.

ChocolateCake: Muchas gracias. Por cierto, estoy a punto de entrar a trabajar y debería ocuparme de un asunto más. No debería ser complicado.

WhoIsTheSamurái: ¿Rastrear otro identificador?

ChocolateCake: No esta vez. Algo un poco más... tangible. Espero.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿De qué se trata?

ChocolateCake: Es una empresa. Necesito que me ayuden a saber si esconde algo.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Te está afectando a ti o a alguien, directa o indirectamente?

ChocolateCake: He alcanzado a ver que los números de sus facturaciones declaradas no coinciden con los ingresos de sus dueños.

WhoIsTheSamurái: Puede que tengan alguna otra empresa por ahí.

ChocolateCake: Lo dudo. No me lo mencionaron.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Quiénes?

ChocolateCake: Dos de los dueños. Conversé con ellos. Se trata de una «pequeña empresa», según su decir.

GiveMeTheDrugsBabe: Entonces, haremos lo que el Estado no hace, ¿verdad? O mejor dicho, le ahorraremos el trabajo de localizar a evasores de impuestos. Pero ¿con qué finalidad?

ChocolateCake: Son personas que podrían afectarme de manera indirecta. No está contra las reglas. Se trata de prevenir.

GiveMeTheDrugsBabe: Mmm.

WhoIsTheSamurái: Vamos, Babe. Confiamos en ella.

GiveMeTheDrugsBabe: Es verdad. Lo siento, Pastelito. Buscaré todo lo que me sea posible.

WhoIsTheSamurái: ¿Cómo se llama nuestra hipotética empresita evasora?

ChocolateCake: «Clean!!!». Con esos tres horribles signos de admiración al final.

Ellos son mis amigos. Conservo la sensación de que ambos son varones, pero lo desconozco. Rara vez nos referimos a nosotros con un sexo definido, pero supongo que ellos me imaginan como una raquítica chica de metro sesenta con el pelo demasiado negro y ojeras enormes de tantas horas que pasó frente a la computadora. Y si me imaginan de ese modo, no están en absoluto equivocados.

A GiveMeTheDrugs me lo imagino como un tipo gordo no muy mayor, de barba, gafas y mal olor. Sin embargo, es todo un caballero y tiene una ética impresionante al navegar por la web o indagar sobre la privacidad de personas que no se portan muy bien.

WhoIsTheSamurai creo que también es un hombre joven, aunque a veces me sugiere a que se trata de una chica lesbiana puesto que me arroja algunas indirectas. O bien, piensa que soy varón y él o ella es bisexual, no lo sé. Lo bueno de estar en red es que puedes armar el perfil de la persona que pretendes que los demás se traguen que eres.

Las cuentas anónimas son el ejemplo más crudo de eso. Eres, dices y te relacionas con gente genial, como si fueses alguien genial y pudieses quejarte del pedazo de mierda que es el mundo. O mejor dicho, las personas que lo habitamos, el mundo no tiene la culpa de que haya desgracias con nombre y apellido.

Por ejemplo, la tonta que está ahora mismo afirmada del mostrador levantando el culo. ¿Con qué necesidad debe levantarse el guardapolvo y mostrar sus ajustadísimos pantalones? Se supone que el uniforme debe ser el mismo para todos. En fin, todos están muy contentos con la presencia de Beatrice en el hospital, una no puede ir en contra de eso.

—¿Nat?

La voz de Sophia me llega desde uno de los pasillos. Se está acercando mientras se acomoda los botones de su chaqueta.

—So —murmuro.

Ella salta a saludarme con un animado abrazo.

—¡Qué bueno ver que te reincorporas! ¿Cómo lo lograste?

—Ya te expliqué, boba. Pero ibas muy borracha.

—¿Ah, sí? Pues, tendrás que repetírmelo.

Tras un hombro de Sophia, veo al final del pasillo que Jefferson sale de uno de los despachos y se mete a otro. En el camino se fija en mi amiga y en mí. Sus ojos escrutadores no evidencian que seamos dos personas gratas; sé que como yo tengo una lista negra, él también debe tenerla y probablemente ahora mismo mi nombre la lidere.

Lo que me sorprende es que tiene barba. No se ha afeitado para venir, el pulcro jefe de residencias con su empresa mediocre y sus ingresos monumentales.

¿Y si estaré siendo demasiado paranoica? Mi primera teoría era bastante sensata sobre el dinero de Nicholas Jefferson.

Es probable que venga de una acomodada familia al igual que las de sus amigotes y hayan fundado esa empresita para lavar billetes. Sería un datazo. O bien, un simple emprendedor bien posicionado socialmente que no le afecta que un pequeño emprendimiento suyo esté funcionando a duras penas.

Pero conozco a Jefferson y su grave obsesión con que todo deba salir excelente o mejor que eso.

Nicholas Jefferson no se permitiría una «pequeña empresa» que lleva ocho años siendo mediocre.

Ahí hay más.

—¡Eh!

Sophia me espabila.

Mira hacia atrás en dirección donde me he quedado fija, pero mi objetivo ya ha desaparecido.

—¿Te sientes bien, Nat? —pregunta mirándome.

—De maravilla. Vamos a la sala antes de que nos metamos en problemas de nuevo.

Pero no logro quitármelo de la cabeza.

Su mirada juzgadora, su mal genio, su pésimo modo de tratar a los demás.

Y si a él le gusta dar órdenes, es hora de que sepa que a mí me fascina hurgar en la privacidad ajena.

Tarde o temprano te quitaré la máscara, Nicholas Jefferson.

#007

#CUERPOS

Faltan veinte minutos para las cinco y necesito huir hasta mi casa para dormir cuarenta horas seguidas. Ha sido un día agotador al extremo, no recuerdo que hayan entrado tantas urgencias y habernos derivado tantos turnos en una misma jornada de trabajo. Lo peor es que me queda por cumplir la parte más tediosa: debo hacer horas extras bajo el mando del insufrible Señor Dictador Jefferson.

—Vete, yo te cubro.

Sophia me cruza en un pasillo.

—Queda poco —le digo. Ella está tan exhausta como yo, no puedo pedirle que se multiplique.

—Recién terminé con la última paciente. He visto que a ti te quedan tres. Puedo hacerlo, no te preocupes.

—Oh, ¿lo dices en serio?

Quizás no estoy tan acostumbrada a que la gente haga cosas por mí, por fuera de lo que implica el servicio de computadoras.

—Sí. Y créeme que no lo hago en absoluto para limpiar mi conciencia de esos quinientos billetes.

—Oh, Sophia, eso fue desinteresado...

—Olvídalo, no dije eso. Pero ve. Además, esa noche no necesité pagar un centavo.

—¿Eh?

—Me reintegraron el dinero de las copas.

—¿A qué te refieres? —La miro haciéndome una idea de lo que puede estar insinuando.

—Creo que necesito visitar al oftalmólogo más seguido.

—Ay, Sophia, no puede... Mierda.

De nada sirven las advertencias que pueda decirle a mi amiga sobre Ken. Dar argumentos de que es un idiota implicaría darle a conocer que lo he estado *hackeando* y ese costado de mí es algo que ni ella conoce. Solo GiveMeTheDrugsBabe y WhoIsTheSamurái, y el motivo es que no nos conocemos personalmente.

Faltando diez minutos para las cinco, me quito el uniforme de la guardia e ingreso a la planta baja, donde está el laboratorio. Más abajo está la morgue. No sé por qué siempre los mandan lo más hondo que se pueda en una estructura hospitalaria.

Según las planillas, a esta hora el lugar está reservado para Jefferson. Me pongo la chaqueta celeste y las antiparras, me recojo el cabello, me coloco los guantes y abro la portezuela de vidrio. No muchas veces he estado aquí, pero sea lo que sea que Jefferson esté preparando, espero que no implique algún líquido superespecial para su interesante empresa de limpieza.

En uno de los escritorios veo que hay cajoneras. Deben tener información privada de él. Apenas la idea se me figura en la cabeza, corro como un rayo hacia los tentadores cajones.

—¿Disculpa?

La voz me toma por sorpresa y tropiezo antes de llegar a las carpetas apoyadas sobre la tabla.

—¿Qué haces aquí?

Me giro y me encuentro con un chico de cabello negro, tez bronceada y ojos que supongo también son oscuros, aunque me toca verlos detrás de un grueso par de antiparras.

—Eh... ¡hola! —le digo y miro la placa en la parte superior derecha de su chaqueta del mismo color que la mía—. Serge, ¿no?

—Sí. ¿Tú quién eres?

—Yo... soy Nat. Natalie Hale, pero dime Nat. Empezaré en este sitio —le señalo lo obvio.

—¿Tareas administrativas? Ibas a la parte más aburrida del lugar.

—No, no. Soy doctora... residente. ¿Tú eres...?

—Serge Marseille. Soy becario residente de bioingeniería. Estoy a cargo de este lugar de 12 a 5 p.m. ¿Tú tienes que llenar algún expediente?

Se quita el guante de la mano derecha y la extiende en mi dirección

—Oh, becario, qué bien. —Hago lo mismo y estrecho su mano. Está fría. Este lugar debe mantenerse frío por razones de preservación de soluciones y medicamentos—. Y no, no debo llenar expedientes. En verdad, no sé muy bien qué debo hacer.

—Ah, es que ibas derecho al escritorio de Jefferson.

No sé por qué, pero escuchar su nombre nunca deja de inquietarme. Es como si todo el mundo supiera de él, me pregunto si solo yo me estoy perdiendo su costado empresarial.

—Me iba a fijar si había dejado alguna nota para mí. —Arrojo esa patética excusa de inmediato—. O tareas, órdenes, ya sabes.

—Ah, órdenes. Claro que lo sé. El mundo lo conoce por eso.

Es agradable el modo en que se marcan hoyuelos en sus mejillas.

—Me alegra saber que compartimos la misma opinión acerca de él.

—¿Y en qué horarios estarás a cargo del laboratorio?

—Yo... aún no lo sé. Me queda aguardar que llegue para ponerme al tanto.

—Suele llegar con unos diez o quince minutos de demora. ¿Quieres que te muestre el lugar?

—Claro.

—Entonces, ¿te graduaste el año pasado?

—Sí. Desde que tengo uso de la razón, llevo ganas de trabajar en algún laboratorio.

Serge me cuenta un poco de él mientras me muestra los distintos sectores del laboratorio. No hay mucho por conocer puesto que no es muy grande, pero las reglas son importantes: el lugar lo comparten con otras personas y profesionales, debemos ser precavidos de no interferir en los proyectos de los demás. Un grado centígrado menos podría destruir alguna vacuna valiosísima.

Resulta que el chico es francés, lo cual supuse por su acento, pero vive en Yorkshire desde los trece años. Su familia vino en cuanto le dieron la posibilidad a su padre de trabajar en el hospital en el servicio de ordenanza. Su testimonio me resulta impactante, ya que es el primer chico al que le escucho reconocer que sus padres se dedicaron toda la vida a la limpieza de lugares públicos y eso despierta cierta sensación de empatía. Después de mí, es el segundo chico que no viene de familia acomodada. Su motivación para estudiar Medicina es distinta de la mía, pero nuestras raíces son similares.

—¿Y es tan emocionante como pensabas? —le pregunto.

—¡Claro! Hasta... más o menos la primera semana. Luego empiezas a ver los defectos del lugar, de la gente y a envidiar los laboratorios más sofisticados.

—¿Así que te llama la atención ver los defectos de la gente?

—Ey, eso solo lo dije al pasar.

—Pero lo dijiste. A ver, chico francés, dime cuáles son mis defectos.

Pues, eres una miserable pobretona, fascinada con hurgar en la vida de los demás y crees de

que todos tienen un complot en tu contra.

—Te dije que necesito al menos una semana para poder decirlo. —Me guiña un ojo—. Pero descuida, no te los diré.

—¿Aunque te lo pida?

—Aunque me lo ruegues de rodillas o me chantajeen. No lo haré.

Definitivamente este chico no se hace una idea de las estrategias que poseo para chantajear personas.

—Oh, ¿y esto qué es?

Pregunto al notar una heladera pequeña que tiene su puerta en la parte superior y está dentro de una caja de grueso cristal.

—Te recomendaría que no te acerques mucho.

—¿Por qué?

—Son de Jefferson. Quizás puedan...

—Ejem...

Escucharlo aclararse la garganta equivale a un chispazo en mis neuronas.

Los dos nos damos la vuelta al mismo instante para encontrarnos con un Jefferson ojoso, despeinado y con barba de dos o tres días. No tiene antiparras ni chaqueta o guardapolvo. Solo lleva puesta una sosa camisa rosa claro y los pantalones del servicio de cirugía.

—Doctor Jefferson —dice mi compañero y extiende su mano. El jefe no responde—. Le mostraba a Natalie el lugar. Y le advertía que tuviere cuidado con el trabajo de todos los que nos desempeñamos aquí.

—¿«...porque quizás puedan»? Completa la frase, Marseille.

—Puedan obstruirse productos con algún accidente. Al igual que los proyectos de los dem...

—Vete, Serge. Estás fuera de horario. Adiós.

—Con permiso —murmura con la guardia baja—. Natalie, un gusto.

—Lo mismo digo, Serge. ¡Que tengas un buen día!

Me dedica una sonrisa forzada hasta quedar de espaldas a Jefferson, quien me mira con las manos en la cintura como si estuviese a punto de soltar una palabrota. Serge, antes de retirarse, articula algo con un movimiento de labios que entiendo como «CUÍDATE» o eso creo y se marcha.

Jefferson avanza hasta mí y queda a mi lado. Teclea algo en la caja de cristal y la portezuela se abre. Retrocedo.

—¿Qué es eso? —pregunto—. ¿Por qué no usas guantes?

—¿Crees que estás en condiciones de darme órdenes?

Ya empezamos.

No contesto.

—Este —dice tomando la caja que parece una miniheladera— es el motivo por el cual estás aquí y lo que te salvará el programa de residencias.

—¿Y de qué se trata?

—Lo llamo Cuerpos.

Abro los ojos con sorpresa.

Él se explica:

—Conserva Única de Experimentos Pre Oficializados Seleccionados.

—Ah.

—En otras palabras: es un criadero de células madre para mejorar la genética embrionaria. Le iba a poner Crimen, pero N no coincidía y podía generar confusión en cuestiones legales para la

patente.

—¿Entonces son algo así como embriones cuya genética ha sido retocada?

—Exacto. Y es legal. Pero no ha sido patentado.

—¿Y a qué se debe lo de Seleccionados?

Quizás le gusta seleccionar cuerpos y de ahí viene el ánimo sádico de este cerdo. Pero lo que más me enoja es caer en la cuenta de que quizás se trate de una desecha embrionaria de aquellos que son defectuosos.

Entonces, ¿a esto se dedica? ¿Será este su verdadero negocio? ¿Traficar embriones? Dudo que eso sea legal. Pero no entiendo por qué me mostraría algo así y me haría partícipe.

—¿En verdad lo quieres saber? —me pregunta.

—Claro que quiero.

—Son embriones comprados que estaban seleccionados para desechar. Embriones defectuosos de estados donde es legal su eliminación.

Definitivamente lo he juzgado mal.

Nicholas: 1. Natalie: 0.

—¿Eres algo así como un... salvador de bebés o los usas para experimentar?

—Ambas cosas. Experimento la corrección de los genes defectuosos para mejorar sus posibilidades de sobrevivir. Intento salvarles la vida a esas personas.

—¿Y cómo ha resultado la implantación?

—Hasta el momento no hemos tenido una mamá voluntaria para probarlo. ¿Quieres ser la primera?

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Algo así.

Me mira con picardía y mete a sus bebés a la caja de cristal.

—¿Así que también haces bromas? No conocía esa parte de ti —le digo.

—Ni la conocerás.

—Tampoco sabía que salieras a clubes nocturnos.

—Yo tampoco me imaginaba que ibas a acosarme y chantajearme en ese lugar —dice mientras se dirige a sus cajones.

—Yo solo salí con mi amiga. Te encontré ahí de casualidad. Y fue una buena... oportunidad.

—¿Para extorsionarme? —Saca una carpeta.

—No. Para tener una nueva oportunidad. Si estoy aquí es porque me castigaste, Nicholas.

Lllamarlo por su nombre hace que levante la mirada y me mire de manera inexplicable. No puedo distinguir a ciencia cierta qué implica ese glacial vistazo que me ha arrojado. Pero su reacción vino antes de que lo llamase por el nombre. Fue justo después de pronunciar la palabra «castigaste».

—Lo siento —murmuro.

—No, no lo sientes.

¿Cómo lo sabe?

—¿Qué? —murmuro.

—Si en verdad lo sintieras, dejarías de pedir disculpas y dejarías de ser tan irrespetuosa.

—Tú eres irrespetuoso conmigo.

—Claro que no.

—Claro que sí.

—Por ejemplo, ¿cuándo?

—Cuando das órdenes.

—Soy tu jefe.

—¡Eres un dictador!

Ay, carajo. La he vuelto a cagar.

Jefferson levanta una ceja.

—Vamos, hazlo —dice él.

—¿Eh?

—Discúlpate. Di que lo sientes.

—Yo...

—¿Ves? No lo sientes. Haré de cuenta que no escuché eso, puesto que de todas formas no volverá a repetirse, ¿estamos?

Maldito hijo de puta.

—S...sí —le digo con un ligero temblor en la voz.

Jefferson encuentra en la carpeta lo que estaba buscando y me lo muestra. Hay algunas ecuaciones y estructuras de ADN.

—¿Alguna vez pensaste en ser genetista? —me pregunta.

—Mmm, no.

—Ahora lo vas a empezar a pensar. Este es mi proyecto y la manera de llevarlo a cabo. Hay otros cinco bebés esperando ser retocados y te harás cargo de uno. Primero, tendrás que estudiar esa carpeta.

La tomo en manos. ¡Pesa como cinco kilos! ¡Son más de dos mil hojas entre bibliografía, imágenes y planos!

—¿No querías conservar el trabajo?

—S... sí, pero...

—¿No te gusta tu profesión?

—¡Claro que me gusta!

—Pues no deberías dejar de estudiar, Nat. O serás una mediocre profesional con un título colgado en la pared sin mucha utilidad práctica.

Deja la carpeta a mi disposición, busca las llaves de su auto en un cajón del escritorio y se dirige a la puerta.

—Cierra cuando salgas. Puedes llevártela si no llegas a las siete a ver todo eso. Intenta cien páginas por día. En menos de un mes, estarás lista.

—¿Es en serio? —Me giro hacia él.

—Lo es. Podrías ayudar a mucha gente. También está pensado para curar tumores malignos. Considéralo un favor. Intento... ayudar.

Se muerde el labio inferior, da la vuelta y se va.

Me quedo petrificada en mi lugar, dándole vueltas una y mil veces a lo que me acaba de decir.

«Curar tumores malignos.»

«Intento ayudar.»

Mis ojos se llenan de lágrimas. Me dejo caer en una de las sillas frente al escritorio.

Las lágrimas caen por mis mejillas ardiendo.

El infierno se ha venido encima de mí.

Maldito... animal. Demonio. Imbécil. No hay insultos para describir el odio que ahora mismo siento por él.

Es un monstruo con todas las letras. Si creía que su crueldad no cruzaría límites, estaba equivocada.

No creo que pueda hacerlo.

No creo que lo vaya a lograr.

El hijo de puta se ha referido a mi mamá.

«También está pensado para curar tumores malignos.»

Te odio, Jefferson. Como nunca odié a nadie.

No soy la única que intentó averiguar algo sobre los demás.

Jefferson también investigó sobre mí.

#008

#AMENAZADA

Considéralo un favor.

Intento ayudar.

Considéralo un favor.

Intento ayudar.

Considéralo un favor.

Un favor a tu bolsillo, querrás decir. Si de eso se trata con lo que quieres lucrar, bien, ha llegado la hora de que también me meta en este juego. Puedo darte guerra, idiota. No sabes con quién te estás metiendo.

Miro la carpeta.

¿Con que intenta salvar la vida de esas personas? Es el primero al que le escucho referirse a los embriones como personas. Es todo un debate ético si lo son o no. Yo sí lo considero así y punto. Está claro que él no.

Lo dice, pero no lo hace.

¡Jefferson es lo peor que podría haber conocido alguna vez, santo cielo! Es peor de lo que cualquier persona se imagina.

«También está pensado para curar tumores malignos.»

Por un momento considero la idea de denunciarlo. Sea por acoso, sea por su interés de lucrar a costa de embriones que están por ser desechados. ¡No le creo una palabra eso de «salvarles la vida»!

Miro la carpeta.

La miro con un odio que jamás había sentido hacia algo o hacia alguien.

Puedo hacer esto.

Puedo hacerlo.

Si lo denuncio, será después de leer bien cada artículo de esa mierda.

Yo también puedo darle guerra en su juego.

Y estoy dispuesta a cambiar todas sus reglas.

Finalmente tomo la carpeta, me pongo de pie y me largo de ese infierno.

ChocolateCake: Babe, ¿has podido averiguar algo sobre la empresa de limpieza?

GiveMeTheDrugsBabe: No, Pastelito. Pero ¿lo necesitas con suma urgencia?

ChocolateCake: Algo así. Tengo algunas teorías...

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Se pueden constatar?

ChocolateCake: No aún.

WhoIsTheSamurái: ¡Ten cuidado, Pastelito! ¡No le reveles tu identidad *hacker* a nadie!

ChocolateCake: Ya lo sé, Samurái. Por eso no meteré a la policía.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Harás justicia por mano propia?

ChocolateCake: De ser necesario, sí.

WhoIsTheSamurái: Uuuhhh. No te ensucies las manos, Pastelito. Recuerda que cuentas con nuestra ayuda para lo que necesites. De todas formas, considera que en estos casos, ¿qué podría hacer la policía?

ChocolateCake: Gracias, Samurái. Y tienes mucha razón. Pero, de momento, solo necesito averiguar eso que les envié. El tiempo dirá. Quizás en menos de un mes pueda tener la cura que busco.

WhoIsTheSamurái: ¿Buscas una cura?

ChocolateCake: Me refería a que tendré las respuestas que busco. Ya debo irme. De golpe me han llegado miles de páginas que estudiar. Los adoro.

GiveMeTheDrugsBabe: Cuídate, Pastelito.

WhoIsTheSamurái: Gracias, chicos.

Usted se ha desconectado.

Me devoro cien páginas en menos de cuatro horas. Para las cinco de la mañana ya he ingerido tres litros de café caliente y he ido al baño unas diez veces. Cuando estoy por llegar a las trescientas páginas, miro la hora: son casi las seis de la mañana. Afuera el cielo se empieza a teñir de rosado. Nunca había leído algo tan rápido, salvo cuando de joven hacía maratones con amigos *booktubers* a ver quién leía más libros en una semana. En esos momentos sí que no dormía durante varios días, aunque igualmente siempre perdía. Nunca me animé a hacer una reseña. Nunca colgué un video en Internet. Estar en el anonimato no siempre te da desventajas, te permite una perspectiva única para hurgar en las cosas de los demás, y si alguien te ve pasar, te ignora porque eres un simple *stalker* sin vida.

Me gustan los márgenes, me siento cómoda, aunque a veces me sorprende como una espectadora de mi propia vida. Meterme en ella a veces me resulta demasiado complicado y quizás a eso se deba que me fascine la privacidad de otros, me hace sentir parte de algo que nunca seré en verdad.

A veces hay que salir de ese palco para entrar en escena. Mis esfuerzos con la Escuela de Medicina son mis intentos por ayudar a mamá. Ya perdí a mi padre hace años, no quiero quedar huérfana... no tan pronto. Ella ya ha sufrido mucho, nunca contamos con dinero para sus tratamientos, ya que invirtió todo en mis estudios, y ahora debo devolverle eso en forma de una jodida cura. No lo hace por interés, estoy segura, yo decidí esta carrera, la estudio porque me gusta, aunque reconozco que lo que le ocurrió influyó mucho. Varias veces consideré estudiar Ingeniería en Ciberseguridad o Programación de Aplicaciones, pero eso no quitaría la mierda enquistada en el cerebelo de mamá. Y yo la saqué barata. Mi hermana mayor está en casa, cuidando de la persona que dedicó su vida a intentar sacarnos de la miseria. Ambas hacemos lo nuestro con tal de poder ayudarla.

Pero esto nadie lo sabe. Solo Sophia y mi familia; ni uno más. Bueno... eso creía. Hasta que Jefferson empezó a hurgar donde no debía. No desperdiciaré tiempo en indagar sobre sus sucios negocios donde se vuelve rico a costa de la desesperación de padres que no pueden tener hijos y donde se califica a sí mismo como «el salvador de esos bebés». No tengo nada para constatar

esto, pero sí están mis amigos trabajando para poder averiguarlo. *Una cosa. Solo una necesito para hacer tu vida imposible, Nicholas Jefferson.*

Ha metido a mi madre en esto.

Me ha extorsionado con su enfermedad. Con esa puta enfermedad que ni siquiera tiene un diagnóstico definido. Con esos putos médicos que nunca quisieron costear los tratamientos de ella o los de mi padre cuando tuvo su accidente laboral. Era obrero. Cayó de un cuarto piso en un edificio en construcción.

Mi vida es un pantano entre sombras.

Y Nicholas Jefferson ha tomado el camino equivocado al meterse en él.

Pero ¿qué tanto sabe de mí? No mucho, evidentemente. Si no, ya me hubiera denunciado por sacarle esas jodidas quinientas libras.

Esto recién comienza.

Recién acaba de empezar... estoy dispuesta a hacerlo mejor.

Un poco cansada, me dirijo a la alacena. Saco una *ayudita* que compré a un compañero de facultad en épocas de examen y me hago un té de coca. Es asqueroso. Pero me ayuda cuando lo necesito. Luego debo andar con caramelos mentolados ultrafuertes, pero es eso o meter la inyección en el lugar equivocado ante alguna urgencia.

Prefiero el aliento a coca.

—¿Dormiste bien anoche? —dice Sophia al verme en Modo Zombie Toxicómano.

—Algo así.

—¿No estás cansada?

—De hecho, me siento hiperalerta.

—¿Consumiste drogas?

—Claro que no.

Mentirita piadosa.

—Bueno. Quizás deberías dormir mejor. ¿Sigues jugando videojuegos?

—Sí. Hoy me levanté temprano para pasar a Fase Tres. Investigo el modo de asesinar a un doctor maldito.

Sophia frunce el entrecejo y arroja una carcajada.

—¿Ya estás lista para vengarte de Jefferson?

—No...

—¿Imaginas la cara de Jefferson para matar a ese tipo de tu juego?

—Me conoces perfectamente.

—¿Y cómo se llama?

—«Laboratorio del Horror».

—Ah, vaya. ¡Me gusta el título!

—A mí también... No sabes cuánto.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Pastelito?

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Pastelito?

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Pastelitoooo?

WhoIsTheSamurái: Creo que no está.

GiveMeTheDrugsBabe: Mierda.

WhoIsTheSamurái: ¿Necesitas ayuda con algo?

GiveMeTheDrugsBabe: No, pero he conseguido información que sería de mucha ayuda.

WhoIsTheSamurái: ¿Ya encontraste el modo en que la empresa de limpieza lava dinero?

GiveMeTheDrugsBabe: No. Algo mejor que eso.

WhoIsTheSamurái: Guau.

WhoIsTheSamurái: ¿Y se puede saber?

GiveMeTheDrugsBabe: Esperemos a que Pastelito se conecte y lo averigüe. Si quieres, puedes ir indagando en algunas cositas y sacar tus propias conclusiones.

WhoIsTheSamurái: Dime que la evasión es millonaria.

GiveMeTheDrugsBabe: No te imaginas.

WhoIsTheSamurái: ¡Muestra!

GiveMeTheDrugsBabe: IMAGEN.

WhoIsTheSamurái: ¿Quién es Nicholas Jefferson?

GiveMeTheDrugsBabe: Puedes ir investigando acerca de él. Quizás resulte de utilidad a Pastelito.

ChocolateCake: Chicos, disculpen, no se hacen una idea el día espantoso que he tenido. Demasiado trabajo. Casi me quedo dormida en medio de una cirugía. ¿Qué novedades hay?

GiveMeTheDrugsBabe: IMAGEN

ChocolateCake: No me digas que lo hiciste.

GiveMeTheDrugsBabe: Si algún día te veo, me das un besito.

ChocolateCake: Créeme que lo haré <3

Usted se ha desconectado.

#009

#OSCURO

—¡Nat! ¡Qué gusto verte de nuevo!

Serge deja unas pipetas al verme llegar y me recibe con una enorme sonrisa que evidencia sus blancos dientes.

—Oh, gracias, Serge. Eres un encanto.

—De nada. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué? —Me pongo la chaqueta y las antiparras.

—Te noto un poco preocupada.

—Gracias por preocuparte. Solo creo que debería descansar mejor. ¿Tú cómo has estado?

Definitivamente Serge es un gran observador. Quisiera poder hablar con alguien de *esto*. Quisiera poder decírselo a Sophia. Pero no tengo idea qué tan grande sea la bomba que llevo entre manos. Solo llevo tres días en este laboratorio y ya me he estudiado la mitad de la supercarpeta Jefferson.

Jefferson...

No tiene que ser cierto.

Mi cabeza no ha dejado de darle vueltas. Le pedí a Babe que me confirmara todo, que ponga en copia de fuentes, códigos, los virus que envió, los rastreadores que utilizó, hasta que fue Samurái quien dio con la información certera.

Aun así no termina de cuadrar en mis esquemas.

—¿Crees que podrías?

—¿Eh? —me espabilo.

—Ejem... ¿segura que estás bien? Creo que deberías pedirle permiso al doctor e irte a descansar.

—Lo estoy, descuida. ¿Qué me decías recién?

—Te consultaba si... Olvídalo.

—No, en verdad. —Me giro hacia él—. Repítemelo. Esta vez prestaré atención, disculpa.

—Bien, yo... te decía si quisieras...

La puerta se abre de sopetón y ambos nos alteramos.

Jefferson entra con la chaqueta abierta y las antiparras sujetas a su cuero cabelludo.

—Sigan hablando, prometo no espiar —dice mientras se lava las manos.

—Dame tu celular —me dice Serge muy por lo bajo.

—¿Qué?

—Dámelo.

Se lo paso y él, rápidamente, escribe algo. Me lo devuelve.

—¡Adiós! —se apresura en despedirse y sale.

Miro la pantalla.

¿Tienes planes para el viernes por la noche?

Y su número de teléfono.

—Natalie Hale, ya sabes que está prohibido tener encendido los celulares aquí dentro —me reta Jefferson.

—Claro —murmuro con un poco de reticencia. Hago una captura a la pantalla y apago el celular para luego guardarlo.

—¿Estuviste estudiando? —me pregunta el doctor.

—Sí.

—¿Estás lista para una primera prueba?

Se coloca un guante de látex y el estómago me da un vuelco. ¿Qué sería una prueba para él?

—Supongo que sí... —titubeo.

Dirtyzzxxx es una empresa productora de contenido audiovisual para adultos. Sus inicios en la industria de la pornografía datan desde el año 2011 y tiene sede en Inglaterra, Estados Unidos y partes de Latinoamérica.

Inicialmente fue fundada bajo el nombre «Clean & Dirty» con otras siglas que hacían a su título de patente, sin embargo, se cambió luego de una refundación en el año 2016 tras el escándalo con el doctor Jeill Nahej, quien violó el estatuto de anonimato de sus dueños y dio a conocer su empresa tras salir con una estrella pornográfica...

—Ahora, meteré la pipeta por aquí.

Cuando Nick me dice esas palabras, mi corazón se acelera. Él solo me ha pasado un distribuidor, pero mi cabeza ha dado una interpretación inesperada con sus palabras.

No puedo arrancar de mis pensamientos la conversación que tuve con Babe y Samurái.

—Vamos, déjame hacerlo. El componente genético se va a enfriar.

—Yo... claro.

Y mete la pipeta por donde quiere.

ChocolateCake: Tiene que ser una puta broma.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Por qué bromearíamos con algo así, Pastelito?

ChocolateCake: ¿Conozco a cada uno de esos socios!

WhoIsTheSamurái: Uy, creo que nos estás dando información personal.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Les has roto el anonimato a esos socios?

ChocolateCake: No, o no lo sé. No aún. Debe haber un error. Uno de ellos cuida muy bien su reputación profesional.

WhoIsTheSamurái: Es parte de un negocio millonario, yo creo que cuida excelentemente bien su cuenta bancaria.

ChocolateCake: No lo entiendes. Se dedican a algo mucho más... serio que eso. Más «profesional». ¿Me explico?

GiveMeTheDrugsBabe: ¿«Más serio»? Que yo sepa, esta gente no hace nada dentro de los márgenes de la ilegalidad. Quizás tus prejuicios respecto de su buen talento para hacer negocios sea lo que te está molestando. Es como la luna.

ChocolateCake: ¿Y qué tiene que ver la luna?

GiveMeTheDrugsBabe: Existe la probabilidad de que ese hombre del que hablas

tenga un lado oculto, como la luna. Nosotros podemos ver el lado iluminado por la luz del sol. O mejor dicho, tú puedes ver eso en su desempeño. Es un buen profesional pero también un buen negociante. Y ese último punto es el lado oculto que no conocías.

ChocolateCake: Me gusta tu metáfora, Babe, pero el punto aquí es otro. Evidentemente temen que el mundo sepa sus nombres. Eso solo se explicaría si tuviesen algún negocio sucio.

WhoIsTheSamurái: Es posible que se resguarden de gente como tú (sin ánimos de ofender).

ChocolateCake: ¿A qué te refieres? ¿Y cómo debo interpretar eso sin que me sienta ofendida?

GiveMeTheDrugsBabe: Calma, Pastelito. Supongo que a lo que Samurái se refiere es que el mundo tiene un prejuicio con la gente que se dedica a la industria pornográfica. Son negocios. Como los que venden bebidas adictivas. Pero las bebidas adictivas son mucho peores.

ChocolateCake: ¿Y si algo hacen? ¿Y si en verdad están haciendo algo terrible por lo que no quieren revelar sus identidades?

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Algo como qué?

WhoIsTheSamurái: Quizás Pastelito tenga razón, Babe. Piénsalo: no sería descabellado descartar la posibilidad. Es probable que debiéramos investigar más a esos tales Nicholas, Ken y Kaneki.

ChocolateCake: ¡No! ¡Basta! ¡Deténganse con sus investigaciones! Ha sido suficiente... por ahora.

WhoIsTheSamurái: Vaya forma de agradecer.

ChocolateCake: Por favor, no lo tomen a la ligera. Agradezco mucho lo que hicieron por mí pero preferiría que se detengan ahora.

GiveMeTheDrugsBabe: Tú sabes que no podemos... Las reglas, Pastelito. Debemos investigar las probabilidades de que haya algo o alguien en peligro. Puede que algún negocio ilegal.

ChocolateCake: ¿Acaso no es ilegal esto que hacemos?

WhoIsTheSamurái: Es en beneficio de algo mayor. O se te olvida al tipo que estuvo persiguiendo a las turistas con un alojamiento de mentira.

ChocolateCake: Lo sé, lo sé, pero ¿acaso en el mundo no se hacen cosas legales en pos de perjudicar a otros? Pues también se hacen cosas ilegales en beneficio de algo mayor como lo que hicimos en su momento. Pero también hay cosas que, supongo, mejor no seguir enterándonos.

GiveMeTheDrugsBabe: Me temo que tienes razón, Pastelito. Pero solo por respeto a ti detendré mi investigación.

ChocolateCake: Oh, no sabes cuánto te lo agradezco.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Qué hay de ti, Samurái?

WhoIsTheSamurái: Confiamos en ti y tú confías en nosotros, Pastelito. Si hemos llegado a un acuerdo, debemos respetarlo. Nos detendremos. Sin embargo, ya sabes que en caso de que...

ChocolateCake: Sí, sí. Lo sé. Les debo una, chicos. Son lo mejor.

GiveMeTheDrugsBabe: Descuida. Tú también nos provees de favores cuando te necesitamos.

—Ahora, mete tú la pipeta aquí. ¿Leíste la parte de la taxonomía molecular?

—¿Eh? Mmm, no. Esto, sí. ¿Sexto capítulo?

—Séptimo.

Mi error parece no haberle agradado a Jefferson.

Lo tengo a menos de un metro de distancia mientras estudiamos las mitosis sucesivas de una molécula de ADN vegetal.

Pero su cercanía hace que no pueda dejar de mirar sus labios cuando me habla:

—¿Quieres un café?

—No, yo... Creo que debo irme —le digo y dejo la pipeta en su lugar.

—¿Qué ocurre?

—No puedo contigo.

—¿Eh?

—Que no puedo con esto. Ha sido un día largo, he estado estudiando demasiado en estos días y el agotamiento no me deja procesar bien.

—Natalie, ya sabes que el descanso fija los conocimientos.

Lo observo.

—Ya lo sé, Jefferson. Necesito ir a fijar los conocimientos.

Él suspira y empieza a guardar todo. Se quita la chaqueta y hago lo mismo con cada uno de los elementos que me he puesto para llevar a cabo la prueba. Una vez que busco mi abrigo, él me detiene:

—Aguarda, Natalie.

Me doy vuelta.

«También está pensado para curar tumores malignos.»

Me va a decir que estuvo investigando. Que sabe que yo me metí en sus cosas. Me va a echar definitivamente. Me va a odiar. Defraudaré a mamá, demoraré aún más en terminar la carrera y seré un fiasco para toda la familia.

—¿S-sí? —le pregunto, temerosa, mirando al suelo. Fijo los ojos en sus zapatos de cuero y pienso en su perfume. Sacudo la cabeza tratando de quitarme la idea.

—¿Por qué dices sí y niegas con la cabeza?

—¿Yo hice eso?

Nicholas tuerce el gesto.

—Me dieron esto para ti. —Me extiende un papel doblado.

—¿D-de q-quiénn?

—Un señor que estaba gritando en recepción en la hora del almuerzo. Quería verte. Estaba muy enojado.

—Oh.

Me hago una idea de quién puede ser y muero de vergüenza.

Le recibo el papel.

—¿Lo leíste? —le pregunto enrojecida y con unas insoportables ganas de llorar, pero no permito quebrarme.

—No... no hizo falta —menciona.

—Claro —mi voz suena entrecortada—. Hasta luego.

—Adiós.

Espero a salir del hospital para ver la nota. Está nublado. Ya ha anochecido y tengo ganas de perderme en cualquier callejón.

Mis lágrimas mojan el papel cuando lo abro.

En 24 horas serás desalojada por falta de pago.

#010

#ESPERANZA

¿Está bien o está mal? ¿Quién soy yo para emitir un juicio de valor al respecto? Estamos en pleno siglo XXI, la gente presta su consentimiento para hacer lo que sea, no es nada fuera de la legalidad. La gente se mata para que su familia sea indemnizada. ¿Eso está mal? Claro que lo está. ¿Y la gente que presta su cuerpo para recibir dinero? ¿Yo lo haría? ¿En una situación de desesperación? No. No lo haría. Pero hay quienes sí. Y hay quienes se valen de esa desesperación. Hay algunos que ni siquiera desesperan, se supone que disfrutan y aman lo que hacen. ¿Tienen vocación? ¿Existe la vocación real por una profesión? No se puede generalizar, supongo. En la industria del porno tampoco.

Cuando mamá me llama, me doy cuenta de que, o bien no he dormido, o me he pasado toda la noche dándole vueltas al Caso Jefferson. Una noche atrás soñé con él. Estábamos en el laboratorio y se agarraba el bulto. Mi corazón se desesperaba y quería arrojarme entre sus piernas. Pero el sueño (o pesadilla, mejor dicho) se desvaneció al escuchar «eso es, nena, cómete ese pack» y encontrarme con una cámara grabándonos. Desperté sintiéndome culpable de nada en concreto o... de muchas cosas a la vez.

—Mamá —contesto al teléfono—. ¿Cómo estás?

—Ya sabes. Un poco adolorida pero lo puedo... soportar. ¿Y tú? ¿Qué tal va ese periodo de prácticas remuneradas de mi doctora favorita?

—Uff, no te haces una idea.

—Me alegra tanto que te esté yendo fenomenal, hija. Y que te despiertes más temprano. Saber que estás tomando responsabilidades adultas me llena el corazón de orgu...

Alguien golpea la puerta.

Carajo.

Es él, pienso.

Aunque no. No puede ser. Jefferson no sabe dónde vivo. ¿O sí? ¿Lo descubrió? ¿Sabe que le robé quinientas libras? ¿Sabe que querría robarle otros miles para pagar mis deudas? No. No lo haré. Yo no he robado su dinero. Él ha pagado a Sophia por un favor que me concedió por su poca paciencia y tolerancia.

Sophia merecía ese dinero.

Yo necesitaba continuar con mi práctica.

Él debería mejorar su actitud.

Pienso en mil excusas de camino a la puerta y mi respiración va demasiado rápido.

Hasta que abro la puerta.

—¿Manuel?

Se trata del español dueño del consorcio de departamentos de mala muerte donde alquilo mi caja de zapatos. Quizás si no hubiese contratado tantos *softwares*, videojuegos y *malwares*, podría haber cancelado una parte de la deuda. El sujeto tiene cara de pocos amigos, es gordo, viste una camisa holgada, es un poco calvo y sus ojos tienen una enorme semejanza con los de un gorila.

Ay, no. Ay, no...

—Prometió que me daría veinticuatro horas —le digo con el corazón en un puño y la garganta como si me la apresasen un par de manos de hierro—. Aún no he encontrado dónde ir. Solo...

—Tu recibo.

Lo miro, ensimismada.

—¿Qué?

—Ten. —Sacude el papel en mis narices.

Lo tomo con velocidad.

Recibí de la señorita Natalie Hale la suma de 10.000 (diez mil) libras por intermedio de transferencia bancaria, correspondientes a los meses en mora y habiendo comprendido dos meses más, pagos por adelantado.

Comprobante de pago original.

MANUEL GARCÍA

Representante de García, Servicios inmobiliarios

—Ya era hora —dice el tipo y me da la espalda—. La próxima vez no seré tan compasivo.

—¡Aguarda! —le digo. Él se detiene, da un suspiro y se gira hacia mí.

—¿Qué quieres?

—Ejem... ¿cuándo... se supone que te pagaron esto? ¿O quién lo hizo?

—Pues tú —dice como quien contesta a una loca y hace un gesto con un dedo índice en su sien.

Me da la espalda y termina por retirarse.

Miro el recibo.

¿Qué carajo es esto? Yo no he pagado nada.

¿Sophia? ¿Mamá? ¿Mi hermana? Lo dudo. Ninguna de ellas tres tiene diez mil libras.

¿Babe? ¿Samurái? Imposible. Si supieran quién soy, ya me lo hubieran dicho. Confían en mí y yo en ellos.

Una imagen cruza por mi cabeza y salgo corriendo hasta mi cuarto para buscar la *tablet*. Entro a mi usuario de HardDeep y me meto a la cuenta bancaria de Nicholas Jefferson.

El número resalta y no dejan de impactarme tantas cifras juntas.

Saldo actual

£ 5.781.005.987

Deslizo la pantalla hasta dar con sus últimas transferencias y movimientos bancarios.

Me caigo de culo a la cama.

—No... Puede... Ser...

De pronto recuerdo lo que dijo Babe.

«*Es el lado oculto que no conocías.*»

#011

#BOMBAZO

Abro las puertas del despacho de Jefferson y lo confronto. Está conversando con Ken, una kinesióloga, y con otra mujer más.

—¿Qué diablos crees que haces —le suelto.

Todos se asustan menos Jefferson, quien me observa impasible.

—¿Hale? —dice la mujer. La reconozco. Es doctora en el servicio maternal, me dictó la materia de Introducción a la Ginecología. Aduló mi trabajo final con el que aprobé su asignatura; sin embargo, ahora estoy tan furiosa que la ignoro.

—Hale, por favor, estamos en reunión —trata de explicar Jefferson, poniéndose de pie.

—¿Por qué mierda hiciste eso? —le digo. Mi corazón es una bomba a punto de reventar, las mejillas y los ojos me arden; tengo las manos cerradas en dos puños. Si no fuese de las personas que se muerden las uñas, me las estaría clavando ahora mismo.

—¿Me disculpan? —dice Jefferson, me toma de un brazo y me saca del despacho. Afuera hay algunas personas miroteando, entre ellas, Beatrice quien se mete y le dice al doctor:

—¿Quiere que llame a la policía?

—No es necesario, Bea.

Él me arrastra hasta un despacho vacío. Es el de Ken.

—Está muy alterada...—insiste la zorra.

—Te dije que no es necesario.

Y cierra la puerta en sus narices.

Me dejo caer en la silla más próxima, mirándolo con furia. Quisiera asesinarlo. No. No quisiera. QUIERO asesinarlo en este mismo instante.

—¿Qué-carajo-fue-eso? —suelta cada palabra con dos dedos cerrados en el puente de su nariz, como hace cada vez que está a punto de explotar. Tarde, doctor, su alumna ya ha explotado.

—Tú qué carajo has hecho.

—¿A qué te refieres?

—Esto.

Y le arrojo el recibo al suelo, hecho un bollo de tanto que lo apreté. No lo he soltado desde que salí de darme una ducha con agua hirviendo.

—Carajo.

Suelta el aire contenido, se coloca a mi lado frente al escritorio de Ken y con ambas manos se sostiene del borde, de pie. Sigo sentada a su lado. Hay una lapicera en el portalápices. La quiero sacar y clavársela en el cuello, bien profundo.

—¿Por qué hiciste eso? —insisto.

—Simplemente... Hice lo que debía —se excusa.

—¡No! ¡Ese es el punto! ¡No debías hacer eso!

—Te iban a desalojar, Hale.

—Y a ti qué carajo te importa.

—Ibas a quedarte en la calle.

—Qué mierda sabes de cuál iba a ser mi plan.

—¿Acaso tenías un plan? —Me mira.

—Por supuesto que tenía un plan.

—Y cuál era tu bendito plan.

Por algún motivo no ha sonado como pregunta. Titubeo. Sabe que no tenía un plan.

—Me... me iba a ir... a casa de Sophia.

—¿Petrova? ¿Sophia Petrova?

—Sí. Veo que sabes los nombres de tus residentes ¿o eso es solo cuando estás furioso?

—Sé que es tu amiga. Las veo cuchichear todo el tiempo.

—¡Nos miras?! ¡Eso es de pervertido!

—¡Es imposible no verlas cuchichear si a cada rato se dicen algún chisme por lo bajo y se ríen en las narices de uno!

Vaya. No sabía que el indomable Jefferson fuese tan susceptible. Pero eso no quita que sea un Idiota Marca Registrada.

—Hablé... con ella —admite al fin.

Mi cabeza se enciende en una enorme alerta. Sophia no sabe de mis deudas. No sabe que estuvieron a punto de dejarme en la calle, y es que no me animé a reconocerlo ni siquiera frente a mi madre. Creía que en algún momento... podría con esto sola. Creía que podría independizarme sin que ningún puto cliente volviese a reclamarme que su bistec está frío o que las papas de su comida no están lo suficientemente cocidas como cuando trabajaba de mesera. Creía que no sería necesario volver a eso. Pero me equivocaba.

—¿Que hiciste qué? —le pregunto con el corazón en los pies.

Él busca la silla pero no se pone al otro lado del escritorio, sino que se sienta justo a mi lado.

Me escrudiña con sus grandes ojos azules que me parten el corazón en mil al saber que me está observando como si fuese una indigente o una muerta de hambre... que es lo que en verdad soy.

—Descuida. No le conté lo de tu deuda.

—¿Y qué carajo hiciste, Jefferson?

—Yo... le pregunté simplemente si tenían planes de vivir juntas. Supuse que ella sería lo más cercano a una amiga en esta ciudad.

—¿Lo «supusiste»?

Me estuviste investigando, cabrón.

—Sí. Lo *supuse*. Como puedo *suponer* muchas cosas de la gente.

¿Ah, sí? Y no te haces una idea cuántas cosas supongo yo de ti, perverso pornógrafo hijo de puta.

—¿Y qué te dijo? —trato de evadir su amenaza indirecta.

—Me dijo que no. Tampoco entendía por qué hacía yo esa pregunta, pero tampoco le di explicaciones. Deduje que si nadie sabía lo de tus... deudas, es porque tú no querías que lo supieran.

—¿Deudas? ¡No tengo deudas en plural!

Sí, sí las tengo, pero tú lo sabes, cabronazo, sabes que tengo más de una deuda sustancial. Sabes que soy un asqueroso fiasco en el intento de vivir sola e independizarme pero no he podido, me hiere, me destroza y tú, que eres la peor persona a quien hubiese podido conocer, lo sabes.

—Claro. Disculpa. No tienes... deudas en plural. —Baja la mirada y luego me mira. —Pero te he ayudado. Y no quiero que me lo devuelvas. El pago lo hice a tu nombre, pedí en el banco que la transferencia fuera hecha con tus datos, me encargué de que así fuese, no entiendo qué carajo sucedió.

—Lamentablemente no se encargaron muy bien.

Yo qué sé, ¿verdad? Pero una usuaria de HardDeep puede ver lo que los demás no ven. De pronto caigo en que Jefferson podría investigarlo como le gusta investigar tantas cosas... y estaré muerta.

—Te propongo un trato, Natalie.

Mi corazón se encoge y clavo mis ojos en los suyos. Lo detesto. Pero mis labios tiemblan al escucharlo y hacerme una idea de la cantidad de cosas que la palabra «trato» pudiese implicar.

—¿C... cuál?

Él se acomoda en la silla con los codos sobre las rodillas y me mira de frente:

—Te pagaré por formar parte de mi proyecto.

Mi cabeza queda en blanco por un instante, procesando lo que acaba de decirme.

Los segundos pasan.

Me quedo sin habla.

Debo volver.

Debo regresar a Tierra.

Lo miro. Lo odio.

Quiero arrancarle los ojos.

Renace una furia en mí, hasta el momento, desconocida. Saldré de aquí y le contaré a cada puta persona sus sucios secretos.

¡Sucios! Claro. «Dirty».

—¡¡No quiero tu sucio dinero!!

Suelto las palabras como si pudiese morderlas. Se las digo tan cerca que parece querer asesinarme también con la mirada. Él intenta mantener la calma:

—Nat, yo...

—¡¡No me llames Nat!!

—... yo solo intento ayudar.

—¡¡No necesito que me ayudes!!

—¿Por qué mierda eres tan orgullosa?

—¿Y tú por qué mierda eres tan humillante?

—¿Humillante? ¡Tú eres quien acaba de entrar en *mi* despacho y me ha dejado en ridículo frente a *mis* colegas!

—¡Oh, lo siento! ¡No quería ensuciar tu legajo profesional!

—¡Deja de decir la palabra «sucio»!

Sus ojos están que echan fuego.

—¿Ah, sí? —arrojo más combustible al explosivo—. Pues escucha lo que tengo para decir: sucio-sucio-sucio.

—¡Mierda, Nat!

—¡¿Qué?!

—¡No te haces una idea de lo difícil que es esto!

—¿El qué?

Y rompe la distancia entre nosotros atrayéndome de golpe a su boca en un beso sorpresivo.

#012

#DESQUICIADA

Los ingresos de Dirty son de aproximadamente veinte millones de libras al año. En la historia de su sitio web, señalan que fue fundada por cuatro estudiantes universitarios que necesitaban concluir sus carreras con ingresos extras, y así surge C&D como una «pequeña empresa». Al principio contrataban personas desconocidas y, con un contrato y anuncios publicitarios de muy bajo presupuesto, comenzaron a hacer videos pornográficos con un canal de retos llamado «Porntubers». Al comienzo pagaron a los primeros usuarios que se descargaron la aplicación e iniciaron su propio canal. El objetivo era hacer retos que ningún famoso de Internet pudiese hacer por restricciones de la web a la cual decidían sumarse.

La aplicación no demoró en entrar en los rankings y sumar audiencia. En su primera semana, se registraron más de diez mil usuarios. Al mes, la app ya registraba sus propias estrellas porntubers. C&D se expandió a la industria pornográfica cinematográfica y comenzó a rodar sus propias películas firmando contratos de exclusividad con sus propias estrellas. Entre ellas se encuentra la famosa PishKishNish de Tokio, quien fue una de las primeras en descargar la aplicación y al año ya sumaba más de quince millones de seguidores y cada uno de sus retos, de las cien a las mil millones de visitas.

Su certificado por el mil millón lo alcanzó después de realizar un video en vivo donde los retos se hacían en directo. A la joven le solicitaron que hiciera actos estrafalarios y se negó. Comenzó a recibir amenazas, sus fanáticos enojados con ella por no responder la empezaron a defenestrar editando videos y hackeando sus cuentas para encontrar los peores momentos. C&D le dio su protección. Sin embargo, tras descubrirse que la superestrella estaba en pareja con Jeill Nahej, uno de los asociados, hasta el momento anónimo, fue expulsada de la red social por violar las normas de la comunidad. Del mismo modo Nahej quedó fuera de la megacompañía por no sostener en secreto su persona, código necesario y riguroso; él envió un comunicado público reconociendo que no había sido de su interés dar a conocer su identidad pero ya estaba hecho.

El incumplimiento del contrato le valió una decisiva sanción a su titulación doctoral y su expulsión de la presidencia de C&D.

La empresa renovó su nombre y al día de hoy siguen sin conocerse sus titulares.

Los fanáticos de PishKishNish detuvieron sus amenazas y hackeos tras el escándalo con la actriz y el doctor.

«No puedo dejar que ensucies mi legajo profesional.»

«No me buscaré a ninguna chica.»

«No puedes estar con ella.»

«¿Puedes...simplemente...venir conmigo?»

«Kaneki es mi...socio.»

«No puedes estar con él.»

«Si no tienes dinero para el taxi, te lo pago yo.»

«No deberías dejar de estudiar, Nat.»
«Trabajarás para mí.»
«Considéralo un favor. Intento...ayudar.»
«Te iban a desalojar.»
«No le conté lo de tu deuda.»
«¡No te haces una idea lo difícil que es esto!»

ChocolateCake: Oye, Babe... ¿Puedo hacerte una pregunta?

GiveMeTheDrugsBabe: Claro, Pastelito. Puedes preguntar lo que desees que no transgreda las normas.

ChocolateCake: Sí, sí, eso lo tengo claro. Verás... Me preguntaba si tú podrías responderme lo siguiente.

GiveMeTheDrugs: Dispara.

ChocolateCake: ¿Por qué la gente ve porno?

GiveMeTheDrugsBabe: No te haces una idea, casi me matas. Hiciste que me ahogara con mi malteada.

ChocolateCake: Oh, lo siento.

GiveMeTheDrugsBabe: Descuida. Me hiciste reír. Al menos iba a morir riendo.

ChocolateCake: J

GiveMeTheDrugsBabe: Verás... no me lo había planteado antes, pero visto que el tema de la web de esos socios es un punto que te ha dejado un poco pensativa, ahora me dejas pensando.

ChocolateCake: De hecho, sí. No termino de entenderlo. Y tampoco me lo había preguntado antes.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Tienes prejuicios contra los tipos que contratan prostitutas?

ChocolateCake: No lo sé, quizás.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Por qué?

ChocolateCake: Porque sostienen el negocio. Igual que aquellos que hacen cosas... peores.

GiveMeTheDrugsBabe: Y tú, ¿alguna vez contrataste una prostituta?

ChocolateCake: No, Babe. Ni lo haría.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Y has visto pornografía?

ChocolateCake: Emmm, ¿alguna vez? Como todo el mundo. Pero no es algo ilegal o fuera de las normas.

GiveMeTheDrugsBabe: Ese es el punto, Pastelito. Tú también eres parte del sistema, por lo tanto, también sostienes la industria del porno.

ChocolateCake: ¿A qué te refieres?

GiveMeTheDrugsBabe: Si lo ves, estás alimentando el negocio.

ChocolateCake: No contraté ni me suscribí a ningún plan.

GiveMeTheDrugsBabe: Igual lo haces, Pastelito. Y sabes cómo funciona esto, no es necesario que te lo explique. ¿Qué diferencia hay entre sostener un sistema que funciona a través de una pantalla a sostener uno en la vida real?

ChocolateCake: Creo que tienes razón... pero aun así. Eso no responde a mi pregunta. ¿Cuál es el motivo por el cual la gente prefiere entrar a una página de Internet y ver porno antes de salir y encontrarse con alguien? Incluso tipos casados, con pareja estable.

GiveMeTheDrugsBabe: No dejes que tu prejuicio te gane. Las mujeres también consumen pornografía y más de lo que te imaginas. De todas las edades.

ChocolateCake: Gracias por hacérmelo notar.

GiveMeTheDrugsBabe: De nada. Y, como verás, te hice un rodeo del tema porque necesitaba pensar una respuesta. Aquí va: Creo que el porno vino a hacernos notar que estamos solos. Sí, es cierto, vivimos rodeados de personas, encerradas en sus celulares, en las pantallas, incluso en libros o en sus auriculares, pero cada uno ha encontrado su modo de encerrarse en una cápsula que el mundo ha diseñado a su medida personal.

ChocolateCake: ¿El mundo? Yo diría que el mercado. El mundo no tiene la culpa de las personas que lo habitamos.

GiveMeTheDrugsBabe: Pues, bien. El mercado. Esa es la época nuestra, Pastelito. Preferimos vivir como burbujas anónimas, incluido el sexo, antes de preferir el encuentro con los otros. Míranos a nosotros, por ejemplo. Somos efecto de eso. Somos el desecho de un mundo de cápsulas y pantallas.

ChocolateCake: Oh, eso me ha dejado un poco... susceptible. No sabes lo terrible que me siento ahora.

GiveMeTheDrugsBabe: Pero no significa que esté mal, Pastelito. Si miramos para atrás, la gente no tenía pantallas pero tenía otras cosas. Ideales, por ejemplo. Era mucho más frecuente que alguien matase en nombre de su religión o en nombre de un partido que profesa. Holocausto, Inquisición. Hoy también sucede, pero diferente. En menor cantidad. Está, pero los derechos humanos y toda esa parafernalia han hecho lo suyo. Nuestra época tiene otros modos de hacernos padecer.

ChocolateCake: ¿La gente padece sus pantallas?

GiveMeTheDrugsBabe: Yo creo. Pero las padece y goza a la vez con ellas, de lo contrario no saldrían de esa cápsula. No saldríamos, porque también estoy dentro de una. Y a ese extraño modo de goce, el porno le sienta de maravilla. Nos demuestra de la forma más cruda que existe que... estamos solos con otros. Pero solos al fin.

ChocolateCake: Eso se oye... deprimente. Es como si nuestro modo de sobrevivir fuese soportando la vida.

GiveMeTheDrugsBabe: De eso se trata. De hacer la vida un poquito más soportable. Después de todo, siempre hay algo que nos terminará ganando, tarde o temprano.

ChocolateCake: La muerte...

GiveMeTheDrugsBabe: Exacto, Pastelito. ¿Y tú? ¿Qué haces para que tu vida sea un

poquito más soportable?

Jefferson se aparta despacio.

Aún siento sus labios en contacto con los míos. Su barba áspera rozando mi piel sensible y suave. Sus labios calientes confortando los míos, pálidos, débiles e inexpertos.

Por un segundo, no soy consciente de lo que está pasando. Es como si todo se hubiese suspendido de repente. Nada hay. Nadie. Solo nosotros. En ese despacho ajeno.

Dejo que el olor a cuero y tabaco me inunde y me dejo llevar por ese perfume tan particular. Inconfundible. Tan... Jefferson.

Nicholas Jefferson, maldita sea, ¿qué me estás haciendo?

Y no lo digo porque me tengas aferrada de mi pequeña cintura con tus enormes y firmes manos. Tampoco porque tu miembro esté ahora mismo apretando por encima de tu pantalón contra mí.

Lo digo porque, durante un pequeño instante, muy muy pequeño, me hiciste sentir que estaba haciendo de mi vida algo un poquito más soportable.

Haciendo algo indebido.

Metiéndome con la persona equivocada.

Poniendo en riesgo mi carrera, la tuya, nuestros proyectos, una profesión.

Como Jeill.

Tu ex socio.

Lo perdió todo.

Culpa de meterse con la persona y en el negocio equivocado.

Termino de apartarme de Jefferson y ambos estamos mudos. Miro a nuestro alrededor y por un instante me cruzo con su mirada azul como un glaciar derritiéndose.

Hasta le hace parecer... frágil.

Nick Jefferson, frágil. Imposible.

Me hago a un lado y me dirijo a la puerta.

Escucho que me detiene diciendo algo de «No dirás que pasó esto, ¿verdad?». O eso creo que dice.

Pero no puedo. Me siento en completo estado de shock.

Nicholas, el jodido doctor, el jefe de Residencias, el profesor erudito de la Universidad, el megaempresario secreto, acaba de besarme.

Lo miro de reojo.

—No —murmuro.

Pero no sé si la palabra ha sido audible.

Salgo del despacho. Me siento pálida. Sophia está a unos pasos. Se acerca a mí. No llega.

—¿Nat?

Intento encontrarme con ella sin llegar a verla.

Es como si estuviese lejos.

Demasiado lejos.

—Nat... ¿estás...?

¿Bien?

No lo sé, So... No sé cómo estoy. No he desayunado hoy. Ayer tampoco. Anoche tenía mucha hambre pero en la alacena no quedaba sopa de pollo ni fideos para poner a hervir, ni arroz, solo un poco de polvo. Además, había un enorme cartel sobre la mesa que decía que me desalojarían, con una deuda de miles de libras y una tarjeta al borde de la amenaza de embargarme.

De pronto no la veo.

No la escucho.

—¡Nat!

Esta vez su voz no es la de ella.

Pero se acerca corriendo hasta mí.

Me desvanezco un segundo antes de que mi cabeza golpee contra el suelo.

#013

#PERSEGUIDA

Cuando puedo abrir los ojos, el mundo es una cosa demasiado extraña para mí. Desde que vivo sola, no había despertado nunca en una cama que no fuese la mía. Menos aún en la de un hospital.

Miro mi cuerpo en la camilla de la sala de Urgencias y mi brazo conectado a un suero proteico. No puede ser cierto. Nunca me había desmayado antes, ni siquiera sabía lo que se sentía. Últimamente andaba un poco muerta en vida pero esta vez es como si hubiese rozado la muerte en un instante y escupida nuevamente al tiempo y espacio presentes. ¿Cuánto tiempo había pasado exactamente?

Mis ojos se aclaran y distingo la figura un poco borrosa de alguien a mi lado. Luego va tomando forma hasta que lo distingo.

—Serge —murmuro—. ¿Qué haces aquí?

Él me dedica una sonrisa y sus hoyuelos se marcan. Tiene puesta una camisa de vestir, pantalones color marrón y zapatos.

—Ey —dice él—. Despertaste pronto.

—¿Cuánto llevo aquí?

—No mucho. —Mira la pantalla de su celular—. Una media hora. Cuando llegué, llevabas veinte minutos.

—Deberías estar haciendo tus cosas, no tienes que preocuparte.

—Oh, descuida. Solo estoy reemplazando a tu amiga. No se separó de ti hasta que la obligaron a retomar sus tareas. —Se acerca un poco a mi oído y me dice un secreto; puedo oler su aliento a pastillas de menta frutada—. Al parecer las cosas están un poco áridas en el Programa de Residencias de Medicina.

Lo miro con evidente preocupación.

Un millar de recuerdos se cruzan por mi cabeza y me hundo en mi propia preocupación. ¿Cuándo fue la última vez que fui el centro de atención? En la escuela me peleé varias veces con algunas chicas y le arranqué los cabellos a muchas de ellas, alguna vez le contesté una palabrota a un profesor pero nunca me había pasado de discutir con una autoridad, mucho menos con un jefe, ni siquiera donde estuve de camarera donde ¡no me faltaban los motivos para escupirles en la cara a esos imbéciles!

—Creo que me tendré que ir despidiendo de estas prácticas —le digo. Él me mira con el entrecejo fruncido. No debe saberlo ya que pertenece a otro programa.

—Discutiste con Jefferson, creo que tarde o temprano alguien iba a terminar haciéndolo. A un residente, me refiero, ya que seguido discute con sus pacientes o con el jefe del Departamento de Neurología, con quien no tiene muy buena relación. En verdad, creo que Jefferson no tiene una relación aunque sea aceptable con nadie.

Me limito a no seguir hablando mal de él. Sé que el desmayo no lo produjo mi intenso enojo hacia Jefferson sino que últimamente estoy débil; apenas como en el hospital puesto que en casa rara vez tengo algo para desayunar o hacerme una comida decente. Ahora que podré ahorrar el sueldo de los próximos meses, ya que no hay alquiler que pagar, quizás tenga la oportunidad de

llenar el refrigerador. Alguna vez pensé en venderlo, pero comería menos de una semana con el dinero; apenas funciona el viejo cacharro.

—Pero yo lo hice y no debería haberlo hecho. —Suspiro llevándome el brazo que no está conectado a mi cabeza adolorida—. Estoy en graves problemas.

—Descuida, tienes que mejorarte. Dudo que las cosas salgan tan mal para ti.

—¿A qué te refieres?

—Muchos vieron lo que ocurrió y bueno... ya sabes. En este hospital, Jefferson tiene varios enemigos.

Una sombra se cruza por mi mirada al escucharlo hablar. «Muchos vieron lo que ocurrió». Y el recuerdo del beso me deja petrificada. Es en parte placentero, cálido, pero le gana mi horror al hacerme una idea de las terribles consecuencias que eso podría implicar.

—¿Qué... qué vieron? —pregunto con un deje de poca cordura en la voz.

—Vimos, en realidad.

Ay, no.

—¡Explícate, Serge! Por... favor.

—Me refiero al modo en que te trata y nos trata a todos. Bastaría testimoniar cada uno y bastaría.

—¿Testimoniar?

Golpean la puerta.

El cabello rubio de mi amiga es lo primero que discierno cuando abre la puerta y se aparece dedicándome una cálida sonrisa.

—¡Buenos días!

Cierra la puerta a sus espaldas y corre hasta mí para abrazarme.

—Nos preocupaste a todos, boba.

—Descuida, Sophia. Estoy bien.

—¿Seguro que no estás embarazada?

Una nueva punzada de culpa me atraviesa el pecho.

—¡Que no! —le contesto. Nadie se embaraza por un beso. Por un maldito beso que nunca debería haber sucedido.

De pronto empiezo a pensar que más de una en este hospital moriría por un beso de Jefferson, pero no es mi caso. Él en su persona, más allá del beso, casi me mata. Imagino que una reacción más propia de mí sería haber vomitado, pero no lo hice porque mi estómago estaba completamente vacío para ese entonces.

Ahora al menos hay una aguja metiéndome azúcar y proteína directo en las venas como una chica anoréxica en fase de gravedad.

Nunca tuve ningún trastorno de la alimentación, solo problemas económicos. Por lo tanto, desde chica suelo ser bastante irrespetuosa con la pirámide alimenticia.

Los especialistas en Nutrición suelen decirte muy convencidos lo que tienes que comer, pero no te dan el dinero para que llenes la alacena o tu heladera.

El recuerdo de mi cena de té y tostadas me llega a la memoria y trato de borrarlo. No quiero eso para mi vida. No volverá a pasar, ya que tendré dinero para comer algo mejor. No debo pagar alquiler en los próximos meses.

Y todo por el maldito de Nicholas Jefferson. «Yo solo quería ayudar», me dijo en cierto momento, pero no se da cuenta de que lo único que hace es perjudicarme más y más.

No quiero que haga caridad conmigo.

¡No quiero que me bese!

—Tengo unas noticias que se caen de culo —murmura Sophia—. Por cierto —me dice—, el chico es muy agradable. Vino a verte, dijo que eran amigos del laboratorio y le dejé pasar. ¿Estás de acuerdo, no?

La miro, incrédula.

—Claro que puede estar aquí —convengo.

—Okay, aquí viene el chisme —dice él y se va a la puerta para asegurarse que esté bien cerrada.

Cuando está de espaldas, mi amiga aprovecha para gesticular «¡Es lindo!». A ella todo el mundo le parece atractivo, aunque es cierto que Serge tiene su encanto. Se está convirtiendo en un buen amigo.

—¿También eres parte del equipo en contra de Jefferson o eres más bien de los que apoyan su dictadura? —le pregunta Sophia.

—Lo respeto pero su dictadura no tiene mi apoyo —contesta Serge.

—Excelente. Entonces aquí va la bomba... El Departamento de Asuntos Internos de la Universidad ha decidido examinar la revocación que hubo la semana pasada de tu Plan de Prácticas luego del incidente de esta mañana.

—¿Y ellos cómo supieron lo que pasó esta mañana? Eso es asunto de él y mío —le contesto. ¡Lo último que ahora mismo necesito es que el Departamento de Asuntos Internos me sancione!

—Parece que los chismes por redes sociales no tardaron en llegar al secretario del Departamento.

—Vaya...

—¿Y?

—Un momento —la detiene Serge—. Creo que sé cómo pudo haber sucedido eso.

Ambas lo miramos.

—Beatrice ¿Largue? —explica y las cosas empiezan a tomar forma.

—Lange —corroborra Sophia.

—Ella. En su Instagram subió un *boomerang* exactamente del momento en que te desplomabas y etiquetó a todo el mundo en los comentarios. Sus amigos etiquetaron a los amigos de sus amigos y de ese modo puede que haya llegado al secretariado de Asuntos Internos.

¡Ay, mierda! ¡Un video viralizado que me deja en ridículo es exactamente lo que no necesito en mi vida!

—¿Y...? —pregunto, esta vez mirando a Sophia.

—Y los han citado. A los alumnos que estuvieron presentes.

—¿Para qué? —murmuro.

—Testimoniar —explica Serge. Algo él sabía o suponía. Ha pasado solo *media hora*.

—Tendrán que declarar sobre los motivos por los que Jefferson te reprobó y luego revocó tu reprobación al Programa de Residencias la semana pasada. ¡Eso es excelente! Ahora se suma este pequeño accidente.

—¿Qué le ves de «excelente» a eso?!

—Oh, ya lo capto —se me adelanta Serge—. Es que... el Departamento de Asuntos Internos siempre falla a favor de los alumnos. Se supone que es el único lugar con el que contamos en toda la Universidad donde podemos defender nuestros derechos en tanto estudiantes.

—Legítimamente ya no soy estudiante de la universidad —trato de encontrar la vía más corta para terminar con este horrible desastre.

—Legítimamente sí lo somos puesto que estamos haciendo un Programa de Residencias donde la Universidad es cogestora —detalla Sophia—. Pobre Jefferson. Tan lindo pero tan fanfarrón.

Seguramente lo van a sancionar. Dudo que tenga otras sanciones en su legajo.

—Él no ensucia su legajo profesional —la corto.

Ambos me miran en busca de que me explique.

—Puede ser —contesta Serge—. La carrera de Jefferson es impecable. Terminó la carrera en menos tiempo del promedio, hizo sus residencias con beca de honor y consiguió rápidamente un cargo como jefe de Residentes en el cual permanece desde hace algunos años. Sé que estaba por postularse como jefe de Servicio pero con esto dudo que le den el cargo.

—Eso es asombroso —aúlla Sophia.

Aunque mi gesto de horror no dice lo mismo.

—¡Es terrible! —me quejo—. ¡Estoy interfiriendo en que alguien que es sumamente profesional y se ha esforzado muchísimo por tener los cargos que tiene progrese!

—Es raro que no lo estés disfrutando —contesta Sophia.

—Me siento... culpable. No quiero que alguien reciba una sanción ¡por mi culpa!

—No es tu culpa, supongo. Solo entraste gritando por el modo en que él te estuvo tratando todo este tiempo. ¿O hay una razón que no me estás contando? —pregunta So y mi corazón se encoge.

—Claro que no.

—Excelente.

—Pero ¿qué será de mí?

—El Departamento protegerá tus derechos en tanto residente del Hospital y becaria por haber obtenido la residencia. Recuerda que estamos aquí gracias a nuestro rendimiento académico —contesta Serge y alguien abre la puerta de golpe.

Es Fanny, la secretaria de nuestro piso en el Hospital.

—¡Nat! Tienes más color en el rostro. Resulta que no eres tan pálida.

No cuando llevas un suero proteico enchufado a tus venas.

La chica de rodete y caderas anchas se acerca a mí y me deja una nota. La observo, abro y está firmada por el director.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

—Tu permiso para retirarte hoy. Mañana puedes venir o no, de acuerdo a como te sientas. Debes mejorarte. También hay una disculpa.

—¿Disculpa?

Justo cuando lo dice, encuentro donde se responde a mi pregunta:

...del mismo modo, dirigimos a Ud. nuestro sincero pesar por lo que ha tenido que atravesar este tiempo. En nombre del doctor Nicholas Jefferson, jefe del Programa de Residentes en Medicina, le dirijo una disculpa. No se volverá a repetir. Los alumnos deben sentirse protegidos y a gusto en nuestro plan de excelencia académica para poder realizar su desempeño profesional en nuestro establecimiento.

¿Excelencia? ¿Qué es esto?

—¿Es necesario que deba irme? —le pregunto a Fanny.

Sophia coloca una mano sobre el lugar donde tengo el moretón que la aguja del suero me ha provocado.

—Necesitas tomarte este día.

Frunzo el entrecejo en evidente preocupación.

—Ahora todos piensan que soy el mismísimo demonio.

La voz de Jefferson se mete en mi cabeza y despierto justo cuando el taxi se detiene en la

puerta de mi edificio. Sigo cargando Uber a mi tarjeta, pero no me queda opción: desmayarte en un hospital puede ser inteligente pero hacerlo en la calle definitivamente no lo es.

—¿Esta es tu casa, niñita?

Miro al gordinflón que me ha hablado.

—Sí, gracias —le digo y me bajo espabilándome.

Creo que algunas libras libres quedan en mi tarjeta... Por lo menos, hasta el próximo mes. Quedan menos de diez días para el siguiente depósito de dinero.

Desvío mi camino y me dirijo hasta el mercado para comprar algo para el almuerzo. Ya no estoy tan débil como antes pero sí menos eufórica. De todas maneras, necesito algo sólido.

Mi celular vibra.

Observo la pantalla y descubro un mail. Lo veré después.

Por ahora no puedo sacarme de la cabeza al puto Jefferson. ¿Acabo de soñar con él? ¿Acabo de quedarme dormida en un taxi y he soñado nada menos que con su voz?

Empiezo a recordar cómo lucía esta mañana. Con su bata blanca, la camisa, sus pantalones, sus zapatos lustrados, el cabello rubio desordenado, los ojos azules, sus labios definidos y su barba tan excitante al contacto. Tiene que ser un chiste, por favor, debe serlo.

Mi celular vuelve a vibrar.

Es Serge.

Sirve para que deje de pensar en Jefferson.

(Descartemos que *pensar en que estoy dejando de pensar en él, ya es estar pensando en él*).

¡Hola! ¿Cómo llegaste a casa?

Bien ¿y tú? ¿Qué tal va el laboratorio?

Recién entro. Me agrada pero me han comunicado que hoy no vendrá «el doctor».

Tratemos no mencionarlo, por favor.

Oh, disculpa. Solo quería saber, ejem, ya sabes, si aceptabas mi invitación.

¿Pudiste leer lo que te dejé en el celular?

¡No puedo creer que lo había olvidado! Con tantas cosas que pasaron pasé por alto su invitación a salir. No estoy de ánimos para hacerlo y no sé en calidad de qué lo haríamos pero sería un buen motivo para agradecerle que se haya quedado conmigo hoy por la mañana.

De acuerdo (:

¡Genial! Paso por ti el viernes a las siete, ¿sí?

Me parece una buena idea. Te espero, envíale saludos a los cuerpos de mi parte.

Me sonrío tras decirle eso. Estoy segura de que no lo va a entender, ya que dudo que Nicholas Jefferson le haya explicado acerca del proyecto.

Cuando guardo el celular, ya entre las góndolas del supermercado, vuelve a vibrar para recordarme que no he visto el mail. Dios...

Lo saco y reviso.

El corazón me sube a la garganta cuando veo el remitente: Departamento de Asuntos Internos de la Universidad de Yorkshire.

Carajo.

Le doy Abrir y mi pulgar tiembla.

Estimada señorita Hale:

Nos dirigimos a Ud. con motivo de comunicar nuestro pesar por lo sucedido en los últimos días; sepa que cuenta con nuestro completo apoyo en caso de querer realizar una demanda o símil.

En vistas a los últimos incidentes ocurridos con el profesor y jefe de Residencias Médicas, Dr. Nicholas Xavier Jefferson, hemos decidido tomar la decisión provisoria de apartarlo de su tutoría en el Programa.

De este modo, tanto él como Ud. no estarán vinculados de ahora en más bajo ninguna perspectiva. Por otra parte, se ruega a ambas partes mantener la mayor distancia posible tanto dentro como fuera de los establecimientos que los implican para evitar nuevos y futuros inconvenientes.

Repetimos que tiene nuestro apoyo y, siempre que lo desee, cuenta con el servicio del Departamento en caso de ver conveniente realizar algún reclamo o demanda.

Desde mañana, su nueva tutora del Programa será la Dra. Haydée Williams.

Esperamos que su relación sea fructífera, supla los inconvenientes y malentendidos, y, a su vez, pueda colaborar a la solidez en su carrera profesional, misión y visión de nuestro establecimiento universitario.

Tenga Ud. una excelente jornada.

Departamento de Asuntos Internos
Universidad de la ciudad de Yorkshire
Sección: Escuela de Medicina

No soy capaz de entender bien por qué, pero el corazón se me viene a los pies al saber que no contaré más con la tutoría académica de Jefferson.

He arruinado todo.

Ya estaba acostumbrándose a su malhumor...

Pero creo que esta vez me debo haber ganado su odio definitivo.

Él solo quería evitar un conflicto de intereses y una mancha en su legajo profesional.

En este momento tiene ambas.

Y la he cagado yo solita.

La culpa me deja tan ensimismada que hago la primera estupidez que se me viene a la cabeza.

—Sophia, me siento horrible. Han destituido a Jefferson de su titularidad en mi Programa de Residencias. Si bien él es un idiota, no quería ocasionar eso. En verdad mi intención era que estuviera conmigo al frente de mis proyectos, su apellido le daría un peso enorme a mi informe final. Además, ya empezaba a acostumbrarme a su estupidez y a su insoportable modo gruñón y a que esté mandoneando todo el tiempo pero...

Mierda, no.

Dejo de grabar el audio e intento cancelarlo.

Pero la ventana de chat de Nicholas me marca Entregado.

#014

#INSUFRIBLE

Cuando me guardo el celular en un bolsillo trasero del jeans, me tiemblan las manos. Eliminé el mensaje una vez que el Entregado ya figuraba de color azul.

Me acabo de condenar a mí misma. Es como si me hubiese enviado a la guillotina sin que nadie me obligase. Esta vez no puedo culpar a nadie de mi desgracia. Yo solita me lo he hecho. Yo. Ni Jefferson, ni Beatrice, ni mamá ni papá ni nadie.

Delante de la góndola de lácteos del supermercado, elijo un yogur con frutas. Luego veo el precio y decido cambiarlo por otra marca, con cereales, casi una libra más barato. Me dirijo hasta la caja registradora y mientras hago fila, rebusco en mi billetera la tarjeta de crédito. Mi corazón se acelera siempre que saco la billetera frente a otras personas ya que cargo con la sensación de que juzgan que esté vacía. Ni un billete. Yo haría lo mismo. ¿Qué hace alguien sin dinero intentando comprar en un supermercado? Para que sepan, tengo tarjeta; no todo el dinero son billetes y monedas.

—Señorita —me llama la cajera, espabilándome.

Avanzo.

—¿Nada más? —me pregunta con una estúpida sonrisa que no me molesto en devolverle.

—Solo eso —respondo y le paso la tarjeta.

Ella recibe y espera.

Y espero.

Y esperamos.

Hasta que el ticket sale...

Dios santo. Qué tensión.

—Mmm. —Estudio su gesto y mi corazón golpea con fuerza—. Me temo que el sistema ha rechazado su tarjeta —dice finalmente y el mundo se quiebra—. ¿Tendrá dinero en efectivo o algún otro medio de pago? Son dos libras con treinta y cinco.

—¿Qué? No, no puede ser. Pásela de nuevo. Debe haber un error.

Ella me muestra el ticket.

Fondos insuficientes

Demonios.

—Pa...Pásela de nuevo —le insisto y de repente el yogur parece ser demasiado lejano.

—Señorita, no ha habido error alguno. ¿Tendrá dinero en efectivo, quizás? Son dos libras esterlinas con treinta y cinco.

¡Sí!, ya sé que son dos malditas libras con treinta y cinco. Pero no. No los tengo. No ahora...

No puede ser. Recién me tomé un Uber y se me descontó de la tarjeta. Tiene que haber un error.

—Mire, acabo de realizar una compra sin ningún problema. Quizás... Quizás la banda magnética tuvo un error. Solo le pido que vuelva a inten...

Un hombre gruñe tras de mí.

Me doy la vuelta y hay un horrible gordo de traje que me escudriña con una mirada fulminante.

—Espere un momento, estoy en mi turno —le digo y miro giro a la chica—. Una vez más. Por

favor.

—¿Ocurre algo?

La voz me suena familiar. Y ahí aparece Kaneki adelantándose entre las personas de la fila.

Su cabello corto prolijo, su camisa y su traje entallado me hacen dar cuenta de quién se trata. Trae dos grandes bolsas en una de sus manos.

—¿Kaneki?

—Nat, ¿cómo estás? No pude evitar escuchar la conversación. Estaba pagando en la fila de al lado.

Coloca una mano en mi cintura e intento deshacerme de ella. Quisiera decirle que solo personas de mi confianza pueden llamarme de un modo diferente a «Natalie», pero el momento es poco oportuno.

—No sucede nada, ya me iba —le suelto e intento evadirlo, pero él se antepone con una mano sobre la barra de la cajera. Advierto que algunas personas en nuestra fila se van a las siguientes.

—Oh, no, no. —Se gira a la cajera—. Creo que la chica le ha pedido si puede pasar nuevamente la tarjeta porque ha habido un error. ¿No puede simplemente hacer eso?

—No ha habido ningún error —contesta ella.

—¿Sabes qué...? —Me meto dejando el jodido yogur mientras empujo a Kaneki para poder desasirme de él. Para entonces, la zorra de la chica que cobra ya le ha mostrado el ticket al amigo de Jefferson—. Olvida el yogur. Tienes razón. Mejor iré a algún lugar donde las cajas registradoras funcionen.

Él mira el ticket y piensa un instante. Luego le pregunta a la cajera:

—¿Mi amiga te pidió si podías pasar nuevamente la tarjeta y tú no lo hiciste por lo que dice este ticket?

—Lo siento, señor. Pero había otras personas antes que usted en la fila. ¿Le pagaré a la señorita su yogur? De lo contrario tendré que llamar a seguridad si no se retira.

Kaneki me mira.

Y empiezo a caminar hasta la salida. Mis ojos arden, son fuego vivo pero no voy a permitirme llorar porque me han negado un... yogur.

Esto es deprimente. Es devastador.

—¡Nat!

Ya voy por el estacionamiento cuando escucho la voz del socio de Jefferson a mis espaldas.

—¡Nat, aguarda!

Me abrazo los codos y accedo a lo que me pide. Me quedo de pie en medio de la calle del estacionamiento y cuando él llega hasta mí no me animo a mirarlo a los ojos.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Solo iré a probar mi tarjeta a otro lugar. Descuida. Y gracias por haberme defendido...

«...y por no haberme humillado al pagar el puto yogur.»

—Descuida —me contesta—. Solo hice lo correcto. Además, no me parecía decente por parte de esa chica no permitirte pasar nuevamente la tarjeta, fue horriblemente descortés.

—Está haciendo su trabajo, qué se le puede hacer a eso.

—Sí...

—Bueno. Debo irme.

—Oh, aguarda. Me preguntaba si... dejarías que te invite a cenar. Estaba por tener la noche más aburrida de mi vida y le has dado un subidón de adrenalina.

—¿Qué? No, no, lo siento. No puedo.

—Vamos, comeremos y listo. Yo... Los gastos corren por cuenta del dueño del local. Es el

restaurante de un amigo. No pagaré yo.

Levanto una ceja.

—¿Qué dices?

Lo pienso y le doy varias vueltas a lo que acaba de aclarar.

Coloco una mano en su hombro y murmuro:

—Acepto pero bajo la condición de que no vuelvas a mentirme jamás o te ganarás mi odio. Por otra parte, valoro que estés mintiendo para evitar que me sienta mal por el hecho de no tener dinero para comer algo decente esta noche. Tu intención gentil es lo que me hace aceptar pero no creas que se volverá a repetir. Lo que gaste en mi comida hoy será una deuda pendiente y te lo pagaré en cuanto consiga el dinero para poder hacerlo, ¿sí?

Él sonrío y sus ojos se cierran aún más de lo que aparentan estarlo. Se lo ve contento y casi puedo sentir un chispazo de lo que comúnmente se conoce como felicidad en mí. Pero no logro sentir nada.

—¡De acuerdo!

Se trata de un restaurante de comida italiana. Es todo muy caro y muy bonito, se paga en libras, sin embargo no se advierte el lujo de Drinks.

Nunca antes había estado en un lugar como este, el único inconveniente es que me preocupa la carta. Tendré una deuda con Kaneki a partir de ahora y sé que no lo aceptará, pero me encargaré de transferirle el dinero apenas el hospital me deposite el sueldo de la residencia y mi tarjeta no reviente por todas mis suscripciones online a los distintos softwares en los que he sacado licencia.

Debería deshacerme de algunos de ellos. Podría ser mi cuenta de Spotify, pero ¿cómo podría sobrevivir sin mi música? O el paquete de Office, pero ¿de qué manera entregaría mis planillas? O los canales donde dono por consejos en el traslado de *malwares*, aunque ¿cómo podrán sostenerse ellos y cómo podré seguir hackeando cuentas si no lo hago? Esto es un círculo vicioso.

Mi vida es un círculo vicioso entre deudas, deudas y más putas deudas.

De pronto recuerdo el aviso del dueño del departamento.

Hoy hubiere sido mi primer día en la calle.

—Buenas noches, señor... señorita —saluda el mesero que se acerca y nos deja la carta.

Me coloco un mechón de cabello tras la oreja y reviso los precios. Nada tiene menos de dos o tres cifras en su valor. Oh, aquí hay algo de tres libras.

Pan tostado..... £ 3 por unidad

¿Tres malditas libras por unidad de pan? Debe estar tostado con pepitas de oro.

Cierro el menú y doy un resoplido sumida en la preocupación.

Kaneki me mira y cierra sus manos bajo su mentón.

—Nat, relájate. No mires los precios. Solo ordena lo que quieras comer. Es una invitación y no aceptaré que me devuelvas un solo centavo, estoy siendo completamente sincero contigo. Sería un desprecio hacia mí si intentas hacerlo. Déjame hacerte este regalo, ¿sí?

—Solo pediré agua —le contesto, observando mi reflejo en el vidrio tras la espalda de Kaneki. Mis pómulos sobresalen demasiado y mis labios anchos se ven aún más grandes considerando mi mandíbula huesuda. Tengo dos medialunas bajo los ojos que me dan un aspecto similar al de un muerto, lo cual combina excelente con la palidez de mi rostro.

Por otro lado, no sé cómo pudo haberse pasado tan rápido este día. Haber desayunado y almorzado suero proteico no es muy rico precisamente, pero da energías para sobrevivir unas

cuantas horas.

Alguna vez he considerado la idea de robar vitaminas del hospital pero si me descubren sería motivo para perder el plan de residencia y para que mi matrícula fuese suspendida. Además, no soy una ladrona. Cuando debo portarme mal, es solo bajo las normas que hacen a mi equipo de HardDeep. Sostengo una ética.

—Te propongo una cosa —intenta continuar la conversación mi acompañante a fin de hacerme ceder—. Dime alguna variedad de pasta que siempre quisiste probar y por algún motivo, el que fuere, no pudiste hacerlo hasta hoy.

—No me gusta tu juego —le digo. Quiere convencerme a partir de mis carencias, eso es horrible. Pero valoro su intención.

—Vamos. Dime. Alguna tiene que haber. Por ejemplo, hace tiempo viajé a Escocia. Siempre quise saber qué se sentía usar faldas para hombres hasta que me compré una y lo hice.

Su comparación me arranca una risita.

—¿Y qué se sintió? —le pregunto. No soy muy ávida de faldas, a decir verdad. Mis piernas son tan pálidas y delgadas que rara vez uso ropa corta. Las venas alcanzan a traslucirse en algunas partes.

—Me sentí extrañamente libre. —Se encoge de hombros y ambos reímos—. Ey, no te burles, fue extraño. Ustedes tienen la libertad de ir con la entrepierna al aire, ¡uno no! Y considera que ustedes no tienen nada ahí... abajo. Nosotros sí. Y cargar con eso es un peso que no te imaginas.

—¿Estás haciendo alarde de tus dotes sexuales masculinas? —le pregunto con perspicacia. Por lo general, los hombres que alardean de su potencia o tamaño terminan siendo exactamente lo contrario.

—Oh, no, no. Para nada. Solo me refería a que usar esas faldas fue una gran experiencia pero no la repetiría. En cuanto me vi al espejo, me sentí muy mal conmigo y la dejé.

—¿Ridículo? —pregunto.

—Algo así.

—A mí no me gusta cómo se me ve la ropa corta y considera que soy mujer.

—Oh, lamento no acordar contigo. He visto cómo te quedaba el vestido la otra noche y se te veía muy bonito. Elegante y sexy a la vez, eso no lo logra cualquier chica.

Lo miro. ¿Está intentando seducirme con halagos baratos?

—Volvamos a lo de ordenar —añade, nervioso. Toma el menú y lo revisa, pero luego lo deja—. Yo ya hice mi elección. Ahora dime qué quieres tú y ordenamos.

—Yo... Me gustaría... Solo que me traigan el plato más económico.

—Nat.

—Okay, okay. Siempre quise probar cómo queda la pasta con nuez y queso. El otro día una chica del equipo de Residencias comentaba que fue a comer con unos amigos y pidió un delicioso plato de sorrentinos con nuez y queso gratinado.

Recuerdo a Bea cuando lo decía alardeando de que había salido con el millonario de Joe Bennet, un excompañero de la universidad que ahora mismo está en Ibiza en plan de fiesta. Mientras la escuchaba, mi cabeza solo se detuvo cuando mencionó ese plato que de imaginarlo, se me hacía una delicia.

—Entonces un plato de sorrentinos con nuez. ¿Y para beber?

—¿Qué pedirás tú?

—Yo un plato de lasaña con salsa rosa y una botella de vino malbec cosecha tardía.

—Vino está bien —añado—. Con... una botellita pequeña de agua.

—Una botella de vino y otra de agua mineral, entonces. Si está delicioso, podemos ordenar

otra botella de vino.

—Una sola es suficiente, por mi parte.

Le hago un gesto al mesero quien se acerca y Kaneki le hace el pedido; ofrece llevarse la carta pero le pido que la deje con la excusa de querer saber qué tienen de postre. En verdad quiero ver el precio de cada cosa que consumamos esta noche para sumarlo a mi lista de deudas por pagar.

—Nat, iré a lavarme las manos. Ahora regreso —me anuncia Kaneki—. ¿Tú no lo harás?

—Pero nos pusimos alcohol gel al entrar al local.

—Oh, sí. Pero ¿sabes cuál es el lugar de un restaurante que más gérmenes tiene?

Me encojo de hombros.

—La carta —contesta—. Todo el mundo la...toma...y toquetea... Olvídalo. Soy un poco obsesivo con cuestiones de la higiene personal. Ahora vuelvo.

Y se retira.

¿Qué tan sucias tienes las manos, *lady Macbeth*?

Recuerdo la obra en que la esposa de Macbeth no puede quitarse de la cabeza la idea de que tiene las manos sucias luego de haber cometido sus bellos crímenes. Por lo general, la gente que hace cosas que implican una culpa desmesurada tiene la conciencia sucia, por lo tanto sienten que su cuerpo también. Lo leí en un artículo de Internet.

¿Quizás la organización pornográfica de este hombre con sus socios tiene algo que ver en ello? Seguramente. Lo cual me da la pauta de que quizás no se trata de un perverso sino de un negociante más con su megaempresa. Recuerdo a Babe insistir en que no hacen nada ilegal sino que todo es culpa de mi prejuicio hacia ellos. Al carajo, no hay peor juez que uno mismo y Kaneki me lo acaba de constatar.

Aprovecho la ida de mi acompañante para buscar en la carta el precio de lo que hemos ordenado.

Mis ojos están a punto de saltar de sus órbitas cuando veo el precio de la porción de lasaña con salsa rosa.

Lasaña vegetariana	£ 120
Lasaña con carne	£ 145
Agregado de crema	£ 28
Agregado de salsa boloñesa	£ 45
Agregado de salsa rosa	£ 49

¿Cómo es que nadie ha demandado este restaurante por cobrar casi diez veces más de lo que en verdad cuestan las cosas?

Busco rápidamente los sorrentinos.

Hasta que doy con los míos.

Mierda.

Sorrentinos de nuez y queso gratinado£ 235

Agregado de crema...

Mierda.

Mierda.

¿Cómo se supone que pueda pagar esto? Cobro menos de tres mil libras por las residencias,

una buena parte se me irá en el pago mínimo de la tarjeta, me quedarán menos de quinientas libras para sobrevivir el resto el mes, ¿quizás deba pasar al mes siguiente el pago de esta comida? Para ese entonces, es muy probable que las cosas valgan el doble.

Cierro el menú como si hubiese visto una película de terror.

Y levanto la cabeza... para encontrarme con el demonio en persona.

En efecto, se trata de una de terror cuando discierno al otro lado del vidrio del local a Nicholas Jefferson caminando con un fabuloso saco y una de sus camisas celeste que hacen juego con sus ojos.

No puede ser.

No.

Me está mirando, sorprendido.

Me restriego los ojos y despejo. Vuelvo a mirar.

Jefferson ya no está.

Fue todo mi imaginación.

—Nat, ¿estás bien?

Kaneki se acerca desde atrás con una mano sobre mi hombro.

—S... Sí —contesto.

Se sienta en la silla delante de mí.

—Qué bien.

—¿Ya están limpias? —le pregunto.

—Nunca lo suficiente.

De pronto la mirada de Kaneki se dirige hacia arriba y observa a alguien que acaba de entrar demasiado apresurado.

Miro hacia atrás y... todo sucede demasiado rápido.

La gente está de pie, Kaneki en el suelo. Su silla a un lado y Nicholas Jefferson con un entallado traje se encuentra de pie frente a mí, con su puño derecho cerrado y los ojos ardiendo en ira.

Está observando a su socio como si fuese a asesinarlo ahora mismo.

No estaba imaginándolo.

Él de verdad pasó por el otro lado del vidrio.

Su cabello rubio está muy desprolijo, el cuello de su camisa desabotonado, lleva corbata gris (algo muy impropio en él) y su barba persiste ahí, sin afeitarse, igual que esta mañana.

—¡Te dije que con ella no! —le grita a su amigo y se echa sobre él para seguir golpeándolo.

#015

#BOMBAZO

Veo que en la barra hay una mujer realizando una llamada. Están contactando a la policía. ¡No!

Me veo obligada a tomar cartas en el asunto así que tomo a Jefferson por la manga del saco, lo cual sirve para que deje de pegarle a Kaneki. El doctor me observa y le resulta completamente extraño mi contacto.

—Déjalo —le ordeno.

Nicholas lo suelta y lo arrastro hasta afuera del lugar.

—Olvide lo de llamar a la policía, no será necesario —me dirijo a la señora que está en la barra.

Miro a Kaneki. Tiene sangre en el labio y se está poniendo de pie. He detenido a Jefferson a tiempo para que no le desfigure la cara a mi acompañante.

Es un hecho que ya perdió la cordura, algo que estaba muy cerca de suceder.

—Lárgate de aquí —le digo a Jefferson una vez que estamos al otro lado de la puerta—. Estás demente, deberías hacerte tratar por el servicio de psiquiatría del hospital, te atenderán gratis, ¿no lo has pensado?

—Yo... No...

Jefferson se lleva una mano al cabello y se lo revuelve. El saco ajustado se le sube y me resulta atractivo. Me pregunto adónde se dirigía con tanta elegancia, aunque dudo que quiera saber la respuesta.

—¿Qué hacías con él, Natalie? ¡Teníamos un trato!

Oh, rayos, eso es completamente cierto.

Entonces hago un repaso mental de cada detalle, cada aspecto de mi vida que va mal y definitivamente no hace la diferencia.

Mis ojos se enrojecen y siento que el mundo se alza sobre mí como una horrible maldición de la cual no puedo salir. Mi estómago ruge pero trato de que no se note. Mis ojos se empañan de lágrimas y me las quito con el dorso de una mano.

—Ya sé... que... teníamos un trato —asimilo.

—Oh, no, por favor, no hagas eso.

Mi voz se quiebra pero hago un esfuerzo descomunal por contener el llanto mientras le escucho darme órdenes una y otra y otra y otra vez hasta el hartazgo.

—¡Solo tenías que mantenerte lejos de Kaneki! ¡Es mi jodido socio, ¿no lo entiendes?! ¿Buscas que definitivamente sea apartado de mi puesto, que pierda todo lo que he alcanzado? ¿Por qué te empeñas y pones todo tu esfuerzo en que siga siendo perjudicado? ¡No deberíamos estar hablando ahora mismo, por ejemplo! ¡¿Qué te pasa, Natalie?! ¿Por qué estás cenando con él, esta noche, luego de...?

—¡Porque tenía hambre! —mascullo las palabras como si me las arrancasen con tenazas—. Porque... no tenía una puta libra partida al medio como para poder comprarme al menos un vaso de yogur, ¿eres capaz de entender eso o tu jodida cabeza de niño rico te impide hacerte una idea de lo que puede significar?

Mis palabras hacen que parpadee y retroceda como si le hubiese arrojado un balde de agua fría.

—No... No entiendo...

—Nos encontramos en el supermercado. Quería comprar una jodido vaso de yogur. Llevo días sin una comida como corresponde. Quise pasar mi puta tarjeta y no tenía fondos ni para un maldito yogur. ¿Entiendes lo que eso significa? ¿Lo entiendes?

—Nat, yo no...

—¡Tú nunca nada! ¡A ti nunca te interesa nadie que esté más allá de ti mismo, niño rico de mierda! —Las lágrimas saltan de mis ojos y no puedo contenerme. El llanto sale disparado junto con las palabras.

—Nat, discúlpame... Carajo.

Kaneki se aparece en la puerta. Tiene una servilleta de papel en el labio. Me mira, luego a Jefferson y se pone en el medio de ambos.

—¿Qué te hizo? —me pregunta.

—Nada. Solo volvamos. Ya se iba.

Kaneki enfrenta a Nicholas; este mira a su socio con una mezcla de odio, recelo y perdón.

—Hicimos un trato. Ya te expliqué que no podías... No con ella.

—Vete a la mierda, Nicholas. No sé qué te ha pasado esta noche, pero debes irte de este sitio ahora mismo. Han llamado a la policía.

—Mierda.

—Les pedí que no lo hicieran —contesto.

—Lo han hecho de todas maneras. Así que, amigo, te sugiero que te vayas ahora. Mañana hablaremos.

—No es necesario. —Niega con la cabeza y retrocede—. No es necesario... ya me... largo de aquí.

Y retrocede para desaparecer justo por el mismo lugar por donde vino.

Quisiera saber a dónde va.

Si se va a encontrar con alguien.

Por qué iba tan elegante.

Por qué he echado a perder su noche.

Por qué se pone ese perfume tan delicioso para salir.

Pero no puedo hacerlo.

Tenemos que alejarnos para sostener nuestros currículos profesionales y esto no está colaborando en absoluto.

Kaneki cruza un brazo sobre mis hombros e intenta darme calor.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Eso creo, ¿y tú?

—Solo ha sido un corte en la mejilla inferior. Ya va a dejar de sangrar. ¿Vamos a lavarte esa cara y volvemos a comer? La comida no demora en salir.

—He perdido el apetito —agrego.

—Oh, vamos, estoy seguro de que está delicioso.

Le señalo a Kaneki el camino a mi casa y puedo notar el desdén en su rostro a medida que mete su bonito Volvo por el vecindario de mala muerte donde llevo viviendo desde que dejé la residencia de la Universidad de Yorkshire.

—¿Segura que es por aquí? —me pregunta.

—Conozco este lugar de punta a punta. Estoy segura de que es aquí.

—Ok —murmura y fuerza una risita en mi dirección.

Estaciona el coche frente a mi edificio y se genera un incómodo silencio mientras es hora de despedirme.

Por un momento imaginé que esta noche no podría cenar, bastó probar un bocado de comida para captar que estaba muerta de hambre. No obstante, me hace sentir terriblemente mal que hayan tenido que darme de comer como si hubiese mendigado por ello.

—Muchas gracias —pienso las palabras justas sin tener que darle ilusiones ni que parezca una arpía de esas que se valen de las billeteras de sus chicos hasta vaciarlas—. Ha sido muy generoso de tu parte todo lo que has hecho esta noche por mí.

—Descuida. Yo te agradezco a ti que me hayas acompañado. La generosidad ha sido tuya al aceptar darle un poco de chispa a mi vida monótona y rutinaria. Ya sabes... la empresa.

—Sí, Clean, claro —murmuro algo nerviosa—. Ya... Mejor me bajo. Ha estado delicioso. Adiós, Kaneki.

—Adiós, Nat.

Le doy un abrazo y él me besa la mejilla. Se me pone la piel de gallina y bajo.

Él aguarda mientras abro el portón de rejas y lo saludo con una mano en alto cuando ya estoy del otro lado. Cierro y voy hasta las escaleras en vistas a subir a mi departamento.

En otra situación me quitaría los tacos, pero estoy vestida como cuando salí con el objetivo de comprar un simple vaso de yogur con frutas o cereales en el supermercado.

Avanzo por las escaleras y tengo la sensación de que alguien está detrás de mí. Observo por sobre un hombro, pero no hay nada. El lugar está mal iluminado, pero no impide que pueda ver algo en las escaleras. Está limpio. Además, entré sola... supongo.

Sigo avanzando hasta llegar a mi piso.

Busco las llaves de la puerta, la meto en la cerradura y abro.

Cuando enciendo la luz, una mano se apoya en mi cintura y un ligero olor a alcohol se me mete en la nariz.

Ahogo un gritito y me doy la vuelta con vistas a arrojar un puñetazo.

Pero me sostiene en el instante y me hace entrar, cerrando la puerta a su espalda.

—Tienes que perdonarme —dice apoyando su frente sobre la mía. El olor típico a cuero se mezcla con olor a vodka y tabaco.

—Nicholas... —Su nombre sale de mi boca antes que su apellido, como es típico, y quedo congelada—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo... carajo supiste dónde vivo?

—Tienes que dejar que te ayude.

—¿Por qué? —Retrocedo.

Verlo llorar me rompe el corazón en dos.

—Estás ebrio —le digo.

—Tú... también.

—Solo he bebido dos copas de vino.

—Yo igual, Nat...

—Definitivamente no has bebido solo dos copas de vino. Y no puedes estar aquí. Las reglas del departamento de Asuntos...

—Al carajo las reglas. Al carajo todo.

Y me toma de las mejillas para atraer mi boca a la suya.

Por segunda vez en este día.

#016

#SEDUCIDA

Nicholas me obliga a retroceder producto de la presión de sus labios contra los míos y termina empujándome contra la pared del comedor de mi casa.

De camino, bajo la tapa de mi computadora y dejo que él se meta en la privacidad de mi vida como si yo misma no pudiese hacer nada al respecto. El vino suele tener sus efectos en mí, aunque a ciencia cierta, dos copas no son mucho. Los labios de Jefferson saben a una delicia sin igual.

Sus labios saborean los míos, el intenso aroma a cuero y tabaco de su piel y su perfume impregnan mi interior como si fuese un éxtasis adictivo. Su sabor a menta y alcohol contribuyen como un combustible perfecto.

Acaricio su barba con mis labios, su mentón ancho, su quijada cuadrada. Hasta que se aparta y enreda sus dedos en mi cabello.

—Eres fascinante... —masculla mordisqueándome el labio inferior, con su frente imantada a la mía.

—Tú...

No se me ocurre un halago que esté por fuera de lo que los límites de la cordura me permiten coordinar así que me queda como opción decirle lo único que puedo pensar ahora más allá de su boca:

—Estás haciendo las cosas mal, Jefferson.

—No sé hacerlas de otro modo.

—Dime algo que no sepa.

—Que te deseo desde el primer día en que te vi.

Una red de mariposas es liberada en mi estómago y se extiende por todo mi cuerpo como si estuviesen cargadas de energía eléctrica.

—Yo... —Me quedo helada.

Me muerde de nuevo el labio.

Cierro los ojos.

Solo quiero decirle que lo detesto desde el primer día.

—Y por favor —me interrumpe—, cuando estemos solos, llámame Nick.

Vuelve a atraerme a él y dejo que mis manos se tomen el atrevimiento de meterse dentro de su saco. Acaricio con algo de timidez los músculos de su espalda marcándose debajo de la sedosa tela de su camisa. Recorro las costuras hasta llegar a los músculos que rodean sus omóplatos. Encuentro la línea media de su espalda y él baja sus besos hasta mi mentón... mi cuello... Y la sensación que me produce su barba rozándome es fuego vivo.

Reacciono como si me hubiese dado electricidad y la pared no me deja retroceder más. Aparto las manos de la espalda de Jefferson y las afirmo contra la pared descascarada de mi casa. Esto es lo menos atractivo que pudiera haber, pero parece no importarle ahora mismo con no sé cuánto vodka metido en la sangre.

Nick (o Jefferson, se siente tan raro no llamarlo de ese modo) desciende con sus labios por mi cuello sensible y con la punta de su lengua logra hacerme desvanecer cada vez. Sus manos se

aferran al borde de mi camiseta y cuando siento que está a punto de quitarla... se toma la molestia de arrancarla.

Abre la tela haciéndola jirones que son arrojados al suelo.

De pronto me quedo con mi delgado torso al desnudo y el aburrido corpiño blanco de siempre al descubierto. Debo comprarme ropa bonita, nunca preveo una situación así. Cuando iba yo a pensar que un día Nicholas Jefferson se fijaría en una alumna como yo... No tiene que ser cierto. No puede ser. Ay.

Jefferson se agacha y sus manos se cierran contra mi diminuta cintura. Sus labios y su lengua saborean mi abdomen con besos delicados hasta llegar a la cintura de mi pantalón de jeans.

Él me mira desde abajo y apuesto a que solo descubre a una estupefacta estudiante delgaducha, agitada, subiendo y bajando el pecho al ritmo de una respiración extremadamente acelerada.

Pues, no estoy acostumbrada a este tipo de adrenalina.

—¿Puedo? —me pregunta desde ahí. Una de sus rodillas está contra el suelo.

—¿Desde cuándo pides permiso para algo?

—Tienes razón.

Y desabrocha el botón.

—Te queda excelente —murmura mordisqueando mis bragas color rosa. Suerte que llevo unas decentes, la mayoría de las veces no tengo problema en ponerme algunas rotas.

No sé por qué, pero tengo la sensación de que aunque llevase un harapo puesto a modo de ropa interior no le importaría en lo más mínimo.

—No diré gracias a eso —contesto—. Es la primera vez que me adulas y todo porque estoy desnuda. Eres un idiota.

—Gracias. Tú también me caes mal.

Y con dos dedos me baja las bragas.

Mis manos rasguñan la pared mientras mi respiración es poseída por una clase de endemoniada sensación.

Miro hacia arriba pero es como si no sintiese nada en absoluto.

Jefferson me penetra con su lengua y sus manos están cerradas contra mis glúteos.

Me siento delgada e impoluta frente a su enorme fuerza y firmeza para poder acariciarme, sostenerme, penetrarme. Solo con su lengua. Nunca antes había sentido algo así, ni siquiera antes de perder la virginidad. Tampoco es que me haya parecido muy agradable el día que la perdí, pero podría decir que por primera vez estoy disfrutando de que un hombre me haga sentir así y no me he preparado de ninguna manera para este momento; sin embargo, todas las coincidencias hacen que esté lista para tenerlo aquí, en mi casa.

El único desastre es que soy demasiado delgada y pequeña lo cual parece no afectarle. Me sostiene con una posesión absoluta.

Hasta que todo mi mundo se tambalea y abro los ojos para ver qué diablos está haciendo. Ahogo un gritito cuando me levanta sobre sus hombros. Estoy a punto de caerme hacia adelante, pero me sostiene. Una ventaja de estos departamentos es que el techo está a menos de dos metros y medio, pero me inclino quedando con una mano aferrada su cabello y la otra contra el techo.

—Estás... ¡ay!

Intento quejarme pero me detiene con un mordisco que me hace ver estrellas de placer.

Mi espalda se apoya contra la pared mientras mis piernas rodean el cuello de Nick. Sus besos son una especie de paraíso sin igual. Estoy alucinando ahora mismo... No. Todo es real. Todo es tan real.

Nick entra y solo quiero dejarme ir ahora mismo...

Él se aparta.

—¿Qué haces? —murmuro casi en un reclamo porque ha sacado su lengua del lugar adecuado.

Me echa sobre un hombro y mi trasero queda sobre uno de sus hombros. Le doy una nalgada reclamándole que me baje.

—¿Dónde está tu habitación? —pregunta examinando el diminuto departamento.

—Elige —le grito desde atrás—: Solo tienes dos puertas: el baño y mi cuarto. Adivina cuál puede ser.

—Arriesgaré —contesta él y me devuelve la nalgada mucho más fuerte. Por algún extraño motivo no me molesta, sino que me deja fascinada, extasiada.

Él entra a mi cuarto y me pregunto si habré arreglado la cama antes de salir o tendré las sábanas limpias.

Nuevamente parece ser algo de nimia importancia para él, pues me arroja de espaldas sobre la cama.

Una vez que Nick se aparta, me quita las zapatillas dejándome en calcetines. Me ha desnudado mientras que él no se ha quitado una sola prenda. Se aparta e intenta encender la luz, está demasiado oscuro... pero la luz no se enciende.

—Se quemó hace unas noches, debo cambiarla —señalo.

Ya he perdido la cuenta de cuándo dejó de funcionar.

Él tuerce el gesto y se dirige hasta la ventana. Abre dejando los cristales y las cortinas a los lados. Entra el aire refrescante pero agradable de febrero provocándome un escalofrío. De pronto solo quiero que él esté cerca de mí.

—Te ves muy indefensa —señala.

—Oh, gracias, ¿y te gusta ver a las chicas en posición de indefensión?

Parece molestarle mi comentario y frunce la boca.

Acto seguido se quita el saco y lo arroja sobre una silla donde tengo una pila de ropa limpia sin doblar.

Con sus manos rodea mis hombros y se acerca hasta mí. La suave y fría tela de su corbata roza mi cuello al igual que su aliento caliente acariciando mi rostro cuando dice:

—Ya te he dicho que siempre hago las cosas mal.

—Creo que tenemos algo en común.

—¿Y eso es bueno?

—No te ilusiones, Nick.

Una lobuna sonrisa se marca en su rostro bañado por la luz de la luna que entra por la ventana y atrae su boca a la mía con un descolocado frenesí.

Rodeo su cintura con mis piernas mientras mis manos le desabotonan la camisa; decido no quitarle la corbata. Siempre he querido saber cómo se ve un hombre con ella puesta.

Le quito la camisa y cuando él se aparta para deshacerse de ella, me quedo embobada observando sus músculos y la corbata sobre sus pectorales. También cada uno de sus tatuajes. Uno de sus brazos está tatuado casi por completo y en su pectoral izquierdo lleva tatuada una cruz con una inscripción cruzándola. No alcanzo a leer ya que está oscuro, pero mis dedos rozan la tinta sobre su piel. Nunca... imaginé que Nicholas Jefferson tendría tatuajes.

—¿Te gustan? —dice él.

—¿Qué significan?

—Demasiadas cosas.

—Es cierto. No quiero hablar ahora.

Enrosco mi mano en su corbata y lo atraigo hacia mí, deteniéndolo justo cuando su nariz queda

rozando la mía.

—En algún momento tendrás que hablar, Nick.

Vuelvo a besarlo mientras él empuja su sexo contra el mío. La tela que nos separa parece crear una inmensidad y un obstáculo insoportable.

Mis manos abren su cinturón y la hebilla al impactar con mi pubis me produce cosquillas.

Termino con su cierre y su botón para bajarle los pantalones. Queda en bóxeres contra mí. La tela del algodón es suave y agradable al tacto. Meto ambas manos por debajo de ella e intento apretarle los glúteos pero él me las aparta y las coloca a los lados de mi cabeza, sobre la almohada.

—No hagas eso —ordena.

—¿Y por qué?

—No pidas explicaciones.

Mierda. Soy una zorra. Caigo en la cuenta de que me estoy acostando con mi jefe y una extraña sensación de culpa (y de placer) me enciende. Con mi jefe, con mi ex profesor, con mi ex directivo de prácticas. Y sobre todas las cosas, con mi mayor enemigo.

Además, he salido a cenar con un hombre, me estoy acostando con otro y he quedado en verme el sábado con un colega del hospital.

Estoy compartiendo intimidad ahora mismo con el insoportable pero más deseado hombre de todo el hospital y la Universidad de Yorkshire. ¿Cuántas desearían estar en mi lugar?

—Ocurre que me siento más cómodo cuando puedo tomar el control —explica al notar que la asimetría que nos separaba ya no existe. Quizás no en este preciso instante.

—¿Eso explica que seas tan mandón en el hospital?

—Puede ser.

—Te excita dar órdenes.

—Puede ser.

—¿También eres así en la empresa?

Él frunce el entrecejo y se aparta.

Mierda.

—¿La empresa? —pregunta.

«En la que filmas pelis porno pero nadie lo sabe.»

—Sí... Clean. La empresa de limpieza. Kaneki me habló de ella.

—Ah, sí. Creo que no deberías seguir hablando con él.

—¿Por qué?

—No pidas explicaciones —insiste y mete ambas manos entre mis piernas para separarlas.

Acto seguido saca la billetera de un bolsillo inferior de su saco y extrae un paquetito de tres preservativos.

Quisiera preguntarle si siempre los trae consigo, pero mi parte sensata indica que no siga hablando o terminaré por arruinarlo todo.

Antes de que se lo ponga, intento dirigirme a él para meterme su sexo en la boca, sin embargo me aparta con una mano sobre mi frente.

Lo miro.

—No —sentencia desde arriba—. Ya te lo dije: yo soy quien tiene el control en esto.

Me dejo conducir por sus órdenes y de extraña manera acabo por desear que así sea. Que él sea quien tenga el control sobre nosotros, sobre mí.

Solo veo su inmenso miembro duro como una roca brillar a la tenue luz nocturna y se coloca el preservativo.

Se humedece una mano y estimula mi entrepierna.

Me muerdo el labio inferior cuando ingresa el primer dedo.

—Voy a... —murmuro.

—No, nena. Todavía no.

Y clavo las uñas en la almohada mientras una ola de placer me sumerge desde lo profundo.

#017

#DESTROZADA

El estómago de mamá ruge mientras esperamos en la fila del servicio comunitario. Miro hacia arriba y observo que se ha sonrojado un poco ante el lamentable percance, pero me dedica una sonrisa divertida.

—No pasa nada, cielo —me dice—, solo es un estómago un tanto quisquilloso.

Por la mañana no quiso desayunar. Había un poco de té y solo media barra de pan de hacía dos días. Lo humedecí en el té y ese fue mi desayuno. Ella dijo que así estaba bien. Le pregunté cuándo tendríamos nuevamente azúcar y me contestó que hoy mismo pediríamos en el centro de salud.

—Ya pasaremos adelante —le digo, tratando de animarla. Sé que tiene hambre. Una niña que lo vive todos los días sabe muy bien cómo es que su estómago se retuerza por no tener para comer.

—Sí, cielo... Sí.

Cuando endereza el rostro noto que su sonrisa decae. Con su mano libre se quita una lágrima que amenaza por aparecerle en el rostro. Me he quedado mirándola; cuando se percata de esto vuelve a fingir una sonrisa sin decir nada esta vez. Centra la mirada y suspira conteniendo el llanto. No sé bien qué sucede, pero puedo hacerme una idea...

Ayer llegamos a nuestra nueva «casa». Es un lugar con muchas habitaciones bastante sucio, con personas que huelen feo y dicen groserías. Nuestra habitación no tiene ventanas, cuenta con una cama y un colchón roto en el suelo. Papá durmió en el colchón, mamá y yo en la cama. Ella le sugirió a mi padre que quizás si retiraban una pequeña parte del dinero de «la caja de ahorro» podrían permitirse un cochón mejor que el que ese lugar nos provee. Él fue tajante en su respuesta: «Ese dinero es para la universidad de la niña».

Le pregunté a mamá dónde estaba esa supuesta caja de ahorros que guardaban para mí. Si eso era mío, yo le daría a papá el dinero que hiciera falta para que pudiera dormir en un colchón sin que un resorte lo lastime.

Ella me contestó que estaba en un banco, resguardada para que nadie pudiera tocarla hasta el día en que fuese a la universidad.

Resulta que del dinero que papá ganaba en los edificios que levantaba ladrillo por ladrillo para la empresa constructora iba a parar gran parte a los ahorros para mis estudios; el resto, para cubrir deudas.

Por la noche salimos con mamá con un carrito que papá hizo hace algunos años. Me divierte cuando lo hacemos. Cada tanto él nos acompaña. Buscamos cartones y botellas vacías de los contenedores de basura. Papá dice que son para que nos hagamos una casa algún día, pero esas cosas extrañamente van a parar a un lugar donde un hombre se encarga de guardarle todos esos cartones a un montón de gente como nosotros.

Cuando nos toca avanzar en la fila del servicio comunitario, le tiro la mano a mamá para señalarle que es nuestro turno de recibir la bolsa con mercadería. Trae galletas que suelen durarnos dos o tres días. Estoy ansiosa por comer de ellas, pero aún más porque mamá lo haga... Mi hermanita debe tener hambre dentro de su barriga.

—Señora, adelante.
Ella se disculpa y avanza conmigo.
Un hombre pasa descortésmente frente a mí y me choca.
—Fíjate por dónde vas, niña.
Pierdo el equilibrio ante el impacto y caigo el suelo.

—¿Nat?!

Me despierto de inmediato al sentir el impacto contra el suelo de mi habitación. Mi corazón va a mil. Miro a todas partes en busca de asegurarme de que estoy a salvo, en mi destartado departamento de Yorkshire.

La angustia llena mi pecho y siento que todo en mi vida es demasiado frágil. Aquel día... Aquel día el señor que estaba atendiendo no quiso darnos la bolsa porque mamá había olvidado su cédula de identidad.

Cuando volvimos al depósito de mugre que llamábamos «casa» para buscar su cédula, ya era tarde. De regreso en el servicio comunitario, se habían terminado las bolsas.

«Vuelva la semana próxima, señora». Esa fue la respuesta que le dieron. Mamá no pudo parar de llorar en todo el camino de regreso.

—¿Nat, estás...? Nat.

Miro a mi izquierda y salto de un susto.

—¿Qué haces tú en mi cama?! —le grito a Jefferson.

Él me observa un poco absorto e intenta explicarlo:

—Tú... y yo... anoche...

—Ah, mierda —farfallo.

Me levanto a duras penas recordando lo sucedido hace algunas horas. Me duele la garganta y el pecho. No sé si se debe a que hemos dormido con la ventana abierta o a que quiero gritar un montón de injusticias que la vida depara, pero no puedo porque me tildarían de loca. Nada menos que Nicholas Jefferson. «Nick».

Camino trastabillando hasta mi baño. La cama es demasiado chica. Jefferson me ha empujado estando dormido y he caído al suelo.

—¿Estás bien? —me pregunta. Me giro y observo su escultural cuerpo musculoso entre mis sábanas y me siento doblemente preocupada. Pienso en mamá. En papá. En las bolsas de comida. En los cartones. En la pocilga sin ventanas donde vivíamos. «Vuelva la semana próxima, señora».

¿Y este enorme megaempresario demasiado lindo y demasiado millonario está ahora en mi cama?

—¿Qué haces... aquí? —insisto, esta vez un poco más acorde a la realidad.

—Nat, creo que te golpeaste la cabeza y yo tampoco me siento muy... bien.

Parece mareado.

Sus músculos se marcan a la luz del sol. Observo su camisa y su saco marca Christian Dior sobre la silla llena de mi ropa de segunda mano. Ni en diez años podría pagar lo que él paga por solo uno de sus zapatos, por la hebilla de su cinturón que yace en el suelo al igual que sus bóxeres de algodón refinado o sus pantalones negros que sobresalen desde debajo de la cama. ¿Cómo fueron a parar ahí?

Él se rasca la espalda.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Las sábanas baratas te hacen dar comezón? Están limpias, si eso te preocupa.

—Yo... Nunca he dicho eso —me contesta.

No sé por qué pero siento mucha ira hacia él. Por algún motivo. Algún extraño motivo, el que sea.

Venimos de dos realidades completamente opuestas.

—Solo toma tus cosas y vete —le ordeno. Tomo una camiseta que me tapa los muslos del aparador, una toalla y me meto al baño.

—¿Qué?!

Jefferson se pone de pie de un salto y sale tras de mí. Me meto al baño y miro mi horrible aspecto al espejo. Tengo dos enormes moretones en la curva derecha del cuello y otro en la base de mi garganta. Son chupones... nunca había tenido uno. ¿Cómo se supone que saldré así a la calle? El clima está apenas fresco, una bufanda sería excesiva.

—Nat...

Su voz al otro lado me genera una mezcla de sentimientos de dulzura y bronca a la vez. Ha visto quién soy y dónde vivo, sabe que no tengo dinero para comer ni para pagar el alquiler; dependo completamente de un buen promedio en las prácticas.

Sabe que estoy con creces por debajo de él.

Y aun así sigue aquí.

Me cepillo los dientes y me acomodo apenas el cabello. Mis ojos azules contrastan aún más con mi palidez cuando quiero llorar. Lo contengo.

—¿Qué quieres? —le digo con el cepillo en la boca.

—¿Disculparme! —dice desde el otro lado.

—¿Tengo una lista de cosas por las que deberías disculparte!

—Solo por... haberte tirado de la cama. ¡Me di la vuelta, nada más! Estoy un poco acostumbrado a...

Se calla.

Mi corazón da un golpe y me envalentono.

Abro apenas la puerta y me encuentro con un Nick Jefferson desnudo, con sus tatuajes al descubierto y su cabello rubio revuelto. El doctor Jefferson desnudo y pidiendo disculpas en un sucio nido de ratas llamado departamento: mi casa. Quién lo diría.

—¿A qué? —le pregunto mostrando apenas un ojo por la pequeña abertura de la puerta—. ¿A qué estás acostumbrado, Nicholas Jefferson? Sería bueno que me lo cuentes porque tu vida es algo que desconozco. Más aún los lujos.

—A dormir solo —responde.

—Y a una cama más grande. Es lo que ibas a decir. Dudo que duermas solo todas las noches.

Vuelvo a cerrar la puerta aunque él intenta impedirlo.

—¿Yo no he dicho eso! —farfulla al otro lado mientras giro la llave de la ducha.

—¿Pero ibas a decirlo!

Me meto bajo el agua y maldigo la diminuta pastilla de jabón. No alcanzará en caso de que él quiera... No. No se duchará en mi casa. Me enjuago el cabello con el envase de champú que he llenado con agua y salgo de la ducha.

Ya no se lo oye al otro lado.

—¿Sigues ahí? —pregunto. No responde.

¿Se habrá ido?

Me envuelvo en la toalla cubriendo mis partes, tomo la camiseta y cuando abro la puerta lo encuentro apoyado en la pared, mirándome como un perro herido al que no dejan entrar a la casa.

—Sigo aquí —contesta.

—¿Por qué...?

—Yo...

—Un momento —lo interrumpo mientras entro a la habitación y busco una blusa blanca y un pantalón de jeans. Están arrugados—. ¿Cómo se supone que entraste? ¿Tenías llave de las rejas de abajo?

Me dirijo hasta un mueble en busca de la plancha. Son más de las siete, estoy llegando tarde al hospital y él ya no es precisamente mi director de residencias a quien debo rendir un buen trabajo, buenos informes, calificaciones y puntualidad en sus requisitos.

—Cuando llegué estaba abierto —agrega.

—¿Y esperaste escondido?

—Algo así.

—¿Por qué?

—Porque... te vi con Kaneki.

Frunzo el entrecejo.

—¿Y?

—Y ya sabes, no podía permitir otro conflicto que afecte a mi carrera...

—Te acostaste conmigo —le recuerdo.

—Sí. Pero esto nadie puede saberlo. También podrías verte perjudicada. Tenemos una restricción del Departamento de Asuntos Internos.

—Vaya «Señor Al Carajo Las Reglas». Después de todo, parece que sí le preocupan.

—Las reglas siempre se pueden manipular en beneficio de algunos. Claro, mientras eso no se descubra.

—Si no, sería desastroso —contesto, pero un grito me detiene justo antes de que enchufe la plancha.

—¿Qué haces?!

Lo miro con extrañeza.

—¿Planchar? —contesto lo obvio. Suelo planchar sobre mi cama o sobre la mesa de la cocina, pero la mesa está sucia y... las sábanas supongo que también pero es todo lo que tengo.

Él se antepone y me quita la plancha de las manos.

—Estás mojada y descalza, no puedes hacer eso.

—¡Siempre lo hago!

—Ok, pero desde ahora no lo harás más.

—No puedes darme órdenes en mi casa.

—Claro que puedo —contesta provocador y toma mis pantuflas felpudas de color rosa. Se las pone, enchufa la plancha y se encarga de corregir las arrugas de mi pantalón de jeans.

¿Acaso... está... planchando mi ropa?

—No parece muy serio con esas cosas puestas —le suelto a modo de provocación.

—Tampoco es que me interese serlo ahora.

—Además, ¿me estás planchando la ropa? Guau. —Me cruzo de brazos y lo observo apoyada en la pared—. Te creía más machista, Jefferson.

—¿Te gustan los hombres machistas?

—Para nada.

—Pero aceptaste acostarte conmigo.

—Porque no eres machista.

—Hasta hace un momento me creías machista.

Me guiña un ojo y quedo sin palabras. Mi boca abierta sin poder seguir respondiendo es su

galardón de victoria.

Desisto en querer echarlo a patadas así que busco ropa interior y me la pongo por debajo de la toalla. Luego de las bragas, busco un corpiño, me doy la vuelta y me lo coloco.

Él da un silbido mirándome.

—¡Eso es, nena! Aunque te queda mejor sin él.

—Date la vuelta, imbécil.

—No puedo hacerlo, estoy planchando.

Carajo.

Me termino de poner la ropa y lo confronto.

Él me pasa la blusa y el pantalón. Desconecta la plancha y arroja las pantuflas a un lado.

—De nada —se dice a sí mismo y busca su pantalón de debajo de la cama—. ¿Cómo terminaron aquí?

—Lo mismo me pregunté al verlo.

—¿Quieres que pasemos por un Starbucks para desayunar?

—¿Me estás invitando a desayunar?

—Claro.

—Nos verán, doctor. Olvídelo.

—Es cierto. ¿Desayunamos juntos en mi despacho del hospital?

Lo miro, sorprendida.

—¿Qué parte de que *nos verán* no se entiende?

—Ufff... ¿Tienes hora?

Miro mi celular.

—Siete treinta.

—Carajo.

Me mira muy sorprendido y se termina de vestir a gran velocidad evadiendo los calcetines y el bóxer, que guarda en el bolsillo interno del saco.

—Creo que le sugeriré a mis compañeros que te revisen los bolsillos más seguido —le digo mientras él teclea algunas cosas en su celular. Necesito ese jodido IP.

—Es la primera vez que lo hago.

—Oh, no me digas.

—Tú decides si creerme o no hacerlo.

De pronto se acerca a mí y la corta distancia entre ambos no deja de ser algo que me intimida enormemente.

—Nat, vendrá un Uber en cinco minutos. Otro para mí ahora mismo ya está cerca.

—No es necesario, me tomo el tren para ir al trabajo.

—Olvídalo. Llegarás tarde y hoy no puedes hacerlo. La doctora seguirá tu planilla de asistencia y horarios con severa regularidad.

—No seas idiota, es obvio que nadie es más severo de lo que eres tú.

—Eso es cierto.

Me da un beso en la punta de la nariz produciéndome un cosquilleo.

—Ay... mierda. Llegaré tarde a trabajar. Nunca lo hice en ocho años—se queja, pero hay un deje de ¿orgullo? en su voz. Claro, sus ocho impecables años trabajando y forrándose en dinero.

—Lamento haberlo convertido en un monstruo, señor Jefferson.

Él sonrío y me besa.

Mis pulmones se llenan de aire al recibirlo. No se ha lavado los dientes, sin embargo, un ligero gusto a alcohol y tabaco carga mi interior. Es delicioso. Este hombre es asombroso en verdad.

Pero eso no quita todo lo que me ha hecho.

Puedo ser de las que perdonan pero nunca de las que olvidan.

Una vez que se aparta, suspira y me mira los labios como si fuesen un fruto jugoso.

—¿En qué me has convertido, Nat?

Jefferson suspira y me suelta con rapidez para tomar el picaporte.

Se detiene justo antes de salir huyendo de mi departamento y me mira con preocupación.

—¿En qué me has convertido?

Y sale.

No lo sé, Jefferson.

No sé en qué te he convertido ni qué me has hecho tú a mí, pero podrías condenar mi carrera profesional antes de comenzarla.

Y eso nunca te lo perdonaré.

#018

#CONSENTIDA

Me recojo el pelo con un listón turquesa frente a un espejo que hay en el despacho para residentes en el hospital. No es algo que suela hacer muy seguido, más bien soy de usar colitas o elásticos.

En el momento que termino, observo los lugares donde me he puesto demasiado maquillaje para que no se noten las marcas que Jefferson me ha dejado. Rara vez llevo cosméticos conmigo, pero Sophia guarda su arsenal en el armario del despacho; allí encontré también el bonito listón.

Pienso en la locura que ha sucedido anoche y aún no puedo creerlo. He probado con pellizcarme, y comprobé que no se trata de ningún sueño o estado de trance. Tampoco consumo drogas, estoy lúcida.

Quizás podría ser una jugarreta del Mandamás.

De pronto la puerta del despacho se abre y me llevo una mano al cuello como si me lo estuviese masajeando, procurando no quitar el maquillaje de su lugar.

Sophia se queda de pie, pasmada en la puerta.

—No lo puedo creer —murmura—. Natalie Hale, ¿eres tú?

—Sigo viva.

—No lo digo por eso, sino porque es la primera vez desde el inicio del programa que llegas antes que yo. Aguarda... ¿ya son las ocho y mi reloj se atrasó?

—Buen chiste, So. Por cierto, ¿me prestas tu listón?

Sophia mira atenta su accesorio en mi cabello. Hoy ella lleva el pelo suelto; espero que no le moleste.

Ella se aparta y me mira con un gesto de sorpresa teatral.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi amiga? Por cierto...

Camina hasta mi celular y lo señala desde lejos como si le fuese a morder; Lana del Rey está cantando «Blue Jeans».

—¿Acaso quieres matarme?

—Solo porque eres tú acepto que critiques lo que escucho —le digo con un poquito de desdén y bajo el volumen de mi celular hasta silenciarlo.

Su actuación es interrumpida por alguien que le habla desde el otro lado del despacho. Escucho la voz de un chico:

—¿Natalie o Sophia? —pregunta.

Salgo de inmediato a ver qué sucede.

Hay un cadete de envíos con gorra roja y una enorme bandeja de desayuno en sus manos. Dos nombres cruzan por mi cabeza; solo dos personas en el mundo querrían darme de comer además de mi madre.

—Sophia —contesta mi amiga, llevando la delantera.

—Firme aquí, por favor.

Le sostengo la bandeja para que el chico pueda sacar una libreta con una lapicera y se guarda la propina que mi amiga le pasa.

—Que lo disfruten.

Y se va.

Con Sophia nos miramos absolutamente estupefactas y nos metemos dentro del despacho.

—No sé qué es esto pero me huele a acoso —le digo.

—Se me hace más bien romántico.

Ella no demora en quitar el nudo que cierra una enorme bandeja con dos tazas, dulces, vasitos de yogur, cereales, frutas, sobrecitos con té de distintas clases, leche en polvo, azúcar, café y chocolate.

Pero también hay un sobre.

Sophia lo toma esperanzada y luego con un enorme gesto de indignación me lo pasa.

—Es... para ti.

—No, no. El chico preguntó por «Nat o Sophia».

—Me refiero a la carta; seguro tiene una declaración de amor de un admirador secreto. Es para ti. Dice «Nat». Con cursiva y escrita a mano.

—¿Eso qué tiene que ver? —le contesto a la defensiva, sosteniendo el sobre en mis manos y evaluando si sería o no conveniente leerla delante de ella.

—Solo se me ocurren tres opciones. Uno: se ha esforzado en hacer algo bonito y puede que tenga intenciones de ir más allá de lo carnal. Dos: es gay y te considera su mejor amiga pero no entiendo cómo encajo yo. Tres: tu mamá escribió la nota.

—O puede que lo haya hecho algún amante que nos quiere envenenar. Nos ha enviado esto a ambas, te lo recuerdo.

—Siempre tan pesimista. ¿Qué esperas?

—¿Eh?

Ella toma un bollo de canela y se lo mete a la boca.

—¡Abre esa carta! —me insiste con la boca llena.

Con las manos temblándome, decido abrir el papel que me han enviado. Lo leo primero para mí, pero de golpe mi amiga se ubica encima de mí y lo lee en voz alta:

No rechaces mi regalo. Quería que tú y tu amiga empezasen bien el día, nada más.

PD.: Procura no aceptar cualquier invitación a cenar. No me gusta compartir a las personas que me interesan.

N.

Mi corazón golpea con fuerza dentro de mi pecho.

—Eso es una locura —aúlla Sophia—. ¡Estás saliendo con alguien y no me lo dijiste!

—De hecho... No...

—¡Y se acostaron!

—¡¿Cómo lo...?! ¿Cómo eres capaz de asegurarlo?

—Oh, vamos, dice que no le gusta compartir. Todas sabemos que lo que no quiere compartir de ti es lo que llevas entre tus delgadas piernas.

Tomo una dona rellena de salsa de mora y el celular de mi amiga empieza a sonar con intensidad en el bolsillo de su chaqueta.

—Son las ocho. Debemos irnos a la guardia —dice ella acercándose a la puerta—. Suerte que me he vestido... por cierto, no te me escaparás.

Al abrir la puerta, el doctor Jefferson pasa mirando unas planillas. La saluda sin mirarla y sigue caminando.

—Buen día, señorita Petrova.

Aunque ella no responde al saludo.

Se queda pasmada un momento y se vuelve a mí con sus ojos desorbitados.

—¿Viste eso?!

—¿Qué? Te saludó.

—Jamás en mi maldita vida ese hombre me ha saludado. ¿Qué pasa con todo el mundo el día de hoy?

Continúa con su gesto de consternación y sale.

Guardo la caja del desayuno y escribo en la bandeja NO TOCAR. Lo guardo en una pequeña heladera que hay en el despacho y salgo tras mi amiga.

Ojalá yo también pudiera saberlo...

¿Qué demonios está ocurriendo?

Llevo toda la mañana dándole vueltas al tema y es evidente que Jefferson se acuesta con sus estudiantes aprovechándose de su estatuto de superioridad. Yo soy una más de ellas.

De camino al almuerzo, saco mi celular y le envío un mensaje:

¿Con cuántas residentes te has acostado?

Su respuesta no demora en llegar.

Una.

¿Antes o después de mí?

Durante.

Eso se oye extraño.

Aquí quien desconfía eres tú. Espero hayan disfrutado su desayuno.

Eres un idiota, acabas de exponernos frente a mi amiga.

Si te lo enviaba a ti sola, las sospechas serían aún peores.

Eso no quita que seas un idiota.

Tú también me caes mal.

Me muerdo el labio pensando qué responder y solo se me ocurre decirle que nos vemos en unas horas en el laboratorio.

Él no me responde pero sé que ha visto el mensaje.

Mientras busco mi comida, los ojos maliciosos de Beatrice me observan desde la otra punta de la cafetería del hospital. Espero no haber tenido mucha cara de boba mientras leía...

Creo que ya saben todos sobre el desayuno en la heladerita.

Cuando retiro mi bandeja con comida, el celular vibra nuevamente en mi chaqueta. Decido sentarme a comer sola. Desde la cocina del hospital han hecho pavo con una extraña salsa saludable, ensalada de zanahoria, un trozo de pan y una manzana de postre.

Sophia se sienta delante de mí apenas me encuentra.

—¿Ya supiste quién es el acosador? —me pregunta.

—Para nada.

—Pues todos ya saben que recibiste el desayuno. He estado pensando en «N» y se me ocurren algunos nombres. He hecho una lista de todos los chicos que trabajan para este hospital y los

pacientes lúcidos cuyos nombres o apodos comienzan con N. ¿Quieres escuchar?

Saca un papel enrollado y comienza a leerme.

—Prefiero descubrirlo por mí misma —le miento.

—Oh, vamos. Síguele el juego al pobre, ¡ha sido muy dulce con nosotras!

—Olvídalo.

Recuerdo que mi celular vibró hace un momento así que lo saco.

Hay un mail... del banco.

Carajo. Me van a embargar... Estaba esperando este momento. Por falta de pago de mi tarjeta de crédito me embargarán lo poco que tengo y estaré frita en el sistema crediticio. Es esto una suposición a la que arribo antes de animarme a abrir el mensaje...

Se ha realizado un depósito.

No dice el monto pero sí especifica a qué viene...

Voy rápidamente a mi cuenta del *mobile banking* y controlo el estado de mi cuenta.

Es la primera vez en muchas veces que no marca cero o números en rojo con cuentas por pagar sino un número en verde mucho más agradable:

£ 2.590

Recorro rápidamente los movimientos bancarios y doy con ellos. Son las 12:23.

Transferencia por adelanto de honorarios

– servicio de laboratorio £ 10.000

Liquidación por deudas en calidad de tarjeta de crédito £ 6.000

Impuestos por demoras y movimientos £ 10

De golpe me siento agitada con una ola de ira naciendo desde mi interior. ¿Es cierto?
¿Adelanto de honorarios, servicio de laboratorio?

Yo sabía que tarde o temprano Jefferson la iba a cagar.

Yo sabía que en algún momento no podría controlar sus servicios de caridad y metería la pata hasta el fondo...

Creo que ya empiezo a comprender la lógica jeffersoniana.

#019

#JEFFERSONISMOS

Demoro intencionalmente diez minutos en llegar al laboratorio puesto que no quiero cruzarme a Serge; debo cancelar su invitación de salir a cenar el sábado.

Una vez que tengo puesto el atuendo para ingresar, intento recordar lo último que estudié sobre Cuerpos. Extraigo mi viejo proyecto de prueba y le hablo a sabiendas de que es algo inútil:

—Estás tan grande, cariño. Pero vas a crecer aún más en cuanto pueda modificar algunos detallitos en tu configuración cromosomática, ya verás. Imagínate yendo a la escuela, llevando una chica o un chico al baile, fumando tu primer cigarrillo, emborrachándote con tus amigos, yendo a la universidad, estudiando tranquilamente sin pensar en que tus padres sufrieron mucho porque tengas el mejor futuro. Una vez que te haya corregido, me encargaré de que tengas los mejores padres que un niño pued...

—Sabes que se trata de un montón de células, ¿verdad?

Suelto un bufido y me pongo de pie. Miro a Jefferson y pongo los ojos en blanco. Se está colocando los guantes esterilizados y tiene pinta de cansancio, aunque con un semblante extrañamente contento.

Lo cual es impropio en él.

—Creí que los considerabas *personas* —contesto sin mucho ánimo.

—Y lo sigo haciendo.

—¿Y «montón de células»?

—También son un montón de células. Todos hemos pasado por esa etapa, en alguna ocasión. Solo que tu bebé se encuentra... extendiendo el plazo. Solo una vez en la vida se nos puede congelar y seguir habitando la existencia. Una precaria existencia.

—Luego regreso —le digo a mi proyectito de Cuerpos y lo meto nuevamente en su fría casa—. Llegas diecisiete minutos tarde, Jefferson.

El se acerca con una serie de pipetas y planillas de combinación genética.

—Lo sé. Verás... Tuve que dar «explicaciones» ante el director del hospital por mis disconductas.

—¿«Disconductas»?

—Llegar tarde y haber maltratado a una residente. ¿Puedes creerlo?

—Supongo que yo soy esa residente.

—Claro que lo eres. Y me hace sentir como un miserable hijo de puta la idea de que te traté mal.

—Cuide ese vocabulario, doctor. Hay cámaras en estos sectores.

—Cámaras, no micrófonos.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo un adivino en mi celular que me va respondiendo todas las inquietudes.

Frunzo el entrecejo.

—No es verdad —añade—. Solo que no es legal. Lo leí en el estamento que me entregaron cuando entré a trabajar aquí. ¿Tú no?

Me encojo de hombros.

—Deberías hacerlo. Por cierto, también revisé lo que dice tu convenio de residencias.

Una alarma de alerta se enciende en mi cabeza.

—Y podemos permanecer distanciados según los criterios de tu periodo de práctica, lo cual implica tu horario habitual. Esto es un trabajo extraoficial.

—¿Y por qué te estás metiendo en mi privacidad? ¿Cómo consigues esas cosas?

—Revisé los datos cargados al sistema. Solo di clic en una lupita, coloqué tu nombre y me llovieron todos tus datos.

—Oh... ahora entiendo.

¿Cómo supo dónde vivo? ¿Y el número de mi cuenta bancaria, la historia clínica de mis padres, el acta de defunción de mi padre, mi estado de salud actual que, por suerte, no cuenta con la mala herencia de mis progenitores? Lo sabe todo. Porque me lo pidieron para entrar a este sitio.

—Así que eres oficialmente mi asistente —añade y me atraganto con mi propia saliva.

—No me gusta cómo suena. Dime Nat y punto.

—Okay: Nat y punto, te cuento que ya hice una transferencia bancaria por tus honorarios. Te obligaría a firmar un contrato estableciendo que trabajas para mí, pero eso sería un signo de interrogación en mi legajo del Departamento de Asuntos Internos. Nunca creí que ingresarían un legajo de mí en esa mierda.

—No me parece una mierda, es el único espacio donde nos defienden de los abusos.

—Me estás halagando. Veamos cómo está nuestro bebé.

Mi estómago da un vuelco al escucharle referirse de ese modo al proyecto embrionario que está en el criocervador.

Es mi prueba para sostenerme en este lugar.

Jefferson saca el proyecto y revisa cómo van los últimos informes.

—Por cierto, no vuelvas a hacerlo —le pido.

—No puedo asegurarte nada. Te lo quiero hacer una y mil veces más.

Carajo. ¿Por qué no me termino de acostumbrar a ese modo tan... particular que tiene?

—Me refería a la transferencia de dinero. No quiero más billetes de tu millonaria cuenta y mucho menos sin que me lo consultes.

Él se gira y me mira con suspicacia.

—¿«Millonaria cuenta»? —reitera—. Ya conoces los pagos de este hospital. Te pago lo que me puedo permitir.

Él me ha depositado tres veces lo que gano en un mes.

—Solo... suponía que te pagaban mejor que a mí —me excuso sin evidenciar que alguna vez estuve espionando sus múltiples ceros.

—Quizás mejora con los años.

Me guiña un ojo y tengo la extraña sensación de que acaba de decirme indirectamente uno de sus más oscuros secretos.

WhoIsTheSamurái: Son tantas las cosas que necesito.

GiveMeTheDrugsBabe: Empieza por el principio.

ChocolateCake: Acuerdo con Babe.

WhoIsTheSamurái: Un tipo o tipa o virus ha empezado a acosar a mi hermana. La policía no puede dar con quien está robando unas viejas fotos de ella con su novio y lo único que tengo es un jodido IP que no me conduce a ninguna parte. Es como un vacío

en el mapa.

ChocolateCake: ¿Probaste con los códigos alternos del HardDeep?

WhoIsTheSamurái: Sí, pero el sistema no lo soporta y arroja un cartel de ERROR.

GiveMeTheDrugsBabe: Llevo años de experiencia en esto. Dame el código; intentaré resolverlo.

ChocolateCake: Pásamelo a mí también. Intentaré, aunque las habilidades de Babe son superiores a las de cualquier mortal... o digital.

WhoIsTheSamurái: IMAGEN.

Luego de recibir el código en mi *tablet*, intento rastrear el código desde el HardDeep y, en efecto, me arroja un cartel de ERROR al instante. Está encriptado. Intento desde otro sistema pero se me ha vencido la licencia del *software* y debo esperar a que se renueve el plazo de mi tarjeta para que aparezcan todas mis cuentas pagas nuevamente.

Tengo algunos sistemas alternativos con los que busco pero no hago más que divagar con el bendito cartel de ERROR minimizado.

Y, por algún motivo, esa palabra me trae a la mente unos increíbles ojos azules, una barba cuya sensación rasposa contra mis labios es deliciosa, un pecho firme y fornido, tatuajes de cruces y frases escritas con tinta permanente por dos brazos fibrosos, más una camisa celeste cayendo al suelo y dejando al descubierto la maravillosa piel bronceada de Jefferson.

Mierda.

No puedo concentrarme.

De pronto me sorprende a mí misma abriendo una ventana e intentando rastrear nuevamente el nombre de Jefferson en el complemento del Hard, sin embargo, lo borro; abro una de Google e inserto una búsqueda que combina perfectamente con cierto cosquilleo en mi estómago y entre mis piernas.

DIRTY XXX

Luego de escribirlo, los resultados que me arroja son inmediatos. Bendito seas Wifi que aguardas vivo más tiempo en la espera de que cancele tus deudas.

Es la primera vez que me animo a explorar la página desde que sé que Jefferson es el dueño de ella. No estoy muy familiarizada con lo que hay en el mundo del porno actual ya que he tenido mi dosis de ver en la Hard un montón de cerdos asquerosos haciendo cosas ilegales o masturbándose mientras una cámara muestra cómo maltratan niñas. Por suerte, ya me he ocupado de ellos, sin embargo he desistido últimamente para no seguir sumando obligaciones a mi agenda cada vez más apretada con nombres del hospital.

La ventana que se abre me genera cierta perplejidad. Es estéticamente simple y atractiva.

Con colores negro, naranja y blanco, aparece el título de la web en la parte superior, abajo apartados de «Categorías. Suscribirse. DirtyStars. Live. Modo Espía. Denunciar contenido».

Me parece gracioso que tenga cierta «ética» una web de esta clase donde haya cosas que no están permitidas cuando un niño de cuatro años puede abrir esto y quedarse traumatado. Qué va, los niños están cada vez más familiarizados con la pornografía y eso me parece lamentable, no obstante es un hecho catastrófico de esta época con el que hay que lidiar. Lo que no me parece en absoluto son los padres que hacen ver a sus hijos contenido exclusivamente para adultos; más de

una vez han llegado casos judicializados de abuso sexual por este motivo a las guardias. Porque hacer ver pornografía a un menor de edad también es abuso.

Por suerte, hace tiempo que pasé los veinte.guardo mientras intento localizar cualquier signo de Nick Jefferson.

A decir verdad, espero que en el primer vistazo la página me muestre los videos más vistos del momento o un filtro de «esto puede gustarme» robando las *cookies* de mis búsquedas de Internet. Sin embargo, lo primero que muestra son dos chicas sonrientes con ropa y parecen más bien sacadas de una foto de perfil de Instagram que de una web porno.

Sigo bajando y encuentro otros. Son usuarios. Las estrellas del momento. El inicio muestra a cada DirtyStar por categoría. La mayoría son personas de ente dieciocho y veinticinco años. Rara vez más de eso, excepto cuando las categorías son «mature», «mom», «dirty» o «family». Qué carajo, no puedo con esto.

Intento cerrar la puta página cuando aparece una categoría que sí me llama la atención.

DOCTOR

Mierda.

La estrella es una chica cuya foto de perfil la muestra con la bata blanca abierta, un corpiño de encaje negro y bragas del mismo color ultra finas. Es pálida, tiene el cabello lacio, los labios demasiado hinchados, pestañas postizas negras como sus pupilas y un lunar seguramente falso sobre el labio superior.

No quiero ver esto, no quiero.

Pero... Por un momento se cruza la idea por mi cabeza de que esta chica puede haberse acostado con Nick.

Es una estrella de su propia empresa, ¿qué impide que no se conozcan? ¿Y si recibió apoyo adicional para conseguir suscriptores? Carajo. Abro el HardDeep y coloco el buscador de IP. Entro al perfil de «Doctora Maddie» en busca de su URL. Sin embargo, salta a mi vista el enorme número de quince millones de suscriptores. No puedo creer que quince millones de personas se... jalen la entrepierna mirando las cosas de esta chica.

Mi envidia hacia ella crece sin piedad. Quisiera meterme en la pantalla y arrancarle las extensiones, las tetas plásticas y borrarle el lunar de una bofetada, pero me contengo al rastrearle el IP en un santiamén.

La localización en el mapa data de todas sus entradas:

Colombia. Ecuador. Argentina. Colombia. Colombia. Argentina. Panamá. Colombia.

Me juego todo a que la chica es colombiana.

Jefferson vive demasiado lejos... A menos que alguna vez se haya hecho un viajecito. Mierda.

Busco mi celular y tecleo furiosa:

¿Alguna vez fuiste a Latinoamérica?

Le envío.

Me muerdo las uñas mientras indago en sus horribles videos. En casi todos aparece frente a su cama. Mientras más nuevos son los videos, más linda y lujosa es la habitación donde los graba. Esto definitivamente está monetizado. Mi celular vibra.

A Brasil para un congreso. ¿por?

Esto me deja más tranquila.

Curiosidad.

Envío mi respuesta y vuelvo a la web. Alguna de estas putas estrellas debe haber estado con él. ¿Y si mantiene al día de hoy alguna historia con una de estas tipas? Carajo, ahora sé por qué no había entrado antes a la web: Jefferson es el jodido rey de un montón de zorras.

Entonces la voz de la razón de Babe se me mete en la cabeza: ellas no están haciendo nada mal.

Él tampoco.

Solo son negocios. Punto.

Negocios que consume casi todo el mundo...

Acto seguido busco la aplicación de la web en mi celular para conocer el alcance de esta inmensa empresa y quedo helada. Más de mil millones.

Dejo reposar mi cabeza sobre la tabla de la mesa de mi comedor y la caja donde venía la hamburguesa que he cenado se cae. No me importa. Le doy un trago a mi Coca-Cola y agradezco a Jefferson por permitirme trabajar en su laboratorio.

Pero no le agradeceré nunca que esté metido en estas cosas. Él. El doctor Jefferson. Honorable jefe, profesor y profesional; serio, malhumorado, indescifrable Nick Jefferson.

Vuelvo a la pantalla.

Ahí sigue la doctora Maddie sumando visitas y yo aquí, pensando en seguir estudiando.

Hasta que las ideas se me esfuman cuando encuentro un buscador en el margen derecho superior de la web.

Filtros.

Toco el botón y aparece un cuadradito con cuatro figuras contorneadas: las de arriba tienen el título de Soy y las de abajo Busco.

Elijo.

Solo por curiosidad.

Soy: mujer

Busco: hombre

Categoría: doctor

Enter.

Mierda.

La web carga y en menos de diez segundos tengo cientos de doctores en consultorios. Quitándose la ropa, masturbándose, cogiendo con chicas uniformadas, haciendo ejercicio, dando retos, etc. Me pregunto cuántos de esos videos están hechos en lugares montados; lo cierto es que la gran mayoría tienen apariencia de ser caseros como los chicos de la web común que suben videos haciendo bromas, retos o dramas entre sí.

Esto es una versión similar.

Uno de los tipos con más suscriptores (cuatro millones, claramente las chicas están facturando más) tiene videos al estilo:

Sorprendo a secretaria con la bragueta abierta.

Reto de la muñeca en la camilla.

Cámara oculta con paciente en sala de espera.

¿Esta mierda es normal? El tipo es un chico musculoso de unos veinte años, pelo rapado y hombros anchos. Se ve atractivo pero si de su vida profesional está haciendo esas mierdas mejor que le caigan veinte millones de sanciones por montar este tipo de cosas.

Intento dar *dislike* pero la web no me deja avanzar.

Acto seguido trato de denunciar el contenido y aparece un cartel dos veces. Para dar *like* o *dislike* a un video o denunciar hay que estar registrado.



Lo sentimos,

¡necesitas ser parte de la comunidad para juzgar a nuestros usuarios!

¿Por qué no lo intentas? 😊

¡HAZME PARTE! | QUIZÁS LUEGO

Mi corazón late demasiado rápido.

Quiero hacerlo. Quiero unirme solo para denunciar a este imbécil.

Así me suscribo y completo todos los malditos datos que pide desde perfiles falsos que me he creado con la HardDeep. Intenta sacarme el Facebook pero no lo hago.



¡Bienvenida!

¡Te hemos asignado un nombre de usuario!

Disfruta la experiencia y comparte el Dirty world con tus amigos ^o^

AVANZAR | OMITIR

Claro que quiero avanzar.

Y me saltan las normas de la comunidad:

Tienes que conocer nuestros términos y condiciones.

Entre ellos, solo aceptamos usuarios que presten consentimiento, sean mayores de edad y respeten las elecciones de todos los que somos parte de Dirty.

VER TÉRMINOS Y ACEPTAR | QUIZÁS LUEGO

Toco el botón de pasarme las normas y ya estoy dentro.

Para mi sorpresa, en lugar de que aparezcan los videos del enfermero idiota para poder denunciarlo, me aparece un anuncio. Intento cerrarlo pero antes de tocar la cruz, veo tres videos con la opción de reproducir.

Son tres videos de doctores con cabello claro, corto, musculosos y llenos de tatuajes.

Todos son atractivos pero ninguno es Nick. Este puto sistema ha rastreado mis preferencias... Que ni yo misma conocía.

Me asusta lo que puede hacer, creí que este tipo de mierdas solo la hacían los *hackers* ilegales, sin embargo, leo lo que dice la parte superior del anuncio.

Proviene de Dirty Productions.

No tiene que ser... Ay, mierda.

*¡Gracias por sumarte a la comunidad de videobloggers más grande de la web!
Te invitamos a que seas usuaria gratuita de nuestra productora :d
¡Tienes hasta 30 reproducciones sin ningún costo!
Creemos que nuestros actores podrían interesarte.
Fueron seleccionados de nuestra plataforma por sus millones de visitas y suscriptores
tan ávidos como tú.*

VISITAR AHORA | QUIZÁS LUEGO

Por algún motivo me sonrojo.

Una web porno está seleccionando cada uno de mis jodidos gustos para mostrarme exactamente lo que quiero ver.

Una web que concentra a casi todos los videobloggers del mundo. Han pasado por convocar usuarios y ahora son superestrellas... del mundo sexual virtual. Por un instante cruza la idea por mi cabeza de que, al parecer, la mayoría de la población aspira a ser artista porno apenas cumpla los dieciocho.

La web me está dando una oportunidad.

Es gratuita.

Acceso Premium.

Solo treinta reproducciones.

Nadie se vuelve adicto por treinta malditos clics.

Finalmente, toco Visitar ahora, y un hombre empieza a quitarse la ropa frente a una cámara.

En vivo.

Para mí.

Justo ahora.

#020

#TODOGRATIS

Es viernes y me siento extraña.

Tengo la rara sensación de haber sido... ¿infiel? Vamos, no soy la pareja seria de nadie. Nunca he tenido parejas serias. Menos la tendré ahora, pero haber pasado tanto tiempo en esa web anoche ha sido nefasto para mi salud mental. Y aun así quiero volver a entrar ahí... por cuarta vez. Solo me quedan dos reproducciones para cumplir el cupo.

Me he sentido culpable todo el tiempo y a veces pensaba cuán decepcionante sería para mi mamá el saber que me he suscripto a esa plataforma bestial.

O que me acosté con su creador.

Mientras me visto por la mañana, pienso en los bebés de Jefferson. Sus creaciones. Primero CUERPOS, ahora esto. Definitivamente no puedo creer que ambos proyectos salgan de una misma cabeza.

Mientras desayuno una barra de cereal y jugo de naranja (sí, ayer fui al supermercado con dinero en efectivo tras salir del laboratorio), mi celular vibra sobre la mesa. Es él. Como cuando llamas a alguien con el pensamiento.

Buen día, nena. ¿Necesitas un taxi?

Toco su foto de perfil.

Ahí está, mirando a la cámara con una sonrisa torcida demasiado forzada, ni siquiera se molesta en ser lindo pero aun así es atractivo hasta el infarto. Examino su quijada cuadrada, recuerdo lo lindos que se ven sus hoyuelos cuando sonrío, me deleito con esa *selfie* que se ha tomado: tiene el cabello mojado revuelto, la barba incipiente y una camiseta vieja. Está en una cocina. ¿Será la suya? ¿Se cocinará él? ¿Tendrá pileta o estuvo en la ducha? ¿Vivirá con... alguien? ¿Cuántas chicas pasarán en promedio por su cama? El rostro de la colombiana se cruza por mi cabeza pero decido dejar esas ideas.

Sigo mirando sus ojos y me quedo fundida en ellos. Son hermosos. Al igual que sus cejas y su nariz recta.

—¿Cómo es posible —murmuro— que de esa cabecita tan asombrosa salgan ideas tan... monstruosas? O extrañas.

Me muerdo el labio inferior mientras respondo:

Buen día, jefe. ¿Ha cambiado el rubro? ¿Por qué lo pregunta?

Me niego a dejar que me pague el taxi. Verifico tener todo y salgo de casa. Mientras camino a la estación de trenes, suena mi celular. Es él.

Te iba a pedir un taxi pero si quieres que pase por ti, lo haré.

¿Se volvió loco?

No, señor Jefferson. Le recuerdo que tenemos restricciones que cumplir si no quiere poner en peligro mi programa de residencias.

¿Acaso un jefe de laboratorio no puede pasar a buscar a su asistente favorita?

Soy la única asistente de laboratorio que tienes... Al menos en el único laboratorio en el que sé que trabajas.

Carajo.

Se lo he dicho.

Le he insinuado que tiene otros «laboratorios» de los que no tengo conocimiento. Además, pasé del «usted» a tutearlo, horizontalizando la conversación.

Pienso en sus posibles otros laboratorios y concluyo que se trata de donde seguramente deben trabajar unas lindas asistentes. *Basta, no puedo seguir obsesionada con eso.*

Él responde.

¿Quieres participar de otro tipo de experimentos?

—¿Podría avanzar?

Me he quedado parada al pie de las escaleras de entrada. Podría haberme dado el porrazo de mi vida culpa del celular.

Miro al hombre que me está pidiendo permiso de muy mala manera y sigo caminando.

Me siento agitada.

Como si estuviese metida en algo ilegal o parecido.

Jefferson... ¿me está insinuando participar de...? No puede ser. Él no haría algo así.

O quién sabe de qué está hablando este sujeto.

Más allá de cualquier límite, solo estoy segura de una cosa: quiero quitarle todas sus máscaras.

Me encantaría participar de sus experimentos, doctor.

Subo al tren un poco consternada, excitada y delirante. Pienso en el doctor y en los otros hombres que vi en los videos de la web del Jefferson.

Pienso en su productora.

¿Dónde estará ubicada? ¿Cómo es posible que aún no lo haya rastreado? Es como si me obnubilase en todo lo que respecta a ese asunto.

Me deja sin respuesta.

Pero quiero más.

Ahora mismo quiero más.

**Te explico esta tarde. No faltes al laboratorio. Tengo pensado que exploremos
Cuerpos. ¿Aceptarías de antemano lo que tengo para ofrecer?**

Definitivamente este hombre me va a matar.

¿Es seguro, doctor?

No es seguro. Pero ya deberías saber que soy de los que prefieren correr riesgos.

Claro que lo sé, chico listo. Y puede que sepa mucho más de lo que te imaginas en este instante. Finalmente me armo de valor y con una extraña electricidad entre mis piernas digito una respuesta:

Acepto.

No sé si estoy lista para lo que viene a partir de ahora.

#021

#ARDES

El día transcurre en el hospital con importantes sobresaltos, ya que el Sector Quemados y las salas de urgencia empiezan a atestarse de obreros accidentados; el motivo es que explotaron las garrafas de una fábrica que queda a poco más de medio kilómetro del hospital.

Si en algo se caracterizan los servicios de salud es que carecen de personal y, ante situaciones así, eso queda en evidencia.

Los hechos obligan a que terminemos una hora más tarde nuestros turnos. La doctora Amber, mi nueva asesora de residencia y la encargada de evaluarme, me cruza en uno de los pasillos justo antes de que entre a quitarme un poco de olor a carne podrida a una de las duchas del personal femenino en el hospital.

Cuando me encuentra, ella sale y yo estoy entrando con la chaqueta sudada del hospital y una toalla al hombro. En general, si podemos evitar usar las duchas de este lugar lo hacemos, pero en días como el de hoy que terminamos tan exhaustos, un poco de agua caliente es lo más agradable que nos podría suceder.

—¡Natalie Hale! Qué bueno encontrarte.

Cuando la escucho hablar, caigo en la cuenta de que ya nos conocemos. Ha dado clases en la universidad. Siempre envidié su cabello rojo, su piel pálida y los grandes ojos negros que contrastan como si fuese la villana de una peli de terror. No es tan grande. Tendrá unos cinco o seis años más que Jefferson pero a diferencia de él, ella recién ha asumido el cargo de jefa del servicio de residentes en la división de Traumatología en el último semestre.

—Profesora, lo mismo digo —saludo.

—Llámame Amber o simplemente doctora. Aquí no somos tus docentes sino «guías» para que culmines satisfactoriamente tu carrera. Disculpa que no te haya llamado antes pero he estado demasiado atareada. Yendo al punto, ¿supongo que ya te informaron lo del cambio de tutorías?

—En efecto, el comité del Departamento de Asuntos Internos ya me comentó de la iniciativa.

—Excelente, me ahorraste tener que explicarte las razones que demasiado bien no conozco. Solo me dijeron que desde esta semana yo seré tu nueva tutora. Cuánto queda, ¿medio semestre para que las concluyas? Tendré que pedir tus informes a tu anterior tutora. ¿Quién fue? ¿La doctora Rave?

—Ni... Jefferson. El doctor Jefferson.

Ella parpadea con sorpresa.

—Vaya. ¿Y qué produjo esa... ruptura?

—Desde el departamento consideraron adecuado un cambio —contesto sin tener que dar demasiadas explicaciones, pero a la vez en busca de no ser descortés. No sería muy inteligente de mi parte repetir la historia.

—Oh, bien. Entonces... Le escribiré a Nicholas, descuida.

¿Cómo que *Nicholas* a secas?

—El doctor —énfasis la palabra como si corrigiese el modo en que se ha dirigido a mi jefe? — va a ponerla al tanto de mis evaluaciones y asistencias.

—Claro que sí. Bueno, Natalie, nos vemos pronto. Enseguida le envió un mensaje a Nick.

¿Nick?

¿Un mensaje?

¿Quién carajo eres tú en la vida de mi...? Ya no sé qué es en mi vida.

Llego demasiado tarde al laboratorio y Jefferson ya se ha marchado del hospital. Advierto que me ha dejado una nota pegada junto al criopreservador.

He pasado por el laboratorio solo para ver si te encontraba.

Has tenido el celular apagado.

Revisa tu Wpp.

Debo admitir que esas palabras me dejan asombrada y caigo en la cuenta de que las obligaciones del día de hoy han hecho que apenas haya mirado cada tanto la pantalla. Lo saco como si fuese una desesperada adicta tecnológica pero no se enciende.

Vamos, vamos, vamos. Intento varias veces sin lograr una respuesta favorable. ¿Cómo puede pasar esto ahora? Se ha quedado sin batería. Debería haber estado alerta cuando se calentaba al enchufarlo.

Aún le queda un poco de vida antes de que perezca definitivamente.

Me despido de los embriones, los guardo y salgo corriendo del laboratorio. Procuero dejar todo con las medidas de seguridad con las que Serge suele insistir.

Busco a mis compañeros de residencia, pero la mayoría ya se han ido. Voy hasta la sala de otros residentes: al abrir la puerta en la de Neonatología, me choco de frente con Beatrice Lange.

Ella retrocede y se queda mirándome con sus grandes ojos oscuros como si le hubiese hecho algo.

—¿Qué carajo te pasa?

—¿Tienes un cargador? —le pregunto con descaro.

Ella me mira de arriba abajo como si estuviese viendo una especie de espécimen raro.

—¿Disculpa? Me llevas por delante como una desquiciada luego de un día asquerosamente agotador y ¿vienes a pedirme prestado un cargador?

—Sí. —Me encojo de hombros—. ¿Tienes uno? Es urgente, si no lo fuera no te lo pediría.

—Claro que tengo un cargador.

Mis ojos se iluminan.

—Pero no te lo voy a prestar.

Mi corazón cae al suelo y la zorra se va.

Dentro de la sala de Neonatología no hay alumnos. Pero escucho ruidos dentro de uno de los baños. Me quedo de pie esperando y sale un tipo arreglándose el cuello de la camisa.

—¿Tienes un carga...? —le pregunto.

Y me quedo helada.

Él también, luego de que le he dado un susto de muerte.

Es Ken.

—¿Qué...? Esto... No, Nat. Disculpa. No tengo.

Y sale.

Lleva la corbata en la mano.

Está tan asustado que parece haber visto a la parca.

De pronto pienso en Lange y le doy varias vueltas al asunto. ¿Acaso Bea y Ken...?

Ven.

**No he podido quedarme en el laboratorio, el día ha estado demasiado agitado.
Avísame cuando estés por salir y te pido un taxi.**

He tenido que llegar hasta mi casa para poder ver el mensaje de Jefferson y ya van a ser las nueve de la noche. Mierda.

Me lo ha enviado a las siete.

Me pregunto si la propuesta seguirá en pie.

Le respondo que ya estoy por salir y que he pedido un taxi yo solita.

En efecto, hay un Uber en la puerta. Me lo tomo y le indico la dirección que Jefferson me ha adjuntado. No he podido hacerle demasiadas preguntas puesto que he aprovechado el tiempo que estuve en mi departamento para darme una nueva ducha y ponerme ropa limpia.

¿Qué tienes ahí?

Le envío mi consulta en relación a la dirección que me envió y llega su respuesta en menos de treinta segundos.

Es la guarida del lobo.

Suena tentador. Pero no me gustan los hombres lobo (demasiado vello corporal).

¿Así que preferirías que el lobo se quite el poco vello corporal que tiene?

Si se trata del lobo que estoy pensando, déjalo como está. Así me parece lo suficientemente sexy.

—Señorita, ¿por acá?

El conductor sigue conduciendo y va más allá de las avenidas principales. Hemos entrado a lugares alejados y le sugiero que avance. Tenemos que llegar hasta el punto que Jefferson me ha indicado en el mapa. Pasamos uno de los bosques y cuando ya llevamos más de treinta minutos empiezo a preocuparme por la tarifa.

Hasta que logro discernir una casa. El techo es a dos aguas, planta alta y planta baja, tejado bonito y no necesita patio delantero ya que tiene un montón de césped y árboles alrededor; al fondo hay una especie de quincho o construcción provisoria. A más de dos kilómetros están las casas más cercanas según el Maps de mi celular. Si aquí es donde Jefferson vive, no tiene vecinos.

—Llegamos a destino —me anuncia el taxista y agradezco que no haya sido un depravado.

Finalmente salgo del auto y le escribo a Jefferson que estoy afuera. El lugar es bonito pero las ventanas vidriadas y espejadas, las cámaras de seguridad en todas partes y las puertas de hierro le quitan cualquier aire hogareño al lugar. No me extraña, esto es *demasiado Jefferson*.

Acto seguido, la puerta principal se abre y el doctor me recibe.

Sus ojos azules se ven radiantes. Tiene una enorme sonrisa en el rostro y lleva puesta una camiseta color rosa claro y pantalones deportivos holgados. Está descalzo. Se detiene sobre el tapete en la entrada cuando me dice:

—¿Te quedarás ahí? ¡Pasa!

Hago lo que me dice y con entusiasmo y una sensación que no alcanzo a descifrar bien, me meto en la casa. Él me recibe con un brazo rodeándome los hombros y regalándome un beso en la

frente.

Pero me quedo anonadada observando el lugar.

La recepción es una habitación blanca con juegos de sillones del mismo color. Hay una mesa ratona a un costado y un pequeño mueble con libros de administración y negocios que deduzco al ver de refilón los lomos.

—¿Fue largo el viaje? —me pregunta mientras pasamos de la recepción y vamos por un pasillo.

—Tanto que creí que el taxista me quería secuestrar —le contesto.

—Recuerda que la aplicación tiene información del chofer. Sería bueno que luego le des una buena puntuación.

Llegamos hasta una cocina con los mismos tonos grises y blancos del pasillo. El *refri* es plateado y las alacenas también. Hay un desayunador y banquetas que dan la apariencia de bar, teoría que se afirma cuando me doy la vuelta y encuentro un juego de pool con las bolas y palos desparramados como si hace poco lo hubiesen utilizado.

—Definitivamente tienes gustos muy futuristas. Y yo que creía que eras un tipo chapado a la antigua.

—Todos lo piensan —contesta mientras busca dos copas y saca una botella de vino de un minibar que se encuentra pegado a las alacenas.

—¿Hace mucho que vives aquí? —le pregunto. Él me pasa una de las copas con vino y está fría.

Huelo el vino y se me hace agua la boca al percibir el perfume frutal y dulce que emana.

—Nadie dijo que yo viviese aquí.

—¿Y a quién le estás usurpando la casa?

Intento llevarme la copa a los labios, aunque él me detiene. Se sienta al otro lado de la barra del desayunador y me indica que brindemos antes.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque ahora mismo estás presenciando uno de mis experimentos. —Me guiña un ojo y chocha las copas.

Él bebe y lo observo con desconfianza.

Pruebo el vino rosado y es delicioso. Dulce como suelen gustarme las bebidas con alcohol. Le doy otro sorbo y lo dejo.

—¿De qué trata ese experimento? —insisto.

—Nadie dijo que te lo mostraría ahora. Solo aclaro que llevarte a mi casa podría ser muy arriesgado, quién dice que alguien pueda verte. Así que preferí traerte a una de mis creaciones.

—¿Y dónde se supone que estamos?

—Es la empresa que el chismoso de Kaneki te comentó antes. Bah, en su sede... principal.

Mi corazón da un vuelco.

¿Adónde carajo me ha traído?

Lo siento, Nick Jefferson, pero ya sé que esa maldita compañía de limpieza es en verdad una máscara para tus negocios con la pornografía.

La sala de estar.

El pool.

Las habitaciones desmontables que hay detrás.

Estamos en el jodido estudio de grabación de su productora pornográfica.

—¿Por qué me trajiste aquí?

—Está alejado, nadie te vería entrar...

—¿Tu empresa de limpieza es el mejor lugar?

Se termina su vino y se sirve otra copa. Me ofrece.

—Estimo que sí —conviene.

—¿Y para qué me trajiste? ¿Cuál es tu experimento?

—Antes de explicarte nada, quisiera que me acompañes a mi oficina.

#022

#DESAFIADA

El despacho de Jefferson en su empresa está en la planta superior. Es un poco más grande que el del hospital, tiene estanterías llenas de libros y algunas obras de arte exhibidas en su biblioteca. Una de ellas es una Venus con una manta sobre un hombro, extendiendo una mano. Parece piedra tallada, mide lo que un libro de edición rústica. A su lado hay espadas del tamaño de la palma de una mano, dos caballos de madera y un portarretratos con una frase de Otelo:

La fama es una imposición falsa y vana que a menudo se gana sin fundamento y se pierde sin merecimiento.

Parpadeo.

—¿Eres un defensor de causas perdidas? —le pregunto, mientras toma asiento en un sillón junto a la biblioteca y me señala otro ubicado de frente.

—¿Por qué lo dices?

También me siento. Conserva la copa de vino en su mano y se cruza de piernas. Parece todo un magnate sentado en ese sillón forrado en piel frente a su costosa biblioteca. Solo necesita el traje... o mejor sería quitarle toda la ropa.

—Eso de la fama. —Me siento delante de él—. Curioso eslogan para una empresa de... limpieza.

Creo que ya he evidenciado demasiado mis dudas sobre ese cuento.

—Curioso eslogan —repite levantando las cejas.

—Me hace pensar en nuestra época hipermoderna. Digo, donde todo lo ganas por seguidores. Es como si tener cierta cantidad de gente que te siga en Instagram pudiese darte el reconocimiento que necesitas para ser feliz.

—Lo seguidores te dan trabajo.

—A algunos. —Pienso en el enfermero de Dirty o en la doctora Maddie y mi corazón se encoge—. Otros, preferimos seguir lo clásico y tomar el camino del estudio en lugar de ridiculizarnos con un pobre oficio que perecerá en cuanto salga un *influencer* nuevo. Me llamarás chapada a la antigua, pero confío en que una carrera y estudios a largo plazo son la manera más sólida de ganarte la vida.

—¿Y a ti cómo te va con eso?

Me encojo de hombros.

—Supongo que la recompensa es algo que demora en llegar.

—Entonces los seguidores en Instagram son la vía fácil. O las reproducciones en YouTube. Todo se basa en seguidores.

—Pero en su mayoría son falsos. Son gente falsa.

Levanta una ceja.

—¿Aplica a ti?

—Quizás. Antes solía seguir a mucha gente, pero de pronto aparecían otras personas que me llamaban más la atención. Una vez que te aburres les dejas de seguir y ya.

—Perder seguidores desmorona el mundo de las personas a quienes sigues, Nat.

—Estás muy informado en el asunto. Y todo por una frase de Otelo.

—Creo que es un tema que me apasiona.

—La gente te sigue si haces las cosas bien... supongo.

Me hago una idea de qué pasaría si de repente el número de *followers* de la chica colombiana empezase a descender. Si le quitásemos unos ceros... ¿Habría mejorado las tomas de sus videos? ¿Habría conseguido tener habitaciones más lindas, otro estilo de vida, el mismo reconocimiento?

Y todo porque hace lo que a sus chicos les gusta.

Hace algunos años, raptaban a ciertas chicas para grabarlas cumpliendo los desafíos de *viewers* esparcidos por el mundo. Hoy eso lo hacen gratis y sin que sea necesario raptar a nadie. La diferencia está en que de un lado hay consentimiento y del otro no.

—No, Nat. Nada más alejado de eso. —Bebe vino y me mira directamente a los ojos. Retiro la mirada ya que verlo directamente a veces se torna incómodo—. La gente te sigue cuando haces las cosas mal.

Su respuesta me toma por sorpresa y pido explicaciones:

—¿Y eso qué sería? ¿Quién puede decirnos lo que está bien y lo que está mal hoy en día?

—Todo depende de cómo quieras interpretarlo. La gente quiere verte hacer cosas malas y por eso empieza a seguirte. Así es cuando te vuelves famoso, sin eso los pierdes.

—Tú eres famoso en el hospital.

Jefferson sonríe.

—Gracias, pero creo que se debe a que la gente quiere matarme.

—Yo diría que las chicas quieren bajarte la bragueta.

Él me mira con cierta incredulidad.

—La doctora Amber, por ejemplo. Hoy me encontré con ella y hablamos de mi viejo tutor. Y adivina qué. Dijo: «Ya le enviaré un mensaje a Nick».

Mis palabras no lo hacen inmutar, pero tuerce el gesto para ocultar una risita.

—¿Así que a eso ibas con el tema?

—Supongo.

—No te pelees con tu tutora por un hombre, Nat.

—¿Tienes algo con ella?

—No.

—¿Te gusta?

—Se ve decente.

¿Y eso qué significa?

—¿Tuviste algo con ella?

Cambia la pierna cruzada.

—¿A qué se deben tantas preguntas?

—Curiosidad.

—¿Celos? —insiste, pero no se oye divertido. Parece molesto.

—Olvídalo. Solo me interesa que le envíes mis planillas de asistencia y evaluaciones de mi paso por la residencia. ¿Podrías?

—Sí. Me escribió esta tarde... Le envié todo.

—Espero que no se aterre con las calificaciones.

—¿Por qué? Pese a que eres indisciplinada, tus trabajos siempre fueron una genialidad. Por qué crees que te convoqué al trabajo en el laboratorio.

Creo que debería agradecerle, pero no lo hago. Después de todo lo que me esforcé, resulta que

sí lo notaba. Espero que Amber también lo note, es mi última oportunidad de hacerlo mejor.

—Nat... —Jefferson se afirma sobre sus rodillas, hablándome más desde cerca—. Tienes que saber que te traje aquí con un motivo específico.

Trago saliva. ¿Querrá... grabarme?

—Mientras sea legal —murmuro.

—Nunca haría algo por fuera de los límites de la legalidad.

—Nada me lo confirmaría.

Él se incorpora y se levanta de su sillón hasta quedar frente a mí. Sus manos se afirman sobre los apoyabrazos de mi sillón y sus ojos azules se clavan en los míos. Su nariz roza la mía y mi corazón se desboca.

—¿Soy digno de tu confianza?

Trago saliva.

Y lo pienso dos veces antes de contestar:

—No... No confío en ti.

Lejos de molestarse, sonrío y dice:

—Tú también me caes mal.

Y extermina la distancia entre nosotros pegando su boca a la mía inundándome de su aliento a vino y tabaco.

Disfruto de él pensando en su última frase. «Tú también me caes mal». Definitivamente es mi jeffersonismo preferido.

#023

#JUGADOR

Nick me lleva contra el escritorio al otro lado del despacho besándome con frenesí. Me entrego a sus brazos que buscan quitarme la blusa con urgencia.

Mis glúteos empujan algunos de sus papeles y los arroja al suelo sin separar su boca de la mía. Hago lo propio ayudándole a tirar al suelo todas sus cosas. Por suerte, no hay ninguna computadora. Nick me sostiene por la espalda y me deja caer sobre su escritorio.

—Tranquila, nena. No te haré daño —dice.

Frunzo el entrecejo; por algún motivo *lo quiero a él ahora*.

—Solo será un momento. Tengo ganas de ti desde tu primer mensaje por la mañana —declara.

—¿Qué vas a hacer?

—Agárrate de los bordes.

Jefferson se da la vuelta y obedezco. Se dirige hasta una cajonera y saca algo.

—Cierra los ojos —me ordena.

Y lo hago.

De pronto el frío cae sobre mi cuello y mis brazos flaquean.

—No mires —sentencia.

—No... lo estoy...

Es precavido; siento una venda rodeándome el rostro. Me cubre los ojos y se asegura de que no pueda ver nada. Solo un poco de tela gris. Mierda. Es su corbata. La que llevó a mi casa.

—¿Soy digno de tu confianza? —insiste, abriendo mi blusa sin romperla y dejando mis pechos al aire libre al igual que mi abdomen.

Pues, ahora mismo me tiene cegada, desnuda, arriba de su escritorio y estamos a kilómetros de la civilización.

—No —le contesto.

Él se muerde el labio inferior y me quita de un sacudón los pantalones. Arroja mis zapatillas lejos y me deja en ropa interior. Esta vez he procurado ponerme algo bonito y lo nota, ya que le escucho emitir una sonrisa ronca.

Acto seguido, sus dedos acarician el interior de mis bragas y de a poco me las va quitando hasta deshacerse de ellas.

El gel frío que cayó antes a mi cuello esta vez se desliza por mi pubis pero impacta pronto con el calor de los dedos de Nick. Me acarician hasta llegar a mi sexo donde presiona con suavidad.

—¿Qué piensas de mí? —pregunta, sorprendiéndome.

—Que... Que eres... una mala persona.

Y su suavidad se convierte en rudeza contra mis piernas, presionando aún más duro mientras mi espalda se arquea.

—¿Lo sigo siendo?

—Lo sigues siendo —respondo.

Y algo ingresa por mi entrepierna lentamente, vibrando y provocándome grandes estremecimientos que se sienten... extraños. No mal, ni mejor de lo que podría, pero es una

sensación que no había sentido antes.

De a poco me voy adaptando y se vuelve placentero aunque doloroso cuanto más entra.

Dejo escapar un gimoteo y la voz de Nick me llega ronca y perversa:

—¿Qué quieres, nena?

—A... A...

—¿Sí?

—A ti...

Entonces retira la corbata de mis ojos y me lo encuentro. Es un maldito Adonis musculoso con tatuajes que le sientan de maravilla; su cabello rubio está despeinado y los ojos azules son oscuros como la noche.

—Claro que me quieres a mí —susurra y me muerde el labio inferior.

Me besa y dejo que su aliento me inunde. Baja y me mordisquea los pezones mientras insiste estimulando bajo mi abdomen.

—Ya... Hazlo.

—Claro que sí, bebé.

Y casi sin preverlo, ingresa con fuerza y me sostengo del escritorio para no caer mientras este golpea contra la pared.

Un ligero temblor me cruza las piernas cuando me pongo de pie.

La camiseta de Jefferson se ve mucho más agradable que mi ropa así que la recojo de su sillón y me cubro con ella los pechos como si me avergonzasen.

—¿Dónde tienes una ducha? —le pregunto.

Él está desnudo, acostado arriba del escritorio casi a punto de dormirse luego de haber tenido sexo. Quisiera retratarlo o tomarle una foto y exponerla en una galería de arte, pero me temo que no sería una buena opción que *otras* pudieran verlo.

—Te conduzco a las duchas —me responde.

—Tú dime. Voy sola —contesto. Quizás pudiera perderme y explorar un poco más de lo debido.

Él se pone de pie y se dirige a mí.

—Imposible. Cada habitación tiene llave. ¿Qué quieres para cenar?

—¿No es un poco tarde?

—Me gusta comer tarde. Además, tengo tanta hambre que te comería a ti una vez más.

Sus palabras logran sonrojarme, sobre todo porque me guiña un ojo cuando lo dice, sosteniendo el gesto de seriedad.

—Cocina algo. Me gustaría probar tus habilidades en la cocina.

Él me lleva hasta un pasillo de la planta superior y damos con un baño que tiene varias duchas separadas de otro sector con inodoros y lavamanos.

—¿Quieres que lo hagamos en la cocina? —me pregunta.

—Me refería a lo que puedes hacer con lo que hay en la heladera.

—Darte duro por atrás mientras estás contra ella. ¿Qué opinas?

—Olvídalo —le digo.

La sola idea del «por atrás» es algo que me aterriza. Le cierro la puerta y me quedo en las lujosas duchas.

Es evidente por qué hay tantas juntas.

Pero todo tiene carteles de «desinfectado» y reluciente.

No puedo creer que me esté duchando en el mismo lugar que lo hacen otras actrices o actores pornográficos.

¿Hasta cuándo seguiremos fingiendo que no sé lo que sé?

Resulta que las habilidades culinarias de Jefferson no son ni de cerca las mismas que tiene en la sala de urgencias o sobre el escritorio en su oficina.

Lo ayudo a cocinar cuando salgo de ducharme debido a que percibo un ligero olor a quemado, y es que intenta hacer una tortilla de arroz sin antes haberle echado aceite o manteca a la sartén. Además de otros detalles...

—¿Sabías que primero debes cocinar el arroz? —le pregunto. Él lleva puesta esta vez una camisa blanca, bóxeres y sus pies siguen descalzos sobre la alfombra. Se ha duchado. De repente capto que me he pasado tanto tiempo disfrutando la delicia de esa ducha que apenas he percibido los cuarenta minutos que demoré ahí dentro.

—Igual se cocina si metemos el agua en la sartén —se excusa.

Ay, Jefferson, se nota que no eres tú el que se cocina lo que comes todos los días y dudo que esa persona sea tu madre.

—¿Es que quieres prender fuego esta bonita empresa? —le pregunto revisando si su engrudo podría salvarse. Me temo que no.

—Bonito atuendo —me dice él, señalando que sigo con su camiseta puesta y unos shorts deportivos que encontré en el vestidor.

—Lo mismo digo del suyo, doctor. —Le guiño un ojo mientras aparto la sartén y coloco agua a hervir. Busco avena, condimentos y carne para asar en la heladera y la alacena—. Por cierto, ¿este pantalón le pertenece a usted o es de Kaneki?

¿O de algún actor porno que se lo ha olvidado?

—Déjame ver.

Él estira el elástico y revisa en la parte de atrás el talle. Luego mete la mano y la cierra sobre uno de mis glúteos.

—Definitivamente esto es mío —decreta.

—Me refería a los shorts, doctor.

—A lo mismo me refería yo.

Se aparta y me mira con suficiencia. Intenta ocultar una sonrisa bajo los músculos de su mandíbula que se tensan.

—Mi plan era una tortilla —dice al ver que preparo los ingredientes para condimentar la carne antes de asarla.

—Mi plan es hacerlo mejor de lo que usted lo hace —le contesto y saco uno de los cuchillos para cortar carne que yace en la mesada. Sería interesante saber si aquí realmente vive alguien o si es algo así como una casa *Gran Hermano* con DirtyStars. De momento me inclino por la segunda opción.

—Mi plan es volver a meterte un dilatador mientras intentas ablandar la carne —señala, sirviéndose una nueva copa. Esta vez saca algo más fuerte.

—¿Qué es? —le pregunto.

—Ron. ¿Quieres?

—Definitivamente tienes un costado alcohólico que desconocía.

—Me gusta que vuelvas al tuteo, pero debo contradecirte ya que solo bebo socialmente.

—Es usted un hombre muy sociable, señor Jefferson.

Se muerde el labio inferior y se queda pasmado mirándome cocinar. Luego se espabila y bebe un nuevo sorbo de ron que le quema la garganta.

Nos pasamos la velada conversando sobre pacientes, acerca del agotador día, de la suerte de los obreros, ya que no hubo que lamentar víctimas fatales y de lo redondo que es mi trasero según

la perspectiva jeffersoniana.

Luego de cenar, le hago algunas preguntas sobre los registros, ganancias e historias de su empresa de limpieza sin empleados. Me responde con descaradas mentiras o monosílabos además de una advertencia: cuando quiera volver a verlo, tiene que ser en su empresa y bajo la condición de advertirle que vendré. No puedo volver sin avisar.

Decido dejar de perder el tiempo intentando sonsacarle información dudosa y averiguarlo yo solita.

Puedo sobrepasar un límite con el que él cuenta cuando se trata de investigar sobre el otro: poseo ciertas habilidades informáticas de las que él carece, aunque parece muy interesado en la dinámica que poseen los seguidores e incidencia de *influencers* en la web. Es obvio que necesita estar entrenado en el tema, de lo contrario no sería tan eficiente el filtro para recibir DirtyStars en su productora.

Luego de cenar, flota en el ambiente cierta desconfianza por la aridez que implicaron sus mentiras y nos vestimos decentemente antes de que me lleve a casa en su bonito Mercedes azul marino tan reluciente como todo en su vida.

Lo primero que hago tras entrar a mi casa es buscar mi *tablet* y meterme al sistema de HardDeep.

Ingreso los códigos y ya estoy deambulando. Mi yo anónima tiene algunos mensajes pero los evado y me sumerjo en el *malware* que instalé en la computadora de Jefferson para poder revisar asuntos de mi interés. Sé que no es su verdadero dispositivo personal pero necesito información sobre sus citas. ¿Este idiota está saliendo con otras personas? ¿Por qué me molesta tanto? Yo podría hacerlo, el asunto es que no soy una zorra aunque me haya acostado con mi jefe. Ha sido el único hombre con el que estuve en los últimos dieciocho meses, al menos. El anterior fue un compañero dos años menor en su residencia y no fue muy grato. El primero con el que estuve fue un cerdo al que conocí en mi adolescencia, un tiempo que escapé de la caja de ratas donde vivíamos en su momento y di con un chico que me prostituyó dos veces, pero no es un asunto en el que me guste pensar seguido. Lo cual no significa que lo haya olvidado.

Nunca olvido.

Cuando ya he ingresado al sistema operativo de mi jefe, registro en su historial las entradas a los perfiles de Facebook de otras personas pero solo hay uno y el *link* no dice nada que me interese.

Voy al historial eliminado, aquel que se guarda y nadie sabe que está escondido. Una vez dentro, me impactan un montón de visitas. No solo a su perfil sino a muchas páginas web. Su cuenta bancaria. Los registros de Dirty. Asuntos legales. Mails. Todo ha sido revisado hace exactamente cincuenta y dos minutos.

Hace cincuenta y dos minutos Jefferson y yo estábamos sentados sobre la mesa terminando de cenar, con nuestros teléfonos y dispositivos en la alfombra de su oficina.

Considero enviarle un mensaje y preguntarle si en algún momento se conectó pero quienquiera que haya estado indagado, lo ha hecho mientras él no estaba.

Le ha dado vuelta prácticamente a todo y ha conseguido entrar en partes donde incluso yo no pude sin ayuda de otros; por ejemplo, su WhatsApp desde la computadora. Lo ha hecho todo solo desbloqueando el IP, lo cual es imposible. Lo tiene encriptado.

Retrocedo en la silla impactada por lo que acabo de ver. Es evidente que si un virus o persona se ha metido aquí, sabe que Nick tiene negocios en el mundo de la pornografía y que es precavido con la seguridad de sus *cookies*.

Carajo.

Alguien está *hackeando* a Jefferson.

Y no soy yo.

Pero ¿cómo podría advertirlo sin tener que confesarle que yo también me he metido en su sistema?

#024

#HACKEOS

Me paso la noche devanándome los sesos en busca de un modo de cazar al *hacker*.

Debo tenderle una trampa, pero ¿cómo?

¿Sería conveniente entrar de nuevo en la computadora de Jefferson? Necesito instalar un programa que me avise sobre sus movimientos y asegurarme cuando entre alguien que no sea él en el *software* de su dispositivo.

La otra posibilidad es que estén accediendo directamente de la computadora. ¿Quizás se la robaron? No. De ser así, no hubiesen hecho las entradas en modo incógnito; además la primera vez que la abrieron saltó una pestaña de Google a partir de la cual se encargaron de eliminar el historial. Mi HardDeep me muestra todo pero no hace nada para evitar que un intruso se meta donde no debe. Al contrario. El *software* está pensado para eso, demonios.

¿Por qué mejor no le envío un mensaje sugiriéndole contratar seguridad para sus usuarios y que quizás debería tener un poco más de precaución con su vida informática? Rayos, no. Eso me delataría y además iría presa porque lo que hice ha sido tan ilegal como lo que está haciendo el *proxy* metido en su máquina como un jodido troyano.

Quienquiera que se haya metido ha ido directo donde le interesaba: hallar todas las conexiones probables entre su cuenta bancaria y la web de Dirty. No sé si Jefferson tenga algo en su casilla personal que pueda incriminarlo pero desde la computadora del trabajo solo ha abierto su cuenta de Gmail profesional donde no hay más que información de la universidad y el hospital. Ahora entiendo por qué no lleva su vida empresarial desde ahí. El punto es que sí han ingresado a su cuenta bancaria... y con el corazón en un puño, la reviso. El número tiene más cifras de las que veré en toda mi vida pero aun así se destaca algo: ha decrecido considerablemente.

£ 4.900.981

¿Quizás el mismo Nick hizo una compra extrema? ¿Se ha gastado el dinero en algunos chiches para su productora? Lo que sea, no está reflejado en sus movimientos bancarios, lo cual me preocupa aún más. Por lo general, estas cosas demoran veinticuatro horas en mostrarte dónde fue a parar el dinero que te quitaron.

Busco en mi sistema y encuentro una versión sofisticada del Hard pero tiene un costo de quinientas libras de suscripción y la licencia se renueva todos los meses. Considerando lo que me sacaron por mis deudas bancarias, compras de mercadería y el Uber de anoche, me quedan menos de mil libras.

Mierda.

Igual lo hago. Puedo sobrevivir hasta mi próximo pago de abril dentro de veinte días solo con trescientas noventa libras. Lo he hecho antes y con mucho menos. (Pero ahora me codeo con gente de la «alta sociedad»).

Una vez que me llega el comprobante de pago, el *software* se empieza a descargar a mi *tablet*. Bostezo y la pantalla se me aparece de color amarillento. Me levanto y busco café. Me preparo

una taza grande bien cargada y la llevo hasta la mesa. El *software* ha concluido y se está instalando.

Es automático. Una vez que instalas uno de estos sistemas, todo se sincroniza. De esta manera, puedo modificar algunos elementos y ya tengo la manera de alertarme mediante el celular, gracias a un proxy anónimo, cada vez que el sistema operativo de Jefferson, acoplado al mío, me dé aviso por si él u otra persona ingresan.

Suspiro.

Espero que sirva.

Por algún motivo, antes de irme a acostar, decido enviarle un mensaje. No sé por qué hago estas cosas, pero lo cierto es que no me lo quito de la cabeza. Tiempo atrás hubiese disfrutado si alguien develase su costado pornógrafo, sin embargo, ahora es algo que me hace temer por él y por sus secretos.

Tiro el café que me queda y cuando me voy a la cama, ya está amaneciendo. Miro el cielo rosado al otro lado del alféizar y abro la ventana con hojas de vidrio barato. El aire matutino helado acaricia mi piel y me estremezco. Las nubes se deslizan en el cielo con las corrientes de brisa fresca mientras noto el contorno de la luna desapareciendo por el sol.

Él es el lado oscuro de la luna.

A él le gusta dormir con la ventana abierta.

Opto por dejarla así y busco una cobija con la que me cubro y me acuesto sobre las sábanas. Tomo mi celular y coloco su ventana de chat. Quiero escribirle que ha sido maravillosa su invitación y haber conocido su experimento, pero preferiría que las cosas vuelvan a su lugar luego de nuestra intensa noche...

Así que me limito a ver su foto y me quedo mirándolo a los ojos hasta que el sueño me invade y duermo con su mirada penetrante en mi cabeza.

Jefferson...

#025

#AMIGOS

El sábado me despierto pasado el mediodía con la disyuntiva de si debería desayunar o almorzar. Decido que ambas, así que me dirijo en pijama hasta la cocina para escarbar en el frasco de café y ver si queda alguna galleta vieja como cada día, sin embargo, recuerdo que he cobrado un adelanto por las labores en el laboratorio y tengo una amplia variedad de cereales a mi disposición. Elijo los cereales de frutilla y busco un tazón. Solo tengo algunos viejos, podría renovarlos con el próximo pago. Saco un cartón de leche de la heladera (¡llevaba tanto tiempo sin probar lácteos en el desayuno!) y lo lleno hasta la mitad. Hecho cereales y me lo como a grandes cucharadas. Considero la idea de encender la computadora hasta que veo el enorme carpetón con el proyecto Cuerpos del doctor Jefferson y lo tomo. Dejo que descanse delante de mis ojos y, sosteniendo el tazón, leo ávidamente sus hojas desde el punto donde quedé.

La manipulación genética en la conservación de embriones resulta ser algo que capta mi interés y es probable que Jefferson haya visto algo de eso, puesto que me lo anticipó. Doy vueltas en las páginas, captada por la idea de poder salvar a mi pequeño proyecto bebé, a quien le prometí que le aseguraría los mejores padres del mundo y la mejor educación.

Me lleno el tazón varias veces y paso de los cereales de frutilla a los de chocolate sin que estudiar se vuelva un peso. Me imagino cómo hubiera sido mi vida de haber tenido dinero: estudiar hubiese sido mucho más grato, pero ahora mismo tendría sobrepeso. Aunque hubiese tenido la posibilidad económica de ir al gimnasio. Me gusta hacer ejercicio, pero en mi caso siempre se redujo a hacer abdominales en la cama o salir a correr hasta donde las fuerzas me dieran; el problema es que al regresar a casa portaba un hambre monumental y no encontraba más que fideos disecados o arroz.

Cuando he pasado más de un setenta por ciento de la carpeta del proyecto, decido sobre qué tema será mi trabajo final de residencias. Son más de las cinco cuando enciendo la computadora; nunca había pasado tantas horas sin revisar algún dispositivo electrónico. Quizás la comida y el estudio fueron una buena combinación; ahora entiendo por qué esas chicas con dinero o al menos con padres en trabajos decentes siempre sacaban las mejores calificaciones en la escuela: no debían preocuparse por su estómago rugiendo mientras estudiaban ni que en cualquier momento pudieran quedar en la calle o pensar si la gente ha tirado sus cartones en bolsas plásticas en las ocasiones que había llovido.

Miro mi tercer tazón de yogur, y quinto teniendo en cuenta los dos de leche anteriores, sintiéndome terriblemente egoísta. Ni siquiera he considerado la idea de hacer un giro de dinero para mi madre o mi hermana. Desde el celular, entro a mi cuenta del banco y programo hacer un giro de mil libras para el próximo mes. La solicitud es tomada apenas ingreso los datos de la cuenta bancaria de mi hermana y vuelvo a mi computadora para enfrentarme a la página en blanco. El título tentativo de mi trabajo surge casi espontáneo:

Corrección genética de embriones crioconservados

No sé por qué elegí la sección de quemados para mis residencias si terminaría haciendo esto.

Solo recuerdo que en su momento pensaba «no me dará asco si rara vez tengo algo en el estómago», pero hoy creo que es porque quería tener mi cabeza ocupada en algo que no fuese la enfermedad de mi madre o las desgracias que atravesó mi familia.

Pensar en ellos me pone mal así que parpadeo para despejar las lágrimas que humedecen mis pestañas y escribo la primera frase que da origen al punto disparador de mi trabajo:

*¿Podría el término «cultivo» ser considerado
al hablar de embriones crioconservados?*

Es lo que me sirve para introducir el asunto de contrastar a los embriones con semillas, filtrando una firme postura ética en considerarlos personas, vengan o no de reproducción natural.

Tras terminar la introducción, avanzo sobre el marco teórico y me siento una boba por dar tantas citas bibliográficas de «Jefferson, Nicholas». ¿Qué opinaría el Departamento de Asuntos Internos de leer esto? Pues que el doctor es un genio y que su investigación está subestimada.

Ya son las 6:50 p.m. cuando el portero eléctrico suena como una chicharra vieja e hiriente para los oídos de cualquier mortal. Me levanto de mala gana hasta la cocina, presiono el botón y pregunto:

—¿Quién es?

—¿Nat?

La voz de un tipo medio muerto se oye obstruida por la mala conexión eléctrica del edificio:

—¿Qué quieres?

—Nat, ejem, quedamos en que saldríamos esta noche a cenar.

¡¿Qué carajos?!

—Ay no... —dejo escapar mis palabras casi en un suspiro ahogado y demasiado grave.

—¿Estás ahí?

—Serge —murmuro y me aparto quitando el botón del portero.

He olvidado que esta noche tenía una cita con Serge, y se la cancelaría, pero no lo he hecho. Demonios. ¿Por qué debí pasarle mi ubicación por WhatsApp? Diablos, diablos, diablos.

—¿Me esperarías diez minutos? —le pregunto por el portero.

—Si quieres puedo sub...

—¡Ahora bajo!

Salgo disparada a mi computadora, le doy Guardar al archivo y a toda prisa me meto a la ducha. La pastilla de jabón nuevo me deja un olor demasiado rico en la piel al que no suelo estar acostumbrada y el perfume del champú huele a flores, es cremoso y me da pena que deba ser tan rápido el momento.

Cuando salgo, capto que no tengo ropa planchada y observo mis pies mojados y el enchufe con modo desafiante.

La voz de Nick se aparece en mi cabeza anticipándome que no lo haga, pero siempre lo he hecho hasta que él apareció en mi vida, por lo que opto por hacerlo una vez más y elijo un vestido tres centímetros por arriba de las rodillas con mangas color amarillo claro y poco formal. Es bonito y cómodo, además desde que tengo algo de dinero extra me he empezado a sentir más segura de usar ropa que me siente bien.

Al salir ya han pasado quince minutos y maldigo mientras me cuesta meter la llave en la cerradura.

El cabello enlulado de Serge le cae sobre la frente brillando bajo la luz eléctrica de la farola de la calle. Al verme, sonrío e intento corresponder con una infructuosa tentativa de agrandar, algo

que nunca forma parte de mis planes. Mi esfuerzo es precisamente por lo contrario. Tiene puestos unos pantalones de jeans celestes desgastados y una camiseta muy adherida al cuerpo. Es delgado pero de textura atlética, su figura se marca con definición bajo la tela de su ropa.

—Vaya pinta, Nat. Es extraño no verte de chaqueta o bata blanca.

Creo que no soy la única que ha estado examinando al otro.

—Muchas gracias, Serge. Lo mismo digo. Ejem, ¿a dónde iremos?

Él pestañea con cierto asombro.

—Yo... —murmura y abre la puerta de copiloto. Saca un paquete grande de papel gris y una cerveza—, creí que sería más cómodo para ti si nos quedábamos en tu casa. Cierta vez me comentaste que odiabas salir a lugares con mucha gente.

¿Cómo es posible que informe en demasía a los demás acerca de mí? ¿Y cómo es posible que él lo haya tenido en cuenta?

—¡Eh...claro! —murmuro pensando en lo desastroso que es mi departamento ahora mismo.

Me doy la vuelta y subimos juntos las escaleras, no obstante le pido que aguarde en la puerta ya que debo hacer algo. Él acepta y me meto como un rayo para quitar la carpeta de la mesa, la computadora, enjuagar los cuencos y platos sucios, guardar las cajas con cereal mientras arrojo desodorante en el baño mojado, coloco una toalla limpia y meto todo lo que está de más en mi cuarto. Cierro la puerta y vuelvo a la entrada para recibirlo con una fingida sonrisa.

—¡Ahora sí! —suspiro notando mi propia respiración entrecortada.

—¿Te sientes bien? —me pregunta—. Estás agitada.

—Descuida, no es nada. ¿Comemos?

—Pues creo que deberíamos calentar la comida y esperar a que la cerveza se enfríe un rato en la heladera.

Él entra y observa todo, advirtiendo las diminutas dimensiones del lugar donde vivo. No juzga pero sí examina todo.

Llevo el paquete con comida hasta la cocina y descubro que son en verdad dos: una pizza con piña que me hace saltar de alegría (sí, soy de ese pequeño porcentaje de personas que les gusta la pizza con piña) y el otro es una tarta de duraznos con crema. Guardo esta última y la cerveza en la heladera y vuelvo al comedor donde me encuentro a Serge examinando la carpeta que me encontraba estudiando e intenté esconder vanamente arriba de una silla.

—¿Esta no es la que estaba en el laboratorio con las cosas de Jefferson? —me pregunta.

—Sí, ¿ya la has leído?

—No. Solo lo he visto consultarla en algunas ocasiones. Es fascinante, ¿no? Acabo de revisar algunas hojas y creo que la parte de los objetivos es muy acertada aunque un poco megalómana.

—¿Mega qué?

—Con ideas de grandeza. —Serge da vuelta algunas páginas—. Mira, por ejemplo aquí dice que una de las perspectivas de este trabajo es que los embriones con anomalías cromosómicas no sean desechados sin antes haber intentado realizar las correcciones pertinentes. ¿Tú crees que sancionen una ley o la ONU firme un tratado considerando el proyecto Cuerpos? Además, con ese nombre creerían que se trata de una broma.

—Son las siglas del proyecto —le respondo casi a la defensiva—. Son cuerpos que aún no tienen cuerpo. Es un nombre provocador.

—¿Eso te lo dijo él?

—Yo lo interpreté.

—Bah, yo creo. La lógica de Jefferson está impregnada en todas partes de este trabajo.

¿Y qué sabes tú de la lógica jeffersoniana? No lo conoces en absoluto.

—¿A qué te refieres con eso? —reacciono sin mucha benevolencia y él me mira un poco extrañado.

—Nadie lo soporta, trata a todo el mundo como la mierda y lo único que sabe hacer es dar órdenes, y eso que nosotros no somos ni compañeros de trabajo. Solo por el lugar que ocupa dentro del hospital cree que tiene las riendas de todo el mundo y no es así.

—Quizás se deba a que la gente lo trata así. Simplemente recibimos lo que creemos merecer.

Serge frunce el entrecejo y cierra la carpeta estudiándome con sus bonitos ojos negros.

—Creí que no te caía bien —comenta.

—Y no me cae bien.

«Tú también me caes mal». Sus palabras resuenan en mi cabeza y logran hacer que se me escape una risita tonta que niega todo lo que acabo de decir. Serge tuerce la cabeza.

—Oh, no me digas que también te babeas con el honorable y jodido doctor Nicholas Jefferson.

—¿Qué?! ¡No! —Capto que acabo de gritarle y me aclaro la garganta para añadir en un tono suavizado—: Solo... que me ha dado una oportunidad de aprobar mi programa de residencia trabajando en el laboratorio con él, en ese proyecto y no me parece adecuado responderle de mala manera luego de lo que sucedió.

Serge abre los ojos como si se hubiese asustado.

—Te desmayaste luego de una fortísima discusión que tuviste con él —me recuerda—. ¿Sabes lo que es el Síndrome de Estocolmo?

De pronto se oye la campanilla de mi hornito eléctrico anunciando que la comida ya está.

—Voy —anuncio antes de darle una bofetada a Serge Marseille Voz de la Razón.

—¿Te ayudo a poner las cosas sobre la mesita... la mesa?

¿La mesita?

Lo miro con rechazo pero él traga saliva, nervioso.

—Sí, por favor —le digo casi mordiendo las palabras.

Busco la pizza con un paño que me hace sentir avergonzada; es un trozo de camiseta vieja y me pongo de espaldas a Serge para que no lo note. Él lleva las cosas hasta mi reducida mesa para dos personas, dejo la pizza y me pregunta si puede ir por la cerveza. Le cedo los honores mientras corto la pizza de piña en porciones. Huele delicioso. El aroma a masa crocante, azúcar tostada y queso derretido se me mete en la nariz y lo saboreo en el paladar. Es asombroso. Mi lengua es capaz de saborearlo casi cuando Serge se aparece y quita la chapita de la cerveza para servir en ambos vasos.

—Ahora lo entiendo —murmura casi al pasar.

—¿Qué? ¿El hecho de que sea una persona agradecida con quien me da una oportunidad de aprobar?

—No. Entiendo lo que tienen ustedes dos.

Las palabras me sientan como un cuchillazo en el centro del pecho.

#026

#ENEMIGA

Me giro lentamente hacia Serge y lo observo. Tengo los labios entreabiertos y una expresión de horror en los ojos. Él se sienta donde usualmente yo lo hago y huele el vapor que expide la porción de pizza en su plato con total despreocupación luego de la bomba que acaba de lanzar.

—¿Qué es lo que dijiste? —le pregunto, llevando el repasador casi en un gesto de amenaza.

—Lo que hay entre ustedes. —Se encoge de hombros—. Entre el doctor Jefferson y tú. Están en un mismo proyecto revolucionario que para ustedes es muy importante.

Parpadeo y advierto que me he olvidado de respirar, así que suelto el aire contenido en mi pecho y me dejo caer sobre la silla frente a la que Serge ocupa en este instante.

—Entonces, ¿eso es lo que entiendes? —le pregunto cerciorándome de que todo siga en su lugar.

—Ajá.

—Vaya...

Serge levanta su vaso de cerveza espumosa y me dedica una sonrisa como la que me mostró cuando nos conocimos.

—¿Brindamos? —propone.

—Oh, no, eso lo hacen los recién casados y los que rinden cultos.

—Puaj, no vas a creer en esas cosas. Dicen que con esto rendimos honor a un dios que le gustaban las orgías y emborracharse, ¿puedes creer que por esa bobada hay religiones que no brindan?

—Es una bobada brindar simplemente —le contesto notándome demasiado a la defensiva.

Creo que en verdad me ha afectado que haya atacado de manera vil e injustificada a Jefferson cuando su discurso no es más que una fotocopia de lo que todo el mundo dice de Nick.

—Vamos —insiste—. Quiero brindar por la linda casualidad que nos cruzó aquel primer día en el laboratorio.

Con un poco de reticencia levanto la copa y rebusco en mi cabeza algún motivo para brindar; esto trae a mi cabeza aquellos días de Acción de Gracias en los que no teníamos nada para comer. Mis padres llenaban vasos plásticos con agua, nos sentábamos en el suelo de la pieza donde vivíamos, colocábamos los envases de comida vencida sobre trapos y cartones para que no le caminaran las cucarachas por encima y todos parecíamos muy contentos con lo que teníamos.

Cuando mi padre enfermó, mi hermana desistió a la idea de ir a la universidad y fue su cuenta de ahorro la que se sacrificó para que pudiesen costearle algunas de las medicinas...

Y aun así no fue suficiente.

—Mis padres solían brindar con agua —murmuro muy despacio aún con el vaso en alto.

—¿Con agua? Eso trae mala suerte. Igual que brindar con la mano izquierda. Siempre se hace con la derecha.

Lo observo.

Este chico es más supersticioso de lo que pensaba.

—Brindo para no tener que brindar nunca más con agua —le contesto en busca de no perpetuar

la mala suerte de mis padres y chocamos nuestros vasos. Doy un trago a la cerveza y el sabor a cebada es delicioso, dulzón y de un espesor adecuado.

—Es rica —le digo luego de apartar el vaso y tomar la pizza con la mano.

—Lo es —señala.

Una vez que el sabor agridulce de la piña con el queso y el azúcar tostada entran en contacto con mi lengua, me siento en un lugar paradisíaco. Llevaba años sin comer una de estas, había olvidado la fiesta de sabores que se produce en mi boca al disfrutar de tan bendita combinación.

Serge ríe y se limpia la boca con una servilleta de papel al verme comer.

—Parece que estuvieses teniendo un orgasmo múltiple —comenta conteniendo la risa y la comida en su boca.

—No molestes —le digo y sigo mordiendo la pizza y bebiendo cerveza como si fuese la combinación más fina y deliciosa del mundo—. ¿Qué cerveza es? Me encanta. Y suelen no gustarme las bebidas alcohólicas.

—Es bebida de barril. Conserva mejor el sabor y le da una esencia amaderada que la distingue de otras.

—Mmm.

Acto seguido escucho una canción que suena y todos mis signos de alerta se encienden. Alguien llama a mi celular, pero está interrumpiendo esta maravillosa comida más fascinante que el caviar. (Y no es que alguna vez haya probado el caviar.)

—¿No vas a atender? —me pregunta.

—No. Se enfriará esta delicia.

—Oh, vamos. Si quieres cierro la tapa de la caja así conserva mejor el calor.

Maldigo hacia mis adentros y me levanto de la mesa. Voy hasta mi habitación escuchando mi celular pero no lo encuentro. Levanto las montañas de ropa, deshago mi cama hasta que deja de sonar justo cuando creo haber percibido dónde está.

Miro debajo del aparador frente a mi cama.

Y ahí encuentro el aparato con su luz encendida y el pequeño roedor blanco observándome. Sus asquerosos ojos brillan en la oscuridad del recoveco donde se esconde.

—Maldito —farfullo—. ¡Hazte a un lado! Deja mis cosas en paz. Búscate tu propio departamento.

Pero no me oye. O sí, aunque no me hace caso.

Miro hacia atrás y distingo una moneda en el suelo. En otros momentos de mi vida una moneda valdría bastante, pero ahora mismo no. Así que se la arrojo a la rata. No la golpea, ni es mi intención, pero sí la asusta y se mete a su agujero contra la pared.

Aprovecho para meter la mano y sacar el celular. Lo soplo para quitarle un poco el polvo y vibra anunciando un mensaje.

5 llamadas perdidas de N. Jefferson.

Oh, ¿es en serio? ¿Y ahora qué?

Miro los mensajes.

En efecto, uno es de él pero tengo otros cuatro en mi casilla de WhatsApp.

¿Qué hace la camioneta de Serge Marseille en la puerta de tu casa?

¿No vas a contestar?

¿Qué tan ocupados están?

Oh, lo siento, no los quiero molestar.

Al carajo.

El último es un SMS y lo leo justo cuando suena el timbre del portero como si a alguien se le hubiese pegado el dedo sobre el botón.

Mierda.

Me cuesta retener a Serge dentro del departamento para poder bajar las escaleras y detener al imbécil de Jefferson, quien insiste pegado al portero.

¿Qué piensa hacer? ¿Y qué diablos hacía merodeando mi casa a esta hora? ¿Enviaré todo al diablo solo por celos? Creo que he descubierto otro jeffersonismo: juzga a otros sin mirarse a sí mismo.

Hay quienes se tragan mejor su cuento de Santo Nick Intachable, pero yo no y es que sé más de él que el resto de las personas que nos rodean.

Aun así no me deja en paz la idea de que estoy haciendo mal las cosas, de que me estoy convirtiendo en una zorra por haberme acostado con quien fue mi profesor, es mi jefe hoy y debe entregar una evaluación sobre mí.

He tomado caminos errados en mi vida pero definitivamente él ha sido el peor de todos. O va camino a serlo.

¿Por qué no puedo dejar de sentir flechazos de culpa? ¿Por qué de repente me he empezado a sentir... sucia? Es una sensación que conozco bien. Que me hace mucho mal. Que ya he vivido antes. Y creo que ahora entiendo por qué antes solía evitar cualquier atisbo o acercamiento sexual.

Sé una buena chica.

Baja la bragueta.

Abre más las piernas.

Trágate todo.

Eres una mezcla de ángel y de puta.

Recuerdos que reaparecen. Recuerdos tortuosos, traumáticos, horribles, que me dejan paralizada frente a una realidad que me sobrepasó.

Y que no quiero que se repita nunca más.

Pero la sensación de estar sucia persiste hasta el día de hoy. Sucia, humillada, insultada, despreciada... destruida.

Todos escondemos recuerdos creyendo que dejarán de hacernos daño. Pero no tenemos en cuenta que nos siguen destrozando ahí, escondidos, enterrados en la herida donde escarban.

Y nos dejan una marca para siempre.

Jefferson tiene las manos aferradas a las rejas como si las fuese a tirar abajo en cualquier momento. La luz mortecina de la iluminación pública a punto de perecer se cierne lúgubre sobre su rostro enfurecido, sus facciones endurecidas y sus ojos de un tono tan oscuro que nunca antes había visto en él.

Es común verlo enojado, pero ahora mismo es ira al rojo vivo.

Lleva puesto un saco abierto, una camisa blanca con los primeros botones desprendidos y una corbata de moño abierta sobre su cuello. Lleva el cabello tan revuelto que parece habérselo querido arrancar hace minutos.

Eso no quita que sea condenadamente sexy.

Una de sus manos está cerrada en un puño.

Al verme aparecer, se aparta violentamente de la reja logrando que se sacuda, lo cual me genera la sensación de que la tirará abajo y tendré una deuda monumental con el dueño del edificio.

Pero no se cae.

Abro las rejas con la llave y lo enfrento al otro lado.

Él tiene las manos sobre la cintura y mira al horizonte con desprecio. Quizás hacia el vecindario plagado de porquería donde vivo, quizás hacia mí, quizás hacia ambas cosas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto y mi voz suena tan tajante como en el pasado, cuando nos odiábamos.

—Tú y yo siempre seremos enemigos naturales —me contesta sin darse vuelta.

—¿Viniste a recordarme cuánto te odio? Bueno, ya puedes irte porque lo lograste.

—No hablas en serio —dice poniéndose de perfil y noto su entrecejo fruncido. Sus palabras tienen un tono más cercano a querer convencerse a sí mismo que para dirigirse a mí.

—¿A qué viniste, Jefferson?

Volver a su apellido es algo que surge naturalmente en mí y el horror resalta en él al escuchar que lo he llamado nuevamente de ese modo distante y despreciativo.

—Quería...verte —murmura con tanta tensión que los músculos de su mandíbula parecen dolerle. Me mira y parece herido muy profundamente. De lo que estoy segura es que no está más herido que yo.

—Podrías haber avisado —le sugiero y avanzo hasta él.

—¿Qué? ¿Acaso tienes que dar turno para *recibirnos*?

Sus palabras tienen un efecto inmediato en mí. Un sabor a bilis me inunda la voz y trago saliva para evitar vomitar. Mi boca queda entreabierta y mis ojos se llenan de lágrimas. La sangre huye de mi rostro y quedo helada, suspendida, como si una densa capa me separase del entorno.

Mi piel se crispa y mi corazón se vuelve una roca o un trozo de hielo, un glaciar que se ha agrietado.

Jefferson parece captar mi estado ya que intenta estirar una de sus manos hacia mí, aunque se la quito de un manotazo golpeando su brazo. Sé que a él no le duele pero siente el gesto como un insulto o una ofensa hacia su persona.

—No me toques —le digo.

Él me observa con preocupación pero la ira le gana. Apenas capto qué puede estar pasando por su cabeza. Mis pies solo siguen clavados al suelo, mi mirada perdida y mis manos rígidas.

—Nat... —parece querer articular una excusa. No le hago caso. No respondo. No lo miro. Estoy absorta en mi cabeza.

Sucia.

Sucia.

Sucia.

Put.

Sucia.

—Natalie —insiste—, solo vine a traerte esto.

Me arroja algo al suelo y como una bola de fuego cargada de ira y desilusión se mete en su bonito auto caro y se marcha a toda velocidad dejando una marca con sus neumáticos en el asfalto.

Sé lo que me ha dejado.

Sé lo que me ha arrojado al suelo.

Pero no quiero ver...

No quiero.

Eso es...

Sucia.

Mi...

Sucia.

...

Putá.

Mis ojos apenas descienden y se nublan de la vergüenza al encontrar mis bragas en el suelo, echas un nudo como una bolsa desechable.

Mis rodillas fallan y caigo al suelo.

El llanto me nubla la mirada y vomito sobre mi propia ropa interior.

#027

#DESPUÉS

Anthony era su nombre.

O es.

No sé qué fue de él.

Tenía los ojos negros más bellos que vi. Su cabello era largo y lacio. Tenía un aro en el labio inferior, usaba chaquetas con las mangas rasgadas y sus ojos siempre estaban rojizos.

Lo conocí en la escuela.

Me invitó a fumar un cigarrillo de marihuana en un recreo y acepté. Notó que la mojigata que se peleaba con las nenas-de-papá estaba en verdad muy dolida y se había sentido despreciada.

—¿Y bien? —me preguntó al salir ese día de la escuela. Estábamos en un callejón, contra un cubo de basura—. ¿Cuál es tu problema?

—¿Mi problema? —Fingía no importarme el sabor a mierda de su cigarro de marihuana, que me parecía repugnante.

—Por el que estás ahora mismo fumando escoria con otra escoria como yo.

Muchos. Muchísimos problemas.

Además de todas las preocupaciones que puede tener cualquier chico de dieciséis, debía sumarle las mías en tanto mujer. Los chicos la tienen fácil; nosotras no. Y para colmo, una situación económica de mierda se cernía y preocupaba cada vez más bajo la forma de una presión de tamaños monumentales llamada «Universidad» y «Enfermedad de papá». Luego de su accidente en la construcción de un centro comercial, se hizo un juicio con un abogado estatal que nos defendía. Ese hijo de puta fue comprado por el dueño de la compañía constructora y burló todo el proceso para que perdiéramos el juicio. Tenían que conseguir dinero para las operaciones y los costosos tratamientos que implicaban costillas rotas, perforación de órganos y traumatismos severos.

Insistí en que sacrificasen mi cuenta, pero mi hermana fue la primera en hablar y en cuidar perfectamente de él mientras estuvo enfermo. Además, pese a que siempre tuve una conducta pésima, mis notas solían ser altas, en cambio las de ella no.

Y así fue que mi hermana perdió su carrera universitaria.

Y yo tuve que seguir con la mía.

Aun así, los tratamientos no fueron suficientes y papá murió luego de una operación de cadera muy severa que no soportó.

Le conté todo esto a Anthony y su reacción fue la más inesperada pero maravillosa que podrá haber tenido alguna vez.

Me abrazó.

Y fue suficiente para saber que lo amaba.

Ese abrazo fue todo lo que necesitaba para sentir que no estaba sola. O creerlo. Creer que gracias a un abrazo mi corazón sería reconfortado, y en verdad lo estaba poniendo en manos de un hombre para que hiciera o deshiciera con él a gusto. Es lo peor que una chica podría hacer.

Nunca coloques tu amor en manos de alguien más. Te hará pedazos.

Por eso solo amamos una sola vez en la vida en todo su sentido de la palabra: con locura. Luego de que nos destrozan una vez, las grietas y las marcas quedan por siempre. Es como cuando rompes un jarrón de porcelana. Pueden venir otras personas a rearmarlo, a pegar sus pedazos, pero sabes que nunca volverá a ser como antes.

Y siempre está ese idiota preparado para tirar tu jarrón.

Lo paradójico es que no puede arreglarse nunca, pero sí seguirse rompiendo.

Y es exactamente lo que hizo Anthony luego de la primera vez que me acosté con él. Me convenció de que me amaba y que debía *hacerlo*. Apenas había pasado una semana desde que nos conocíamos cuando me llevó a un motel barato y lo hicimos en una cama con sábanas sucias. Nada que no conociese antes.

Le entregué todo.

Y mucho más.

¿Qué estupideces has hecho por amor? Yo muchas y entregar mi virginidad, la primera de ellas.

Luego vino lo peor...

Anthony empezó a consumir cocaína, metanfetamina, a inyectarse mierda, a meterse «de la pesada». Y a veces me obligaba a hacerlo también bajo el pretexto de «¿acaso no me amas luego de todo lo que hice por ti?», cuando lo único que podía recordar era su abrazo. El primero.

Hay abrazos que valen por mil, si son en el momento indicado.

Un día me dijo que empezaríamos a trabajar. Los dos. De noche. En la barra de un bar, cobrando y preparando tragos.

Le creí.

Antes de entrar, me advirtió que tomara dos pastillas de clonazepam.

No quise.

Me abofeteó en un callejón.

Lo hice.

Nunca había tomado dos juntas. Solíamos mezclarlas con alcohol pero en periodos intermedios, ya que eso y fumar hierba te deja perdido, suspendido, anestesiado, como cuando un idiota llega y te pregunta «¿Acaso tienes que dar turnos para recibirnos?».

Un poco entre tambaleos, entré al bar sujeta a su brazo.

Le pregunté dónde estaba la barra.

Le advertí a Anthony que me sentía un poco mareada como para preparar tragos. Mi cabeza se estaba nublando cada vez más.

Que no veía bien.

Que no escuchaba bien.

Hasta que encontramos a dos tipos que le dieron unos billetes a mi novio.

—Ven.

—Tony, ¿qué pasa? —le pregunté. Me sentía como una persona ciega mientras un montón de otros conspiraban a su alrededor, pudiendo percibir solo movimientos y voces amortiguadas en un montón de ruido, música y una masa viscosa.

—Ven, Nat. ¿Acaso no confías en mí?

Segunda estupidez: nunca confíes en él. Aunque creas que lo amas. Aunque él crea que te ama.

El amor siempre es algo enfermo.

Creo que los dos tipos tenían apenas unos años más que Anthony.

Me llevaron arrastrándome hasta una habitación. Tony se quedó afuera. Estaba llorando. O eso creía. Se guardó unos billetes en el bolsillo sin parar de llorar.

Uno de los tipos le dijo cosas al otro y empezaron a hacer bromas sobre quién la tenía más

grande o de qué manera se turnarían para empezar. Me arrojaron a la cama. Me sentía demasiado pesada. Mis piernas pesaban toneladas. Apoyé mis manos en el colchón viejo e intenté enderezarme. Miré en dirección a un teléfono sobre una mesa de luz pero no llegué a él. No sabía bien qué sucedía pero sabía que no era nada bueno. En absoluto.

Sin embargo, las pastillas tenían un efecto cada vez más nocivo en mí.

Mis brazos flaquearon.

Era imposible sostenerme por mí misma.

Uno de ellos me arrastró hasta el borde de la cama. Acercó su inmundada nariz y su boca a mí. Olió mi cuello. Me lamió. Intenté quitármelo de encima pero los brazos y las piernas no me respondían. Intenté gritar. Era imposible.

Lo que vino después es solo un recuerdo borroso, pues mi mente estaba difusa y mi cuerpo parecía ajeno.

Estaba anestesiada.

Uno de ellos se me subió encima y empezó a decirme cosas al estilo de que colaborase porque no se le ponía dura. El otro lo sacó de un empujón y me penetró. Me agarró de la cintura e intenté oponerme, pero estaba drogada e inútil, no tenía dominio sobre mis propias extremidades.

Me violaron los tres. Anthony por permitir esto y los otros poner el cuerpo en ello.

El recuerdo vuelve cada tanto en forma de horribles pesadillas.

Y cada vez que alguien me hace daño, vuelvo a sentir la misma pesadez en el cuerpo y la mente nublada.

Al que nunca se le pudo poner dura lo suficiente, permaneció al otro lado y eyaculó sobre mi cara. Me metió un dedo en la boca ordenándome abrirla, pero no podía hacerlo. La sensación que recuerdo... cada vez que el jodido recuerdo aparece en mi mente... es que no era yo quien estaba en ese cuerpo hecho pedazos. Me abrió la boca y me metió esa mierda ahí mientras no paraban de insultarme y decirme cosas... asquerosas.

—Trágate todo —me ordenó.

Como si yo fuese la culpable de su impotencia.

Realmente sentí que iba a morir.

Quería morir.

Quería hacerlo.

Pero no pude.

Lamentablemente solo *empecé* a morir ahí. Cada día muero un poco más.

Cuando salieron, el que me penetró dijo a sus espaldas:

—Eres una mezcla de ángel y de puta.

Anthony entró y lloró.

El problema de esas imágenes y voces grabadas en mi cabeza es que me obligué a olvidarlas para poder sobrevivir.

Y quizás ese es el problema.

Que nunca olvido.

Es una mierda.

Y me mata... cada vez más despacio.

Cuando Serge llega a la vereda intenta levantarme. En respuesta, lo miro con odio. Él y todo el género masculino implican la misma bolsa de mugre.

Lo mismo por lo que tendré que pasar siempre.

—¡Nat! —grita al verme.

Y lo observo con odio.

Me limpia el vómito con el dorso de una mano y le digo:

—Vete.

Es una orden que no da lugar a opciones. Nunca me había sentido tan humillada desde aquella maldita noche.

—Nat, ni loco me iré. Mira cómo estás.

—Puedo sola —me opongo.

Siempre pude sola y siempre podré.

Ni él ni Jefferson ni nadie volverán a tratarme mal. Nunca. Nadie. Antes los mataría.

—Llamaré a una ambulancia. ¿Quién vino? ¿Qué te hizo? —insiste pero no entiende cuando le hablo.

Así que le grito:

—¡¡Vete de una puta vez, Serge!! ¡¡Solo vete y no llames a nadie, ¿puedes hacer eso al menos?!!

Él me mira asombrado.

Pestañea.

Lo duda.

Y accede:

—Okay —menciona con la voz a punto de quebrarse. Parece que fuese a llorar debido a que le he gritado en plena calle—. Pero esto no quita que sigo preocupado por ti.

—Necesito estar sola —le digo con la garganta rasposa.

—Supongo que sí. Y solo por eso me voy: porque lo necesitas. Estaré para ti. Eso no lo olvides nunca.

Finalmente busca en sus bolsillos las llaves de su maldito auto viejo que trajo todos los problemas de esta noche y se marcha. Por suerte. Debería decirle que se lleve la comida y su cerveza pero no quiero que vuelva a subir, solo necesito que desaparezca y me deje sola.

Cierro las rejas y no me preocupo por pasarle llave.

Sigo en estado catatónico mientras subo las escaleras colgada de la barandilla y arrastro las piernas como si fuesen de piedra.

No puedo quitarme el recuerdo de Jefferson arrojando mis bragas al suelo, juzgándome de estar metida con Serge.

Él hizo... eso... con mi ropa interior. Y lo repite una y otra vez en mi memoria. Está ahí, despreciándome.

Gritándome.

Dándome órdenes.

Recordándome lo miserable que es mi vida.

Hasta que lo hago.

Sumergida en mi odio, busco con mi celular la web de Dirty, tomo una captura de pantalla y la adjunto por WhatsApp junto con una amenaza muy concisa:

Terminó tu juego, imbécil.

Le doy Enviar mientras me enjuago la boca en el baño y me dejo caer sobre la montaña de ropa que hay en mi cama sin ánimos de ordenar nada.

Y me duermo.

Pensando en mamá.

En papá.

En Anthony.

En mi hermana.
En mi pasado.
En la niña infeliz y pobre que siempre fui.
En mí.
En Jefferson.
Y en que creí que él era diferente...

#028

#NÚMEROS

Lunes.

Cuando entro en la oficina de residentes, mirando a ningún lugar preciso, o quizás hacia mi interior, me choco de frente con Sophia, que camina mientras revisa el celular. He pasado un fin de semana de pesadilla. Con sentimientos contradictorios de odio intenso y odio no tan intenso hacia Jefferson.

Por un lado, están sus gestos de compasión hacia mí, nuestros encuentros sexuales y las buenas referencias profesionales que ha dado de mí; sin embargo, está ese otro costado oculto que me destroza, que aflora todo el tiempo, esa ira que lo caracteriza y últimamente estaba ocultando de mí, dejándome ver al verdadero Nick.

Milagro que duró poco.

—¿Estás bien? —me pregunta Sophia sin podersele salir esa estúpida risita socarrona del rostro.

—Yo creo.

—¿Mucho Minecraft otra vez?

—Ejem... sí. Jugando en red, ya sabes. ¿Tú qué me puedes explicar acerca de esos dedos pegados al celular y esa cara gigantesca de alegría?

—No te haces una idea.

Sophia mira hacia todas partes, me toma de la camiseta y me mete en la oficina. Su cabello enrulado ondea en el aire debido a la alegría con la que reacciona.

—Tienes que saberlo. —Me muestra la foto de perfil del chico con el que está hablando. De pronto me impacta el rostro cuadrado y el cabello rubio del atlético doctor Ken, amigo y socio de mi peor enemigo—: Nos acostamos.

La mandíbula se me desencaja y de inmediato me espabilo como si me hubiesen dado diez mil bofetadas por vez.

—¿Tú y...? ¿Cómo?

—Bueno, él me sacó el vestido, yo había bebido un poco y...

—¿No eso, boba! ¿Cómo sucedió?!

—Amiga, he tratado de contártelo un millón de veces pero ibas demasiado ocupada o preocupada. Lo siento.

—No... —Creo que la situación no ha cambiado mucho desde lo que mi amiga denuncia—. No te disculpes. Creo que asumo la responsabilidad de ello.

El punto es que la imagen de Bea saliendo de la oficina con Ken sigue metida en mi cabeza. ¿Debería decirle algo?

Sophia se guarda el celular, toma mis manos y busca mi mirada con sus ojos escrutinadores. No soy muy aficionada del contacto físico, pero hoy como excepción, se lo permito.

—¿Me contarás? —insiste—. ¿Lo que pasa contigo?

Tuerzo el gesto y me aparto finalmente.

Me cruzo de brazos.

—¿Tiene que ver con tu madre? —insiste hurgando en el peor lugar donde podría haberlo hecho—. ¿Tu hermana? ¿Tu padre? ¿Se ha cumplido algún aniversario de su...?

—No, Sophia, no se trata de nada de eso. ¿Y si mejor hablamos de Ken? Creo que hace tiempo querías hablarme de él y... yo también tendría algo para decirte sobre él.

Ella abre los ojos con sorpresa.

—¿Qué será? —pregunta.

—Verás... Hace unos días...

La puerta se abre de golpe.

Ambas nos alteramos y miramos hacia atrás.

Su perfume caro e intenso me llega antes que su ridícula voz o sus aires de diva al caminar con tacos altos. Creí que habían prohibido los tacos en este hospital.

El pelo negro de Beatrice Lange ondea al ritmo de sus senos apretados en su chaqueta escotada y la bata abierta. Sus ojos grandes y rasgados en las comisuras nos evaden a Sophia y a mí cuando pasa de largo a buscar algunas cosas en el armario. Saca la carpeta de historiales clínicos y aguardamos a que termine.

—Sigán hablando. No es necesario que se queden calladas —acusa con los ojos dirigidos al montón de hojas que sostiene—. Es de pésima educación quedarse en silencio cuando una persona aparece.

—Haz lo tuyo y lárgate —le suelto.

Sophia me mira con asombro.

Beatrice se detiene como si hubiese sido suspendida en el tiempo. Tuerce el gesto y me mira con la boca entreabierta y los ojos evidenciando repugnancia. Creo que compartimos el sentimiento. Ella avanza y los veinte centímetros de altura que me saca de ventaja no logran intimidarme.

—¿Acabas de darme una orden?

—No es una orden. Es una advertencia. Lárgate.

El pecho de Beatrice (¿cómo es posible que pueda respirar o dormir boca abajo esta chica?) sube y baja producto de sus ganas por abofetearme.

Serge llega corriendo hasta la puerta de nuestra oficina y nos encuentra al borde del conflicto, lo que la hace detener. Me mira con cierto pesar, me evade y pasa a Sophia, pero con una advertencia dirigida a las tres:

—Tenemos que bajar. Reunión de urgencia para todos los residentes.

—¿Qué ocurre? —Sophia aprovecha la interrupción para meterse entre medio de BeaTetas.

—Problemas. Alerta Roja Jefferson.

Escuchar esas cuatro palabras en una misma oración puede ser la antesala de cualquier catástrofe mundial.

—Una conversación para evitar el pase a tribunales —explica—. Han robado un dineral de su cuenta bancaria.

Mi corazón se acelera.

Su cuenta.

Los números.

Habían descendido considerablemente la última vez que la vi pero lo vinculé a que, quizás, el caro estilo de vida del señor Jefferson lo justificaban.

—¿Un dineral? —pregunta Bea. Parece que sus tetas se levantan al escuchar que el tipo más sexy de todo este hospital tiene gruesa... la cuenta bancaria.

—Casi un millón de los verdes —responde Serge y la preocupación se me mete bajo la piel.

El día transcurre eterno entre preocupaciones, trabajo y más preocupaciones. Apenas logro cruzar palabra con Serge cuando llego al laboratorio y él se está por ir:

—No olvides dejar todo cerrado —comenta mientras deja su chaqueta.

—Gracias.

Y sigue de largo hasta la puerta mientras me pongo los guantes esterilizados. Sin embargo, él se detiene y se gira.

Me toca un hombro para que me dé vuelta y la cercanía de su tacto me recuerda que confiar en los hombres no es una buena opción.

Aun cuando sus ojos evidencien preocupación y sus labios sean demasiado gruesos.

—Nat, puedes confiar en mí —comenta.

No, no puedo, Serge. Lo siento.

—Cla... claro —logro articular arrancado las sílabas de mi boca.

—¿Cómo estuviste luego de... esa noche? Cuando necesites algo a la hora que sea, ten presente que ahí estaré.

Asiento.

No pronuncio nada más. Suerte que no vio a Jefferson ya que, al bajar, el jodido doctor pornógrafo ya se había ido.

Solo lo miro y fuerzo una sonrisa. Las palabras me comen por dentro.

Tienes que hablar, Nat. Palabras que no se expresan te devoran la cabeza.

Percibo cierto calor en mis ojos, captando que estoy a punto de llorar, pero hago un esfuerzo descomunal por contenerlo. He pasado por cosas muchísimo peores en mi vida como para soltar un estúpido llanto ahora mismo frente al sentimental de Serge Marseille. Si alguien debiera saber esto en primer lugar es mi mejor amiga Sophia Petrova, no obstante, parece tan feliz que no quiero arruinarle el cuento de hadas con mis cosas. Aun menos con lo de Beatrice y Ken; el punto es que esto debo decírselo, me veo obligada. Pero no me animo.

Tienes que hablar, Nat.

—Intento ayudar —dice Serge.

Y se inclina a mi mejilla dejando reposar un suave beso en mi piel pálida.

Inspiro profundo ante el contacto y mi piel entera se crispa.

Luego se aparta y se marcha.

Lo siento tanto, Serge...

£ 4.769.007

Casi un millón.

Jefferson tenía más de cinco millones setecientos mil la primera vez que me encontré con su cuenta. La segunda ya tenía menos de cinco millones, sin embargo, el número continúa descendiendo.

¿Cómo es posible?

Con un poco de miedo ante lo que me pueda encontrar, actualizo la página en mi *tablet* y debo reiniciar el sistema de HardDeep para volver a poner todas las cosas en su lugar.

Y me encuentro con lo más sorprendente que esperaba ver:

£ 4.768.999

El número desciende segundo a segundo.

A este ritmo, para el próximo mes toda la fortuna de Jefferson se habrá diluido y toda su inversión y empresas se irán a la quiebra.

Es evidente que alguien lo está *hackeando* y no sé si debería quedarme de brazos cruzados.

Acto seguido escucho ruidos fuera de mi casa y mi corazón se encoge. Apago la *tablet* y cierro la tapa de mi computadora. Me acerco en pijama hasta la ventana pero no logro discernir qué sucede.

Solo un golpe fuerte a mi puerta es suficiente para encontrarme con dos tipos. Uno calvo y otro rubio. Ambos miden casi dos metros, por lo que deben agachar la cabeza para poder pasar por la puerta e incluso poner un poco de costado sus gigantescos hombros.

Son ellos.

Vienen a matarme...

Hasta que uno se pone a un lado, otro al otro y en el medio aparece él. Sus guardias de seguridad llevan gafas oscuras, un auricular negro en el oído derecho, visten esmoquin y no dicen una sola palabra. Solo me observan.

Jefferson tiene puesta la camisa celeste que tan bien le sienta (deduzco que tiene más de una) pero está salida de su pantalón negro. Lleva los zapatos sin lustrar, tiene más barba de lo común y el cabello sumamente despeinado.

—Siento entrar de esta manera —dice pronunciándose en mi dirección. Sus mastodontes me hacen sentir a mí misma como una amenaza—, pero tienes que venir conmigo.

—¿Qué? —Miro a diestra y siniestra con la sensación de que esto podría ser una pesadilla o una película de acción—. ¿Te volviste loco?! ¡No iré a ninguna parte!

Miro el celular sobre la mesa y recuerdo el mensaje.

—Me temo que no tienes opción —añade—. No te pasará nada, Nat. Pero si no lo haces, tendrás problemas graves. Solo estoy tratando de evitarte inconvenientes o que dejes una mancha más en tus antecedentes policiales.

¡Mierda!

Ha seguido indagando en mis fichas personales del hospital y la universidad. Sabe de la muerte de mi padre, del tumor de mi madre, de mis inconvenientes con la puta ley.

Presa de la ira tomo mi celular y lo arrojo contra su pecho macizo; este cae al suelo pero no se desarma.

Mi acto es preciso para que el guardaespaldas negro saque un revólver y antes de que me apunte, Jefferson lo detiene solo con unas tajantes palabras:

—Guarda eso ahora mismo, Ian.

Este lo mira con dudas pero obedece sin retrucar. Guarda el revólver en el interior del saco y Jefferson añade:

—No vuelvas a hacer eso, carajo. ¡No con ella!

Las venas en el cuello de Jefferson se marcan al dar el grito e insiste esta vez hacia mí:

—Tú eliges, Nat. Vienes con nosotros y te evitas problemas o lo resolvemos en un juzgado.

«Terminó tu juego, imbécil». El mensaje ronda en mi cabeza varias veces. ¿Por qué lo hice? ¿Acaso no podía mantenerme calladita un tiempo más? Solo hasta que todo pasara. Ya me lo había sacado de encima, ya lo había hecho enojar lo suficiente como para que no quisiera saber nada más sobre mí.

Pero ahí estuvo mi insensatez para recordarle que existo y hacerle creer que mi pequeñez y estupidez podrían contra su enorme poder.

—¿Me meterías presa, hijo de puta? —le suelto. El insulto me hiere profundo pero aún más a él, aparentemente, porque intenta ocultar su gesto de dolor tensando el rostro y dando un resoplido.

—No, Natalie —me contesta—. Nunca haría nada que pudiera perjudicarte. Pero tu mensaje ha sido filtrado en la compañía y quieren que te demandemos. Y es lo que corresponde, no obstante,

me opondré mientras tú quieras que me oponga. De lo contrario, no me quedan opciones más que dejar que te enfrentes a ellos.

No es necesario que especifique a qué se refiere cuando dice «a ellos». Al conocer sus secretos en el mundo de la pornografía también he expuesto a sus socios Ken y Kaneki.

Ellos me quieren demandar.

Y no hace falta que los mencione directamente, ya me he dado cuenta solita de lo que se trata. Aunque escucharlo de su boca es aún más duro de lo que imaginaba:

—Eres la culpable de un robo por más de un millón de libras y tu mensaje te incrimina como potencial autora del delito, Natalie Hale... Lo siento.

Me he quedado sin opciones.

Si voy presa, nunca podré ayudar a mamá.

Si voy presa, mi hermana morirá en la pobreza por mi culpa.

Todo habría sido en vano.

Mis planes destrozados.

No me queda más opción que avanzar.

De pronto los mastodontes se incorporan a mis espaldas y avanzo. Cuando paso por delante de mi no grato invitado, saltan chispas en su mirada cuando la cruzo con la mía y sentencio:

—Te odio, Jefferson. Te odio como nunca antes lo hice en mi vida.

#029

#CAZADORA

De camino a la falsa empresa de limpieza/productora pornográfica, logro deducir adónde nos dirigimos aunque Jefferson permanezca mudo a mi izquierda y los vidrios estén tan oscuros como la noche.

Cuando ya estamos en la enorme casa, descendemos y los guardias se cercioran de que no soy una loca maniática que podría hacerle daño a su jefe (el mío también lamentablemente).

—¿Para eso trajiste a estos matones de dos metros y medio? —le pregunto a Jefferson—. ¿Crees que podría matarte? Hasta parezco peligrosa. Soy un metro sesenta de pura maldad.

—No es por eso, Nat. No lo entiendes. —Entra a la casa y yo lo sigo. Tras nosotros, los mudos guardaespaldas.

Esta vez tomamos una escalera que nos conduce hasta un subsuelo donde llegamos a una especie de depósito. Es casi un búnker bajo tierra con un montón de cajas, está a media luz y hay una ronda de cuatro sillas ubicadas al centro. Dos personas están sentadas en dos de las sillas.

Reconozco sus rostros de inmediato. Kaneki parece cansado pero impecable en su atuendo mientras que a Ken se lo ve agotado y con un semblante de molestia evidente.

—Toma asiento, Nat —me dice Jefferson.

Me inquieto e intento no obedecer.

Pero Kaneki hace un gesto hacia una de las sillas indicándome que debería hacerlo. Y por algún motivo tengo la sensación de que cualquiera de los tipos presentes en esta habitación está dispuesto a asesinarme.

Ian y el rubio se colocan tras las sillas junto a otros tres mastodontes que miran fijo y palpan sus armas bajo el saco.

¿Qué clase de mafiosos son?

—Nat, ya te expliqué un poco por qué necesitábamos que vinieras a reunirse con nosotros esta noche.

—Ufff —suelto un bufido.

Ken se incorpora con los codos sobre las rodillas y me advierte:

—Solo tenemos unas pocas preguntas para hacerte. Si te opones, vamos por las malas y lo resolveremos en un tribunal. De lo contrario, podríamos hacerlo de un modo que nos beneficie a todos...

—Básicamente me dejan sin opciones —murmuro—. ¿Al menos puedo llamar a mi abogado? Quisiera conocer cuáles son mis derechos.

Se evidencia que nadie aquí está de buenas para un chiste. Deberían al menos percibir que no tengo dinero suficiente para costear un puto abogado.

Pero podría tenerlo si quisiese.

—Yo empiezo. —Kaneki se incorpora. Lo miro de reojo y de pronto ya no se ve tan amigable como la última vez. En verdad nunca pareció amigable, empiezo a creer que cada vez que me miraba en verdad se imaginaba a las zorras que hacen sus videos para su *app* o su página de Internet—. Natalie, en primer lugar queremos saber exactamente qué sabes.

—¿Qué sé? —Levanto una ceja—. Es evidente lo que sé. Tienen una pequeña empresa de limpieza con empleados que no existen, ganancias que le servirían para vivir de la manera que viven unos tres o cuatro días y una bonita casa de campo a la que traer chicas para interrogarlas en mitad de la noche.

Mi interlocutor se pone de pie en la silla de un sacudón. Jefferson lo hace también. Pero Kaneki me confronta a mí y Nick a Kaneki. Por un instante temo que quieran matarme, no obstante la presencia de Jefferson me hace pensar que quizás está defendiéndome.

Recuerda Nat que aquí nadie es tu garantía.

—Eres una...

—Cierra la puta boca, Kaneki. —Jefferson avanza más y sus puños están cerrados al punto que en cualquier momento van a reventar—. No te atrevas a insultarla.

—¡Nos está tomando el pelo! —Se gira hacia mi jefe.

—Está siendo honesta... aunque acuda al sarcasmo. —Ken relaja un poco las cosas. —Sabe que Clean no existe.

—No dijo eso —interfiere Jefferson—. Quizás... lo sabe por error. ¿No es así? —Me mira queriendo creerse sus propias palabras.

Pero niego con un tímido movimiento de cabeza.

En verdad parece que Jefferson intenta salvarme de los psicópatas de sus socios pero es inútil.

Hay cosas que hice solita y me enorgullezco de haberles quitado la máscara a estos pornógrafos.

El punto no es a qué se dedican sino que lo hacen a costa de ocultárselo a todo el mundo y eso es mentir.

Y enriquecerse.

—¿Po... podrían dejarnos un momento... a solas?

El pedido de Nick nos toma a todos por sorpresa.

—Olvidalo, Nicholas, la chica no hace más que armar su propio camino a la cárcel. Le gusta meter las narices donde no debe.

La infranqueable determinación en las palabras de Kaneki hace que quiera que se vayan. Que me dejen a solas con Nick. En este instante es la única persona en quien siento que puedo confiar pese a todo lo que me ha hecho, pese a sus jeffersonismos posesivos, pese a haberme arrojado la ropa interior en la calle, pese al mal modo de tratar al personal del hospital, pese a su mirada dulce que intenta ayudarme, pese a sus manos que conocen todo mi cuerpo...

Quiero que se quede.

—Acepto —intervengo—. Contestaré a su interrogatorio solo... si nos dejan a solas.

De pronto me miran como preguntándose quién carajo soy yo como para decirles lo que tienen que hacer. Pero la situación apremia y puedo llegar a meterlos en graves problema (un disgusto que todos nos podríamos ahorrar).

Solo tengo que hablar.

—Vamos.

Ken se mete entre medio, cruza una mano por el hombro de su socio Kaneki y lo arrastra a la salida.

—Si no accede, déjame que hable yo.

—Vete a la mierda —le contesta Jefferson a Kaneki y se terminan por marchar.

Acto seguido, Nick acerca su silla a la mía y me mira con un extraño gesto de súplica. Toma mis manos logrando que mi corazón dé un vuelco.

Creo que... necesitaba esto.

Necesitaba sentir su tacto.

Necesitaba sentirlo cerca. A él. Su particular manera de demostrar cariño. Aunque todo sea una farsa con la que manipularme y obligarme a colaborar.

Jefferson acaricia mis manos y las presiona con suavidad. Sus ojos son indescifrables, pero parece haber una batalla interna en su interior.

—Lo siento, Nat.

Esas son sus primeras palabras.

Trato de concentrarme en el hombre... detestable y magnífico que se lleva mis manos a sus labios y las besa.

Su barba acaricia mis dedos y sin poder resistirme dejo que mi mano derecha se extienda por su mejilla. Lo acaricio y sus ojos se cubren de lágrimas pero no llora. Es aún más terco que yo.

Sin embargo, me dejo quebrar y capto que una lágrima me humedece el rostro, escapando por sí sola.

Jefferson no es Anthony.

Él intenta... protegerme.

Algo que Anthony nunca hizo.

Y ahora mismo se lo ve tan vulnerable que mi corazón se derrite por intentar ayudarlo.

—He sido un verdadero idiota, Nat —se explica y su voz se oye ahogada—. He pasado todo este tiempo encerrado en mí, rompiendo todo, destrozándome a mí mismo. No me puedo perdonar lo que hice pero necesito que tú... Que tú puedas hacerlo. Estos días han sido los peores de mi vida, en mucho tiempo. Realmente necesito que me puedas perdonar para redimirme y, así, hacer las cosas mejor contigo.

—¿Mejor? —articulo la palabra como si fuese una inmensa broma—. Acaban de amenazarme con mandarme presa, he descubierto una parte de tu vida que me aterra, no me cuentas nada sobre quién eres, me confrontaste en mi casa por encontrarme con un amigo, intentas controlarme como si fuese un juguete cuando no somos ni siquiera... amigos. ¿Y me pides perdón por haberme hecho todas esas cosas horribles, Nick?

Él cierra los ojos.

Los cierra con fuerza.

Como si cada oración de mi parte fuese un puñal.

—Sé que no merezco que me perdones y ha sido egoísta de mi parte pedírtelo —añade—. Así que estás en todo tu derecho a no hacerlo. Solo quiero que puedas salir ilesa de esto, ya te he metido en suficientes problemas, no mereces más. No lo mereces, Nat.

Mis ojos vuelven a impregnarse de ardor y lágrimas.

No lo mereces, Nat.

Mi vida ha sido una mierda. Él apenas conoce una parte de mí. Me pregunto si seguiría pensando de mí lo que piensa, en caso de enterarse las cosas horribles que me han pasado. Es fácil leer en un legajo que eres medio huérfana y que pasaste más de la mitad de tu vida deambulando en la calle buscando un techo donde pasar la noche. Pero lo que ningún estatuto reglamentario refleja son las noches en que salía a buscar cartones y botellas plásticas con mi madre, ni cuando nos quedábamos sin el bolsón social con mercadería del centro comunitario, ni cuando las maestras me regañaban por no llevar el material adecuado, ni los peligros a los que se expone una chica cuando entra en la pubertad y más en una situación como la mía.

Con hambre.

Con drogas.

Con violadores.

Con ladrones.

Con chicos peligrosos alrededor.

Con hambre. Mucha hambre. Más hambre.

Ningún legajo refleja el enorme agujero que se siente en el estómago cuando ruge. Ni la falta de percepción que necesitas alimentarte cuando ya has pasado cinco o seis días comiendo mierda que encuentras en la calle.

Ningún legajo refleja que tu padre murió en un accidente para que puedas ir a la universidad.

Ningún legajo muestra que te violaron varias veces y te fuiste sin decir una maldita palabra.

A nadie.

Aunque él parece ver más allá.

Por algún motivo, Jefferson dice «no lo mereces» y tengo la sensación de que un chispazo arde en mi interior.

Es la primera vez en toda mi vida que siento que alguien intenta... protegerme.

No lo puedo tolerar más y me arrojo a los hombros de Nick pegando mis labios sobre los suyos y llenándome de él. Con sorpresa me recibe pero no demora en rodear mi cintura y atraerme a su boca. Me besa con pasión, siente el sabor de mis lágrimas en el beso, bebiéndose cada una de mis desgracias.

Siento su barba pero no me molesta. Lo acaricio mientras lo intento atraer a mí.

—Tenemos que apresurarnos —susurra pegado a mis labios.

Y tiene razón.

En cualquier momento llegarán sus socios.

Entonces me aparto y miro a los mastodontes a nuestro alrededor. No han movido ni un pelo pero aun así me siento avergonzada.

—Nat. —Jefferson sostiene mis manos nuevamente, esta vez con mucha más seguridad—. Creo que he encontrado una alternativa para que no salgas perjudicada de todo esto.

Parpadeo.

—¿Debo matar a alguien? —pregunto con honesta preocupación.

—No. —Por un momento parece que media sonrisa quiere asomar por su rostro pero la detiene—. En primer lugar, confío en que tú nunca robarías y mucho menos me lo harías a mí. Si algo he podido aprender de ti es que sostienes valores y eres alguien de fiar. Algo que no espero del resto de las personas que me rodean a diario.

Hasta casi me siento halagada. Él prosigue:

—En segundo lugar: si esto desencadena más problemas judiciales, llegará la policía a ti y tenemos que encontrar al verdadero culpable.

¿Pero cómo podría...?

—Nat. —Jefferson me mira y encuentro al diablo en sus ojos azules—. Solo un *hacker* excelente podría descubrir lo que tú descubriste de nosotros. No nos pasaba desde que reforzamos la seguridad hace unos años.

Con su cuarto socio.

Cuando descubrieron al cuarto socio, lo echaron, y encriptaron aún más la información para que no se develaran sus identidades.

Hasta que yo...

—Eso me da pie a aclarar el tercer lugar. —Jefferson saca un cartón con papeles de un bolsillo de su pantalón, un bolígrafo, anota algo y añade para volver a mí—: Queremos contratarte. Los tres. Estamos dispuestos a pagarte un millón de libras si encuentras al imbécil que nos está amenazando.

Creo que me he quedado pegada con la primera parte. Lo demás excede cualquier cosa imaginable.

—Nick... ¿Me estás proponiendo que atrape a un *hacker*?

—Exactamente.

Entonces da vuelta el cheque a nombre de Clean Enterprises.

Un millón de libras.

Para mí sola.

A cambio de encontrar un virus metido en su sistema.

A un virus con forma de ladrón.

Y me salvaría de ir presa.

Solo a cambio de enrollarme en una megaempresa del mundo de la pornografía, lo cual implicaría involucrarme en el mundo más sucio y oscuro de toda Internet.

¿Estoy preparada para esto? ¿Alguna vez la vida te prepara para cruzarte con cosas que son imposibles de explicar desde lo sensato? Lo cierto es que nada podría ser peor de lo que ya me ha tocado vivir...

—Lo haré —suspiro—. Pero no recibiré tu dinero.

La mandíbula de Jefferson se cuadra y explica:

—Te lo transferiré mientras veníamos en el auto, Nat. Descuida. Esto es a cuenta de la empresa.

El corazón se me sube a la garganta.

Mierda.

Acabo de cerrar un negocio... millonario.

Para una empresa de pornografía.

Solo debo encontrar a una persona que está jugando sucio.

Como a estos hombres les gusta hacer jugar a la gente.

Finalmente tomo el papel donde Jefferson ha escrito la cifra, paso mi dedo pulgar por las letras aún sin caer en la cuenta de que estoy a punto de convertirme en una persona rica.

Te lo transferiré mientras veníamos en el auto.

¿Soy... rica?

Tengo un millón de libras en mi cuenta.

Mierda.

Mierda.

Mierda...

Que empiece la puta cacería.

#030

#CONSULTAPRIVADA

—Tienes talento. Tienes todo lo que alguien necesita para poder ser... memorable. La gente te recordará, siempre te respetarán y lo que hayas dicho alguna vez serán palabras leídas en actos honorables.

—Papá...

Mi corazón estaba partido en tiernos pedazos de cristal. Recuerdo aquel día. Tenía siete años y había reprobado mi primer examen. Cuando llegué a la habitación donde nos encontrábamos viviendo en ese momento, papá me cruzó, fue el primero que lo hizo y al verme llorar con furia, su reacción fue abrazarme. Descansé sobre su hombro una potente carga de lágrimas y lo abracé con fuerza hasta que mis músculos fueron cediendo. Finalmente me apartó y dejó que le contara lo que había sucedido. Al escucharme, tuvo las palabras más adecuadas que alguna vez me podrían haber dicho. No por lo que esas oraciones contenían, sino por la persona de quien provenían.

Para distraerme y mostrarme que algún día estaría a la altura de personas memorables más allá de un horrible reprobado que la maestra me hubiese puesto, me mostró las obras de Da Vinci, Miguel Ángel y Picasso. Creí que papá sabía mucho pero en verdad leía las placas y me las relataba como si fuesen grandes historias.

Papá nunca fue un ávido lector, nunca tuvimos dinero para comprar libros, pero, sin duda, era un gran narrador.

Entonces llegamos a una sala donde estaban dictando un curso del ayuntamiento con unas máquinas asombrosas que respondían a todo lo que uno quería. «Computadoras» las llamaban. Papá no tenía otros planes. Yo tampoco. Mamá había salido con mi hermana a buscar cartones.

Así que nos quedamos ahí.

«Tienes talento.»

Y al día siguiente volví.

«Tienes talento.»

Y al siguiente.

«Tienes talento.»

Y al siguiente...

Fanny Cruise: Doctor, no puede notificar horario de salida.

Nicholas Jefferson: ¿Disculpa? Fanny ya son las 5:15 p.m. tengo trabajo que hacer en el laboratorio.

Fanny Cruise: Lo siento, doctor, pero queda un paciente que atender. Dice ser urgente.

Nicholas Jefferson: Que se atienda en la guardia de urgencias, entonces. Yo ya estoy fuera de turno.

Fanny Cruise: Quiere que usted lo vea.

Nicholas Jefferson: Lo siento, Fanny. En ese caso, dile que vuelva mañana y fijate si queda un hueco en mi agenda.

Fanny Cruise: Ya le dije que podría atenderlo hoy.

Jefferson, Nicholas X. ha notificado salida.

USUARIO 3845-K

5:16 p.m.

Tras abrir la puerta, parece que Jefferson está preparado para echar a patadas a quienquiera que sea de su consultorio.

Está cerrando la persiana y la computadora descansa abierta sobre el escritorio.

Me dice sin darse la vuelta:

—Tendrá que hacerse ver en la guardia del hospital. Debo retirarme en este momento, mi turno ha terminado por hoy.

—No lo entiende... Es una emergencia que solo usted puede atender.

Entro a su consultorio y cierro la puerta a mis espaldas.

Cuando se gira para verme, me encuentro con que se ha afeitado, lleva su piel lisa, se lo ve mucho más resplandeciente que la noche anterior, aunque no le vendrían mal unas horas de descanso. No obstante, Jefferson sin esa sombra que parecer haberlo destrozado por la vida, no sería mi... Jefferson.

Una vez que se da vuelta, sus labios susurran mi nombre casi en una exhalación y me intercepta.

Sus manos se apoyan sobre la puerta, a la altura de mis hombros, y es suficiente para que me sienta diminuta, no así tímida o disminuida. Quizás otra sí se hubiese asustado... otra que no conociera de mis jeffersonismos preferidos.

—Dígame —susurra contra mis labios y me inunda su aliento a tabaco y café—, cuál es la emergencia.

—Es difícil de explicar —susurro jugando con las solapas de su bata blanca desprendida—, ¿tendrá un momento para atenderme?

—Claro que lo tengo, carajo.

De pronto se aparta y me señala hacia un lado. Quedo absorta.

—Acuéstese en la camilla —ordena—. Para que la pueda revisar.

Sé que hasta hace uno o dos días las cosas estaban muy mal pero después de nuestro trato de la noche anterior habían quedado... extrañas. Ni bien ni mal.

Resulta que he develado uno de sus mayores secretos, no me ha hablado de ello pero lo ha asimilado y me he pasado todo el día pensando en él y el extraño negocio que he cerrado con su empresa pornográfica con mi «talento» para *hackear*. Creo que a eso se debe que anoche haya soñado con mi papá.

—Claro, doctor —digo y me dirijo a la camilla que se encuentra a un costado del consultorio. Llevo puesta mi bata blanca sin camiseta debajo, pantalones de jeans, calcetines y zapatillas. De camino aprovecho para cerrar la tapa de la computadora, ya que no me gustan las máquinas en desorden.

—Dígame —indica mientras se coloca el estetoscopio en los oídos y con el tercer extremo me señala abrir la bata—, ¿dónde le duele exactamente?

Me llevo dos dedos a la bata y me desprendo los primeros cinco botones. Mi sostén negro queda al descubierto y Jefferson lleva el frío elemento de trabajo hasta mi piel y lo detiene sobre el lado izquierdo, escuchando los latidos de mi corazón. Al hacer esto se queda pasmado unos segundos y luego vuelve a mí, con una sonrisa.

—Por acá veo todo bien, señorita Hale. Creo que tendrá que terminar de abrir la bata para que la pueda revisar. Aunque si me deja...

—Como diga. Usted es el doctor, haga lo que crea conveniente —le contesto y cierro mis manos contra los lados de la camilla.

Jefferson desliza el estetoscopio frío por la boca del estómago y luego desciende por la sensible piel que rodea mi ombligo.

En un momento me retuerzo ante la sensación, pero no demoro en acomodarme. Nick desciende aún más y cuando llega al botón de mi pantalón, mete el estetoscopio por debajo. Lo desabotona y justo cuando roza el elástico de mis bragas, lo saca.

—¿Qué tengo, doctor? —le pregunto.

Él se guarda el estetoscopio en el bolsillo de su bata blanca y contesta:

—Déjeme corroborar mejor.

Con sus manos presiona suavemente mi pecho con cada exhalación. Al tener que expulsar aire, sus manos me ayudan a respirar. Entonces mi pecho se vuelve a inflar y él vuelve a ejercer presión.

Hasta que con una habilidad asombrosa me desprende el sostén; es de los que se cierran entre los senos. Las capas se separan y las manos de Jefferson se apoyan sobre mis pechos y mis pezones duros. Así, vuelve a hacer lo mismo otra vez. Me ayuda a respirar pero me siento más agitada al sentirlo en contacto con mi piel.

—Creo que necesita reanimación —me dice.

Y abro la boca para soltar algo, pero me ha dejado sin palabras.

Y sin aire.

En el momento en que sus labios se cierran sobre los míos y me besa, se incorpora apenas para estar más cómodo.

Jefferson desliza su mano izquierda por mi abdomen sin dejar de besarme hasta llegar nuevamente a mi jeans y al elástico de mis bragas. Mete una mano por dentro, presionando mi pubis con suavidad.

—¿Aquí le duele? —me pregunta.

—Yo... creo —susurro.

Y vuelve a presionar.

Esta vez, más bajo.

—¿Y aquí?

Entonces hace ingresar un dedo en mi entrepierna y se inclina para envolver mis senos con su boca.

Hasta que introduce un segundo dedo y me deshago de mi pantalón y la ropa interior.

Nick nota esto. Se aparta, recoge mi ropa y presiona mis bragas contra su rostro inhalando profundamente.

—Me la quedo —dice al quitarla de su nariz y su boca mientras se la guarda en el bolsillo de su bata.

—Gracias, doctor —le digo sin saber muy bien por qué.

—Abra las piernas. Debo seguir examinándola.

Sus palabras me toman por sorpresa y obedeciendo a lo que me indica separo mis rodillas y él coloca mis tobillos sobre sus hombros. Se agacha y su boca se cierra en mi entrepierna, llevándome a saborear las estrellas.

#031

#INTERNETPROFUNDA

—Fanny no sabe nada de que estás acá, ¿verdad? —me pregunta Nick cerrándose los botones de su bata.

—No —convengo mientras me subo los pantalones.

—Entonces, ¿solo quisiste mostrarme tus dotes como una paciente de obediencia descomunal?

—Nunca seré una chica obediente. Mi idea original era mostrarte cuán sencillo es burlar el estúpido sistema de red inalámbrica que hay en este hospital.

—Definitivamente eres la persona indicada para la empresa.

«La empresa». Es la primera vez que se refiere a su secreta industria del porno y de una manera tan... sutil. Ya los dos sabemos que Clean, el fantasma servicio de limpieza, no existe.

Nick me indica que salga primero de su despacho y procuro arreglarme el cabello antes para no ser una mala copia de Beatrice con Ken. Una vez fuera, busco mis cosas en la sala de residentes y me dirijo a las duchas. Tras asearme, continúo mi rutina en el laboratorio.

Llego casi una hora tarde y Jefferson ya está ahí. También tiene el cabello mojado y desprolijo. Cualquiera que nos intercepte pensaría que nos hemos duchado juntos aunque las deducciones no se alejarían mucho de la realidad.

Cuando me lo cruzo en el laboratorio, se está haciendo cargo de los criocervadores.

—Llegas tarde, Natalie —me dice y por un instante el tono de reproche me suena al viejo Jefferson. ¿Cuánto han cambiado las cosas entre nosotros este último tiempo?

—Sí, no estoy orgullosa de eso. —Me dirijo hasta el cultivo de células y Nick mira atentamente lo que hago—: Estoy lista para avanzar sobre mi proyecto. Hoy estudié, profesor.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de Jefferson y su mirada se ensombrece.

Cuando llego a casa, enciendo la luz y apenas arrojo mis cosas sobre la mesa (ya atestada de más cosas), suena el portero eléctrico. Pienso que podría ser Nick, Serge o tal vez Sophia. Pero descarto a los tres cuando contesto.

—¿Sí?

—¿Señorita Natalie Hale? —La voz de un chico suena al otro lado. Parece alguien joven.

—¿Quién eres?

—Soy de Runks. Traigo un pedido para usted.

—Yo no he ordenado nada, ni siquiera sé qué es Runks.

—Pastelerías Runks. Han hecho el pedido para usted, para ser exacto. Ya está pago. Solo tiene que firmar y recibirlo.

La situación me resulta demasiado extraña. ¿Quién podría haber hecho un pedido para mí? ¿Habrá sido Jefferson con tal de asegurarse que coma?

Nada pierdo con ir a ver, así que lo hago. Voy escaleras abajo y me encuentro con un chico con gorra roja, camiseta del mismo color y tras él, una motocicleta con un pequeño baúl que tiene el logo de Runks. Ahora que lo veo, noto que sí conozco la pastelería.

El chico tiene una caja enorme en sus manos y hay un montón de papeles encima con un

bolígrafo.

—Buen día —me saluda.

Firmo el pedido y, antes de que se retire, le pregunto:

—¿Quién lo envía? ¿Tiene alguna tarjeta?

El muchacho que tiene pecas y acné revisa en su planilla y me responde:

—Quienquiera que lo haya pedido lo hizo a nombre de Hard...Deep.

Sus palabras me llegan como un balde de agua fría y pestañeo varias veces para procesar lo que me dice.

—¿Ese es el nombre del remitente? —insisto.

—Ejem... sí.

Me encojo de hombros y me meto al edificio con la caja. Pesa lo suyo, lo cual me complica las cosas cuando debo subir las escaleras pensando si un *software* que solo se compra en la Internet Profunda estaría interesado en enviarme algún premio por ser una clienta adicta a las compras por la web. Por un instante siento miedo de que mi cuenta bancaria haya sufrido algún robo. Hasta el momento había olvidado, o al menos, no tenía tan presente que ahora cuento con un enorme respaldo económico.

Antes siquiera de abrir el paquete voy a mi cuenta desde el *mobile banking* y corroboro que mi dinero sigue ahí. En efecto. Solo hay algunos descuentos como la tarjeta de crédito que se ha cobrado lo suyo, impuestos y más impuestos. Pero todo cuadra, nada se sale de lo esperable.

Así es que me enfrento a la caja.

Tomo unas tijeras de mi habitación y rompo la cinta que rodea la caja. La abro y descubro un apetitoso pero tétrico pastel que en su superficie muestra un montón de números color rojo en una superficie de glaseado rosa claro.

Y reconozco de inmediato de qué se trata.

Es un código binario. Han escrito un mensaje para mí en ceros y unos. Quienquiera que lo haya hecho sabe que identificaría esto y que sería capaz de descifrarlo.

Y que estoy metida en la HardDeep.

Busco en mi mochila y saco un anotador y un lápiz. Anoto número por número el código y lo traduzco; el código binario es el idioma que manejan todas las máquinas o dispositivos informáticos, como las personas utilizamos el inglés, el español o el mandarín para comunicarnos entre nosotras. Para poder comunicarse con una máquina encriptada es preciso decodificar su código, hecho que ellas hacen todo el tiempo con nosotros. Curiosamente a los humanos nos interesa entender su idioma, pero ellas muestran cierto desinterés por la naturaleza humana, quizás ese sea nuestra enorme diferencia con las máquinas.

Cada vez que insertamos una letra en el teclado llega como una orden de ceros y unos a su sistema. En este caso, es al revés. Es como si el pastel funcionase de computadora, yo de teclado y el *software* traduciría lo que quiere decirme. Cuento con distintas alternativas para poder hacerlo, no obstante, recurro a la decodificación clásica del teclado *qwerty* y descifro número a número, letra por letra lo que tiene para decirme.

Es una advertencia. O amenaza.

ALEJATEDEESEHIJODEPUTA

Mi corazón se acelera al verlo.

Voy corriendo hasta la cocina y traigo un cuchillo. Lo corto con cuidado y arranco una rebanada desde el centro. Al sacarla, la examino. Solo encuentro capas de chocolate, fresas y crema. No hay ninguna bomba dentro. Si bien huele delicioso, vuelvo a meter todo en la caja como estaba y antes de cubrirlo con la tapa le tomo fotos. Salgo un momento y vigilo hacia todas partes como si

me estuviesen observando. Nadie lo hace directamente a menos que el señor que pasea su perro o los niños que pasan por la vereda en sus patinetas sean espías. Dejo de lado la paranoia y me meto de nuevo a la casa. Empiezo a considerar que quizás ahora que tengo una abultada cuenta bancaria pueda irme a otro lado, a un vecindario más seguro.

De nuevo en el comedor me dejo caer sobre una silla y tomo el anotador separando las palabras Aléjate-de-ese-hijo-de-puta. Me conoce. Y sabe de Jefferson. Solo puedo suponer que se está refiriendo a él. Es al único hombre que me he acercado voluntariamente.

Hasta que caigo en la cuenta de una cosa.

Busco mi *tablet* y mi computadora. Me meto rápidamente en el sistema e indago en la cuenta bancaria de Jefferson.

Ya va por los tres millones y medio. Sigue descendiendo. Lo siguen jodiendo. Tengo que detenerlo ahora.

Mierda...

Esta persona me ve como una amenaza a mí y por eso me ha enviado ese mensaje.

Y hay algo importante a destacar: no quiere que me aleje para que nadie termine con el corazón roto, no es cosa de una ex despechada.

Es una amenaza porque me ve como un error en su sistema, un error en sus planes para seguir robando el dinero de Nick.

Esto es personal.

Nada azaroso.

De pronto mi celular vibra sobre la mesa y salto del susto. El corazón se me acelera y me encuentro con una llamada de «N. Jefferson».

Atiendo de inmediato.

—¿Sí? —pregunto.

—Nat, ¿estás bien?

Su voz, impregnada de preocupación, me deja consternada. Y aún más atormentada.

—Sí, ¿por qué lo dices? —contesto al fin.

—Quédate donde estás. Voy para allá.

—Pero ¿qué sucede?

—Mira las noticias y no te muevas. Cierra la puerta con llave y ponle seguro a tus ventanas.

El corazón se me acelera aún más y apenas cuelgo busco el control remoto del televisor de mala muerte que hay en el departamento; es más pequeño que un microondas pero sirve para este momento.

Paso los canales hasta llegar a los de noticias y encuentro con que varios están pasando el mismo anuncio.

Actriz pornográfica es asesinada *on streaming* desde su propio canal.

El hecho de que diga «canal» y no web o algo parecido me da la pauta de que no se trata de cualquier sitio ni de cualquier actriz. Y «on streaming» implica que ha sido transmitido en secuencias.

Solo muestran una imagen del video en la pantalla y veo que es la chica colombiana; está sentada frente en su lujosa habitación y las lágrimas le saltan por encima de sus pestañas postizas. Se alcanza a distinguir que una persona está al otro lado del trípode sosteniendo la cámara. El que quiera que la haya estado grabando, la degolló en vivo.

Busco mi *tablet* y con los dedos temblando entro a mi usuario de la web. De Dirty. Tengo un mensaje. Es una invitación.

¡Doctora Maddiex quiere compartir un video contigo!

Toco el cursor.

Y aparece la cara de la colombiana llorando frente a la cámara.

¡Mierda!

Suelto la *tablet* y cae sobre la superficie de madera de la mesa mientras el video se reproduce.

La voz entrecortada por el llanto de la chica me llega como una amenaza:

—Tenemos esta y... otras webs en simultáneo. Todo el...porno.

Hasta que la chica desgarrá un grito y la persona que está detrás de ella sosteniéndola la toma del pelo, le tira la cabeza hacia atrás y le entierra un cuchillo en la garganta.

La cámara se obstruye con el chorro de sangre y el video se corta en un apagón negro durante tres segundos. Luego, aparece la cabeza de la chica desprendida de su cuerpo. Y es lo que necesito para apagar el celular y vomitar.

#032

#QUIEBRE

Hay momentos en los que te das cuenta de que todo es una mierda. Que cualquiera te mata, cualquiera te ama y cualquiera puede hacerte vivir solo con una palabra.

Hay algunas personas que deciden hacer frente a ciertas injusticias. Pretenden ser defensores de causas perdidas pero les queda un poquito de voluntad para tratar de hacer algo mejor con el mundo y demostrar que puede quedar algo bueno, algo de humano. Porque hace falta que nos maten o que nos amen para que nos reconozcan. Antes que eso, solo somos un bulto más contaminando el planeta.

Los defensores de causas perdidas intentan mejorar nuestro estilo de vida, cada uno como puede. Algunos estudiamos medicina o algo referido a salud en el intento de salvarles la vida a otros. Hay quienes se dedican al arte e intentan embellecer nuestro mundo. Otros van por causas benéficas o humanitarias.

Hasta que, de pronto, ves esto y te das cuenta de algo...

No importa cuánto hagas, la vida no dejará de matarnos.

Júzgame pesimista si así lo quieres. Yo me llamaría realista. ¿Acaso nuestra vida no es solo una suma de intentos más o menos fallidos para ganar la pulseada al sufrimiento? ¿Acaso no estamos todo el tiempo buscando modos de escape del dolor o de la miseria que nos rodea? Mira donde quieras, siempre habrá una sombra lista para cernirse sobre ti y recordarte que hay algo malo contigo, que no todo está bien y tu mundo podría desmoronarse en cualquier momento.

Todo lo que hiciste. Todo por lo que luchaste, te esforzaste, intentaste y volviste a intentar.

Todo se habrá caído con tan solo un viento que sople en contra y haga tambalear la cuerda en la que te sostienes.

Basta con encontrarte a la persona equivocada. O el lugar equivocado. En el momento equivocado.

Basta con que te encuentre la persona equivocada, en el lugar y en el momento que menos lo esperas. Puede que sea justo donde te sientes más segura. Donde crees que nadie podrá hacerte daño jamás, y estarás a salvo pase lo que pase. ¡Por favor! ¡Esas cosas no existen! ¡Nadie está a salvo! No importa lo que hagas, no importa lo que pase.

Si te tiene que encontrar, lo hará.

Y te hará parte de su juego.

El portero brama y doy un salto en el rincón donde estoy tirada. Por un instante la imagen del asesinato de Maddie se hace presente en mi campo visual y cruza por mi cabeza la idea de que ahora viene a buscarme a mí.

Me escribió.

Sabe que existo.

Sabe que intento ir tras él.

Sabe que aún no he podido encontrar siquiera la más pequeña pista, pese a la suma millonaria que hay en mi cuenta bancaria, con la que no sé qué hacer, salvo pagar deudas y comprar comida sin mirar el precio en las góndolas.

Pero todo eso lo podría perder.

En verdad, podría perderlo absolutamente todo.

Mientras él siga ahí. Él, ella, ellos o eso, lo que sea que se trate.

El portero vuelve a sonar.

Apenas me arrastro hasta la cocina y atiendo con un dedo temblando sobre el botón.

La voz de Nick me llega como un ángel que podría salvarme pero a la vez como el riesgo mayor, el que me metió en esto.

—¡Nat, tienes que abrirme ahora mismo! ¡Tienes que venir conmigo! ¡En este sitio no estás a salvo!

No respondo. No digo nada. Lo intento. Juro que lo intento. Pero las palabras no salen más allá de mi garganta.

—¡Carajo, Nat...!

Quito el dedo del portero y me maldigo por estar en un edificio viejo donde no funciona la apertura de la entrada desde mi departamento.

Percibo un solo estruendo lejano y luego otro. Alguien entra al departamento. No me exalto. Lo espero. Se aparece en la cocina y me encuentra acurrucada en el suelo, contra la pared, abrazándome las rodillas como un niño al que le han dado una paliza.

—¡Nat!

Jefferson se inclina en cuanto me ve y me abraza, me da un beso en el cabello y luego corrobora que me encuentro bien. Quizás lo esté físicamente pero no más que eso. Y se da cuenta.

—Malcolm —llama a alguien a sus espaldas—. Prepara el coche y avisa que tengan lista una habitación en la casa.

—Entendido, señor.

A continuación se vuelve a mí y busca mis ojos. Mi mirada perdida da por casualidad con las enormes gemas azules que hay en su mirada y me siento extrañamente en el único hogar que me queda. A su lado. Me siento protegida con él pero ello no quita que esté aterrorizada.

—Nat —insiste Jefferson mirándome—, tienes que venir conmigo. No te puedes quedar aquí. Luego... luego mandaré a que arreglen el portón.

Intento forzar nuevamente la voz y las palabras salen lo cual solo es atribuible a su compañía.

—¿P... por qué? —murmuro.

—El *hacker* —contesta—. El *hacker* ha atacado y sabe de ti. Por algún motivo, creemos que sabe que estamos tras él y no es bueno que estés sola. Aquí no tienes seguridad, ni compañía. Y estás lejos de mí. Quiero tenerte a mi lado, si así me lo permites. Por algún... maldito motivo, siento la necesidad de protegerte. Quizás se deba a la culpa luego de todas las veces que te herí, quizás se deba a que te veo vulnerable o simplemente a que no quiero que te alejen de mí.

Sus palabras me dejan helada. Y parece que a él mismo lo sorprenden porque no parece nada cómodo al tener que decirlas, al tener que admitir esto. ¿Qué tanto daño te hicieron, Nicholas Jefferson, que tanto te cuesta reconocer un gesto de cariño hacia alguien más? ¿Cuál es tu historia, Nick?

—Si estás de acuerdo —prosigue con la mandíbula temblándole—, vendrás conmigo y haré lo posible por protegerte. Sé que no soy digno de tu confianza así que respetaré tu decisión, solo tienes que saber que, aun si te niegas, no te dejaré sola. Esta noche no.

Miro a todas partes. Las mastodontes de seguridad privada que suelen rodearlo esperan al otro lado de la entrada en la cocina. Ya creo que no me dejarán sola. Pero ¿cómo es que esta noche no? ¿Y las demás? ¿Me abandonarías al riesgo de cualquier psicópata, Jefferson? ¿Qué me hace descartar que tú no eres un psicópata? ¿Un perverso? ¿Cómo sé que no fuiste tú el que mató a

Maddie? ¿Tendrías motivos para hacerlo? ¿Eres tú el supuesto *hacker*? «Hacker». Como si fuese un insulto. Yo soy *hacker*. Solo se trata de alguien con habilidad en la informática. Un *hacker* no es lo mismo que un ladrón que hace el mal. Porque a veces he tenido que ser un poco ladrona para hacer el bien.

Y es justo mi mayor secreto frente a Nick.

—Yo... —murmuro sin estar del todo segura—. Iré... contigo.

Nick sella un beso en mis labios. Un beso que lleva un inefable sabor a promesa.

—¿Mamá?

Mi corazón late con fuerza. Con muchísima fuerza.

Estoy de regreso en casa. En el departamento de mala muerte de mi vieja ciudad, en la que murió mi padre, en la que mi hermana quedó condenada al cuidado de mi enferma madre.

Estoy de regreso.

Lo he conseguido. Estoy doctorada. Pero, por algún motivo, nadie está en casa. La puerta estaba abierta al llegar, todo el interior oscuro y ni un movimiento perceptible con claridad.

Se percibe un intenso olor a encierro con partículas de polvo.

Avanzo entre los muebles viejos de la cocina y flashes de mi memoria que me recuerdan a los últimos años de la adolescencia que pasé aquí.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —pregunto asustada mientras me dirijo a su habitación.

¿Por qué nadie sale a recibirme? Lo he logrado. Lo he logrado. Soy lo que querían que fuese. Soy aquello por lo que tanto luché. He logrado aquello por lo que papá murió y a lo cual mi hermana renunció.

La puerta de la habitación de mamá está entreabierta.

Un pequeño haz de luz se filtra por el espacio abierto. Empujo y percibo que todo está en penumbras. La lámpara en la mesita encendida. Y ella está sentada. Al borde de la cama.

Pálida como el papel. Con los labios amoratados, unas ojeras enormes bajo sus ojos y el pijama arrugado. En sus ojos no hay luz. Su semblante se ha apagado.

Pero está despierta. Mirando a un punto vacío de la pared.

—¿Nat? —pregunta y se me pone la piel de gallina.

Sus ojos se levantan y ella se vuelve a mí.

—Oh, mamá —murmuro llevándome una mano al rostro, petrificada al darme cuenta de que está muerta.

Retrocedo.

Ella me mira.

Con decepción. Con tristeza. Mira al enorme agujero cargado de angustia que se ha clavado en mi pecho.

—Mamá... —murmuro entre llantos—. Lo... Lo siento.

—Hija, ¿qué me pasó?

—Tú no estuviste aquí.

Las palabras tajantes de mi hermana provienen desde un rincón de la habitación. Su cabello idéntico al mío está liso, sus manos delgadas y venosas como siempre, los huesos de su quijada marcados y los ojos demasiado salidos. Había olvidado su delgadez extrema. Había olvidado que pasó muchos años en estado de desnutrición.

—Lo siento... Lo siento.

Soy consciente de que no importa cuánto me disculpe. No será suficiente para justificarme.

He perdido el tiempo.

Me ocupé de otros asuntos.

Perdí el objetivo principal: salvar la vida de mamá.

—¿Cariño? —ella me mira. No soporto ver su cara sin vida, su falta de expresión, su palidez
—. ¿Estaré bien? —me pregunta.

Ojalá pudiera responder.

Ojalá hubiese hecho las cosas bien.

Ojalá hubiese sido mejor hija.

Pero he llegado tarde.

Otra vez.

Despierto de golpe y tomo asiento en una cama que desconozco.

Respiro con fuerza como si hubiese tenido dos manos cerradas a mi cuello mientras dormía.

La imagen de mamá se desvanece en mi memoria al verme impactada por el enorme lugar que se alza a mi alrededor.

Es una habitación en un piso altísimo. La ciudad entera de Yorkshire ilumina el enorme ventanal que cubre el lado oeste de la habitación. Las paredes están pintadas de un agradable turquesa glacial que hace juego con las sábanas suaves y con olor a jazmín de la cama donde estoy acostada, donde fácilmente podrían caber unas cuatro personas. Quito la sábana y mis pies descalzos tocan una agradable alfombra extremadamente suave.

Y al mirar hacia abajo quedo aún más impactada al verme a mí misma con un camisolín que no es mío. Resulta aún más sedoso que las sábanas de la cama, color rosa claro y con breteles finos.

Me deja helada pensar en quién me ha desvestido o qué ha sucedido con la ropa que tenía puesta antes.

Antes.

Mi cabeza explora en los últimos recuerdos que soy capaz de registrar mientras me vuelvo a mirar la luna que se cierne en lo alto de Yorkshire como si vigilara la ciudad.

Todo en actividad. Las luces titilando. Es como si nadie durmiera. Como si fuese una ciudad completa con vida propia entre las calles que se pierden en bosques y vecindarios alejados.

Maddie. Jefferson. El *hacker*. Llegan los pensamientos como *flashbacks* a mi mente.

Hasta que me espabilo al escuchar tres suaves golpes contra la puerta. No contesto. Pasados unos segundos giran el picaporte con lentitud y es el tiempo que me alcanza para sacar el cajón de la mesa de luz junto a la cama y usarlo como arma para defenderme.

Hasta que una mujer de unos cincuenta años se aparece. Está vestida de mucama y lleva unas prendas dobladas cuidadosamente en sus manos.

—¡Oh, disculpe! —dice en cuanto me ve y sale cerrando la puerta a sus espaldas.

—¡No, aguarde!

Salgo corriendo hasta la puerta y abro. La atrapo mientras intenta escabullirse por el pasillo; este está pintado de blanco con detalles cuidados en las puertas y paredes que rodean la mía. Nada de manchas de humedad ni pintura descascarada.

—Aguarde —le pido.

Ella se detiene y gira. Fija sus ojos oscuros y rasgados en mí. Tiene la piel bronceada y el cabello negro recogido en un rodete bajo a la altura de la nuca.

—Lo siento —se disculpa ella—. Solo vine a traerle su ropa limpia. Me disculpo por haberla molestado.

—En absoluto —le digo con cierta irritación por su trato sumiso—. Por favor, pase. Puede dejarla... sobre la cama.

Entro nuevamente a la habitación tomándome la cabeza como si se me estuviese a punto de partir. Ella avanza y deja la ropa; está tan limpia que parecen prendas completamente nuevas. De pronto noto que hay una muda de ropa que no es mía.

—Oh, eso no me pertenece —le digo.

—El señor Jefferson me pidió que se lo trajera.

—¿El señor Jefferson? —pregunto, un poco mareada.

—Sí —responde ella.

—E... Esto es... ¿Este piso es donde vive Nick Jefferson? ¿Todo ese piso en este lujoso e... increíble lugar es de él? —le pregunto señalando a nuestro alrededor. ¿Es que Nick tiene todo un piso para él solo en una lujosa torre? Ella me mira con el entrecejo fruncido. Debe pensar que llegué drogada pero no parece juzgarme. Quizás está acostumbrada; me pregunto a cuántas chicas ya ha traído y acostado Nicholas en esta misma cama; también cuántas se han puesto este bonito camisón que de repente me quiero quitar—. Disculpa, ¿cómo te llamas?

Mi pregunta parece tomarla desprevenida.

—A... Anabel, señora —me contesta y ya su solo su acento me llama la atención; debe ser extranjera.

—¿Podrías explicarme qué estoy haciendo aquí y dónde está Nicholas Jefferson?

Ella traga saliva.

—Lo siento —me contesta—. No puedo responder a eso. Tengo un contrato de confidencialidad en el que tengo prohibido comentar nada de lo que suceda. Espero que pueda comprender.

Parpadeo como si acabase de insultarme pero luego comprendo. Jefferson tiene negocios demasiado arriesgados, por lo tanto, es imprescindible rodearse de gente de confianza y Anabel parece ser de las personas que cumplen la norma a la perfección.

—Está bien. Gracias por la ropa, Anabel.

—De nada. El señor Jefferson la espera para cenar.

—¿No es un poco tarde para cenar?

—Más de medianoche.

—Ufff.

En efecto debe tratarse de negocios importantes; la sombra de Maddie vuelve a aparecerse en mis pensamientos y comprendo que es un tema del cual nos tenemos que ocupar con urgencia. He asumido un compromiso personal en encontrar al culpable. Creo que ya he pensado cuál será mi primera inversión: conseguir el sistema de *hardware* y *software* más sofisticado a fin de disponer de todas las armas posibles con tal de dar con nuestro objetivo.

—Dile que estaré ahí en quince minutos. Por cierto, ¿dónde está el baño para poder darme una ducha? Y ¿cuál es la puerta del comedor?

Ella saca un plano de un bolsillo y me lo pasa.

—Este piso no es del señor Jefferson —me aclara—, sino todo el edificio. Con permiso.

Y se va.

Abro el mapa que me ha dejado y observo consternada el plano donde indica dónde estoy y dónde debo ir. No especifica qué hay en cada habitación, sino la estructura del lugar.

No me sirve.

Le doy la vuelta.

Tiene algo escrito... Y es de su puño y letra:

Gracias por dejar que te proteja.

N. J.

#033

#JEFFERSON2.0

No es necesario ser un gran sabio de los negocios de Internet para saber que actualmente el mundo de la pornografía es uno de los medios más viables para engrosar tu billetera y agregarle cifras a tu cuenta del banco con importantes ingresos en distintas monedas del mundo.

Muchas personas quieren entrar en este mundo con tal de llamar la atención de algún productor. Sabidos son los casos de *porntubers* o tuiteros que suben sus propios videos, tienen sus propias cuentas donde realizan desafíos o se graban online mientras llevan a cabo distintos tipos de locuras en lo que refiere a la práctica sexual.

Sin embargo, el verdadero negocio es el que se encuentra al otro lado de la cámara, o, mejor dicho, por encima de los que están delante y detrás de esta. Los que ponen título a la empresa y reciben las ganancias.

Y esa persona que está por encima puede ser cualquiera. Incluso tu insoportable jefe del plan de residencias médicas.

Le doy varias vueltas al asunto tratando de suponer un número estimativo de cuál será la fortuna que manejan los socios de Dirty y si hay alguno de ellos que perciba más. Tienen miles de millones de visitas en total los videos que hay cargados en su web, cientos de anunciantes, millones de usuarios suscriptos, decenas de cuentas bancarias recibiendo su dinero. Lo pienso sin poder dar con una respuesta mientras me ducho en el propio cuarto de baño que hay en la enorme habitación donde desperté.

Nick Jefferson. El doctor Jefferson. Dueño de su propio edificio, de su propia empresa y con un legajo de renombre en el hospital. Esto es increíble.

De regreso en la habitación, observo con desdén la ropa que Anabel me ha dejado sobre la cama; sin embargo, se ve tan bonita que decido tomarla. Observo mis prendas viejas y arruinadas; sería casi un insulto bajar a comer con eso puesto.

Veo las etiquetas; tanto la falda como la camisa son nuevas, por lo que decido ponérmelas. Me incorporo frente a un espejo, aún un poco sorprendida por sentir la dicha de tener esa linda y cara ropa puesta. La camisa no tiene mangas, lleva un fino encaje en la parte del escote y se ciñe a mi cintura levantando mi poco busto. La falda negra, por su parte, hace parecer que tuviera más cola.

Sin muchas esperanzas con mi pelo, opto por abrir los cajones de una cómoda que hay y encuentro algunos elementos de higiene personal, maquillaje nuevo y elementos para el cabello. Reviso las cosas y en efecto soy quien las está estrenando. ¿En verdad han puesto todo esto para mí? Opto por pintarme los labios con un bonito labial rosado y cepillarme el cabello. No demoro más de cinco minutos extra para hacer ambas cosas y salgo de la habitación siguiendo el mapa.

El edificio tiene un ambiente frío y poco... hogareño. Hasta la casa donde se maquina toda la industria del porno parece más confortable, un lugar donde vivir. Esto, en cambio, se asemeja a una oficina con paredes vidriadas, muebles modernos y cámaras de seguridad.

Reviso el mapa para corroborar que estoy yendo por el lugar correcto y en cuanto bajo la segunda escalera, me encuentro con un comedor lujoso, del tamaño de mi departamento multiplicado por veinte. Está decorado con magníficas arañas y obras de arte; una de ellas está

justo detrás del poderoso empresario que está sentado en la punta de la mesa. Las sillas están tapizadas con cuero caro de color blanco y retoques dorados que brillan con fuerza; deben ser de oro.

La pintura detrás del poderoso empresario pende de una altísima pared y muestra a una mujer desnuda, de espaldas, corriendo entre pantanos mientras algunos rayos de luz se filtran entre los árboles.

Jefferson me espera con una copa de vino en la mano; el líquido bordó se mueve junto con un preciso movimiento de su mano. Tiene el cabello despeinado, los ojos cansados y una barba incipiente que no lo hace ver mal en absoluto; al contrario, siempre que la veo sé que estoy ante el Nick que mejor conozco, el que a veces pierde el control de sí mismo y de las cosas, volviéndose loco. Es el Nick Jefferson que más me gusta.

Sin embargo, tras recordar los motivos que lo han estado enloqueciendo, me deja con un flechazo de culpa y horror que invade mi interior.

Viste esmoquin con un corbatín negro un poco torcido hacia la derecha. Me acerco aún más hacia él y sus ojos azules se dirigen a su derecha, señalándome la silla a su lado.

La vajilla parece cara al igual que la botella de vino. Una vez que me siento a su lado, él me sirve una copa y la tomo con ambas manos con miedo a que se me caiga; seguramente vale mi sueldo en el hospital.

—Bienvenida —me dice él.

Lo miro sin dejar de agachar mi cabeza para oler el delicioso aroma frutal que emana el vino.

—Te daría las gracias —murmuro con un débil tono de voz. Creo que verlo en semejante lugar me hace sentir en una posición aún más inferior—, pero al recordar el motivo por el cual he venido a tu... casa, mis ánimos se esfuman.

—Habla de eso. Pero antes, déjame decirte que te ves hermosa. ¿Un brindis? —propone.

—No hay motivos para brindar.

—Oh, claro que los hay. Estoy a punto de compartir una cena con la *hacker* más inteligente de todas y quien detendrá a alguien muy peligroso. ¿Te parece poco eso?

—Sigues sin convencerme.

—Tú también me caes mal.

Él me guiña un ojo y chocamos nuestras copas. En cuanto el líquido dulce y delicioso impacta en mi boca quiero más; me detengo en cuanto el segundo trago pasa por mi boca y dejo reposar la copa sobre la mesa. Hago el intento de limpiarme la boca con el dorso de la mano pero recuerdo que aquí tengo servilletas. La tomo y me limpio.

Nick me mira.

—¿Llevas labial? —me pregunta.

—¿Me queda mal?

—No, no, para nada. Al contrario. Te sienta excelente. Solo que es la primera vez que te veo maquillada. No es algo que necesites. Pero, aun así, me fascina.

Nunca me habían adulado de esa manera.

—¿De quién es todo esto? —le suelto y él echa la cabeza atrás con una ceja en alto.

—¿Todo esto?

—La ropa. El maquillaje. ¿Cuántas chicas han dormido en la cama en la que desperté? ¿Alguna de ellas se olvidó su maquillaje nuevo en el aparador? ¿Por qué la ropa seguía con las etiquetas? ¿Mandas a comprar cosas por cada chica que pasa por aquí?

Nick se aprieta el puente de la nariz y cierra los ojos intentando procesar mi ataque.

—¿Has construido algo así como una conspiración delirante en tu cabeza o has consumido

drogas? —me pregunta—. No entiendo de dónde sacas tantas ideas. Pero me gusta que así sea. El punto es que todo lo que tienes ahí, es tuyo. Te lo puedes quedar. Ninguna otra persona lo ha utilizado antes.

—¿Cuántas han dormido ya en esa cama?

Su mirada se ensombrece.

Creo que no quiero conocer la respuesta a eso, de lo contrario me haría daño y no puedo precisar por qué. Él y yo no somos absolutamente nada. Solo tuvimos sexo ocasional, solo nos hemos peleado infinidad de veces, solo me está protegiendo de alguien peligroso, solo trabajo para él en el laboratorio y ahora en su megaempresa del porno. Solo es mi jefe y yo una más del montón.

De pronto, unos pasos interrumpen el incómodo silencio y Anabel aparece a la derecha de Jefferson.

—Señor —le dice—, la cena está lista. ¿Quiere que vayamos sirviendo los platos?

—Por favor, An —contesta.

—Con permiso —dice y se marcha.

Una vez que volvemos a estar solos, Nick da un trago más al vino y me examina con la mirada, luego traga saliva y empieza el punto de discordia:

—¿Cómo lo supiste?

Hay tantas cosas que he sabido últimamente que decido responderle en orden. A la primera:

—Tu empresa fantasma. Clean. Examiné todos los detalles, ingresos, gastos, empleados, sistema... Todo falso. Una pantalla para burlar al sistema. Un modo de justificar ingresos desde otro mundo millonario.

En su mirada no se observa un atisbo de enojo a excepción de su mandíbula que se tensa, en un típico gesto de cuando se siente incómodo. O atrapado.

—¿Y cómo llegaste a la web? Dirty.

Es la primera vez que lo escucho pronunciar el nombre. Debo admitir que había ocasiones en las que dudaba que realmente él estuviera metido en algo así, creo que una parte de mí se negaba a admitirlo.

—Unos... amigos.

Esta vez sí parece alterarse y se endereza en la silla mientras su mirada me fulmina.

—¿Quién más lo sabe? —pregunta con determinación.

—Nadie en realidad. Solo son usuarios falsos y anónimos de una web de *hackers* que nos movemos en las... profundidades de Internet.

Él asiente.

—¿Cómo podría asegurarme de que no corre peligro la información de mi empresa? Ahora Dirty está en boca de todos y no precisamente por algo bueno, sino por un asesinato que fue grabado y expuesto sin pudor.

—Ese tipo de videos son moneda corriente más allá de lo que la superficie de Internet tiene habilitada para mostrarnos —le explico—. La gente hace cosas horribles. Las graba y las comercializa. Lo que hicieron a la chica de tu página... Maddie, es algo que no sale de lo normal donde yo me muevo dentro de Internet. Por ello es que hay usuarios que nos agrupamos para buscar a esos hijos de puta y darles su merecido.

—¿Su merecido?

—Sí. Indagamos en su información y lo hacemos bajo total secreto profesional. Al comienzo... Al comienzo creí que eras uno de esos. No preguntes por qué, solo se me cruzó la idea. Quizás solo estaba enojada...

Jefferson me examina con un gesto frío como el hielo; su gesto se resquebraja en el instante en que entorna los ojos.

De pronto, Anabel irrumpe en el comedor con los platos de comida. Tras ella viene otra mujer de piel pálida, algunos años más joven y con el cabello negro recogido. Dejan dos platos de humeantes bistecs con ensaladas, salsa y condimentos para luego retirarse.

Ninguno de los dos dice nada hasta que volvemos a estar solos.

El aroma hace rugir mi estómago pero Jefferson ni se acerca a su comida, por lo que yo tampoco.

—¿Estabas enojada por cómo te traté... aquel día?

—¿Aquel día? Veamos... ¿a cuál de todos se refiere? Fueron muchos días. Semanas, meses. Demasiado tiempo que me sentí menospreciada.

—El día que te eché de las residencias —especifica ante mi silencio.

—Ahí empezó todo. Luego me besaste. Me sentí mal, muy mal, casi usada, pero a la vez fue extraño para mí. Como si lo hubiese estado deseando desde hacía mucho tiempo. Sentí que me estabas humillando. Tiene que ver con mi historia personal, no creas que todas las chicas somos así.

—Nat. —Jefferson arrima los codos a la mesa mientras me mira fijamente a los ojos. —Eres preciosa pero exasperante. Me fascinas desde que te vi en la primera clase cuando cursaste mi materia. Luego me asignaron ser tu tutor de residencias y se volvió insoportable para mí. No podía. Sencillamente no podía acercarme. Mi carrera en medicina es lo más importante que tengo en el mundo y te convertiste en una amenaza. Necesitaba apartarte de mí y... no pude. Solo no pude hacerlo. Y detesto eso. Nunca me sentí tan débil en mi vida. No creí que terminaría cediendo a ti. Ahora todo pende de un hilo muy frágil.

Trago saliva. Sus palabras son exactamente lo que nunca me hubiese esperado. Creí que ese beso se había debido a sus ganas de humillarme. Pero me equivoqué. O bien, es un mentiroso excelente.

—Lo siento —le digo sin saber qué más decir. Por mi culpa, puede que lo pierda todo en su vida y debo ser yo ahora quien devuelva cada cosa en su lugar, aun siendo consciente de que lo más probable es que nunca pueda hacerlo—. Al principio quise hacerte daño. Mucho daño. Yo no soy así. Pero me sentí empujada a hacerlo sin ser consciente de que en verdad me estaba acercando más y más hasta que las cosas tomaron un giro demasiado peligroso.

El clima se vuelve tenso.

Luego él interviene:

—Come. Se va a enfriar.

Al fin. Pero justo ahora tengo un nudo en la garganta que está en guerra con mi hambre. Finalmente decido tomar los cubiertos y empezar a comer. La conversación sigue entre bocados:

—¿Crees que puedas hacer algo por atraparlo? Toda mi información y la de mis socios está encriptada, guardada bajo mil candados. Tú burlaste cada uno de ellos. Es evidente que tienes talento.

—Gracias, pero... —carraspeo—. Creo que esto debo hacerlo sola. Debo prescindir de mis amigos. Con el pago de la empresa invertiré en *software* y nuevos equipos. Mientras tanto, ¿de qué manera procederán con lo de Maddie? Están en todos los medios.

—Sí —asimila con pesar—. Pero tenemos preparada una treta con mis socios. Será Kaneki quien se entregue. Digamos que Ken y yo ponemos en riesgo nuestra matrícula profesional pero él no, se dedica exclusivamente a esto. Recibirá un honorario extra por parte de los ingresos de la empresa.

Asiento.

—¿Entonces él irá a juicio? —le pregunto. Es probable que Kaneki termine preso.

—Hay un equipo de abogados respaldándonos en lo legal. Lo más probable es que no. La aplicación solo fue el medio para reproducir el asesinato de la chica. Lo que no podemos hacer es resguardar la integridad de cada uno de los usuarios. Son millones en todo el mundo. La otra alternativa sería cerrar la web. Sin embargo, si eso fuese posible, por mi parte ya lo habría hecho hace tiempo, pero hay gastos que corren permanentemente y no podemos prescindir de los ingresos de la página. Iríamos a quiebra en menos de un año. Mi carrera profesional en el hospital es lo único que me podría sostener y lo que en verdad me apasiona. La web es solo una parte de la cara oscura de mi vida.

Pestaño al escucharlo.

«Solo una parte.»

De pronto caigo en la cuenta de que la parte oscura de *mi vida* puede haber quedado expuesta en el departamento.

Me levanto de la silla de golpe.

—¡Carajo! —suelto.

—¿Qué? —Jefferson también se altera.

—Mis cosas. Dejé mi computadora, *tablet* y celular en casa. Debo ir a buscarlo. Ahí es donde guardo todo.

—Descuida —contesta—. Ordené que trajeran cada uno de los dispositivos en tu casa. Pero tu teléfono, en cierto modo, ya no sirve.

—¿Qué? ¿Ahora cómo haré para comprarme otro?

—Nat... Malcolm tendrá uno nuevo para ti. Y es posible que si resolvemos esto, tengas muchas más oportunidades. Hoy todas las webs y empresas más importantes requieren de los conocimientos de un *hacker* para detectar fisuras en su sistema.

—Oh...

Lo sé. Pero nunca imaginé dedicar mi vida a esto. Es un modo de vivir entre las sombras y ser alguien potencialmente peligroso. Digamos que tanto una como otra ya se cumplen en mi vida, pero eso no salva la vida de mi madre. Necesito ser alguien respetable y encontrar la jodida cura al tumor invasivo que crece en su cabeza.

Vuelvo a sentarme.

Jefferson me examina y vuelve a comer.

Mientras tanto, sus palabras quedan resonando en mi cabeza: «Solo una parte de la cara oscura de mi vida».

—¿Y... tú? —le pregunto—. ¿Cuál es tu historia?

Él se limpia los labios con la servilleta y con un semblante inalterable me contesta:

—Hay mundos que no deberían ser descubiertos.

No dice más y lo he comprendido.

Yo no soy parte de su vida. No puedo saber sus secretos.

Pero tengo la extraña idea de querer encontrarlos... por mi propia cuenta. ¿Qué tan malo podría ser?

#034

#EMPIEZAELJUEGO

Mi primer movimiento es volver a mi departamento con Malcolm, uno de los hombres del equipo de seguridad de Jefferson. De momento, debo vivir en la habitación enorme que Nick ha equipado para mí en su edificio. No estamos viviendo juntos, es como si compartiésemos edificio. Nada más.

—Espérame aquí —le digo a Malcolm desde el asiento de atrás. Él conduce.

—Debo ir con usted, señorita.

—Que me esperes aquí, yo puedo cuidar de mí misma —le contesto, tajante, aunque sin creerme mucho mis propias palabras.

—¿Y si alguien está ahí arriba esperándola?

Buen punto.

Solo debo buscar algunas de mis prendas, papeleo y, sobre todo, la caja con la dirección de donde me enviaron el pastel.

—Préstame tu Glock —le digo.

Él me mira con un atisbo de sorpresa en su rostro de hielo.

—¿Qué?

—Te he visto el arma antes. Vamos. Solo será para prevenir. Debo subir sola a buscar mis cosas.

—No entiendo por...

—Solo préstamela. Pídele aprobación a Jefferson si la necesitas.

—No lo creo. El señor Jefferson me dijo que siga sus instrucciones.

—Bien. Mi instrucción ahora es que me prestes tu maldita Glock para que me cuide sola mientras tú aguardas aquí abajo. Vamos, si llega a pasar algo, estarás aquí y podré recurrir a ti cuando lo crea conveniente.

Él me mira dubitativo y finalmente lo hace. Si la instrucción de su jefe es que siga las mías, no tiene más que responder.

Por otra parte, estoy segura de que debe portar más de un arma.

Él finalmente se quita la Glock del forro interno de su saco y me la pasa.

—¿Has disparado antes una? —me pregunta.

—Por supuesto.

Miento: jamás lo hice. Nunca antes disparé una de estas pero qué va, nunca es tarde.

Así que encaro la situación y me guardo el arma mientras con mi celular googleo «cómo se usa un arma».

Malcolm baja el vidrio del Audi y me mira por detrás de sus gafas oscuras. Yo lo observo y le dedico una risita de suficiencia mientras me meto en el edificio.

Entro en la casa con el corazón en un puño y el arma en la mano, con un dedo sobre el gatillo, otro sobre el seguro y el resto empuñando la única protección que podría tener ahora mismo. He pasado por situaciones mucho más riesgosas que esta.

Empujo la puerta y me encuentro con el comedor exactamente como lo dejamos al escapar.

Todo hecho un desastre. Me impacta una sensación de nostalgia y pena por el lugar donde me toca vivir, aun considerando que es lo mejor que he podido tener en mi vida. Una vez que conoces el lujo, lo anterior es pura desgracia, no sin la advertencia de que las ventajas materiales cuestan caro y mucho más que billetes.

Avanzo y rastreo la habitación, el baño, la cocina. Corro cortinas, reviso bajo la cama, levanto pilas de muebles, reviso mi armario, el bajo mesada, cualquier lugar donde una persona podría haber. Y no hay tantos. No hay nadie más que yo.

Una vez que puedo respirar un poco más tranquila, le tomo una foto nueva al pastel que me enviaron, luego lo arrojo a una bolsa para la basura. La cierro y salgo llevándome también la caja. Encuentro la dirección y la rastreo en Google Maps. Una vez que abandono el departamento, tiro a la basura la bolsa con el pastel y me meto al auto de Malcolm, nuevamente en el asiento trasero.

—Me alegra de que esté bien, señorita Hale.

—Oh, gracias.

—Debería ir a rastrear el lugar pero preferiría no apartarme, lo cual seguiría mejor mi objetivo en el trabajo que se me ha asignado. ¿Usted acuerda con ello?

—Ehh... claro.

—¿La llevo a su trabajo?

—¿Qué hora tienes? —le pregunto con cierta idea dándome vueltas.

—Pasadas las siete, ¿gustaría pasar antes por un café?

—No, ya desayuné. —Anabel hace unas tortitas y un café con crema buenísimo—. Lo que quiero es que me conduzcas a esta dirección.

De pronto en la pantalla de mi celular aparece una llamada de WhatsApp de un número que no reconozco. No tiene foto de perfil tampoco. Cuando atiendo, cuelgan la llamada pero me queda su pantalla de chat abierta y la información de la pastelería minimizada. Acto seguido aparece la leyenda «escribiendo...» en la ventana de chat de WhatsApp.

Y un mensaje.

No lo hagas.

Las palabras entran por mis ojos y se me quedan enterradas como un puñal en la garganta.

¿Debería responder?

—¿Señorita Hale? —me pregunta Malcolm—. ¿Adónde la llevo?

Aunque no puedo procesar del todo sus palabras.

Un nuevo mensaje aparece en mi pantalla.

Te estaba esperando, Nat. Por cierto, te quedan lindas esas prendas caras.

Lástima que no dan con tu perfil de la vieja Nat.

Quién carajos eres.

Eso no es de tu incumbencia, Pastelito. ¿O prefieres que te llame «Señorita Hale»?

Oh, no te atrevas a llamarme del modo en que lo hacen mis amigos.

Apenas termino de enviarle el mensaje, me quedo pensando en ello. ¿Y si en verdad este imbécil se trata de alguno de los de Hard Deep?

Su respuesta no demora en llegar:

Te tengo bajo mi control, Nat. Absolutamente. No hagas un solo movimiento en falso o todo se habrá terminado.

¿Todo? ¿Qué cosa? Ni siquiera he empezado algo... Bueno, solo la cacería de un ladrón muy habilidoso para robar cientos de miles de libras segundo a segundo. Quien ahora ha violado mi seguridad. No existe otra explicación al modo de haberse dirigido a mí. Y lo ha hecho a propósito. Tecleo mi respuesta con el odio dirigiendo mis dedos:

Te encontraré y serás mierda.

Vaya, no eres tan dulce como un pastel de chocolate, después de todo. ¿Sabes? Eres mucho más divertida que un Pastelito. Veamos cuán asombrosa puedes llegar a ser.

¿A qué te refieres? ¿Es dinero lo que quieres? ¿Cuánto?

Te enterarás pronto. El robo de ese dinero solo fue un condimento para hacer entretenido el asunto. Ahora dile a tu chofer que conduzca hasta la esquina. Solo eso y nada más.

¿Y para qué debería hacerlo?

Para que me confirmes que entendiste lo que te dije.

¿Y si no quiero hacer lo que a ti se te antoja, idiota?

Pues... esto irá de a poco. Digamos que complejizaremos el asunto a medida que pases de nivel.

¿Qué carajo? Parpadeo y por un instante considero la opción de que pudo haber tecleado mal la palabra que intentó escribir pero, efectivamente, es «nivel». ¿Se supone que esto se trata de un *reality* o algo parecido?

—Señorita... —Malcolm sigue molestando.

—Cierra el pico, por favor. Ya te diré a dónde tenemos que ir.

Él hace silencio. Luego me vuelvo al celular y lo pienso un momento, aunque no demoro en retractarme con él. Solo está haciendo su trabajo. Yo soy quien, probablemente, haya cometido un error al volver al departamento.

—Lo siento, Malcolm. Solo estoy un poco ansiosa y... una amiga debe confirmarme dónde ir ahora. ¿Podrías esperar?

—Claro, señorita Hale.

—Muchas gracias —le contesto tratando de suavizar el tono pero ya la he cagado con él.

Me vuelvo al celular y tengo un video de pocos segundos descargándose desde el chat de WhatsApp. Busco en mi mochila y desde el sistema de HardDeep considero la idea de rastrear el número pero la desestimo de inmediato al recordar que quienquiera que sea el individuo al otro lado está en todas mis cuentas y sabrá de inmediato si quiero acceder. Tengo que comprarme nuevos dispositivos electrónicos lo antes posible.

Abro el video.

Es una caja de las que se giran a palanca. Una vez que empieza a girar, la tapa se abre y sale un payaso con un cartel que dice:

NIVEL 1

La habitación secreta

Mi corazón da un vuelco.

Conozco estos términos.

Sé de dónde vienen.

Sé lo que pueden implicar.

El mundo de Internet que permanece a la sombra.

Y la gravedad de sus consecuencias.

Lo pienso y temo escribirlo, temo considerar la opción de las consecuencias que pueda implicar, pero me arriesgo de todas formas:

Ey... ¿Qué pasa si no cumplo... este nivel?

Pierdes (:

¿Y qué sucedería?

IMAGEN

¡¡Mierda!!

Bajo el celular en cuando la fotografía se aparece frente a mis ojos y se me queda enterrada como si me quemase las pupilas.

Es una foto de mi hermana tomada por ella misma; está desnuda y abriéndose la vagina con dos dedos. Atrapé antes algunas *selfies* de ella en la vieja computadora de escritorio, que permanece en mi antigua casa gracias a que me la gané en un concurso a los doce años. Necesitaba regresar a ella hacía un tiempo y lo hice desde mi sistema de HardDeep. Le advertí de estas cosas, que no lo volviera a hacer... Carajo.

Mi celular vibra.

Es el *hacker* de nuevo:

Pastelito... ¿Lista para jugar?

#035

#SECRETA

—Malcolm—le digo con la voz temblorosa aunque haciendo un esfuerzo por no evidenciar mi horror—, avanza. Conduce.

—¿Adónde vamos, señorita?

—Tú solo conduce. —Trago saliva. Él nota mi confusión pero no hace preguntas. Arranca el motor—. Conduce hasta la esquina y detén el auto ahí.

—Claro —contesta y arranca.

Mi mirada se cruza con las gafas oscuras de Malcolm reflejadas en el espejo retrovisor y pienso durante un instante en hacer un gesto, un movimiento de labios, algo que exprese que necesito ayuda.

Mi celular vibra y la pantalla se enciende. Lo sostengo entre las manos.

Es el *hacker* otra vez:

Nada de gestos extraños, bebé. Estoy en todas partes.

Hasta que lo entiendo. Tiene acceso a mi cámara y al micrófono. Además de que está observando el auto.

Eso es. Por eso quería que viniera hoy. Para tenerme completamente vigilada.

Le muestro el dedo medio a la cámara del celular y Malcolm frunce el entrecejo. Detiene el coche en la esquina y no dice una palabra.

Ya hice lo que querías. ¿Me dejarás en paz?

Le envío el mensaje a mi compañero virtual y contesta de inmediato:

Esto no ha hecho más que empezar. Lee bien lo que te voy a decir: en este juego, solo existe una regla y es que tienes que obedecer a todo lo que yo te diga. Nada más. No te pongas difícil porque no quiero tener que añadir rigurosidad al asunto.

¿Y si quiero rendirme al juego? Simplemente cerrar partida.

Ya sabes lo que podría ocurrir si pierdes. Si te rindes en este primer nivel, filtraré las fotos de tu hermana y puede que un contenido extra también.

¿Contenido extra? ¿A qué te refieres?

Sorpresa, Pastelito. Hay que guardarse un as, ¿no crees?

Vete al diablo.

¡Vamos a la acción! Fijate que no es tan difícil lo que te pediré que hagas ahora: simplemente deshazte de él.

¿Malcolm?

¿Así se llama tu seguridad? Bonito nombre. Sí, deshazte del gorila. Es un estorbo.

No se irá. No soy su jefa, él está cumpliendo órdenes de protegerme.

Oh, qué dulce, me empalagas. Creo que tienes un mensaje en Facebook.

«No, no lo ten...». Antes de enviarle el mensaje, en efecto recibo un mensaje por el chat de Facebook. Es de Beatrice Lange. Qué diablos. Lo abro:

¿Me puedes decir qué carajo pasa contigo?

Antes que eso hay una foto. Es la de mi hermana pero tiene *zoom* en su vagina. Se nota que es una imagen casera pero podría ser cualquiera, una actriz porno, lo que sea. Lo cierto es que mi acosador le ha cortado el rostro a mi hermana para que parezca que soy yo.

Olvídalo, es un virus.

Le envío el mensaje a Beatrice y vuelvo al chat con el hijo de puta que me amenaza por WhatsApp. Hasta siento que por insultarlo puede que me castigue, me siento amenazada hasta en mis propios pensamientos, qué demonios está pasando conmigo.

—Malcolm.

—¿Sí, señorita Hale?

—Sal del auto.

Él se sorprende y gira el cuello para encontrarse conmigo.

—¿Disculpe?

—Que salgas del auto —le digo—. Ahora.

Parece querer objetar algo pero no lo hace. Sé que se guardará las quejas para echárselas a Jefferson luego. Espero que lo haga pronto. Espero que busque ayuda.

Malcolm abre la puerta y sale del auto.

—¿Segura que se siente bien? —me pregunta desde afuera.

No contesto. Me inclino y cierro la puerta del conductor con él fuera. Le pongo seguro.

—¿Señorita Hale? —insiste.

Tomo el celular para teclear que ya cumplí la orden, cuando una llamada me interrumpe.

—Ya hice lo que querías, hijo de puta. Ahora qué sigue.

Al otro lado solo recibo silencio mientras Malcolm busca su celular y veo que está realizando también una llamada.

Del otro lado percibo silencio, luego aguzo el oído y capto una respiración agitada. Finalmente una risa macabra que me deja helada y a la vez me llena de bronca por no poder reconocer la voz. Usa un desfigurador. Hay aplicaciones para poder hacer eso, no es necesario un *software* sofisticado.

—Arranca el auto —me dice.

—¿Qué quieres?!

—Cállate y conduce. Ahora.

Mierda.

Me muerdo los carrillos cuando arranco el coche. Hace tiempo que no manejo uno de estos. En mis tiempos de adolescente conduje el auto de mi ex novio, pero apenas aprobé la prueba de manejo.

—¿Adónde debo ir? —le insisto. Pongo el celular en altavoz y lo dejo sobre la guantera.

—Conduce dos cuadras más y dobla hacia la izquierda.

Lo hago.

—¿Por qué me haces esto?! —Aprovecho que está al otro lado para acribillarle a preguntas, ojalá pudiera hacer lo mismo pero con balas—. ¿Cuál es tu problema conmigo? ¿Acaso te conozco?

—Saltéate el semáforo próximo.

—¿Qué?

—Que te saltees el puto semáforo.

Está en rojo. Si está la policía, podrían multarme.

Lo cual no sería mala idea.

Así que lo hago.

—Sigue conduciendo dos cuadras más y dobla hacia tu derecha. A cien kilómetros por hora.

—¿Acaso quieres matarme?

—Hazlo ahora.

Piso el acelerador, muevo la palanca de cambios y acelero.

A mi alrededor distingo que nos estamos metiendo en los barrios marginales que se mezclan con los árboles en las afueras de Yorkshire; es precisamente donde parece querer llevarme.

—Dobla hacia tu derecha. Sigue hasta el acantilado y detente ahí pero no bajes la velocidad.

—¿Estás loco? ¿O loca? ¿O lo que carajo seas?

—No bajes la puta velocidad, Natalie.

Avanzo y respondo doblando según me indica. La carretera termina y puedo divisar el acantilado a menos de un kilómetro. El velocímetro marca noventa y cinco por hora. ¿Cómo es que sabe a cuánto estoy conduciendo? Ah, claro. Hay *apps* para todo.

Preparo el auto y cuando estoy preparada para abrir la puerta y arrojarme, me grita:

—¡Ya puedes bajar la velocidad!

—¡¿Qué?!

—Quita el pie del acelerador.

Lo hago y el auto disminuye la velocidad justo a tiempo para no arrojarme al vacío. Mi corazón late con fuerza y abro la puerta antes de que se detenga. La velocidad va a cuarenta. Hasta que lo hago. Tomo mi celular, abro la puerta y me arrojo fuera del auto; este se detiene con las dos ruedas delanteras al borde del precipicio.

Lo observo con un dolor terrible en los codos y las piernas. Me he dado contra algunas piedras aunque el terreno fangoso ha amortiguado mi caída. Creo que esto se traducirá mañana en horribles moretones.

Me levanto lentamente y me acerco hasta el auto, que conserva la puerta abierta. Me arrimo con el corazón en un puño con el peligro de poder caerme en cualquier momento y maniobro lo más rápido que puedo: pongo el cambio en reversa, me saco un zapato y salgo del coche. Clavo el zapato sobre el acelerador y este sale disparado hacia atrás. Desde el suelo veo lo que acaba de quedar del coche, que ha impactado contra un árbol. Al menos se ha salvado gran parte.

Mi celular vibra otra vez.

Lo miro y...

—Ay, no —murmuro viendo la pantalla hecha añicos por el impacto—. No, no, no...

Trato de leer el mensaje del *hacker* por encima de la tela de arañas que lo cubre.

Una llamada de Jefferson me interrumpe y contesto creyendo que es el botón para ver el mensaje de mi secuestrador virtual:

—¡¿Nat?! —me dice Nick al otro lado, sumamente alterado—. ¿Qué demonios se supone que haces?

Me muerdo la lengua para no decir una sola palabra y cuelgo.

Otro mensaje.

Bien hecho, Nat. Ahora busca La Habitación Secreta.

Miro a todas partes buscando alguna casa. No hay nada. Solo rocas, árboles y un auto destrozado.

También hay un horrible olor a neumáticos quemados.

Hasta que comprendo.

En Internet, uno puede entrar a ChatRooms para conocer gente, para ver porno en vivo o para contratar a un asesino.

Así que le hago caso al pie de la letra: escribo «La habitación secreta» en el buscador de Google.

Y se abre una ventana nueva. Un *pluggin* me espera. Carajo, o sea que le hice pedazos el coche a Nick solo para esto. Va a querer asesinarme y con razón.

Un video se carga en la ventana abierta.

Ahí está de nuevo la caja. Acerco mi dedo tembloroso a la pantalla, la palanca gira y el payaso sale.

Esta vez no tiene ningún cartel sino que habla. Tiene la voz de... ¿Mickey Mouse?

—¡Felicitaciones, *player* número tres! ¡Acabas de pasar al segundo nivel y has demostrado tener las agallas suficientes para jugar a este juego! No todos la tienen, ¡solo uno podrá ganar! ¡Apresúrate a encontrar las instrucciones para el siguiente nivel!

La ventana se cierra sin que yo deba hacerlo.

El celular cae de mis manos y me pongo de pie.

Busco una roca y lo hago pedazos mientras las lágrimas saltan de mi rostro y me dejo caer de rodillas sobre el suelo fangoso.

Lloro con furia mientras no puedo quitarme sus palabras de mi cabeza.

Las mismas palabras, una y otra vez:

Soy la jugadora número tres.

Hay otras dos personas jugando a la misma mierda.

Y solo uno de nosotros podrá ganar.

«Ya sabes qué pasa si pierdes.»

#036

#ATRAPADA

Todos me miran.

Nadie se detiene a preguntarme qué me ha pasado. Algunos como Sanders y Chuck, mis compañeros más patéticos de residencias, sueltan risotadas al momento que paso frente a ellos.

De vuelta a mi sector en el hospital, Jefferson se aparece con prisa, buscándome en todas partes. Hubiese preferido que fuera Sophia y no él quien me encontrase sucia, con moretones, lodo y pasto en todas partes.

—Nat, ¿qué te ha ocurrido?

Nick cierra la puerta tras de sí al entrar en la oficina de los residentes. Al verlo, en otra ocasión le hubiese gritado para que se fuera, él me hubiese dado una reprimenda por llegar tarde y en malas condiciones, ambos nos hubiésemos odiado una vez más, pero ahora él sabe algo de mí y yo algo de él que mantiene un lazo invisible entre los dos.

—Es peligroso que estés aquí —le digo con el poco aliento que me queda.

Nick le pasa seguro a la puerta.

Se quita la bata para no ensuciarla ya que eso dejaría huellas y la arroja sobre una silla. Se acerca a mí y me abraza con fuerza.

Las lágrimas aparecen por sí solas en mis ojos, sorprendiéndome. Necesito esto. De él. Aunque no sea lo correcto.

Alejarme sería lo más sensato. Es peligroso, pero inevitable.

Hay abrazos que pueden rearmar tu alma en pedazos.

—Malcolm... Fui grosera... Tu coche... Mi celular... Lo siento, Nick. He fracasado —le digo llorando contra su hombro.

—Shhhh, calma, luego me explicas. No te haces una idea de lo preocupado que estaba. Ahora ve a las duchas y empieza tu día de trabajo normalmente. Anabel te ha traído ropa nueva. Te la he dejado en el armario de residentes.

—¿Y la doctora...?

—Ella no vendrá hoy. Tampoco será necesario comunicarle que llegaste tarde. Su hijo no está bien de salud y tiene que cuidarlo en el Hospital de Niños de Yorkshire. Me pidió que me haga cargo de tu evaluación diaria y luego ella la firmará.

—Gracias, pero ¿qué le ha pasado a su hijo? ¿Cómo está?

—Creen que es hepat...

Su voz se detiene cuando alguien gira el picaporte. Una y otra vez, con prisa. Y golpean.

—¿Nat?! ¿Estás ahí?

Mi corazón palpita con fuerza al escuchar la voz de Sophia al otro lado. Pero mi preocupación no es ni la mitad de la que tiene Jefferson y lo noto al discernir su pálido rostro.

Nos van a encontrar a los dos.

Encerrados.

—¿Nat, abre la puerta por favor!

—Voy a hacerlo —le anuncio a Jefferson.

—No, te lo pido —me dice cerrando una de sus manos en mi brazo izquierdo.

—No parará hasta que le abra la puerta y llamará la atención de todos. Mejor que sea ella sola quien entre.

—¡¡Nat, abre!!

—Debo hacerlo —le digo a Nick y él de a poco va retirando su mano hasta dejarme libre—. Lo resolveré, confía en mí.

Y me siento terriblemente mal por pedirle que confie cuando no pude cumplir con mi promesa.

Esto puede que sea mucho más sencillo.

Debo intentarlo.

Aunque una parte de mí me sugiere que Jefferson seguirá confiando en mí aun si no cumpliera con todo lo que le he prometido.

—Ya voy —digo al otro lado y le quito el seguro a la puerta. Abro apenas un poquito y Sophia intenta arrojarla sobre la puerta para verificar que me encuentre bien.

—Santo cielo, Nat, ¿qué te pasó? —me dice por el pequeño recoveco—. Ábreme la puerta, ¿qué está sucediendo?

—¿Vienes sola? —le pregunto.

—Sí, ¿sucede algo? —Su voz está agitada y demuestra evidente preocupación. Es genuina. Me llevó mucho tiempo encontrar a una persona como ella.

—Está bien, pasa.

Me hago a un lado y ella entra. Pero se queda paralizada al ver a Jefferson. Tiene la camisa sucia producto de haberme abrazado sin importarle mi aspecto. Me acomodo un poco el cabello y busco la ropa del armario.

—¿Qué... está... pasando aquí? —pregunta So y es imposible sacarla de su estado de shock.

Su cabeza empieza a sacar hipótesis y Nick parece haber visto un fantasma.

—So, te lo explicaré —le digo y mi cabeza queda anulada de excusas. ¿Vino a reprenderme por llegar tarde? ¿Y cómo le explicaríamos su camisa sucia? Si le digo que intenté sacarlo, ¿me creería? La puerta cerrada con seguro refutaría mi excusa. O haría quedar a Nick como un cerdo violador y eso alteraría aún más a So y saldría corriendo a buscar a la policía. Lo cual empeoraría las cosas aún más.

—¿Por qué los dos están sucios? —pregunta Sophia.

—¿Me acompañas a las duchas? —le pregunto—. Necesito un nuevo aspecto para poder trabajar.

Ella me mira como si fuese una desconocida y echa un vistazo a la ropa nueva que ha traído Anabel al hospital. Tiene etiquetas.

Sophia se levanta y toma un sostén. Mira la etiqueta.

—¿Victoria Secret? —lee y me mira. Luego a Jefferson y le dice directamente—: ¿Tú le compraste esto?

#037

#PROTECTOR

—Evidentemente hay algo aquí que no sé —dice Sophia con una decepción que arrasa mi corazón. He traicionado la confianza de la única persona en el mundo en quien podía depositar mi fe entera.

—So, vámonos —le digo y le paso a Nick su bata—. Gracias.

Al salir, nos encontramos con Serge.

—¿Está todo bien? —me pregunta.

Es suficiente para provocar que Nick también salga de la oficina, tras nosotras, lo cual deja a mi amigo aún más estupefacto.

—Buenos días, doctor —dice Serge con cierta incomodidad.

Pero Nick lo ignora de un modo agresivo y desaparece.

Serge abre los ojos como platos y se da vuelta:

—¿Podrían decirme qué está pasando? —pregunta, aunque ambos somos conscientes de que no es la primera vez que tenemos una muestra gratuita de la mala educación del Doctor Idiota.

—No sabes cuánto deseo saber lo mismo —contesta So aún con un atisbo de indignación en la voz.

—Lo siento, Serge. Te veo luego.

Tomo a Sophia de la mano y la arrastro hasta el final del pasillo.

¡Bienvenido a Dirty!

Regístrate ahora en la web con los videos más calientes.

Accede a la comunidad de streaming más arriesgada y original de Internet.

Monta webcams en vivo, desafía a los usuarios, haz tus propios desafíos porno, ten sexo online en salas de chat, gana dinero aceptando desafíos de otros.

Millones de usuarios conectados te esperan.

Crea ahora tu cuenta totalmente gratuita y ten acceso ilimitado.

Solo te llevará unos segundos.

¡Pasa al siguiente nivel de la diversión!

Inicia sesión, Nat

Inicia sesión, Nat

Inicia sesión, Nat

Inicia sesión, Nat

Inicia sesión, Nat

Quedo de pie mirando la pantalla del pasillo. La gente alrededor parece no reparar en la propaganda. Una mamá que espera en la puerta de uno de los consultorios le tapa los oídos a su hijo hasta que termina la propaganda.

—¿Viste eso, Sophia? —le pregunto a mi amiga y seguimos nuestro camino hasta las duchas.

—Sí, una propaganda porno más, ¿qué tiene?

—No es por ponerme paranoica, solo me parece horrible que mi nombre esté mencionado en esas... cosas.

—De hecho, lo es.

Por un momento considero la posibilidad de pedirle el celular y entrar desde una ventana de incógnito a mi usuario de Dirty. Estoy segura de que ha sido una amenaza. Lo único que puedo deducir es que el nivel 2 tiene que ver con la web y eso no me gusta aunque me alivia un poco que no implique conducir un auto robado y luego estar al borde de tener que arrojarlo por un precipicio.

Desestimo la idea de revisar mi usuario desde el celular de Sophia, ya que dejaría pegado su IP y es lo peor que podría suceder ahora

Ya tengo algo que contarle.

No puedo decirle todo.

No puedo darle todas las verdades que le estoy ocultando.

Pero... ¿cuál de todas ellas? ¿Que entre Jefferson y yo hay algo que no puedo definir como relación? ¿Como jefe? ¿Como compañero sexual?

¿Tendré que confesar que Jefferson es el propietario de esa página de Internet que acaba de mostrar una publicidad que nada tiene que ver con las personas que son propietarias de esa plataforma?

Reviso que las duchas se encuentren vacías y nos encierro a ambas. Paso el pestillo a la puerta principal y ella me tortura con preguntas mientras examino cada cubículo.

—Nat, por favor dime que lo que estoy pensando es un error, que estoy completamente errada porque pareciese que, de pronto, nada tuviese sentido. Y eso implicaría que me has mentido y...

Termino de corroborar que estamos solas.

—Sophia, lo siento —sentencio—. Esto es mucho más complicado de lo que te imaginas. Te pido que me hagas preguntas que se pueden responder con un «sí» o un «no». Te prometo que en cuanto salga de todo esto y pueda decirte más, lo haré; de lo contrario, es inmensamente peligroso y no te haces una idea de lo que implica. En verdad no es bueno en absoluto.

—Nat, ¿en qué diablos te has metido?

—No puedo responderte eso.

Ella suspira y descansa sus manos sobre su cintura. Luego mira hacia arriba y en sus ojos hay clara molestia que prometo compensar apenas quede liberada de todo este desastre.

Si es que logro deshacer todo este caos.

—Está bien —acepta por fin y se acomoda el cabello enrulado hacia atrás—. ¿Hay algo entre Jefferson y tú?

Esquivo la mirada para responder, evitando sentir esas típicas punzadas de culpa que suelen atravesarme el pecho en cada ocasión que me toca mentir a las personas que me importan.

—Sí.

Ella muestra sentirse ofendida, pero prosigue con sus preguntas haciendo un esfuerzo para no juzgarme:

—Okay... Dime: eso que hay entre ustedes, ¿tiene que ver con algo de la universidad?

—No.

Traga saliva de manera ruidosa.

—¿Y con las residencias?

—Mmm, no.

Prosigue mientras despejo las posibilidades de ajustar una respuesta a lo necesario:

—¿Alguna vez ha sucedido algo entre tú y él que implique un acercamiento... físico?

—...Sí.

Mi voz sale con un temblor y una chispa surge en su semblante. Parece luchar por no evidenciar entusiasmo o por recordarse a sí misma que está enojada conmigo.

—Ese acercamiento físico —prosigue—, ¿tuvo alguna vez una implicación de connotación sexual?

¿Por qué debe ser tan directa? Creo que debería haber puesto en las reglas de que solo fuesen dos preguntas.

—Sí —admito por fin.

Esta vez sí se dibuja una risita en su rostro y abre los ojos grandes como si le acabase de decir que se ganó un millón de libras... sin que ello implicase cazar a un psicópata.

—¿Y... sigue teniendo connotaciones sexuales? —redobla la apuesta.

Pongo los ojos en blanco. ¿También quiere saber de qué tamaño la tiene, los días que nos acostamos, las veces que tuvimos relaciones?

—Sí, Sophia. Sí —le suelto.

—Carajo, definitivamente te volviste loca y yo debería asesinarte por no contármelo.

—Te agradecería si lo hicieras —le digo.

—No lo haré solo para que disfrutes un poco más del cuerpo de ese Adonis... Lo siento, es tu hombre a partir de ahora. Yo tengo el mío.

Ken. Aún no le he dicho que tengo mis sospechas de que está con Beatrice Lange y me siento terrible por ello.

—¿Alguna pregunta más? —le digo—. Te recuerdo que estamos en un ámbito de trabajo y debemos volver pronto.

—Sí, quizás haya algo más de lo que quiero estar segura.

Por un momento se me cruza la idea de que me preguntará si tengo algo que ver con el mundo del porno o con las cosas que hago en Internet.

—Dispara —la provoco.

—Bien... Alguna vez, sea de manera remota al menos, ¿hubo alguna situación violenta o que te haya puesto en riesgo al lado de ese hombre?

—So, acabas de hacerme dos preguntas.

—Tú solo di que sí o que no.

Diablos.

¿Situación violenta? Acabo de estar a punto de matarme por su culpa.

¿Algo que haya puesto en riesgo mi vida por estar al lado de él? Básicamente es igual que la anterior así que...

—Sí —le contesto.

De pronto su mirada se oscurece:

—¿Podrías decirme qué fue lo que te sucedió antes de venir?

—No, Sophia. Por ahora no puedo y espero que lo puedas entender. Lo haré. Y será en cuanto sea posible. Te ruego que no sea hoy.

—Bien. —Suspira tras haber captado que entendí adónde quería llevar sus preguntas—. Creo que no podemos seguir con tu juego. No por hoy.

Se da la vuelta y se dirige a la puerta.

—¿Estás enojada? —le pregunto antes de que quite el pestillo.

—Quizás un poco —dice y sé que ello esconde un «estoy furiosa ahora mismo».

—Sophia, aguarda —le pido—. Romperé las reglas por un momento y te aclararé una cosa.

Ella levanta una ceja y me acerco.

—Quiero que sepas que Jefferson no me pone en peligro. Él me protege. Pero no puedo decirte una sola palabra más.

#038

#CAÓTICA

Después del almuerzo, nos convocan al salón de actos para una conversación sobre políticas públicas, aunque el personal se reparte en dos para que no quede sin gente la guardia. Cuando llego, examino todo con un paneo rápido hasta localizar mi objetivo en la penúltima fila; está sentado apartado de todo el mundo.

Jefferson observa atentamente al hombre que está al frente aunque parece no reparar en lo que dice sino que su cabeza está metida en otras cosas. O quizás me equivoco. Lo corroboro cuando me siento a su lado, a él no se le mueve un pelo y me dice por lo bajo:

—¿Qué haces?

No me mira.

Escucha y habla a la vez aunque se trate de escuchar y de contestar acerca de temas diferentes.

—Me siento.

—No te sientes a mi lado. Aquí no.

—Tenemos que hablar.

—Aquí no, Nat.

La última vez que nos vimos, una persona se terminó enterando de lo nuestro. Sería inoportuno que alguien fuera del círculo de confianza terminase enredándose en semejante desastre.

—Aquí sí, Nick. Y no se trata de Sophia.

Por un instante sus ojos se dirigen rápidamente hacia mí, pero vuelve de inmediato la vista al frente.

—No menciones el tema —dice con frialdad.

Su actitud hace las cosas aún más complicadas y lleva a hacerme la pregunta de ¿qué pasaría si en algún momento, por algún motivo, todo el mundo se enterase? ¿Me negaría también a mí? ¿Diría que nada es verdad? ¿Me odiaría? ¿Diría que no querría verme el resto de su vida por haber ensuciado su carrera? La que todos conocen, no su carrera que crece en las sombras.

Su vida que crece en las sombras es la misma que yo llevo.

Evidentemente, su lado oscuro y el mío concuerdan.

—Es sobre el *hacker* —le suelto por fin—, él ha...

—¡Pssst! ¡Nat!

Miro al frente. Serge se ha girado desde el extremo derecho de la segunda fila y me está llamando.

Lo miro y me muerdo los carrillos en busca de que cierre la boca.

—¿Qué? —gesticulo con un movimiento de labios.

—¡Te guardé lugar! —Me señala la silla a su lado donde reposa su mochila.

Debe creer que ha sido una horrible contingencia el haberme sentado junto a Nick.

Levanto mi mano y niego con un movimiento.

De pronto, el hombre que habla al frente se detiene y se queda mirándonos fijo.

Lo cual provoca que todo el mundo gire sus cabezas para vernos a Serge, a mí... y a Jefferson.

Nick se levanta de golpe y se va. Sus zapatos resuenan en el salón entero.

—Disculpe, señor —le dice Serge y se levanta para usar la silla que Jefferson ha dejado vacía.

—Les ruego que si a alguien más no le interesa lo que tengo para decir —añade el sujeto de corbata y pantalones de vestir—, haga lo mismo que el doctor y se retire de mi exposición.

Todos vuelven sus cabezas y yo agacho la mía. Sé que Serge está a mi lado sonriéndome en busca de mi aprobación, pero no lo logra.

—Lamento... el momento vergonzoso... —murmura.

Finjo no escucharlo.

Entonces el hombre delante de todos toma su computadora y corrobora la conexión al proyector.

—Ahora —menciona—, un pequeño video que mostrará cómo esto mejorará su desempeño laboral.

Y con ello, aparece algo más...

Una pantalla roja, negra y blanca con una chica en ropa interior y prendas BDSM más una máscara de cuero negro habla a la cámara:

—¡Bienvenidos a Dirty!

Qué... carajos...

Me acomodo en la silla y noto que otros, que estaban durmiéndose en las suyas, también lo hacen. Miro con atención la pantalla como cada uno de los presentes. El sujeto que da su exposición se queda congelado mirando lo que está delante de sus ojos.

—¡Regístrense en la web con los videos más calientes! Accedan ahora a la comunidad de *streaming* más arriesgada y original de Internet. Pueden corroborarlo: llegamos a todas partes. Estamos en todos lados.

Dice las últimas palabras como una amenaza: regístrate o te mato.

Su vocecita dulce vuelve mientras la pantalla muestra cómo hacer para visitar los canales de las estrellas del porno con las que cuenta el soporte digital.

El tipo al frente busca desesperadamente con su teclado un modo de cerrar la propaganda pero es *spam* invasivo, no podrá hacerlo por las buenas ya que el *spam* nunca se impone por las buenas.

—*Webcams* en vivo —prosigue la chica y por unos segundos aparecen algunos de los videos que hizo en vida la doctora Maddie—. Desafía a los usuarios más rebeldes, haz tus propios desafíos porno, ten sexo *online* en salas de chat, gana dinero aceptando desafíos de otros.

La gente ha quedado helada y pegada a la pantalla, escuchando con atención. Nuestras bocas están abiertas como si en cualquier momento se nos fuese a caer la mandíbula al suelo.

La conejita prosigue:

—¡Millones de usuarios te esperan ahora! ¡Crea tu cuenta gratuita y ten acceso ilimitado! Solo te llevará unos segundos. Pasa al siguiente puto nivel de la diversión. Inicia sesión, Nat. Inicia sesión, Nat. Inicia sesión, Nat. Inicia sesión, Nat. Inicia tu puta sesión ahora si no quieres que me ponga furiosa contigo, maldita perra.

Remata el tono duro de amenaza con una sonrisa fingida y nuestro expositor descubre un poco tarde la manera más efectiva de desactivar el *spam*: desconectando los cables del proyector.

Pero ya hemos visto la propaganda completa.

Ya nos dijo lo que quería decir.

O mejor dicho, ya lo sé.

Debo iniciar sesión ahora antes de que mi vida se vaya al infierno.

Cuando la pantalla desaparece de la tela de proyección, todo el mundo estalla en risotadas y el tipo al frente suda como un cerdo. Si tan solo supiera que esto no es su culpa... Sin embargo, mis

ojos y mi gesto de horror se cruzan por un instante con una cabeza en la cuarta fila que está girada en mi dirección, observándome con interés, intentando estudiarme con su mirada.

Es Chuck, el amigo de Sanders y Beatrice.

Él y Serge son los únicos conocidos en la sala.

Y los únicos que sospechan de que la conejita sado acaba de arrojarme una divertida y asquerosa amenaza... de muerte.

#039

#NIVELDOS

La exposición se cancela de inmediato al igual que la siguiente. Todos se precipitan a la salida revisando la web de Dirty, donde acaba de aparecer publicidad poco convencional pero evidentemente cien por cien efectiva, ya que todos están revisándola.

Y estoy segura de que la mayoría ya la conocía; todos consumen pornografía en Internet, todos aquí son culpables de alimentar a la bestia.

—¿Viste la... locura que fue eso? —me dice Serge completamente consternado tras salir del salón de actos—. El señor Jacobson no volverá a dar una conferencia en su vida luego de la enorme desgracia que acaba de sucederle. ¡Chuck lo grabó y seguramente ya lo debe haber colgado en Instagram!

Miro a Serge con asombro.

—¿Qué tan *influencer* es?

—Y... Tiene unos cinco mil seguidores.

No es mucho pero para alguien común y corriente, mayor de veinte, eso es demencial.

—¿Cómo es posible que tantos?! —le pregunto.

—Pues... Tiene muchos tatuajes, va al gimnasio, usa diez horas al día una bata de médico y uniforme para cirujías. Aún no cumple los treinta y usa bien los filtros para fotos, además de cierto talento para las *selfies*. Mucha gente le sigue y podría ser más. Yo apenas llego a los doscientos y solo subo frases de libros. Hace tiempo me resigné con las *selfies*, soy pésimo para ello.

—Santo cielo... —Me llevo una mano a la cabeza, como si me fuese a reventar en cualquier momento hasta que una lucecita en algún rincón aparece: no sé de cuánto tiempo dispongo, pero la cosa va para peor y no sé cuál será el castigo esta vez si no hago caso a lo que el o la *hacker* me ha advertido. Tengo sospechas de que la chica ha sido montada con computadora pero, de ser real, dudo que sea mi verdadero enemigo, ya que este jamás se mostraría así—. Serge, necesito tu celular.

—¿Qué? —se lo palpa en el bolsillo de la chaqueta como si se lo fuese a robar.

—Necesito que me des tu celular. Luego de lo que voy a hacer, no podrás volverlo a usar. No sería... conveniente.

—Nat, ¿a qué te refieres? ¿Por qué?

—Vaya, supongo que ya iniciaste sesión, Nat.

La voz se me mete en la cabeza como cuchillas afiladas.

Cuando me doy la vuelta, me encuentro con los delicados rasgos de Chuck en medio de sus músculos sobrecargados de anabólicos y algunos bonitos diseños de tinta.

—Vámonos, Serge. —Tomo a mi amigo del brazo y lo arrastro hasta la puerta.

Chuck nos sigue:

—¿Por qué, Nat? ¿Tienes prisa por subir un video a tu canal? ¿Por qué la conejita sexy solo te hablaba a ti?

—Ey, déjala en paz. —Serge se clava al suelo y enfrenta a Chuck, quien lo mira con desprecio.

—¿Y tú quién carajo eres?

—Su amigo.

—Vámonos, Serge. —Trato de empujarlo pero no sirve. Está plantado al suelo con firmeza, listo para romperle la cara a Chuck de ser necesario.

Aunque él no ha sido compañero de este imbécil y no sabe qué tan horrible es.

En primero de la Escuela de Medicina, él junto a su grupito montaron una fiesta donde un chico murió ahogado en una piscina y otro se ahogó con su propio vómito luego de una sobredosis de alcohol y pastillas. El papá comisario de Sanders los desvinculó a ellos y a Beatrice del caso, pero cada vez que se refieren al tema lo hacen como una broma.

—No —me contesta Serge—. Él te ha faltado el respeto y tiene que disculparse contigo ahora.

—¿Y por qué diablos yo tendría que hacerte caso? —dice Chuck soltando una risotada y arroja la primera chispa al fuego: empuja a Serge y lo sostengo de los brazos para que no lo siga.

—¡Vámonos, Serge! —insisto.

—Deja de aprovecharte de los mojigatos.

Reconozco la voz de inmediato.

Lo que faltaba.

Beatrice Lange avanza y apoya una mano en el hombro de su amigo.

—No te metas, Bea —le dice Chuck.

—Eso —añado—. Vete a hacer tus cosas.

La recién llegada levanta una ceja y luego se dirige a su amigo:

—¿Qué te hicieron este par de moscas muertas? ¿Por qué mejor no te desquitas a la salida? No vaya a ser que termines afectando tus calificaciones en la residencia por un par de imbéciles. Mejor rómpelos el auto cuando salgamos. Oh... claro, ellos seguramente no tienen auto. Si hasta vienen sucios y con lodo al trabajo. Pobrecitos.

Lo dice por mí.

Lo ha dicho por mí.

Voy a destruirla.

Serge es quien me detiene esta vez al percatarse de que estoy a punto de arrojarme encima de Beatrice y arrancarle hasta el último pelo teñido y... nutrido, alisado y perfectamente cortado por un profesional. Igual se lo arrancaré.

Acto seguido, Sanders se suma al igual que otros dos de su manada de idiotas.

—Creo que tenías razón, Nat —me dice Serge sosteniéndome de los hombros—. Larguémonos de aquí.

Trago saliva.

Pisoteo mi orgullo y con el corazón en un puño me doy la vuelta y salgo a paso acelerado antes de asesinar a todos esos malnacidos.

Serge me secunda mientras pierdo la voz de Chuck a mi espalda:

—¡No olvides iniciar sesión, Nat!

#040

#SPAM

Una vez en el patio interno del hospital, Serge me pasa su celular.

—Te prometo que haré lo que debo hacer y luego me haré cargo de que el celular quede hecho pedacitos —le digo a mi amigo.

Él me pasa su bonito iPhone con un poco de reticencia tras quitarle la clave.

—No vas a revisar... ya sabes —me pregunta y no se anima a terminar la frase.

—¿Quieres eliminar algo? De todas maneras no revisaré nada, pero si te sirve para asegurarte, bien.

—No, no —dice un poco tenso—. Confío en ti.

Hacia tanto tiempo que no encontraba a alguien que cediera algo tan importante. Yo no le prestaría mi celular ni a mi mamá.

—Bien —le digo—. Luego, prometo comprarte uno nuevo. Muchas gracias, Serge. No te haces una idea de lo importante que es esto.

—Nat, ¿por qué tienes que destruir el celular después de usarlo? ¿No puedo simplemente restaurarlo de fábrica? Trae una función para ello.

Suspiro. Y esta es la parte de las preguntas con la que no me gusta tener que lidiar.

—Porque no, Serge —le digo al fin—. Necesito revisar algo que pondrá la información de tu celular en manos de... un *hacker*. Antes de usarlo, seré yo quien lo restaure de fábrica para que no haya datos nuevos. Luego, me encargaré de que tengas un celular nuevo.

—¿Un *hacker*? ¿Acaso podrá revisar mis perfiles y acceder a mi *mobile banking*, robarme, amenazarme...? Ya sabes, como en las películas de ciencia ficción.

—Esto no es ciencia ficción, Serge. Es la vida real. Y me ocuparé de que no haya datos personales que te puedan involucrar.

Después de que Serge se ha marchado, limpio todo de su celular hasta no dejar absolutamente ningún dato. Descargo un *pluggin* desde el HardDeep y lo anexo a un navegador seguro, que también descargo; cuando tengo todo dispuesto, abro mi usuario de Dirty en una página encriptada. Si ha quedado algún dato de Serge dando vueltas, puede correr peligro si no hago esto, por ello será mejor deshacerme luego del celular.

Tengo un mensaje: una invitación para una sala de chat privada con Maddie.

Trago saliva y me invade un amargo sabor a bilis en la boca.

Abro la invitación. Hay una que es vieja, la primera, la advertencia que me perdí y concluyó con la muerte de esta chica. La segunda es un video.

Aparece un cartel titilando en letras rojas sobre un fondo negro:

No cierres el video hasta el final.

No cierres el video hasta el final.

No cierres el video hasta el final.

Y empieza.

Hay una cámara grabando a alguien; se ve una sombra en el suelo, que está lleno de sangre. Unos dedos pálidos aparecen sobre el suelo manchado y empiezan a delinear una figura: se trata de la doctora Maddie. Reprimo las ganas de vomitar cuando distingo que hay gusanos y otros insectos saliendo del agujero en la carne justo en la base de su garganta. ¿Por qué carajo han conservado el cuerpo? ¿Es que no tienen respeto por los muertos? De hecho... Hay gente en la Internet Sombria que paga por ver este tipo de cosas y se masturba mientras lo hacen. Mis ganas de vomitar se duplican en el instante en el que quien graba mete dos dedos en la carne podrida de Maddie.

Y los sumerge.

Con profundidad.

Se mueve hasta sacar dos huesos con carne podrida. Los muestra a la cámara y capto lo que me dirá: está en código. Debo descifrar lo que me está mostrando mientras aparecen pequeños anuncios como si fuese cine de antaño, de esos en blanco y negro sin guion.

«I'm sorry», de Brenda Lee, suena de fondo.

Luego aparecen dos carteles. El primero:

NIVEL 2

Abrir la carne

El segundo cartel:

Presta atención

Mi cabeza llega a una conclusión: el video se grabó al poco tiempo del asesinato.

Luego, el que está grabando se mete en la entrepierna de la chica.

Y le separa las piernas.

Sé lo que va a hacer.

Parpadeo y continuó sosteniendo las ganas de vomitar mientras Brenda Lee dice en su canción «I'm sorry, so sorry».

El sujeto hace lo mismo que mi hermana en la foto con la que me estuvo amenazando. Con dos dedos abre la vagina de la chica y suena el sonido de una captura de foto. Luego su dedo señala directo a la cámara; me señala a mí. He captado el mensaje, pero, por las dudas:

Tómate una foto haciendo esto tú misma.

¡Vamos!

¡No es tan complicado!

Debe ser un *live*. Tienes hasta hoy a las 5 p.m.

Te ayudaré a que consigas muchos *viewers* en el momento en que lo hagas, Pastelito.

¡Empieza el juego!

Mis ojos están a punto de saltar de sus órbitas.

Luego viene la instrucción siguiente: su amenaza en caso de que no cumpla...

Le da la vuelta al cadáver de Maddie.

Y con una tijera, le abre una zona lateral del cráneo.

Luego el video se termina.

No lo he entendido, pero si no lo explicó es porque está seguro de que yo podré descifrar qué significa eso tan aberrante que hizo con Maddie.

Hasta que lo capto.

Le ha abierto la cabeza en la zona que mi mamá tiene el tumor.

En medio del dilema de si llorar o enviar todo a la mierda, no logro contenerme más y suelto un vómito en medio del patio. Siempre he sido una chica con el estómago sensible, y este tipo de cosas superan mi umbral de tolerancia.

Puede que eso haya sido una simulación digital, sin embargo, no estoy en condiciones de ponerlo en duda.

#041

#CARNE

Tengo hasta las cinco de la tarde de hoy para darle lo que me pide.

Nada me asegura que para ese momento lo pueda atrapar, sin embargo, debo intentarlo.

Son las dos de la tarde, debo trabajar y mi mamá está en peligro.

Me guardo el celular de Serge en el bolsillo de la bata del hospital y salgo en busca de Nick.

Llego a su consultorio y golpeo la puerta una larga cantidad de veces con desesperación hasta que giran el picaporte y se abre la puerta apenas.

Al verme, sus ojos demuestran primero sorpresa y luego un enojo profundo.

—Nat, ¿qué necesitas? —me dice adoptando el tono monocorde que suele usar con todos los residentes. Pero no soy una residente más aunque mucho se esfuerce por fingir.

—Tengo que hablar contigo. ¿Tienes un minuto?

—Estoy ocupado ahora mismo, ¿podría ser mañana?

—Mañana será demasiado tarde. Por favor. Debes hacer que alguien me traiga la *tablet*.

Jefferson frunce el entrecejo y se ve tan molesto como confundido.

—Yo creo que ahora deberías estar trabajando, las guardias no se caracterizan por estar abarrotadas de personal precisamente —me dice, tajante. Sus ojos me fulminan como diciendo «lárgate, nos estás exponiendo».

—También es parte de mi trabajo lo que debo hacer ahora mismo —le suelto y parece ser lo necesario para que caiga.

Nick se gira y dice:

—¿Me guardas un minuto?

—Claro, te estaré esperando.

La vocecita que acaba de contestarle se me hace tan conocida como dañina para los oídos. Acto seguido me interpongo y empujo la puerta hasta encontrarme con Beatrice Lange sentada en su escritorio, con las piernas cruzadas y un escote muy abierto.

La observo, luego a Nick y vuelvo a ella.

—Ey, Hale —me dice y saluda sacudiendo los dedos de su mano derecha en alto y torciendo su carita de perra.

Jefferson cierra la puerta obligándome a salir y, ya de nuevo en el pasillo, me dice muy bajo:

—¿Qué quieres?

—¿Qué carajo hacía ella arriba de tu escritorio?

—Es mi consultorio. Recibo a quien quiero recibir —me dice él.

—Estaba sentada arriba a de tu escritorio, por todos los santos, ¿qué pasa contigo?

Jefferson mira a todas partes en vistas a si alguien se ha detenido a escuchar la conversación, pero la persona más cercana se encuentra a unos doscientos metros.

A continuación me sobrepasa por un costado y se dirige hasta las escaleras.

—¡Ey! —trato de detenerlo—. ¿A dónde vas? ¡Necesito que hablemos!

—Yo no —me contesta.

Y una vez arriba, nos detenemos en la cuarta puerta de la derecha; se trata de su oficina en el

hospital. Busca las llaves en su bolsillo hasta que las encuentra; lo sigo y cuando cierra la puerta tras de mí, me acorrala de golpe contra la pared junto a la entrada, apoyando sus manos justo por encima de mis hombros.

—¿Qué pasa contigo? —me dice como si mordiese cada una de las palabras.

—Qué te pasa a ti. Te estoy haciendo perder el tiempo, hay una residente semidesnuda en tu escritorio.

—Nada de lo que esté sucediendo ahí es asunto tuyo, Natalie.

Las palabras me atraviesan como filosas cuchillas que instalan un frío intenso en mi interior.

Lo intento apartar con un empujón en su pecho pero es tan duro como una roca. No logro moverlo.

—¡Déjame salir! —le digo.

—No. Querías hablar conmigo.

—Quiero irme del hospital —le digo.

—No tienes idea de lo que estás diciendo —declara.

Le golpeo el pecho con mis puños cerrados pero no le hago nada. Absolutamente nada. Él me detiene tomándose los puños sin llegar a hacerme daño.

—¡Déjame! ¡No quiero estar aquí! Desde que me crucé contigo en este establecimiento de mierda no has hecho más que arruinarme la vida. He decidido reprobar las residencias y esperar a rehacerlas el año siguiente, no me importa. No quiero verte, no quiero que estés cerca de mí, no quiero que las personas que amo se vean amenazadas por tu culpa.

—Nat...

—¡Apártate!

—Nat...

—¡Déjame ir, Jefferson!

—No, Natalie. No dejaré que dejes de lado lo que más te gusta ni permitiré que tires tu año a la basura.

—Pues, ya lo hiciste —declaro. Y me siento culpable de semejante acusación.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—¡Cuando subiste a esa puta de Lange a tu escritorio! ¿Por qué tardaste tanto en atender? ¿Te estabas subiéndolo los pantalones? ¿Se estaban arreglando la ropa?

—Sabes que no abro la puerta de mi consultorio mientras estoy atendiendo.

—Oh, claro, atendías una urgencia en sus pechos al aire.

—¿Podrías calmarte, Natalie?

Escucharle decir eso es lo que necesito para notar que estoy tan agitada y exaltada que no puedo pensar con claridad. Si no tuviese mis puños agarrados, apuesto a que ya le hubiese clavado una lapicera en la garganta.

—¿Qué hacías tan cerca de ella? —le pregunto tratando de contenerme.

—No puedo darte explicaciones. No ahora. Además, ya sabes cómo es Beatrice... Dime por qué me fuiste a buscar, no podemos desaparecer por tanto tiempo o eso llamará la atención.

—¿Por qué no puedes...? —le digo con un hilo de voz, sintiendo mi alma desmoronarse en pedazos—. No hay... una relación que justifique algo así, pero...

—Olvídate de eso, Nat. —Sus ojos azules son tan fríos como el hielo y los míos se derriten en un mar de lágrimas que me hacen arder el rostro—. Esa palabra, «relación», no aplica a nosotros. Ensuciaría tu legajo. Los demás desestimarían tu trabajo profesional mientras estuviste bajo mi conducción. No vuelvas a plantearte siquiera la idea.

Trago saliva como si con ello me tragase sus palabras, su crueldad, su impasibilidad para

hablar.

—Dime —prosigue—, ¿qué sucedió? ¿Lo encontraste?

Por eso me quiere tener de su lado... Y me manipula de la peor manera que puede manipular un hombre.

Es evidente que Beatrice y Nick Jefferson son idénticos, ese es el motivo por el cual uno está cerca del otro y él no quiere reconocer que estaban haciendo algo imprudente e irresponsable en el consultorio... Justo donde lo hizo conmigo unos días atrás.

Lo detesto.

Te detesto como nunca, Nick.

—Nat —me espabila—. Vamos. Tenías prisa. Dime lo que ibas a decirme.

Parpadeo.

—Tienes que pedirle a Malcolm que me traiga la *tablet* y mi computadora. Y conseguirme un espacio donde estar tranquila. Di que estoy con tareas administrativas o lo que sea.

—¿Por qué?

Verás... Porque en el intento de atrapar al hijo de puta que te persigue, él o ella me atrapó a mí, y ahora estoy metida en un horrible juego donde si no hago lo que me dice, hará daño a mi madre o a mi hermana; hará daño a las personas más importantes que tengo en mi vida y todo porque soy una inútil que no pudo prever que esto podía llegar a suceder si aceptaba el trabajo de tu empresa porno. Y, por cierto, tu cuenta ya debe andar por los tres millones si es que no se ha detenido el silencioso robo de nuestro huésped informático.

No. Nada de esto sería válido, necesito mostrarme segura o me dejará a un lado del plan.

—Porque debo pedir ayuda a mis amigos —le digo por fin.

Mis amigos. Los que saben de Dirty. Los que saben todo lo que nadie puede saber.

—Tus amigos me caen mal —dice por fin, aunque cede—: Quédate en mi oficina el tiempo que sea necesario. Regreso enseguida.

Yo también le caigo mal, partiendo desde ahí.

No obstante, son sus jeffersonismos los que consiguen romperme el corazón...

Al igual que el beso que reposa sobre mi frente antes de irse.

#042

#BÚSQUEDA

Qué carajo crees que estás haciendo.

Leo el mensaje de texto que acaba de llegar al celular de Serge y se me pone la piel de gallina.

El número no está agendado pero no es necesario para darme cuenta de que esas palabras no están dirigidas a mi amigo sino que las han enviado para mí.

Estoy con tres horas de ventaja. Una vez que me desocupe, haré lo que me pides.

Envío mi respuesta y me dejo caer en el cómodo sillón al otro lado del escritorio del doctor Jefferson.

Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos. No puedo quitarme la cara de Beatrice, ni su escote abierto, ni sus piernas cruzadas, ni su trasero sobre el escritorio de Nick. Ni su cara plagada de malicia saludándome desde el otro de la puerta.

No puedo darte explicaciones. No ahora. ¿Y cuándo será el momento, Nick? ¿Cuándo reconocerás que te gusta meterte con las chicas a quienes te toca evaluar? ¿Con cuántas más lo hiciste, demonios?

Por supuesto que no puedes darme explicaciones ahora. Necesitas que encuentre al *hacker* que te está quitando toda tu fortuna y luego me dirás que estuviste conmigo solo para convencerme de tener que hacer esto.

Tal como estoy haciendo ahora mismo. Sentada en el sillón detrás el escritorio de tu oficina, esperando que me traigas mis cosas.

El celular de Serge vuelve a vibrar al mismo tiempo que golpean la puerta.

Puedo reconocer la cabeza de Malcolm por el vidrio grueso en la parte superior de la puerta.

Leo el mensaje antes de abrir.

Está bien, Pastelito. Puedes hacer lo que tengas que hacer pero más vale que te desocupes pronto porque acabo de decidir que tienes dos horas de ventaja, en realidad. El reto termina a las cuatro de la tarde.

¡Buena suerte!

ChocolateCake: Díganme que están ahí, por favor.

ChocolateCake: Sé que no suelo conectarme a esta hora pero tienen que decirme que están, se los ruego.

ChocolateCake: Por favor...

GiveMeTheDrugsBabe: Hola, Pastelito. Disculpa, había ido a buscarme algo de comida. ¿Sucede algo?

ChocolateCake: Santo cielo, gracias por estar ahí, Babe. Buen provecho. Yo he estado tan ocupada con algunas cosas que he olvidado almorzar, pero ni siquiera tengo apetito. Necesito ayuda urgente, sucede que están amenazando a mi familia.

GiveMeTheDrugsBabe: Santo cielo, Pastelito, ¿qué hiciste?

WhoIsTheSamurái: Alto, alto, alto. Recién me sumo a la conversación, no he demorado más que cinco minutos ¿y ya hay personas en peligro? ¿Estamos hablando de personas de carne y hueso o de Minecraft?

ChocolateCake: No se trata de ningún juego... informático. O quizás sí, un poco. Pero que está poniendo en riesgo a mi familia en la vida real.

WhoIsTheSamurái: Guau. Acabo de sentir mis pulsaciones acelerarse. Dinos a quién tenemos que cazar.

GiveMeTheDrugsBabe: Cuenta con nosotros, Pastelito.

ChocolateCake: Gracias al cielo que los tengo de mi lado. No se hacen una idea de cuánto les agradezco esto.

ChocolateCake: En primer lugar necesito que me deriven a un sistema de la Deep que nos permita conversar en total anonimato. Donde nadie pueda estar revisando mi chat ahora mismo. Es urgente.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Estás acompañada?

ChocolateCake: Podría decirse que sí ya que tengo un huésped informático indeseable en este puto instante dentro de mi sistema operativo. Necesito que me deriven a un lugar seguro.

WhoIsTheSamurái: ¿Nos estás pidiendo sumergirnos aún más en la web sombría?

GiveMeTheDrugsBabe: Conozco un lugar. Pero ahí hasta una publicidad podría provocarte arcadas, Pastelito.

ChocolateCake: Descuida, veo cosas peores a diario. Dime lo que tengo que hacer.

Contrata un asesino ahora

¿Qué es esto? Reviso la ventana que acaba de saltarme a los ojos. Busco una opción para cerrar esa repugnante publicidad pero no puedo. Es solo una ventana en negro con las letras en rojo. Hay un ojo en la parte superior. Justo debajo de la *webcam*. Mierda.

Busco rápidamente un papel o algo que me sirva. Encuentro en uno de los cajones del escritorio de Jefferson una cinta de papel. La quito y la pego con otro papel para que el pegamento no ensucie el lente. No estoy del todo a salvo. Los despachos no tienen cámaras de seguridad pero la computadora sí tiene micrófono incluido. También lo cubro aunque sé que su sensibilidad algo puede captar.

Vuelvo al enlace que Babe me envió y sigo sin entender lo que me ha enviado. ¿Quiero contratar un asesino? Solo tengo dos opciones:

SÍ | NO

Tampoco puedo ir hasta el chat del sistema de HardDeep para consultar a los chicos.

Lo importante es que debo seguir.

No sé lo que pueda aparecer pero selecciono la opción SÍ y carga. He decidido que si lo que esto tiene para mostrarme se me vuelve insoportable, apagaré la *tablet* quitándole la batería.

Una ventana con códigos que cargan rápidamente se alista frente a mis ojos y la máquina me devuelve la posibilidad de volver a mi chat con Babe.

Acto seguido, la codificación se detiene y queda en «//:» al final.

La pestaña con el HardDeep me señala que tengo un mensaje. Es Babe:

GiveMeTheDrugsBabe: La contraseña es «búscate%un% caimán%dorado%»

Pestaño.

ChocolateCake: ¿Un caimán dorado?

WhoIsTheSamurái: ¿Es en serio, Babe?

GiveMeTheDrugs: Hoy estuve creativo. No me pregunten por qué, solo se me ocurrió.

Introduzco la contraseña de Babe y vuelven a cargarse más códigos. Mientras aguardo, vuelvo al chat.

ChocolateCake: ¿Por qué me apareció una publicidad acerca de si quería contratar un asesino?

GiveMeTheDrugsBabe: No es publicidad, se trata de un código, una alerta de virus para que el que llegue al enlace por error salga de inmediato.

WhoIsTheSamurái: A mí me apareció un cartel que rezaba ser de la policía estatal, donde decía que acababan de corroborar la dirección IP y me arrestarían de inmediato por comprar pederastia. Nunca hice tal cosa y aun así me asustó.

ChocolateCake: ¿Y qué opciones te mostraba para avanzar?

WhoIsTheSamurái: Aceptar o Cancelar.

ChocolateCake: Ingenioso. ¿Qué hay de ti, Babe?

GiveMeTheDrugsBabe: Yo fui el que envió las codificaciones, Pastelito. Cuando quieres invitar a otros en este sistema debes estar registrado. Una vez que lo haces, no te aparecen más las alertas. Pero en su momento recuerdo que me apareció una donde me ordenaba comprar drogas.

ChocolateCake: Guau.

WhoIsTheSamurái: ¡Estoy dentro! ¿Me registro?

WhoIsTheSamurái: Carajo. Esto es...

GiveMeTheDrugsBabe: Regístrate con respuestas que no vayas a olvidar. Trata de anotarlas si no quieres ser sincero. A veces, recordar las mentiras es mucho más difícil que recordar una sola verdad.

WhoIsTheSamurái: Okay...

ChocolateCake: ¡A mí todavía me está cargando! ¿Qué hago?

GiveMeTheDrugsBabe: Aguarda, Pastelito. ¿Estás con alguna conexión estatal? Si es así es probable que sea lenta. Pero ya te llegará.

WhoIsTheSamurái: Mierda, Babe, ¡qué carajo es esto!

GiveMeTheDrugsBabe: Es un sistema operativo donde podremos conversar con la precaución de no ser hackeados por el huésped de Pastelito. Mientras solo conversen conmigo, estarán a salvo. No se dispersen. Lo que podrían encontrar ahí es...

WhoIsTheSamurái: Es horrible. La raza humana merece corregirse, carajo, carajo,

¡no podré quitarme esas cosas de los ojos!

ChocolateCake: ¡¿Qué está pasando?!

Solo transcurren unos segundos hasta que la pantalla de mi *tablet* cambia y mi estómago se encoge al ver lo que tengo enfrente.

#043

#REGÍSTRATE

La cara de una niña aparece. Mi corazón da un vuelco y quedo inmóvil al ver su rostro. Tiene los ojos azules grandes llenos de lágrimas y el pelo rubio despeinado. Está triste y mueve los labios. Su rostro ocupa la pantalla con la siguiente pregunta:

¿Por qué estás aquí?

La conozco. Lamentablemente, la conozco. Cuando uno pasa demasiado tiempo indagando en Internet, se encuentra con cosas que quizás no debería saber ni conocer nunca.

Hace tiempo se filtró un video que se podía comprar por quinientos euros en la web sombría. El video se viralizó y se filtró en cada uno de los usuarios de HardDeep.

El sistema operativo del Hard no corresponde a las capas más profundas de esta cara oculta de la luna que tiene Internet pero sí es parte de ella. Hay capas mucho más hondas aún. Y este sistema cifrado donde Babe nos ha traído ahora corresponde a una de ellas.

La niña que tengo delante de mí era la figura del video que se viralizó cuando lo metieron al HardDeep; este mostraba a una niña siendo sujeta por cuatro hombres, uno de cada extremidad. Era torturada de modos repulsivos y aterradores. No me animé a abrir los ojos hasta que terminé destruyendo mi vieja computadora.

Los gritos de la niña eran desgarradores e insoportables desde el primer momento. Hasta que una mujer mayor se encargaba de terminar con la pequeña. Ese maldito video no me dejó dormir en varias noches. Soñé con cada uno de los hijos de puta que se aparecían en ese video; tuve pesadillas en las que yo protagonizaba un hecho de esos, tanto siendo una torturadora como siendo la torturada. Y lo peor de todo es que era real... como la mayoría de las cosas que circulan en estos sitios.

Una vez que te encuentras con ese tipo de cosas, solo te quedan dos opciones: renuncias a todo lo que alguna vez hiciste y conociste, o bien, te tomas esto en serio y vas tras ellos. Yo intento seguir la segunda vía. Babe y Samurái también: por eso estamos juntos en esto.

Ahora, los que han creado esta web han hecho un *pluggin* con la cara de la niña y la pregunta debajo me deja consternada:

¿Por qué estás aquí?

Hay un casillero en blanco donde puedo contestar.

Porque necesito ayuda de unos amigos.

Sé que no debería responder con la verdad, pero los ojos de la niña me quiebran el alma...

No es real. No es real, Nat.

La niña ha muerto.

Mi conciencia intenta recordármelo. De todas maneras, mientras no me pida datos personales, todo estará en perfecto estado.

¿Qué tipo de ayuda?

Su nueva pregunta me sorprende un poco. ¿Está conversando conmigo o es solo un *bot*?

Estoy tratando de prevenir lo que te hicieron alguna vez a ti.

Sus ojos me miran, luego mira hacia abajo. Su pregunta demora solo unos segundos:

¿Y quiénes son tus amigos?

¿Qué se supone que debería responderle? ¿Acaso se supone que sé quiénes son mis amigos? No, pequeña. No lo sé. Ni ellos saben quién soy yo. Pero confían en mí y yo confío en ellos.

Lo único que sé es que son la contrapartida de tipo de personas que le hicieron daño y eso me basta.

Personas buenas.

Esas dos palabras son toda mi respuesta.

La nena sonrío y dice:

¡Bienvenida! ¡Gracias por registrarte!

¿Eso fue todo? ¿Solo tres preguntas?

La web es de un color verde musgo con ventanas, letras y líneas grises. Solo eso. Simple y sin mucho detalle.

Hasta que las ventanas de chat empiezan a aparecer. Arriba dice que mi usuario se llama IXDFJ1098.

Es obvio que estos sitios no son para popularizar tu nombre de registro. Pero aun así algunas salas son más visitadas que otras, lo cual implica que sí hay espacios de mayor popularidad que otros.

Tiene algunos parecidos con la web de Dirty, empezando porque puedes iniciar un chat con personas que no conoces y les pides cosas. Entro en una sala y hay personas debatiendo por escrito sobre la compra de un arsenal de rifles y municiones.

Los números que se ofrecen son de siete cifras en adelante. No tengo idea de cuánto recaudarán con esto ni cuál será el fin específico que prevé cada uno de los sujetos ahí ofreciendo dinero por algo así como un «remate virtual ilegal», pero es probable que si ofrecen tanto dinero es porque lo que buscan multiplicará esas cifras.

Mucha gente cree que este tipo de espacios son para sostener el morbo de algunas personas perversas, pero lo cierto es que si bien esa suele ser la lógica, también están los que entran en busca de sostener negocios nefastos o los pocos que entramos para obtener algún tipo de seguridad que Malcolm o algunos mastodontes de su porte no puede ofrecer.

Las salas de chat no tienen muchos visitantes, en general varían de doce o trece a doscientos, lo importante es que es altamente probable que cada uno de ellos tenga algo para ofrecer. Bajo un poco y me encuentro con una que tiene 1,6K de *viewers*.

Antes de entrar a ella, el HardDeep me señala un mensaje.

GiveMeTheDrugsBabe: Pastelito, ¿¿¿entraste??? Envíame tu nombre de usuario así te envío una invitación para una sala privada.

ChocolateCake: Sí, Babe, disculpa. Mi nombre de usuario es IXDFJ1098.

GiveMeTheDrugsBabe: Perfecto.

Vuelvo un poco ansiosa por revisar esa sala con más de mil seiscientas personas mirando.

Hay un chico frente a la cámara. Debe tener menos de veinte años pero es imposible descifrarlo; en estos lugares no importan las edades cronológicas.

Debajo, las personas escriben en el chat algunas cosas como «Baja la cámara», «Métete un dedo», «Orina en tu boca» y otras cosas que son muchísimo más repugnantes.

Todos realizan sus propuestas. Es algo así como un *pornhuber* sin tabú alguno. La gente realiza sus pedidos, pero ¿por qué él está aquí y no en Dirty? Hasta que la respuesta aparece en mi cabeza: lo que él acostumbra a hacer aquí viola las normas de seguridad de una web porno cualquiera.

Es pálido y muy delgado. Tiene grandes ojeras, el cabello negro en rulos desprolijos y una sonrisa impostada en el rostro. Sus ojos negros miran la cámara y van de un lado a otro en la pantalla, al cursor y a su teclado.

Hasta que su usuario envía un mensaje a los demás:

VBERX9810: Camiseta afuera. Cien libras en cuenta. ¿Qué ofrecen ahora?

Le han pagado para que se quite la camiseta.

Él responde a algunos pedidos:

ERTXC0665: Baja la cámara. £ 200

VBERX9810: Aburrido.

KJSUG4871: Métete un dedo. £ 750

VBERX9810: Aburrido.

PFHSU8423: Orina en tu boca. £ 1.500

VBERX9810: Aburrido.

¿Qué carajo le pasa a este chico? ¿Está jugando con los demás? ¿Está aquí por diversión? Muchos adolescentes se meten aquí por diversión o por el simple hecho de que suelen popularizarse estos sitios. O accidentalmente por un mensaje de *spam*.

Así fue como llegué aquí dando vueltas en Internet hasta sumergirme más y más.

Sería conveniente que se fuera antes de que haga enojar a los que están poniendo su dinero para que este idiota les dé un poco de diversión.

Debería largarse. No tiene una idea del lugar en el que está.

IXDFJ1098: Cómete a ti mismo. £ 0

VBERX9810: Eso se oye interesante.

Me quedo muy asombrada al ver su respuesta. Por un momento me siento un poco importante. Es probable que, ahora mismo, más de mil seiscientas personas estén indagando acerca de quién soy yo, cuál es mi usuario, estén intentando rastrear quién es el ingenioso IP al que este adolescente de edad incalculable ha respondido.

Es un completo idiota, definitivamente.

Él me sigue respondiendo, lo cual no hace más que avivar la conversación.

VBERX9810: Pero no tienes registrada ninguna cuenta, cariño. Lo siento, no haré nada gratis. La gente debe vivir de algo.

IXDFJ1098: Para vivir de algo hay que trabajar, niño.

PFHSU8423: Lo que él hace es un trabajo, idiota.

ERTXC0665: Lárgate, imbécil.

VBERX9810: No hagas enojar a mis chicos, cariño. Pero te perdonaré. Cumpliré tu

reto por un mínimo de mil libras.

PFHSU8423: Yo te ofrezco diez mil.
£ 10.000

IXDFJ1098: Oh, vamos, ¿no se dan cuenta de que este chico les está haciendo una jugarreta? Dejen de molestarlo y déjenlo que se vaya. No vuelvas aquí.

KJSUG4871: Por qué carajo no sacan a ese imbécil de esta sala.

PFHSU8423: Lárgate ahora mismo.

VBEX9810: Alto. ¿Por qué lo echan? Yo soy el amo aquí. Debería quedarse a ver lo que quería...

IXDFJ1098: ¿Qué? Estaba bromeando, niño.

VBEX9810: Tienes muy buenas ideas. Aquí voy.

De pronto veo cómo el número de ingresos empieza a aumentar. Hay quienes le depositan mil, otros quinientos, otros miles y más miles. El chico sonríe y mira sus manos con interés. ¿Qué diablos...?

IXDFJ1098: ¡¡Basta!!

Insisto pero ya nadie repara en mí.

Ni siquiera él. Está atento mirando sus dedos con interés.

El número de sus ingresos no hace más que aumentar.

IXDFJ1098: Detente.

IXDFJ1098: Ahora.

IXDFJ1098: No lo hagas, mierda, te pago cien mil si no lo haces.

Mi último mensaje parece haberle llamado la atención.

Lo mira con interés.

Y sonríe.

¡Carajo, carajo, carajo! ¿Qué se supone que acabo de hacer?! ¡Carajo!

Hasta que un mensaje más se opone al mío.

PFHSU8423: Hazlo. £ 200.000

Mis ojos se abren de par en par.

El chico sonríe.

Y muerde su dedo meñique.

Me quedo helada, completamente en estado de shock mientras no puedo sacar mis ojos de lo que está haciendo. No termino de creérmelo. No sé por qué no lo quito. Lo cierto es que estoy esperando a que no lo haga, que simule estar jodiendo con todos nosotros. Que sea una jugarreta suya y se largue de aquí con el dinero y no vuelva nunca más.

Pero su dedo empieza a gotear donde se marcan sus dientes. Sus ojos se llenan de lágrimas pero sonríe. Se muestra divertido aunque está fingiendo. Sigue presionando los dientes hasta que escucho un pequeño crujido. Se ha roto los huesos justo en la articulación por debajo de la uña.

Está llorando... y ríe.

Se arranca el trozo de dedo en su boca.

Tiene los dientes y los labios manchados de sangre.

La cámara muestra su dedo mutilado y siento un asqueroso gusto a bilis. Las ganas de vomitar me invaden una vez más.

No quería... Yo no quería que él... Solo intenté... Ay, no.

Los mensajes siguen.

Él escribe usando una sola mano mientras tiene la otra frente a la cámara.

VBERX9810: Llevabb tiempo sin probr la carne cruda...

PFHSU8423: Trágate. £ 10.000

KJSUG4871: Hazlo. £ 10.000

ERTXC0665: Trágate eso. £ 20.000

Y el chico mastica mientras la sangre chorrea por su boca y su mano.

Cierro la pantalla de golpe y mi corazón golpea con fuerza. Me contengo de no vomitar, no puedo ensuciarle el despacho a Jefferson.

De pronto golpean la puerta y salto de la silla.

Un mensaje aparece en mi bandeja del HardDeep.

Vuelven a golpear.

El miedo me tiene paralizada. Consumida por completo. Mi respiración es un motor que va sumamente acelerado.

—¿Q-quién...? —pregunto desde adentro del despacho—. ¿Qui-quién es...?

—Señorita Hale.

Es Malcolm.

Miro mis manos.

Las miro varias veces corroborando que las tengo completas.

—Mal... colm —murmuro y sigo sin animarme a abrir la puerta—. ¿Su... sucede... algo?

—No, señorita Hale. Solo quería recordarle que estoy aquí en caso de que se le ofrezca algo.

—Yo... —Lo que necesito ahora mismo es deshacerme de todos los virus que están parasitando mi vida y se me han clavado en la cabeza luego de haber visto lo que me ha tocado ver. Ni la cirugía más grande y riesgosa creo que me preservaría de haber visto a un casi adolescente mutilarse y comerse a sí mismo. ¿Qué pasará con él? ¿Está bien? ¿Dónde están sus padres? ¿Por qué hace eso? ¿Estará amenazado? ¿De qué manera lo podría ayudar? En mi intento por ayudarlo, terminé haciéndole un daño inmenso y ahora me repugno a mí misma—. Malcolm... ¿Puedes pedirle a Nicholas que te dé... algo para las náuseas?

—Claro, señorita Hale. Ahora vuelvo. No abra la puerta a nadie mientras yo no esté aquí.

—Lo sé, Malcolm. Lo sé...

El mayor de los riesgos no está fuera del despacho sino dentro, conmigo. Aunque esté sola físicamente. Aunque no haya nadie más aquí. Cualquier dispositivo electrónico cerca es lo que más daño podría hacerme, y la hora... Me quedo desenchajada al captar que ya son más de las tres de la tarde. ¡Diablos!

GiveMeTheDrugsBabe: Pastelitooooo.

WhoIsTheSamurái: Pastelito, ¿dónde rayos te has metido?

GiveMeTheDrugsBabe: Estamos aquí por ti, Pastelito. Aparece.

No tengo chance. Debo seguir. No puedo dejarlos.

Tampoco irme por mucho que lo desee... Desaparecer sería dañino sobre todo para las personas que amo. Mamá está en peligro. Mi hermana también. La he jodido de una manera monumental.

Tengo que seguir.

Debo seguir con esto.

Porque la única manera de detener este juego es jugando.

#044

#JAJAJAJA

ChocolateCake: Chicos, acabo de ver algo horrible...

GiveMeTheDrugsBabe: ¡Te advertimos que no te fueras!

WhoIsTheSamurái: Entré por curiosidad en una sala de chat y duré cinco segundos ahí. En verdad, este sitio es para enloquecer, Babe.

GiveMeTheDrugsBabe: Pero estamos seguros aquí. Se negocian cosas inmensas. Los creadores de la web protegen la información de todos los que tienen algo para ofrecer. Sigamos conversando por allá.

Abro la pestaña de los chicos donde tengo la sala privada con la invitación de mis amigos.

OKJUI5656 *te ha invitado a unirte.*

Acepto y entro.

OKJUI5656: Ahora sí.

BVNBP0020: ¡Hola, Pastelito!

IXDFJ1098: ¿OKJUI5656 tú eres Babe?

OKJUI5656: Sip.

BVNBP0020: Samurái. A tus órdenes ;)

OKJUI5656: Cuéntanos qué sucedió, Pastelito. ¿Por qué necesitas tanta privacidad y de nuestra ayuda con semejante urgencia?

IXDFJ1098: Chicos, hay un huésped que me está persiguiendo por todos los medios y me ha metido en la web porno que antes les pedí que investigásemos. Me está obligando a jugar, de lo contrario me ha amenazado con hacer daño a mi familia. Ya mató a la chica de Colombia.

OKJUI5656: ¿Te refieres al tal Nick Jefferson que investigamos tiempo atrás?

BVNBP0020: ¿El doctor que prefiere mantener su vida empresarial al margen? Al que llamamos «la cara oculta de la luna».

IXDFJ1098: Sí, aunque no es él quien me está buscando y haciendo daño.

BVNBP0020: ¿Cómo puedes estar tan segura?

OKJUI5656: ¿Te lo ha dicho?

BVNBP0020: ¿Lo conoces?

OKJUI5656: Esa pregunta es personal, Samurái. Ya sabes cuáles son las reglas.

BVNBP0020: Lo siento.

IXDFJ1098: Solo puedo constatar que no es él quien me está obligando a jugar para Dirty. Es alguien mucho peor.

BVNBP0020: ¿Segura no es un *bot*?

IXDFJ1098: ¡Un bot no puede haber matado a una chica!

OKJUI5656: A esa chica la mató un fan. Está preso. No tiene acceso a máquinas.

BVNBP0020: ¿QUÉ?

OKJUI5656: Lo confesó. ¿Soy el único que ve las noticias?

IXDFJ1098: ¡¿Cómo dices...?! Entonces, ¿lo han atrapado?

OKJUI5656: Así es. Junto a otros amigos nos hemos ocupado de bloquearle cualquier acceso a sus máquinas. Estuvo acosando a Maddie y a otras chicas durante un tiempo. Cuando se metió a la casa de la doctora Maddie, ella estaba grabando un *live* y la mató.

IXDFJ1098: ¡Pero me envió una invitación! Videos, hasta un mensaje. Hasta un video con el cadáver.

OKJUI5656: Eso es información personal, Pastelito. Estás aproximándonos a tu identidad y...

IXDFJ1098: Lo sé. Las reglas, las reglas y las putas reglas.

BVNBP0020: ¿Eres consciente de que acabas de sugerir que eres usuaria de Dirty?

IXDFJ1098: ¡Solo he dicho una cosa! ¡Lo importante ahora es que me está persiguiendo... sea ese u otro!

BVNBP0020: ¿Eras cliente o *viewer* de Maddie?

IXDFJ1098: ¡Que no, demonios!

IXDFJ1098: Lo siento, pero estoy muy nerviosa. Tengo hasta las cuatro. Quedan solo veinte minutos para poder atraparlo. Si no, va a herir a mi mamá. Quiere que haga algo... horrible.

OKJUI5656: No lo digas, Pastelito. Entiendo que estás un poco nerviosa, mantén la calma. Deja de ir en contra de las reglas así podemos ayudarte. Dinos, ¿qué información tienes?

BVNBP0020: Oigan, chicos...

IXDFJ1098: ¿Qué sucede?

BVNBP0020: Pastelito, supongo que tú no eres quien está escribiendo en el HardDeep a la vez que lo haces por aquí, ¿verdad?

OKJUI5656: Estoy revisando. De hecho, me han llegado algunos mensajes tuyos, Pastelito.

IXDFJ1098: ¿Qué carajo? ¡No!

OKJUI5656: Oh, oh. Tenemos compañía en el Hard, chicos.

Minimizo la ventana a toda prisa y abro la del Hard. El Internet demora en mostrarme el chat con los chicos.

Hasta que aparecen.

Hay cientos de mensajes míos diciendo una y otra vez lo mismo.
Con palabras que no estoy diciendo yo.
Me está amenazando.
Es un mensaje para mí...

ChocolateCake: La única manera de corregir a la humanidad es ELIMINÁNDOLA.

ChocolateCake: La única manera de corregir a la humanidad es ELIMINÁNDOLA.

ChocolateCake: La única manera de corregir a la humanidad es ELIMINÁNDOLA.

ChocolateCake: La única manera de corregir a la humanidad es ELIMINÁNDOLA.

ChocolateCake: La única manera de corregir a la humanidad es ELIMINÁNDOLA.

#045

#DIABLO

IXDFJ1098: Démonos prisa, por favor. Por favor, por favor.

Escribo esas palabras llorando. Estoy desesperada. No he hecho lo que me pedía. Ha leído los mensajes a los chicos. Va a hacerme daño.

Hará daño a mamá.

OKJUI5656: Pastelito, cierra ahora mismo todas tus redes sociales. Elimínalas. Al menos de modo temporal. No uses siquiera WhatsApp, borra cada lugar donde te hayas registrado alguna vez.

IXDFJ1098: Han sido muchos lugares, Babe, ya ni siquiera recuerdo por dónde he andado.

OKJUI5656: Hazlo ahora con todos los que recuerdes.

IXDFJ1098: Lo siento. Ahora mismo.

OKJUI5656: Lo siento yo, Pastelito. Pero se nos termina el tiempo y nuestro huésped está avanzando. Si leyó el chat, sabe que estamos hablando en otro lado. Revisa, trata de contenerlo mientras intento dar con la ubicación de esos últimos mensajes.

IXDFJ1098: ¿Eso implica que sabrás de dónde vienen los mensajes anteriores también...? ¿Sabrás quién soy... yo?

OKJUI5656: Lo lamento.

BVNBP0020: ¿Y qué hay de las reglas?

OKJUI5656: También lamento eso pero las reglas deben ser rotas cuando hay gente en peligro.

BVNBP0020: No termina de convencerme pero estoy de tu lado, Babe.

OKJUI5656: Excelente. Necesito tu ayuda, Samurái. Revisa estos códigos y tradúcelos al binario ahora.

Dejo que los chicos sigan conversando tratando de resolver su misterio mientras busco rápidamente el celular de Serge. Hay un mensaje.

Mi dedo pulgar tiembla antes de abrirlo...

¿Qué estás haciendo, perra?

Trago saliva.

Deja de ir contra las reglas y haz lo que te dije o le vuelo los sesos a tu mami.

No... te metas... con ella...

No he roto ninguna regla, imbécil.

Envío mi respuesta y cierro la pestaña en el celular. Abro otra con mi cuenta de Facebook. Hay

un estado de hace una hora y media atrás.

Natalie Hale: La única manera de corregir a la humanidad es ELIMINÁNDOLA.

Me gusta. **1 comentario.**

Mi hermana ha comentado unos signos de interrogación.

Lo siento, es probable que me esté volviendo loca, pero no a ese extremo. Voy a la privacidad de mi cuenta y trato de recordar el modo de cerrarla. Doy con el modo, confirmo que no soy un robot y Facebook cierra mi cuenta. ¿Deseo que se abra cuando vuelva a entrar? No, no y no. La cierro definitivamente. No existo más para Facebook. Hay gente que muere en la vida real, pero sigue existiendo para las redes sociales; en mi caso, acaba de ser justamente al revés.

No soy una usuaria muy activa de Instagram pero lo cierro igualmente. Hay historias pero no las veo. Por algún motivo, ya sé lo que deben decir... Cierro la cuenta. Pienso en WhatsApp. No tengo mi celular pero ingreso desde el Windows con mi número de teléfono anterior.

Ha enviado un mensaje a cada uno de mis contactos con las mismas palabras que plagó como una telaraña en cada una de mis redes.

Algunos han respondido:

¿Nat, estás bien?

Otros piden que deje las ideas conspirativas mientras que la mayoría solo me ha dedicado dos bonitos tics azules.

Acto seguido golpean la puerta y escucho la voz de Malcolm al otro lado:

—Señorita Hale, le traje lo que pidió.

Miro la hora. Faltan doce minutos para las cuatro.

—¡Ahora no, Malcolm!

—¿Quiere que se lo prepare?

—¡Quiero que aguardes doce minutos!

—¿Eh...? Está bien, señorita Hale. Aquí estaré.

Tengo un mensaje de Babe en el nuevo sistema.

OKJUI5656: Necesito que envíes tu IP ahora desde donde utilizas el HardDeep.

IXDFJ1098: ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

BVNBP0020: ¡Ha robado tu IP, Nat! Todo lo que está haciendo es desde tu propio celular.

OKJUI5656: Mira. ¿Ese dineral lo robaste tú?

IXDFJ1098: ¿Qué dineral?

OKJUI5656: IMAGEN

Reviso el archivo que Babe acaba de enviarme y veo la actividad que ha sido llevada a cabo desde mi dirección.

IXDFJ1098: Sí... Ese es mi IP.

Les corroboro y reviso la imagen.

Está todo.

Los mensajes por WhatsApp, mis conversaciones, ha hurgado en absolutamente todo. De pronto me siento demasiado frágil.

Y está la cuenta bancaria de Jefferson.

El *hacker* que le ha estado robando... he sido yo.

Pero el dinero no ha ido a parar a mi casilla, sino a otra anónima. Entro en ella. Hay más de tres millones de libras. Le ha robado casi todo el dinero a Nick.

No está a nombre de nadie, es una cuenta fantasma creada anónimamente. Quizás ha sacado algo pero el resto se ha seguido transfiriendo automáticamente. Refresco la pantalla y el número sigue en aumento. *Es él.* O ella. O lo que sea, pero ¡es el dinero de Nick!

Transfiero rápidamente el dinero a mi cuenta bancaria con un *token* falso. Luego de esto; redoblaré los esfuerzos por aumentar el dinero.

En mi cuenta debe haber ahora mismo cuatro de los grandes.

—¡Malcolm! —grito.

Él intenta forcejear la puerta. No idiota, no entres.

—¡No derribes la puerta! —le digo—. ¡Estoy...bien! ¡Dile a Nick que venga!

—¿Señorita Hale? ¿Segura que se encuentra bien?

—¡Sí, dile que venga!

Anoto mis datos bancarios para que vaya a retirar el dinero. Debe hacerlo ahora antes de que mi amigo redoble su apuesta y quiera arrancarme todo lo que he alcanzado a recuperar.

Tengo más mensajes.

Faltan cuatro minutos.

OKJUI5656: Pastelito, ¿nuestro amigo te ha enviado alguna foto de tu madre directamente o algo que pueda inculparlo de manera explícita?

IXDFJ1098: No, pero se ha referido a algo muy íntimo de ella...

BVNBP0020: Fotos, videos, algo que evidencie que tiene un revólver en la cabeza de tu madre o algo. ¿Cuentas con ese tipo de pruebas?

IXDFJ1098: No...

OKJUI5656: Entonces todo lo que sabe de tu familia es probable que se deba a que ha hurgado en tus cosas demasiado bien. No está con ella ahora.

IXDFJ1098: ¿Y si nos estamos equivocando?

Dos minutos.

OKJUI5656: Habrá que correr ese riesgo. Pero estoy casi del todo seguro que lo que sabe de tu madre lo ha usado para amenazarte.

IXDFJ1098: ¡No pondré la vida de mamá en peligro, Babe! ¡Encuétralo y llamaré a la policía!

BVNBP0020: ¿Y qué podría hacer la policía?

Un minuto.

IXDFJ1098: ¿Y si intenta hacer algo más?

OKJUI5656: ¿Algo como qué?

IXDFJ1098: Algo informático.

OKJUI5656: Has cerrado todas tus cuentas personales. No existes en la red.

IXDFJ1098: ¿Y si no?

BVNBP0020: Lamento decir esto Nat pero tenemos que correr el riesgo de esperar.

Abro el reloj de la computadora y un gran círculo con agujas girando aparece en mi pantalla. Trago saliva.

Mis manos tiemblan.

La pantalla tiembla.

Mi respiración se entrecorta.

Treinta segundos.

Veinte.

Diez.

Cinco.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

4 p.m.

#046

#LISTAMALDITA

Salgo corriendo y me choco contra Nick que viene a toda prisa.

—Nat, ¿qué sucede?

—Necesito un teléfono público —contesto tajante y lo sobrepaso mientras salgo corriendo por el pasillo.

Escucho que Nick le ordena a Malcolm:

—Ve tras ella.

Sigo corriendo hasta salir del hospital dejando algunas miradas detrás y a un sujeto de más de dos metros tras de mí.

Apenas cruzo la puerta, logro divisar el teléfono; está desocupado, ya que casi nadie los usa hoy por hoy

Reviso mis bolsillos en busca de monedas. ¡Carajo! ¡He salido tan apurada que no busqué mis cosas!

Al darme la vuelta, veo a Malcolm tras de mí.

—Señorita Hale —dice tal cual robot.

—¿Tienes monedas?

—Sí. —Rebusca en el interior de su saco y saca la billetera; toma unas monedas y me las pasa.

Las meto con tanta prisa en el teléfono público que se me caen y las recojo. Marco el número de mamá y aguardo. Podría haberlo hecho desde cualquier otro celular pero no quería develar los datos de nadie más.

Aguardo.

Y aguardo.

Y mi corazón revienta a cada instante que pasa sin que nadie conteste desde el otro lado...

—¿Hola?

—¡Oh! —Mi respiración se entrecorta—. ¿He... hermanita, eres tú?

—¿Nat?

Creo que mi corazón se detiene por una milésima de segundo.

—Santo cielo. —Arrojo una bocanada de aire que tenía contenida en el pecho—. Santo cielo, tienes que decirme que tú y mamá están bien...

—Sí, Nat, ¿qué sucede?

Hasta que una idea cruza por mi cabeza. Me giro a Malcolm y le digo tapando el auricular:

—¿Puedes hacer que envíen seguridad privada a mi familia? Al menos por hoy.

Noto que frunce el entrecejo tras sus gafas oscuras.

—Claro. Antes lo consultaré con el señor Jefferson.

—Ahora, Malcolm. Es urgente. Pídele a Nick que busque el domicilio de mi madre en los legajos del hospital.

—De inmediato —dice él y busca su celular.

Me doy vuelta al teléfono.

—¿Nat, sigues ahí? —pregunta mi hermana.

—Escúchame —le comunico—, he recibido algunas amenazas virtuales y temo que pueda ocurrirles algo a ti o a mamá. Te enviarán seguridad para custodiar la casa. No salgas sin ellos. Trata de no salir ni abrir la puerta a nadie, ¿estamos?

—¿Te metiste en problemas de nuevo?

—Yo...

Sí, pero no es como antes. O puede que sí lo sea, pero esta vez es muy diferente. No hay problemas, solo un virus en mi máquina. Ensayo las respuestas hasta que encuentro la indicada:

—Algo así. ¿Está mamá ahí? Me gustaría escuchar su voz.

El resto del día no logro concentrarme, solo me encargo de cumplir los horarios tanto en el hospital como en el laboratorio. Luego de que termina la jornada laboral, Nick me lleva en su auto hasta el edificio donde vive y donde actualmente estoy alojada.

Luego de haber hecho el llamado, nos condujimos al banco para retirar el dinero que recuperé y otro poco para mi subsistencia personal.

Malcolm conduce, otro agente va en el asiento de copiloto y mi jefe está sentado a menos de medio metro de mí.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Trago saliva y me siento muda. Es como si luego de tanta tensión, me tuviese que acostumbrar nuevamente a un cuerpo que me resulta extraño. Es aún peor que rendir un examen y que te quede la mitad de la materia por estudiar.

—Eso creo —murmuro, tratando de que la conversación me saque de la cabeza las ideas que me vienen torturando desde la mañana—. Nick... Cóbrate lo de la camioneta. Hice las cosas mal, yo me equivoqué. Fue un error mío. Te pagaré eso.

—Olvídate de la camioneta. Lo importante es que tú y tu familia están a salvo.

—No sé por cuánto... Algo me dice que este idiota no se detendrá.

—Me devolviste mucho dinero que ahora está en un sitio seguro. No pienses que no te daré protección a ti y a todas las personas que quieras. Además, más allá del dinero, me importa que nadie pueda salir herido. Esto que está sucediendo es muy grave.

De pronto sus palabras se hilvanan en mi cabeza como un tejido y leo entre hebras:

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Nat...

—Nick. —Me giro a él y lo miro a los ojos como si tuviesen fuego: —¿Piensas dejarme fuera de esto?

—Es lo más conveniente. Quiero que estés bi...

—Ese hijo de puta amenazó con asesinar a mi madre, es probable que haya matado a la chica de tu empresa ¿y quieres que me aparte sin más?

—Tengo un equipo trabajando.

—Yo soy parte de ese equipo.

—Nat. —Se da vuelta y toma mi mano. Me sorprende su contacto y aún más cualquier gesto de cariño de su parte—. Hoy hiciste algo enorme y eso lo valoro sobremanera. Pero no tiene sentido si tu vida corre peligro. Quiero que estés a salvo, lo... *necesito*... ¿entiendes?

—No, no te entiendo —le contesto, soltándome de golpe.

—¿Quieres que te deleguen alguna actividad?

Sus palabras son un insulto para mí.

Definitivamente no tiene idea de lo que está diciendo.

—No —sentencio—. Solo quiero que me dejes trabajar. Sola. Para eso tengo amigos en la

web.

—Oh, verdad... Tus amigos. —Siguen sin caerle bien pero este día me han salvado el pellejo como tantas otras veces yo hice con ellos. Pese a que les revelé mi identidad—. Y no estás hablando de Petrova o Marseille...

—Ahora que lo mencionas, trituré un teléfono de Serge poniéndolo bajo un bus. Le debo un teléfono.

—Malcolm —murmura Nick—, ¿mañana podrías...?

—Entendido, señor.

Ni siquiera termina la frase y ya he saldado una deuda. O dos. El auto y el celular de Serge. ¿Cómo es posible que mi vida haya cambiado tanto este último tiempo?

—¿Entonces? —insiste Jefferson.

—¿Entonces qué? —me giro a él y me cruzo de brazos.

—¿Aceptarás que el equipo te delegue alguna tarea?

Lo miro y suelto una risita socarrona.

—Encontraré a ese hijo de puta yo sola —contesto al fin.

Cierro los ojos y pienso en sangre.

Cierro los ojos y pienso en un acantilado.

Cierro los ojos y pienso en un dedo mutilado.

En un muerto violado.

En una chica desnuda.

En su carne podrida.

En sus ojos sin vida.

En un chico riendo con sangre en la boca.

En mi madre viva.

En mi madre muerta.

En mi hermana.

Pienso en papá.

Pienso en Babe. En Samurái. En Serge y Sophia.

Pienso en Nick.

Y abro los ojos.

No sirve que siga intentando dormir si los recuerdos son tan vívidos que me obligan a despertar atormentada a cada momento.

Me levanto de la cama de un envión y miro por el enorme ventanal que recubre la habitación; se puede observar toda la ciudad con sus luces titilando y las nubes cubriendo todo con sus sigilosos movimientos.

Estás ahí, pienso.

En alguna parte. Allá afuera. En esta ciudad, en otra pero en alguna parte te encuentras y te voy a encontrar.

Busco mi mochila en el armario y saco un cuaderno y un bolígrafo, y me incorporo en el escritorio al otro lado de la enorme habitación.

Empiezo una lista y anoto a cada uno de los sospechosos.

Alguien quiere hacerme daño.

Primero y principal: ¿por qué?, ¿qué busca?, ¿qué tiene que ver la web de Dirty? ¿Eso es causa o consecuencia de haber quedado enredada en semejante desastre?

Segundo: ¿quiere dinero? Evidentemente, no. O quizás llegué a él demasiado pronto como para

que lo gaste de su cuenta bancaria fantasma. No hay registros de que esa cuenta existía, era un blanco en los listados de las habilitaciones crediticias de este país.

Tercero: sospechosos.

Me devano los sesos pensando quién podría encabezar la lista. A lo largo de todo este tiempo he estado pensando en cada persona como un posible enemigo.

Entonces, ¿quién sería mi principal sospechoso? Por mucho que me pese: todos.

Empezando por Nicholas Jefferson. ¿Hay alguna probabilidad de que él lo esté haciendo para ponerme a prueba o algo por el estilo? No lo sé y quizás no tenga una manera de comprobarlo ahora mismo.

Siguiente sospechoso: Kaneki.

Quiso acostarse conmigo aun luego de que Nick le advirtiera que no lo hiciese. Yo quise valerme de esto para llevarle la contra y hacer arder su enojo. Hasta que todo se desbarrancó y desde entonces no he vuelto a tener noticias de él. ¿Se estará vengando de mí? ¿Será ese tipo de personas? No lo sé pero es culpable hasta que se demuestre lo contrario.

Siguiente: Ken. Toda persona que haya estado interesada en asociarse a una megaempresa pornográfica que además pretende ser secreta es digno merecedor de mi desconfianza. Y este hombre no ha hecho más que incrementar mis malos presentimientos desde que lo vi salir de darse una revolcada en el hospital con la harpía de Beatrice Lange.

Y antes de que pudiesen aparecer más nombres a la lista, un nombre más se cruza por mi cabeza y es como si hiciese un chispazo en mi interior.

¡Demonios, por supuesto! ¡¿Cómo no lo noté antes?! ¡¿Cómo no lo tuve en cuenta?!

Remarco con tanta fuerza los nombres que rompo la hoja:

Sospechosos:

1. Nicholas.
2. Kaneki.
3. Ken.
4. Jeill Nahej. El viejo socio de Clean & Dirty.

#047

#CALIENTE

Cada día es una esperanza. Cada día se busca eso por lo cual vienes luchando e intentando desde hace tiempo logre darte los frutos que esperas. Y una vez que lo tienes, haces todo lo posible por defenderlo, que no te lo quiten, por mantenerlo a salvo hasta que puedas lograr algo aún más grande.

Eso significa este hallazgo para mí.

Haberlo detenido.

Haber entendido las reglas de su juego.

Ahora tengo un nombre. Y debo comunicárselo a Nick cuanto antes. No importa que sea de noche. Si algo he aprendido es que *el mal* jamás descansa.

Arranco la hoja de mi cuaderno y busco las pantuflas que desentonan con el pijama que Anabel me ha regalado (prefiero creer que fue ella y no un servicio jeffersoniano a cada chica que trae a dormir a este lugar) y salgo de la habitación. El pasillo permanece iluminado pero en silencio. ¿Dónde se supone que está la habitación de Nick? ¿Y si lo sorprendo con alguien? ¿Y si cree que en verdad lo he ido a buscar para algo más?

No hay tiempo que perder.

Sigo andando y subo las escaleras, hacia el sector «privado».

En el piso de arriba me encuentro con un pasillo idéntico al de abajo pero con muchas menos puertas. Son tres: dos a un lado y una del otro. No sé qué serán estas habitaciones pero definitivamente son mucho más grandes que las del piso inferior.

Sigo andando hasta que escucho algo.

Golpes.

Gemidos.

Y más golpes.

Mi corazón da un vuelco y me detengo tras la puerta de donde proviene el sonido. Estoy furiosa y a la vez con ganas de sorprenderlo con las manos en la masa; la imagen de Beatrice Lange subida en su escritorio con el escote medio abierto me taladra los sesos desde hace horas.

Y entro.

Camino y presto atención a cada detalle... Hasta que distingo bien que los gemidos son producto de los golpes.

Quienquiera que esté ahí no la está pasando bien.

Mierda.

Me apresuro por abrir la puerta despacio con la mano libre buscando hacer el menor ruido posible y me infiltro en... ¿Un gimnasio?

#048

#EJERCICIO

El espacio es amplio; un poco más que la sala de entrada y dos veces la habitación que tengo en este edificio. Hay máquinas con espacios entre cada una de ellas, bancos planos, barras, discos, steps, mancuernas, prensas, poleas, sogas, pelotas, fierros, fierros y más fierros. Se respira un olor metálico en el ambiente junto con el perfume a lavanda que usan para limpiar la casa; a eso se suma el inconfundible olor a cuero y tabaco de un Nick Jefferson con la piel brillante de sudor bajo la media luz de un único fluorescente, encendido en el techo. Está de espaldas, enfrentado a una bolsa de boxeo que cuelga del techo, con las manos cerradas en dos puños, los nudillos marcados y la mirada compenetrada. Me pregunto si estará imaginando el rostro de alguien frente a sí. Lleva puesto solo un pantalón blanco hasta los talones. Está descalzo, con el torso desnudo, bañado por gotas de sudor que marcan la división de cada uno de sus músculos fornidos. De pronto me siento demasiado delgada y pequeña.

Hay un equipo de música encendido reproduciendo una canción un poco vieja de una banda que reconozco de inmediato; el hijo de puta de Anthony la odiaba pero yo la terminé amando. Muse. La banda de Matthew Bellamy que puso voz a una de las canciones más lindas que escuché en mi vida: «Neutron Star Collision».

Nick está escuchando «Supremacy»; siempre me pareció demasiado *hard* para mi gusto, sin embargo, escuchar ahora mismo los rasgueos de la guitarra eléctrica y la batería tronando en mi pecho hacen que la sensación de ver a Nick dando puñetazos a la bolsa sea aún más emocionante. Me hace sentir extasiada.

Avanzo escuchando la voz de Matthew decir:

No tienes tiempo,
te estoy vigilando,
ha llegado el momento de destruir...
tu supremacía.

Un puñetazo. Dos. Las gotas de sudor caen desde su frente y resuenan en mi interior como si fuesen golpes dentro de mi pecho.

Tu supremacía, tu supremacía. Jefferson supremo. Es extraño pero de esa manera lo siento al ver descargar su ira. Me da miedo pero no puedo dejar de acercarme a él.

Y empieza a darle patadas. Me mantengo a una distancia prudencial desde donde lo observo. Quedo de pie junto a un banco plano que tiene una barra colocada en la parte superior con cuatro discos cargados de cuarenta kilos cada uno.

La canción termina. Nick también. Queda de pie y por un instante puedo percibir su respiración agitada y su concentración.

—¿Qué haces aquí?

Su voz resuena en mis oídos y reproduce un cosquilleo explosivo en mi pecho. Ni siquiera se

da la vuelta al preguntarlo.

No espera respuesta. Yo tampoco siento que coordine lo suficientemente bien como para poder responderle.

Le da un nuevo puñetazo a la bolsa.

Y otro.

Tiene vendas blancas y sucias enredadas en cada una de sus manos. Las venas se le marcan como si fuese capaz de atravesar la gruesa capa de piel que las recubre.

Arranca «Exo-Politics», de un disco mucho más viejo de Muse pero con un ritmo que convierte a esa canción en una de mis favoritas. El ritmo es bastante pegadizo, mucho más que la secuencia que persigue «Supremacy».

*Cielos abiertos sobre mí,
estoy esperando pacientemente,
espero por un signo.*

*Como conspiraciones descansan,
tú serás un golpe duro...
o liberas tu mente,
o permanecerás hipnotizada.*

Ahora mismo mi cabeza es lo contrario a tener la mente cuadrada o atada. Dejo que se libere mientras me acerco a él. Escucho la canción y me detengo frente al equipo de música. Nick golpea la bolsa y sigue concentrado en su entrenamiento. Yo dejo de ser espectadora y empiezo a bailar.

Me muevo al ritmo de las guitarras eléctricas, de la voz de Bellamy, de la batería haciendo arder mi sangre.

Nick me mira por el rabillo de un ojo. Intenta no distraerse. Se esfuerza en seguir dando puñetazos. Yo sigo bailando.

Su respiración me mueve, me llena. Su pecho que se conmueve. La comisura izquierda de sus labios se te tuerce y suelta una pequeña media sonrisa que se le escapa frente al intento por sostener la seriedad.

—Vamos —lo invito—, baila conmigo. —Me acerco a él y se apoya en la bolsa y los brazos se contornean bajo la luz eléctrica y las capas de transpiración.

—Olvidalo —me dice, aunque el brillo en sus ojos me señala que parece divertido.

—Vamos.

—Yo no bailo. Te estás valiendo de la música con la que entreno para convertirla en una pista de baile nocturno.

—Y tu bonito gimnasio en una pista de baile. Bailar o pelear, dos labores donde se debe utilizar firmemente el cuerpo. Todo el cuerpo.

Las últimas palabras abren un surco en su mente y logro así captar su interés. Justo ahora se me ocurren un montón de maneras en las que podríamos usar todo el cuerpo, y algo me dice que él ha pensado lo mismo.

—Bien —me dice—, pero será como a mí me guste.

—¿A qué te refieres? —Levanto una ceja.

Su rostro se ensombrece y esa extraña risita divertida en su semblante se convierte en una invitación.

Da unos pasos hasta mí mientras se desenrolla las vendas de las manos.

—Oh —murmuro—, ya entendí.

Camino a su vez y lo evado. Apoyo mis manos sobre la bolsa y le digo como quien no quiere la cosa:

—Me estás invitando a pelear.

Él se queda de pie con frustración.

—¿Qué? —masculla girándose a mí.

—Esto —le digo dándole palmaditas a la bolsa—, quieres que le dé golpes como lo haces tú.

Él frunce el entrecejo.

Cierro mis puños y enfrento la bolsa. No puede ser tan difícil.

—Hazlo —me desafía y se cruza de brazos—. Entrena. Golpea la bolsa.

—Eso es sencillo.

—Entonces, adelante. Quiero ver cómo lo haces.

Trago saliva. Y respiro. Me armo de valor e intento dar un puñetazo con todas mis fuerzas pero no lo logro.

—¡Auuuch! —me quejo y sacudo mi mano en busca de recuperarme. ¡Eso dolió!—. ¡Esto es como una roca!

—Tú querías pelear.

—¿Cómo rayos haces para sacudir esta bolsa a puñetazos?

—Entrenamiento. ¿Tú qué tan entrenada estás?

—Pues, me gusta salir a correr.

—¿Y de brazos?

Me encojo de hombros.

—Casi todas las semanas practico ejercicios caseros o intento sostener mi propio peso. Suelo practicarlo para que el sedentarismo de la vida estudiantil no me gane.

Él levanta una ceja, con interés.

—¿Así que vienes bien ejercitando los brazos?

—Supongo.

—¿Y el abdomen?

—Seré delgada y pequeña, pero muy fuerte.

—Es bueno saberlo. ¿Y qué tal se te dan las sogas?

#049

#LIBERADA

—Desde los doce años que no salto.

Él ríe con mi respuesta, a lo que no veo qué gracia tiene.

—Elige una canción. Armaré un circuito de ejercicios —me dice él y por algún motivo el tono ronco en su voz me hace pensar en la malicia con la que habla.

Voy hasta el celular que tiene conectado al equipo de música y noto que está vinculado a una cuenta de Spotify Premium; son solo canciones guardadas.

—¿Ni una *playlist*? —le pregunto, dándome vuelta.

Está sobre un step, bajando la bolsa que cuelga del techo.

—Suelo estar un poco ocupado para eso —me contesta.

—Oh, disculpe, doctor.

Él suelta una pequeña carcajada que me suena placentera. El sonido de su risa. Esa que siempre se esfuerza tanto por contener. ¿Es que no le gusta? ¿Se siente incómodo? ¿Débil? Sea lo que sea, necesita reír más, de eso no cabe duda y me alegra saber que conmigo puede hacerlo.

Elijo entre las canciones que tiene guardadas y armo una *playlist*. No todas me gustan, algunas son heavy metal, a otras ni siquiera las conozco. Busco también entre mis favoritas y termino armando una lista de reproducción según los gustos de ambos.

Pienso en un título mientras lo observo colocar una sogá gruesa desde el gancho donde antes colgaba la bolsa.

—¿Qué se supone que haces? —le pregunto.

Él ríe.

—Jugar —contesta por fin con sarcasmo.

La respuesta me sugiere el nombre para la *playlist* que acabo de armar: «Los juegos de Jefferson».

—Nat —me llama el jefe—. Ven aquí.

Sigo su voz hipnótica.

—Sujétate de los extremos de la sogá —me ordena.

Qué circuito más extraño.

Lo hago. Y debo ponerme en puntitas de pie debido a la altura.

—¿Y bien? —le pregunto—. ¿Debo ejercitar las piernas? ¿Ganaré tonicidad en el abdomen, la cintura?

—Aún no —me dice y se aleja hasta la pared—. Sostente firme y por nada pienses en soltarte.

—Bien —contesto apretando la sogá con fuerza... hasta que se mueve.

Levanto la cabeza y distingo que la sogá está subiendo.

La cadena que sostiene el ancho del cual colgaba la bolsa se está enroscando gracias a una polea que levanta la sogá y, en consecuencia, ¡me está levantando a mí!

—¿Qué haces?! —le digo.

Considero la idea de soltarme pero cuando bajo la mirada estoy casi a mi propia altura. ¡Carajo!

—Jugando contigo, Nat —me dice y su voz se oye casi como el ronroneo de una bestia.

—¡Bájame! —le ordeno.

—No aún.

—Esto está muy alto —le digo, muerta de miedo. Estoy al menos, a un metro sesenta del suelo. Puedo soltarme, sin embargo, me dañaría con la caída.

—Perfecto —contesta y traba la manija.

Dejo escapar aire caliente desde mi garganta. Hay una extraña opresión en mi pecho que me hace sentir preocupada, como si mi vida corriese peligro si me suelto de las cuerdas sujetas a la cadena del techo. Qué carajo tiene Nick en esta casa-edificio. Mientras más suben los pisos, ¿más profundo se entra? ¿Qué es esto? ¿Internet?

Observo a mi lado justo cuando la cadena en el techo hace un «clic», y es que Nick acaba de ponerle el seguro a la polea desde la cual me ha subido. Sus ojos son como los de un animal nocturno.

Camina hasta mí y sus pectorales definidos resaltan bajo la luz mortecina del lugar. Su gesto oscuro y tenebroso evidencia que parece haber sido poseído por algún demonio. Una media sonrisa adorna su rostro pero inspira peligro.

Sus pies descalzos avanzan sobre el suelo del gimnasio y se acerca lentamente a mí, divertido con que cada vez me cueste más sostenerme.

Mis bíceps empiezan a temblar justo cuando está delante de mí. Lo observo desde arriba y mi respiración se agita cada vez más, como si el riesgo de que me fuese a ocurrir algo extremadamente malo fuese inevitable.

—No... puedo... más... —le suplico.

—¿Necesitas que te ayude? —me pregunta.

Asiento.

—Bien —contesta.

Y levanta sus manos hasta colocarlas en la cintura de mi pantalón pijama. ¿Qué hace? Me produce un ligero cosquilleo que tiene por efecto acrecentar mi dificultad por sostenerme de la sogá trenzada.

Desde el elástico del pantalón desliza una de sus manos por mi abdomen y me acaricia hasta llegar a la juntura delantera de mi sostén. Pasa su dedo índice y tira de él hacia abajo.

—¡Me voy a... caer! —le digo y presiono mis piernas para evitar ese incómodo cosquilleo que se me ha desencadenado en el interior y que me pone en peligro cada vez que el tacto de Nick impacta contra mi piel.

—No puedes hacerlo —me contesta.

Y sigue tironeando.

El mayor problema no es que me empuja, sino que mi interior es un insoportable estallido de excitación.

Entonces trato de concentrarme en la música... La voz ronca de Jesse de The Neighbourhood me ayuda a relajarme y entrar en consonancia con la locura de Jefferson.

Hasta que logra su cometido y me rompe el sostén. Lo hace añicos con una sola de sus manos y lo arroja al suelo.

A continuación vuelve a mi pantalón y con el mismo dedo índice me lo baja dejándome en bragas. Lo observo desde arriba y aunque una pequeña vocecita de mi sentido común me sugiere que debería deshacerme de él, no quiero hacerlo. Noto su cabello revuelto y sus manos quitándome el pantalón de pijama hasta que este queda en el suelo.

Levanta la mirada y su rostro queda expuesto mitad a la luz y mitad a la sombra evidenciando

uno de sus ojos tan claros como el hielo y otro tan oscuro como los de una pantera.

—Te daré una mano —dice—, o algo más.

Se mete entre mis piernas y yo cedo como si fuesen de gelatina. Él me toma por la cintura y me baja. Cuando lo hace, sus labios rozan la fina tela que recubre mi entrepierna y me estremezco.

Acto seguido me incorpora sobre uno de sus hombros y mi rostro queda de frente a su enorme espalda.

Empieza a caminar conmigo a cuestas.

—¿Qué haces? —le pregunto.

Y me da una nalgada en el trasero.

—Ejercicio —contesta.

Observo de lado que se dirige hasta los tubos que sostienen los discos más pesados. Hay una parte intermedia en la cual hay tubos sin discos ni tubos en la parte superior. No entiendo por qué hasta que veo una de las manos de Nick tomando uno de los tubos y con esfuerzo lo empuja hasta develar una repisa de hierro.

—Asombroso —señala. Y creo que se refiere a su obra perversa de estar transformando el gimnasio en una oda al sadomasoquismo, o mejor dicho, en algo similar a una sala de elementos medievales de tortura.

Me incorpora sentada sobre la repisa y mis rodillas quedan apoyadas contra sus pectorales. Al comienzo la sensación del metal es fría, pero las manos de Nick me calientan de solo acercarse a mí.

Acto seguido tira unos discos de uno de los tubos de abajo y los escala como si fuese una pista de montañismo; del interior de uno de los tubos superiores saca una funda de cuero negro con una argolla.

—¿Qué carajo es este lugar? —le digo, perpleja e inquieta por intentar descubrir qué cosas esconde este gimnasio y en lo que se puede transformar.

—Donde hago ejercicio —me contesta guiñándome un ojo.

Me pasa la funda de cuero que resulta ser un collar y lo cierra usando ambas manos. Su firmeza y decisión evidencian experiencia. De otros tubos saca dos fundas de cuero más y me coloca una en cada mano. En todas cuelga una argolla.

Se dirige hasta una cajonera próxima al lugar donde está incorporado el equipo de música y saca una cadena con múltiples extensiones.

—Quítate la camiseta —me ordena, y yo no puedo quitar mis ojos de estupefacción de esas cadenas—. Hazlo.

Me espabilo y sigo sus instrucciones. Me la quito y la arrojo a un lado.

De los extraños recovecos en la armazón de hierro, mi jefe saca una ruedita con puntas de hierro que parecen ser un... ¿cortapizza?

—¿Qué es eso? —le pregunto, espantada.

—Es para darte placer.

—¿Vas a cortarme? Ya sabes... literalmente.

Él me mira. Y coloca las rueditas sobre la piel sensible de uno de mis senos. Una sensación electrizante me inunda el pecho.

—Solo si te mueves —contesta, desafiante.

Carajo.

Desliza la ruedita lentamente por mis pezones y dejo escapar una exhalación ahogada. Hasta que llega a mi abdomen, mi ombligo y se detiene en mi pubis, donde lo saca y bajo la mirada como si pudiese entender qué está sucediendo.

Entonces Nick se acerca a mí y me toma por sorpresa cuando cierra su boca en uno de mis pezones. Un resoplido escapa desde mi garganta y cierro los ojos. Chupa uno y luego el otro.

—Deliciosa —murmura él como el gruñido de un tigre.

Deja la ruedita en su lugar, cierra las cadenas en mi cuello y luego las de mis manos, dejándolas en alto.

—Eres mía —sentencia—, toda para mí.

Me he quedado sin opciones... estoy sentenciada a ti, maldito y hermoso demonio.

Ni siquiera soy capaz de disponer sobre mi propia persona; su posición de dominación me hace sentir extasiada.

Acto seguido toma mis piernas y las cruza sobre sus hombros.

Rompe mis bragas con los dientes y el mundo empieza a arder en intensas llamaradas de fuego cuando su boca impacta en la sensibilidad de mi piel.

#050

#HUELLAS

—¿Qué tienes tú con los gimnasios?

—El derecho a darme ciertos gustos.

Tomo la camiseta de mi pijama de camino a encontrarme con Nick. Está levantando mancuernas de frente a uno de los espejos completamente desnudo. Las pesas no son muy grandes, lo cual evidencia que no es inmune a las consecuencias que el sexo deja en la carne humana.

—Tú acabas de transformar este lugar en un puto cuarto de juegos sadomasoquistas.

—El sadomasoquismo implica una parte que disfruta de que le infrinjan dolor y otra que le fascine provocarlo. ¿Tú encajas en alguna de las dos categorías?

Veo mi reflejo en el espejo y capto que tengo el entrecejo fruncido.

—¿Y tú? —lo provoco—. Yo... —titubeo en mi confesión—, para nada.

—Yo tampoco. Esto es absolutamente consentido y ninguno de los dos sale lastimado... físicamente.

¿De qué otra manera se podría salir lastimado de algo así?

—¿Entonces de qué se trata? —insisto—. ¿Es que cada habitación de esta casa guarda un espacio donde puedes saciar alguno de tus gustos personales, doctor?

Él suelta un suspiro y deja la mancuerna en el suelo. Me mira a los ojos desde el reflejo en el espejo. Y es la señal que necesito para captar que he dado en su talón de Aquiles.

—¿Qué sucede? —le pregunto al oído sin despegar nuestros ojos del cristal—. ¿Te ha incomodado que te recuerde que eres un prestigioso profesional que salva la vida de decenas de personas por día? ¿Qué pasa con eso? ¿Temes que se enteren que te gusta encadenar chicas y hacérselo contra los rincones de tu lindo gimnasio personal? Creo que el término de «doctor» pesa demasiado en alguien como tú, Nick Jefferson.

—¿Cómo es posible —pregunta dándose la vuelta al fin y enfrentándome— que una chica tan pequeña y tan linda como tú sea a la vez tan maleducada, perspicaz y... por demás atrevida?

Sus enormes pectorales firmes como roca están frente a mí, aunque intento que semejante hecho no me intimide. Lo intento.

—Quizás —reúno el coraje para responder a esa masa de músculos de venas latiendo bañadas en sudor que hay delante de mí— eso mismo te lo esté diciendo alguien a quien también le pesa el título de «doctora».

—No es sencillo.

Él coloca dos dedos bajo mi mentón y lo levanta para encontrarme con los glaciares que hay en su mirada.

—¿Qué es a lo que más temes? —me pregunta.

—Yo... —Trato de esquivar su mirada para esclarecerme un poco y lo primero que aparece como una aproximación de respuesta a su pregunta es «que algo malo le suceda a mi madre», «que a mi hermana le falte algo porque me eligieron a mí para estudiar», «que algún día desaparezcas de mi vida». No obstante las palabras no me salen y él me anima:

—Qué es aquello a lo que más le temes como doctora, Nat.

—Creo que... a que muera uno de mis pacientes.

Él levanta una ceja.

—¿En verdad? —No se oye muy convencido—. Has abierto más cadáveres de lo que una persona corriente ve en toda su vida, más de una vez has tenido que comunicar a alguna familia el fallecimiento de algún paciente, te enfrentas con la muerte a diario y ¿le temes a eso? En tal caso, no podrías ser médica, si eso es a lo que aspiras.

Suspiro. Me ha atrapado.

—También me asombra *su* perspicacia, *señor Jefferson*. —Me deshago de sus dedos que me sostienen el mentón—. Y es evidente que ya conoces la respuesta.

—Así es —asiente—. A lo que más le temes es a hacer mal tu trabajo. También te preocupa un pulcro historial profesional y ten en cuenta que esto lo dice un adicto al trabajo. Pero, al igual que ocurre conmigo, también tienes el peso de que un título diga que harás las cosas bien. También temes que algunos gustos personales, que algunas de tus fascinaciones más íntimas, tiren por la borda todo el empeño que le pones a ser una buena profesional de la salud. Temes que si salen por la puerta de la morgue, inculpen esas fascinaciones ocultas que tanto te empeñas porque no sean develadas...

—Y ahora mismo —lo interrumpo, hablando por ambos—, hay un terrible hijo de puta que conoce esos gustos de mierda que te hacen ser quien eres, y despiertas cada día, te duermes cada noche sabiendo que algo que la sociedad juzga como inmoral puede dañar tu apellido intachable. Sí, Nicholas Jefferson. Estamos jodidos.

Las manos de Nick se cierran en mi cintura. Esta vez, la firmeza de antes se convierte casi en una caricia; en ambas ocasiones inspirando confianza y seguridad.

—En todos hay un historial que nos avergüenza y está acá, en nuestra cabeza. —Se señala la sien—. Es imposible de borrar. Las huellas imposibles de quitar son las que buscan ustedes, los *hackers*, ¿verdad?

—¿Qué hay de ti? —le pregunto acercando mi rostro lo máximo que puedo considerando que es veinte centímetros más alto que yo—. ¿Cuáles son tus huellas, Nick? ¿Cuál es ese pasado que guardas en tu cabeza y es imposible de borrar?

Sus pupilas tiemblan.

Sus manos también.

Su boca ha quedado entreabierta.

—¿Cuál es tu historia, Nick?

Y es todo lo que hace falta para que se aparte de mí y busque sus pantalones. También desconecta el celular con la música y se viste antes de dirigirse a la puerta.

—Es hora de irse a la cama, Natalie.

—¿Cómo dices?! ¡Estamos hablando!

—Lo estábamos. Hasta que...

—¿Hasta qué, Nick?

Se detiene en la puerta antes de salir y se queda escuchando mis provocaciones.

—¿Hasta qué?— continúo mientras advierto que soy un puñal escarbando en una herida podrida y añeja—. ¿Hasta que te he pedido saber algo concreto de tu persona? ¿Hasta que quise que me digas una puta cosa de lo que hace a tu historia? ¿Por qué tienes derecho a saberlo todo de mí y yo no puedo conocer ni siquiera si tienes novia? Vamos, Nick, confiesa. ¿Estás casado? ¿Tienes hijos? ¿Los tuviste alguna vez? ¿Tienes hermanos, padres, abuelos? ¿Alguna vez te enamoraste de alguien? ¿Por qué eres de esa manera con los demás? El mundo no tiene la culpa de la mierda que hay en tu cabeza. Deja de comportarte como si los demás merecieran que los trates

como basura.

Cuando termino de hablar, noto que respiro agitadamente y es que el silencio sepulcral que gobierna el gimnasio se ha vuelto atronador. Ensordecedor. Solo quería que hablara conmigo, que confiase en mí...

Hasta que se mueve, y cada milésima de segundo se torna interminable. Da la vuelta y me mira. Sus ojos evidencian estar dolidos aunque no hay lágrimas en ellos. Solo el sudor brilla en su frente y su cuello.

—¿Qué harás si no quiero decirte una puta palabra sobre mí? —suelta al fin y mi corazón se detiene—. ¿Qué harás, Nat? ¿*Hackearme*? ¿Meterte en mis computadoras? ¿Revelar a todo el mundo lo que soy? Tengo una novedad para ti: ya me odio lo suficiente como para que debas recordármelo.

—Nick, yo...

Pero en menos de lo que dura un rayo, se va del gimnasio y el ruido del portazo queda clavado en mis oídos.

#051

#DESPEDIDA

Despierto temprano. Aún no ha amanecido y siento mis ojos amoratados debido a que he dormido menos de dos horas. Armo mi maleta y antes de salir de la linda habitación en la que he subsistido estas últimas horas busco mi computadora y entro a la cuenta del banco. Tengo todo en orden. Realizo una transferencia a Kaneki de quinientas libras por haberme pagado la cena de hace un par de semanas (fue la pasta más deliciosa que probé en mi vida) y hago otra a mi hermana de diez mil. Seguramente sabrá hacer algo bueno con ello. Por un momento considero enviarle la mitad de lo que tengo, pero tampoco quisiera levantar sospechas de dónde proviene el dinero.

Una vez que salgo arrastrando la valija, me encuentro a Anabel pasando la aspiradora y escuchando música desde un par de auriculares mientras silba bajito.

Me ve al pie de la escalera con el cabello húmedo, mi vieja ropa y una maleta a cuestas.

—Señorita Hale —dice con asombro—. Se ha levantado antes de lo previsto... Ahora mismo le preparo el desayuno.

Mira la maleta de refilón en varias ocasiones y noto que si bien se muere por preguntar, no lo hace.

—No es necesario, Anabel. Ahora mismo me marcho. De todas maneras, muchísimas gracias por su hospitalidad. Es una persona asombrosa, realmente no comprendo qué hace trabajando para... ese hombre...

—El señor Jefferson es muy agradable conmigo y hasta el momento es quien mejor me ha tratado. De todas maneras, le agradezco su preocupación, señorita Hale.

Por algún motivo, siento que estamos hablando de dos personas distintas a menos que esta señora tenga el Síndrome de Estocolmo.

—Es mejor que me vaya —le digo por fin.

—Señorita. —Deja la aspiradora a un lado y se adelanta hasta mí, limpiando sus manos con un paño que cuelga en su cintura—. El señor Jefferson nos ha indicado que corre peligro y tenemos la obligación de protegerla a menos de que usted no lo desee así.

—Lo cual quedará más que claro una vez que me haya ido.

—Es una persona de buen corazón —añade y sus adulaciones comienzan a incomodarme—, sabe que aquí será muy bien recibida. Es evidente que el señor... quiere protegerla.

Sus últimas palabras me resultan de una extrañeza enorme.

—¿Y qué le hace pensar eso? —le pregunto sin sonar irrespetuosa, más bien sin comprender del todo.

Ella se coloca una mano en el corazón y dice:

—Usted es la primera persona a quien el señor Jefferson trae a dormir a la casa. Además... hay un brillo en sus ojos. Si se va, le arrancará también esa chispa de alegría...

Las palabras de Anabel me han acorralado. De pronto es como si la distancia fuese demasiado corta y a la vez eterna para poder llegar a la puerta. Me siento en peligro. ¿En verdad Nick trata bien a las personas que trabajan aquí? ¿Qué tanto lo conoce Anabel? ¿Por qué me cuenta estas infidencias? ¿Por qué quiere ver bien a Nick? ¿Podría ella contarme sobre él?

—Anabel —murmuro—, me quedaré hoy solo si puede responderme una pregunta.

Ella parpadea y me habilito a decir lo que estoy pensando:

—¿Quién es Nicholas Jefferson?

Ella tuerce el gesto.

—Me temo que no podré responderle eso, señorita Hale.

Mi corazón se cae al piso y debo juntar todos mis pedazos antes de dirigirme a la puerta.

—Espero que nos volvamos a encontrar algún día.

Intento sonreír pero no puedo.

Y escapo de ese infierno.

#052

#FAMILIA

Llego al hospital demasiado temprano y con una valija a cuestas. El guardia de seguridad que está de turno se sorprende al verme y me intercepta:

—Disculpe, pero ¿adónde se dirige?

—A mi lugar de trabajo. Soy alumna residente en este hospital.

—Muéstreme su identificación, por favor.

Resoplo y busco mi cartera. El guardia no deja de mirar mi valija y chequea mi identificación una vez que se la paso. Luego observa su reloj de mano.

—Me temo que no podrá pasar sino hasta las seis, señorita.

—¿Qué? Este hospital es público y yo trabajo aquí.

—Puede aguardar en la sala de espera hasta las seis.

—¡Solo quiero pasar a mi oficina!

—No podrá ser posi...

—Se terminó tu turno, Daniel.

La voz me resulta familiar y es una salvación.

Una chica con el uniforme de policía y mochila ingresa desde una puerta lateral y me sonrío al verme.

Es Julie.

Mi prima Julie.

Cuando me vine a vivir a Yorkshire, una sobrina de mi madre a la que quiero mucho habló conmigo para tratar de salir del agujero del que veníamos. Me confesó su interés de entrar en la fuerza policial y el hecho nos sorprendió mucho a todos. Siempre había sido fanática de los libros de guerreros y de mujeres valerosas. Quizás su decisión de entrar a la seguridad se basara en las páginas de la biblioteca que se había armado con los libros que encontrábamos en la basura.

Verla me sorprende mucho. Si bien es tres años menor que yo, siempre tuvo una contextura más grande que la mía; el destino y la genética la dotaron con lo que a mí siempre me faltó: un gran busto y altura.

—¡¡Julie, te graduaste!! —aúllo apenas la veo y dejo caer mi maleta para que ambas nos abracemos con fuerza mientras el tal Daniel nos mira.

Al abrazarla me percaté de cuánto la he extrañado todo este tiempo. La última vez que nos vimos fue hace algunos años cuando nos infiltramos en las salas de un cine para ver *Escuadrón suicida*. Cuando entramos, hacía unos minutos que había comenzado, pero igual fue una película que a ambas nos dejó fascinadas... sobre todo porque aquella fue la primera vez que vi una película en el cine.

En una ocasión un pretendiente me llevó luego a ver *Maze Runner*, pero ya no fue lo mismo, no tuve la misma emoción de aquella primera vez y con la adrenalina de estar rompiendo una norma.

Ella es quizás la persona que mejor me conoce en el mundo, después de mi mamá. Es hija de un hermano de mi papá y si bien nunca estuvo en la extrema condición de pobreza que yo, también le

tocó pasar por carencias y hambre en más de una ocasión.

Si se enterase de que ahora mismo tengo casi un millón de los grandes en mi cuenta bancaria, se infartaría. O me llevaría detenida.

—No puedo creer que al final te metieras en seguridad —le digo con lágrimas en los ojos tras separarme de ella—. A ti te gustaba cantar, decías que tendrías la voz de Christina Aguilera si la entrenabas y viajarías por todo el mundo. Sin embargo, ¡mírate!

—Opté por ser un poco más realista. —Se encoge de hombros—. Creo que esta es la mejor versión de mí misma: alguien que hace algo por los demás, y encima me pagan. Además, tomo clases de canto en un teatro pequeño pero ese será siempre nuestro pequeño secreto. Por cierto, gracias por haberme conseguido la entrevista para el hospital.

Eso fue hace tiempo. Casi un año podría decirse, para ese entonces ella aún no estaba graduada de la Escuela de Policía.

A decir verdad, fue mérito de Sophia ya que su padre trabaja allí.

—De nada. ¿Has desayunado? Muero por un café con donas. Además, yo invito.

—Nat, estoy de turno. Pero te tomo la palabra para uno de estos días. Y la vez siguiente invito yo.

La sonrisa de ambas va decayendo en cuanto ambas nos percatamos de algo...

—Guau —dice ella—, quién lo diría. Aquí estamos hablando de quién invitará a quién. La última vez que llevé a mis padres a cenar tuve que insistirles para que pidieran lo que desearan comer y no basándose en el precio más barato.

—Gracias a ellos hoy nos podemos permitir un poquito de aquello que siempre aspiraron para nosotras —murmuro.

—Definitivamente fueron buenos padres. Lo son... Y tu madre lo es. Estoy segura de que el tío nos ayuda desde dondequiera que esté.

Mis ojos se han cubierto por una nueva y cálida capa de lágrimas.

—Es probable —murmuro sorbiéndome la nariz con el dorso de una mano—. Me gusta creer que todos tenemos un ángel protector. En la tierra o más allá de ella.

Mi voz se quiebra al recordar a Nick.

«Es evidente que el señor quiere protegerla...»

Quizás, si anoche no se hubiera portado como un idiota y se hubiese marchado sin más... Al igual que hice yo hoy por la mañana.

#053

#FEED

Paso varias veces por el despacho de Jefferson buscando una excusa válida para acercarme y, al menos, agradecerle su hospitalidad. De momento no tengo decidido volver al edificio de Manuel García, a esa vieja caja de zapatos donde se supone que vivo; si el edificio de Jefferson sigue estando disponible, me lo pensaría...

Imagino que luego de la discusión de anoche, no debe tener muchas ganas de hablar conmigo, pero los dos nos equivocamos.

Podría empezar con algo como «Doctor, ya tenemos los suministros que faltaban... Por cierto, muchas gracias por haberme recibido y dado protección en estos días, también por haberme dado contra el tablón del gimnasio y haberme colgado de una sogá». No, no, no. A ver: «Querido Nick...». ¿Qué es esto? ¿Una carta? Por favor, Nat, esfuérzate: «Nick, necesitamos hablar con seriedad... Digo, doctor Jefferson. No sé cómo prefieres que te llame ahora, luego de lo de anoche, pero lo cierto es que he venido a agradecerte y nada más. Te veo luego».

Eso es. Tengo las palabras justas.

Las ensayo una vez más hasta que una persona con el uniforme de los residentes de bioingeniería se planta delante de mí.

—Creo que harás un surco en el suelo si te sigues paseando de esa manera.

Es Serge. Me mira de manera extraña pero divertida a la vez, tiene las manos cubiertas con guantes y las antiparras oscuras del laboratorio colgando del cuello de su chaqueta verde musgo.

—Ey, Serge —murmuro muy sorprendida—. ¿Cómo estás? Yo... solo... andaba por este pasillo porque me iba para allá.

—Llevo viéndote ir y venir en el mismo diámetro de baldosas desde unos cien metros. ¿Va todo bien con Jefferson?

—¿Qué? ¿Por qué lo preguntas?

—Digamos que ahora mismo estás de pie sobre su despacho y le has dado tantas vueltas como para trazar un camino en el suelo.

—Yo... ¡No me había dado cuenta!

—¿Querías decirle algo? Yo también lo estoy buscando para hablar sobre su proyecto del laboratorio y no sé si sea buena idea. Lleva tiempo sin revisarlo.

Carajo, ¡yo también lo había olvidado!

—Creo que iré ahora mismo a revisarlo —le comunico—. Por cierto, ¿sabes dónde está Nick? Él tuerce el gesto.

—¿Nick? —pregunta.

¡Demonios!

—Jefferson —me retracto.

—Supongo que en consultorio o en reunión.

—Oh, muchas gracias —le digo y me dirijo hasta el laboratorio para corroborar el estado del crioconservador, aunque escucho su voz a mis espaldas:

—¡Gracias por el celular nuevo! ¡Tu amigo me lo dio!

¿Mi amigo? Ah, claro. Malcolm.
Hasta que recuerdo que...
Dios santo. Dios santo. Dios santo.

GiveMeTheDrugsBabe: Pastelito, dónde te has metido.

GiveMeTheDrugsBabe: Por favor, Pastelito, revisa tus mensajes en nuestro servidor alternativo.

WhoIsTheSamurái: Creí que había quedado fuera del equipo por romper las normas y habernos hecho a nosotros romperlas también.

GiveMeTheDrugsBabe: Eso no quita que la seguiré ayudando.

WhoIsTheSamurái: Podría exponernos ese tipo de cosas a menos que reveamos nuestras reglas.

GiveMeTheDrugsBabe: Le hemos salvado la vida y lo volvería a hacer.

WhoIsTheSamurái: Me haces partir la cabeza, pero debo admitir que tienes razón. Creo que se ha ganado nuestro binario afecto.

Salgo corriendo hasta el laboratorio y saco del crioconservador el proyecto Cuerpos. Reviso la temperatura, su estado, la composición genética y, por suerte, nada se ha visto alterado en demasía salvo por algún que otro detalle.

De pronto escucho pasos. Será la costumbre de estar a la defensiva todo el tiempo en estos últimos días, pero busco algo para defenderme. Encuentro una lapicera sobre el escritorio de Nick y la empuño como si fuese un cuchillo. Aguardo mientras la puerta del laboratorio se abre y los pasos se acercan a velocidad notable.

Sophia se aparece por la puerta. Está agitada y pálida, como si hubiese visto un fantasma.

—¡Nat!

Trae su celular en mano. Verla preocupada me genera un nudo en el estómago.

Se acerca a mí y me abraza con fuerza.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—¿Que si estoy bien? —dice ella—. Te he dejado mil llamadas y mensajes, y no me has respondido. ¿Y qué es ese video que no dejas de enviar?

—So... Sophia, me estás abrumando. Ve despacio. ¿Que yo he hecho qué cosa?

—Subiste ese maldito video a todas partes.

—Ayer perdí mi celular. Quizás por eso no te respondí a las llamadas o a tus intentos de comunicarte conmigo. ¿Podrías explicarme qué está sucediendo? Cerré mi Instagram y mi Facebook.

—Creo que estás equivocada porque no lo hiciste.

—¿A qué te refieres?

—Ay, mierda...

Sophia se lleva una mano al rostro y empalidece aún más.

—Tienes que ver esto —dice levantando su celular y me muestra.

Es un video que está en mi perfil de Facebook. La descripción está acompañada de una carita enfurecida que dice:

Sigue jugando, perra sucia

Y el video empieza.

En él aparezco yo ingresando al despacho de Jefferson. Él se levanta y me recibe acorralándome contra la puerta.

Mi voz se oye extraña cuando digo lo peor que podría haber dicho:

—Es una emergencia que solo usted puede atender...

Nos grabó.

Nos grabó desde la computadora de Nick.

Solo pudo hacerlo durante unos minutos, ya que cerré la máquina al pasar, pero el micrófono siguió tomando el audio.

La pantalla se pone negra, aunque en el diminuto parlante siguen los gemidos y mi corazón se rompe en un millón de pedazos.

Acaba de suceder aquello a lo que tanto miedo le teníamos.

Acaba de estallar la bomba.

Se sabe... todo el mundo... lo sabe.

Ya nada será igual.

#054

#LLAMADOS

—Malcolm, ¿me oyes? Te estoy contactando desde el celular de una amiga. Te habla Natalie Hale. Hablo para solicitarte personalmente que me proveas de un celular nuevo cuanto antes. Sin datos de nadie ingresados previamente y pongo rigurosidad en esto. Lo necesito de inmediato, estaré en el laboratorio del hospital.

—Malcolm, te habla Nick. Haz lo que Nat te dice. Y mantente preparado por si tenemos que salir de este infierno en menos de lo que dura un disparo.

—Hija, hay mucha gente fuera de casa. Policías, hombres a quienes no se les ve la cara, otros de traje; han rodeado el edificio completo y los vecinos no saben que se trata de nosotros. Ellos tampoco dan información y con tu hermana no sabemos nada, ¿puedes decirme qué es lo que está sucediendo?

—Mamá, tranquilízate. Si hubiese sucedido algo grave ya te lo hubiese dicho, pero te he contado lo que te he podido contar. Te aseguro que en cuanto pueda liberarme de cierto... trabajo, te iré a visitar y nos tomaremos unas vacaciones.

—¿Qué estás diciendo, cariño?

—Luego de que culmine con mi trabajo, me tomaré unas vacaciones y te llevaré una semana a alguno de los paraísos terrenales a los que van los ricos. Podremos darnos ese beneficio. Pero, por ahora, debo terminar mi trabajo.

—Hija, ¿tú...?

—No llores, mamá.

—¿...en serio? ¿Tu trabajo te paga tan bien como para que podamos hacer un... viaje? Santo cielo, Nat. ¿Tu hermana podrá venir con nosotras?

—Claro que sí, mamá. Ella te ha cuidado todo este tiempo y merece tanto como nosotras una visita a la playa.

—Entonces... que no sea la playa sino Venecia. Siempre he soñado con conocer ese lugar. Además, de ir a la playa, no tendría mucho por hacer ahí. ¿Puedes concederme ese favor?

—Pásame el mov...

—Aguarda, cariño. Estoy conversando con Nat.

—... pero mamá.

—¿Qué sucede ahí?

—¡Cariño, devuélveme el celular! ¿A dónde vas?

—Nat, ¿qué le estás diciendo a mamá? ¿Es que acaso estás loca? Mamá está muy enferma, debes cuidar tus palabras.

—Por favor, yo no...

—El maldito tumor se está extendiendo, le ha tomado la médula y no le queda mucho más. Así que o te decides a venir a visitarla y hacerte cargo de ella un maldito día o al menos sacas ahora mismo a esos tipos de gafas oscuras que nos están rodeando desde hace dos días. ¿Entendido?

—Pásame con mamá... Necesito...

—Ven de una puta vez.

—¡Pásame con...! Ey, ¿a dónde fuiste? ¿Colgaste? ¡Pásame con mamá! ¡Necesito despedirme, pásame con mamá! ¡¡¡¡Demonios!!!!

#055

#DESCUBRIMIENTO

—Nat, cálmate...

Mis ojos están hinchados de tanto llorar. Quiero destrozar ahora mismo todo el laboratorio.

—Se va a morir, mi mamá se está yendo, se va a morir.

Mi voz es un alarido ahogado de dolor y sufrimiento. Mi mamá. No sé cuánto tiempo le queda pero la perderé y no estaré ahí para despedirla de este mundo. Ni para cuidarla al menos un día.

—No, Nat, no se va a morir. —Sophia está en cuclillas junto a la silla donde estoy sentada. Me frota una mano por la espalda como si eso tuviese el poder de tapar el agujero cargado de angustia que me ha atravesado el cuerpo.

—Ella... Está muy enferma... —le digo—. Quiere ir de vacaciones a Venecia. Quiere que la lleve como un último deseo. Ni siquiera sé si pueda subirse a un avión. Está herida. El tumor ha invadido una enorme zona de su sistema nervioso... No queda mucho tiempo.

—Santo cielo, Nat.

Puedo sentir los pasos nerviosos de Nicholas Jefferson yendo de un lado a otro. Durante tanto tiempo deseé juntar el dinero para poder visitar a mamá y ahora que lo tengo no puedo hacerlo porque las pondría en mayor peligro.

—Es mi culpa —la voz de Nick se oye ahogada. Él no sabe lo que es tener a una madre en este estado ni se hace una puta idea de lo que implica estar perdiendo a tu mamá y no poder hacer absolutamente nada para evitarlo—. Yo... Yo nos metí en esto y debería... solucionarlo... Pero no puedo... Él... El puto *hacker*... Te quiere a ti, Nat... Y no voy a permitir que... te haga daño... Ni a ti ni a nadie más.

Si bien Sophia le está arrojando miradas asesinas, trata de recobrar la compostura y se pone de pie, decidida a tomar el toro por las astas.

—A ver si nos dejamos de lamentos y nos detenemos a pensar un momento en lo que está pasando. Resulta que mi amiga es una *hacker* que se ha metido con alguien que no debía y ese alguien es un sujeto anónimo de Internet que anda difundiendo material que perjudicaría el futuro profesional de ustedes dos. ¿Es así?

—Sí —artículo entre gimoteos y me doy la vuelta para encontrármelos.

Nick está pálido, mirando con completo horror a Sophia. Resulta aún más impactante cuando escuchas de otro que el mundo entero sabe que hemos compartido mucho más que un consultorio.

—Y aún me quedan un montón de datos por conocer, pero prefiero dejarlo así por ahora. Mi gran interrogante ahora mismo es ¿cómo carajo se supone que ese hijo de puta ha llegado tan lejos?

—Es un experto —le explico—. Conoce demasiado al respecto, he intentado cazarlo por mi cuenta y me ha terminado atrapando a mí. Ahora está... furioso. Todos corren peligro estando cerca de mí ahora.

—Pues, no cabe duda de que es un puto cobarde si te ataca detrás de un teclado. ¿Y si mejor se las tiene que ver a puño limpio contra uno de su tamaño?

—Mierda.

La palabra de Nick nos sorprende a ambas.

Parece que algo se nos ha pasado por alto.

—¿Qué sucede? —le pregunto con una confusa mezcla de sentimientos.

—¡Mierda! —vuelve a maldecir mientras algo similar a una risa maniaca se asoma a sus labios
—. ¡Esto no es una pelea cuerpo a cuerpo! Nuestro gran error ha sido tomarlo personal y creer que podríamos enfrentarlo yendo uno contra otro pero ¡estábamos equivocados! ¡Siempre ha sido algo más!

—A él... O ella... No importa qué sea —respondo intentando atar cabos—, no le interesa que lo sepamos y a nosotros tampoco nos debería importar. Solo tenemos que encontrar la manera de atacarlo como lo hace con nosotros. Masivamente. Como una... guerra.

—Carajo... —suelta Sophia, y Jefferson añade:

—¡Mierda, es eso! ¡Es eso! ¡Esto es una puta guerra de *hackers*!

#056

#VISITA

Nick ha puesto el escritorio en el centro de la habitación y lo hemos rodeado con tres sillas. Con un fibrón negro y papeles esparcidos, el doctor ha trazado cada uno de los movimientos que hemos llevado a cabo y las respuestas que hemos tenido desde el primer momento.

Y justo antes de que lo explique para poner al tanto a mi mejor amiga, alguien golpea la puerta del laboratorio y ambas saltamos de la silla, pero Nick no se inmuta.

—¿Qué es eso? —pregunta Sophia.

—He pedido explícitamente que nadie se entere que estamos aquí —farfulla el único hombre entre nosotras.

—¿Y si se enteraron? ¿Y si alguien filtró el dato? ¿Ese tal Malcolm? —La voz de Sophia se oye en parte incriminatoria al estilo «¿y si tú mismo filtraste que estamos aquí?». Pero él no haría eso. El doctor jamás ensuciaría su legajo profesional.

Vuelven a golpear la puerta.

Nick se pone de pie lentamente y acerca una mano a la cara interna de su bata blanca... y termina por sacar una Glock.

Un pasado peligroso te enseña sobre armas.

Sophia salta de la silla y suelta:

—¡Carajo, qué haces con eso!

—Seguridad personal —contesta y se acerca lentamente a la puerta de hierro.

—¿Seguridad personal? —dice ella—. ¿Estamos encerradas ahora mismo con un tipo que ha tenido todo este tiempo un arma escondida?

—Sophia, cálmate. Hay personas que... necesitan eso. —Pienso en la montaña de dinero que manipula Nick y sus socios y caigo en la cuenta de que es como llevar una bomba a punto de volarte los sesos en cualquier momento—. Nick —me giro a él—, guarda ese arma. No creo que sea necesario. Como bien dijiste, nadie sabe que estamos aquí. Tus hombres han filtrado la información de que cada uno ha vuelto sano y salvo a sus respectivas casas. Hasta hay un video falso en el que las cámaras de seguridad muestran que hemos salido del hospital.

—Nunca se sabe si nos pueden meter un topo de por medio —responde él.

—¿Y si mejor me fijo yo? —propone Sophia incorporándose de pie. Vuelven a golpear la puerta—. Puede que se trate de algún residente que necesite entrar ahora mismo al labo... Oh, Dios Santo.

Su cabeza se percata al mismo tiempo que yo de lo que está sucediendo.

Ella me mira y ambas decimos a la vez:

—Serge.

Sophia abre la puerta. Tiene el arma metida en la cintura de su pantalón y Nick le ha enseñado de qué manera sacarla rápidamente si las cosas se saliesen de control.

Con Nick nos escondemos tras las mesadas del laboratorio. Mi respiración va a mil por hora.

Hasta que escucho lo que sucede:

—¿Qué se le ofrece? —pregunta Sophia como si estuviese tras el mostrador de una tienda.

—Quisiera saber por qué te has encerrado aquí.

—Julie...

Suelto el nombre de mi prima en un susurro y Nick, quien está a mi lado, me pregunta en un susurro:

—¿La conoces?

—Es mi prima —le explico—, trabaja para la seguridad del hospital.

Intento seguir escuchando.

—Oh, se me ha cerrado la puerta sin notarlo —le dice Sophia—, gracias por advertírmelo. Tendré más cuidado.

—Trate de que no vuelva a cerrarse. Otros residentes necesitan hacer su trabajo.

—¿Serge?

Miro por el costado y nuestro amigo se aparece en el umbral de la puerta. Se nos pasó por alto la hora: no previmos que Serge entra a trabajar mucho antes que Nick y yo en este lugar.

—Sophia —dice él—, ¿qué haces aquí?

—¿Qué crees que hago, bobo? ¡Lo mismo de todos los días! Solo que hoy me he quedado hasta más tarde.

Advierto desde el borde de la mesada que mi amiga hace un gesto e imposta la voz para que Serge le siga el juego.

—Oh... Sí... Tú trabajas aquí... de siete a doce... Claro.

—Entonces, ¿todos felices? —pregunta mi prima—. ¿Ya me puedo retirar sin que se vuelva a cerrar la puerta?

—La dejaremos sin seguro —contesta Serge.

—Okay —añade Julie antes de irse.

Una vez que Serge está dentro, Sophia lo toma de la chaqueta y le dice en modo tajante:

—Tienes que irte.

—¿Por qué? ¿Te has vuelto loca? ¿Qué es eso de que trabajas aquí? ¿Y qué es eso de que Nat se ha metido con Jefferson?

Noto que los puños de Nick se cierran sobre el suelo, a mi lado. Coloco mi mano sobre uno de ellos.

—No puedo decir nada, Serge. Ahora mismo solo necesito que te marches, por favor.

—¡No me iré a ningún lado! —dice él. Sus ojos se ven inyectados en sangre—. Tienes que decirme que todo eso es mentira, que es un error, la imagen de Nat no ha aparecido en el video durante el... el...

—Serge, ¡cállate! —le dice Sophia.

Los puños de Nick ahora marcan sus venas.

—¡Ese jodido puerco ha sometido a Nat y por eso ella está tan mal y se desmaya y se ha deprimido! ¡Por su culpa la ha echado de las prácticas! —Serge continúa hurgando donde no debe y noto que una de las manos de Nick se acaricia un tobillo, por debajo del jeans—. ¡¿Es que le ha pedido sexo a cambio de permitirle seguir en el programa de residencias?! ¿La ha violado? ¿Por qué no contestas? ¡¿Has visto en qué condiciones vive Nat?! ¡Ella necesita seguir aquí! ¡Si se calló la boca seguramente fue por mantener su situación laboral! ¡Se está muriendo de hambre, está hundida en la peor miseria! ¡Vive en una caja de zapatos llena de basura! ¡Y ese puerco hijo de puta se ha aprovechado y la ha extorsionado!

De pronto todo sucede tan rápido que apenas tengo tiempo de preverlo...

Nick saca un revólver que lleva disimulado en la cara interna de su jeans, sujeto a un tobillo y se pone rápidamente de pie, apuntando directamente a la cabeza de Serge.

Sus ojos son los de una hiena y las venas se marcan con ferocidad en sus manos y su cuello.

Todos nos quedamos helados. A mí me falta sensatez para caer en la cuenta de la realidad que nos golpea como una roca.

Nick avanza hasta Serge.

Y apoya en su frente el cañón del revólver.

Mi amigo tiembla como si se fuese a desarmar mientras la voz del doctor se oye con determinación:

—Vuelve a hablar así de ella y te vuelo la tapa de los sesos.

#057

#ESTRATEGIA

—Oye, oye, oye, baja ese arma —dice Sophia mientras se acerca a la puerta del laboratorio y la cierra lentamente.

Yo me pongo de pie y noto la decepción de Serge al verme salir del mismo lugar donde Nick estaba escondido.

Aunque ahora mismo seguramente tiene algo mucho más importante en qué pensar: por ejemplo, en que el loco y perverso de su jefe le está apuntando con un revólver en la cabeza.

—En verdad, Nick... Hazlo —intento proferir. La garganta me tiembla pero intento mantener la cordura—. Baja ese... revólver.

—Ponte de rodillas —le ordena a Serge—. Que tus sucias rodillas toquen el puto suelo. ¡AHORA!

Serge se inclina lentamente sin quitar los ojos del arma que le está apuntando.

—Nick... —intento decir, pero mi voz es tapada por sus gritos:

—Mírala a los ojos —me señala a mí—. Mírala a los ojos, retráctate y pídele perdón por haber hablado así de ella.

—Nick, no ha dicho nada fuera de la realidad.

—¡Hazlo! —le ordena, evadiendo mis explicaciones.

La voz de Serge sale temblorosa:

—Yo... siento haber... dicho algo que pueda ofenderte...

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, noto que no hay compasión u honestidad en ellos, sino una chispa de odio que va dirigida exclusivamente a mí y creo saber a qué se debe.

Ahora todo el mundo lo sabe.

Ahora todo el mundo puede ver lo que sucedía en el hospital y más allá también. Las consecuencias no tardarán en llegar y nuestro colega de la informática no va a detenerse. No por las buenas.

—Acepto tu disculpa —le digo a Serge y a continuación me dirijo a Nick—. Ya puedes dejar de apuntarle.

Jefferson presiona con tanta fuerza el revólver que los nudillos se tiñen de un tono blancuzco.

—Profesor —le insiste Sophia—, ¿podría hacernos el favor a todos de dejar de apuntar a nuestro amigo? Tenemos en este momento a un puto *hacker* tras mi mejor amiga y me gustaría pensar en un modo de atraparlo antes de que nos siga jodiendo la vida a todos.

Las palabras de So hacen reaccionar al doctor. Este, sin dejar de apuntarle, se acerca a Serge, se agacha, y le dice al oído:

—Ponte de pie y lárgate. No nos has visto, ¿entendido?

Serge no responde nada. Solo cierra los ojos.

—Por favor, detente —le digo a Nick.

Maldice en voz baja y finalmente se aparta, guardando el arma en la cara interna de su bata blanca. Sophia se le acerca y le devuelve su otra arma.

—Va usted armado hasta los dientes —comenta al entregarle la Glock.

Serge se pone de pie de modo tembloroso e intento ayudarlo, pero no acepta que lo toque.

—No... me iré a ninguna... parte —dice.

Y todos lo miramos con asombro.

—Serge —murmuro—, ¿qué haces? Es mejor que te apartes de nosotros ahora mismo. Es un inconveniente que estés aquí.

—¿Quién... está... tras ustedes? —pregunta, oponiendo resistencia a las indicaciones antes dadas por Jefferson—. ¿Qué es eso del... *hacker*? ¿A qué se refieren con que anda detrás de nosotros?

—Detrás de ti, no. Nadie va a explicarte nada, carajo —farfulla Jefferson.

Pero poco a poco una idea va tomando forma en mi cabeza mientras intento atar cabos. Aunque Serge haya manifestado su repudio hacia mí, una pequeña parte de él sostiene la esperanza de que el video filtrado haya sido una farsa.

Quiere saber, por eso está aquí.

Y para saber, primero, hay que colaborar.

—No —me interpongo entre Nick y Serge—. Está bien. Te contaremos lo que sucede. A ti y a Sophia. Pero... —Miro a cada uno de los presentes—. Es importante que sepan que también estarán en peligro. Si deciden quedarse, lo harán bajo su propio riesgo y deberán colaborar.

Serge toma aire y lo suelta de a poco. Sophia es la primera en romper el silencio.

—No te abandonaré, amiga. Sea quien sea el que te esté poniendo en riesgo ahora mismo —sus ojos se desvían a Nick un momento y le arrojan cuchillos con la mirada— tiene que saber que se ha equivocado. Porque es fácil atacar a una chica que ha dedicado toda su vida a armar algo pequeño pero firme, conozco de tu situación, conozco a tu familia y contarás siempre con mi apoyo. Porque es injusto cuando atacan a los más débiles. Pero lo hago solo por ti... Y nada más.

Sophia me abraza.

Serge se acerca también y mi amiga se hace a un lado. El residente me mira y hay un dejo de esperanza en él.

—Quiero ayudarte.

Lo miro un momento. Está esperando mi aprobación. Nick observa a un lado.

—Claro que sí, Serge —murmuro.

Y no me abraza.

Aunque ahora mismo eso es lo de menos.

Nos posicionamos alrededor del escritorio de Nick y solo Sophia se sienta. Jefferson y Serge permanecen en lados opuestos con los brazos cruzados y yo me paro al lado de mi mejor amiga.

Les cuento de mi vida en el mundo de la informática, de lo que nadie sabe de mí, de mi habilidad con los dispositivos digitales, algo que Sophia siempre supo pero nunca imaginó que sería al extremo de convertirme en una *hacker*. Y cuidando cada palabra, les cuento también que fui contratada por una empresa, cuya identidad debo preservar, para ir tras un *hacker* que está tratando de arruinarlos.

—Entonces —murmura Serge, aún nervioso—, ¿es todo un puto montaje? Eso del video y...

El silencio que se genera nos sumerge a todos en un infierno de tensión sin igual.

Y es Nick quien afronta las consecuencias:

—No lo es.

Sophia y Serge cierran los ojos a la vez, lamentando lo que acaban de escuchar. Serge suelta un insulto pero Sophia no se mueve del lugar. Aun así, sé que está entre decepcionada y herida por afrontar que esto es mucho más grave de lo que aparenta.

—Eso no importa ahora —murmura Sophia—. Lo importante ahora es atraparlo. ¿Qué tan

peligroso es el intruso informático al que estamos buscando?

Nick y yo intercambiamos una mirada de preocupación.

—Ya... ha asesinado a una persona.

Apaga tu celular ahora.

Te pueden estar escuchando.

Ten cubierta la cámara frontal. No creas que lo tienes sin usar. Puede estar grabando de todas maneras.

Tíralo.

No te sirve.

Es un riesgo a partir de este instante...

Sé que es un desastre. Sé que mi vida se ha convertido en un torbellino que no se puede detener. Pero también sé que no se la haré tan sencilla a nuestro contrincante. Cuando decides emprender un juego contra otro usuario, sabes que te enfrentas al enigma de que podría ser un novato o, en el peor de los casos, alguien sumamente profesional. Si te saca ventaja, pierdes; si conoce tus movimientos, pierdes; si intentas esconderte sin atacar... también pierdes. Así, el juego se convierte en un círculo vicioso donde no hay más opción que tener que eliminar al otro. Y esto no se hace sin idear una estrategia que oriente el camino, una táctica que sirva como arma incalculable y una política donde se esclarezcan los puntos en común que se deben cumplir. Este último es el punto de pactos y tratados, imposible de ser pasado por alto. En la guerra hay que buscar aliados estratégicos para que un país pueda salvarse el pellejo y tener que lamentar la menor cantidad de bajas posibles.

Se debe saber que una táctica, una estrategia o una política, por más bien planteada que esté, nunca es ciento por ciento eficaz. Los principios del poder de la guerra se esconden aquí. Pero también los peligros que su poder engendra.

Mucho se ha dicho acerca de que la próxima guerra mundial podría ser informática. Y esta vez, no es mundial, pero sí se trata de una situación extrema donde hay mucho que perder.

Y el tiempo pasa...

La estrategia define los objetivos que se deben cumplir y las acciones que deberán ser llevadas a cabo para que esto sea posible. El 6 de junio de 1944 comenzó la Operación Overlod cuya estrategia fue denominada «Día D». En ella habría un desembarco masivo en las costas de Normandía para abrir un nuevo frente en territorio europeo e ir en contra del dominio alemán. El plan estratégico que utilizaron para llegar a semejante operación fue desinformar al enemigo e intervenir con información falsa. Y de esto, hacen ya casi cien años.

Dicen que Internet comenzó gracias a la Primera y Segunda Guerra Mundial, frente a la urgencia implicada en conseguir comunicarse con otros. En transmitir información.

Y el código más conocido actualmente para transmitir información traduce todo en ceros y unos.

Desinformar al enemigo fue la estrategia que pensaron en el siglo pasado mientras que nuestro presente es la era de la información. ¿Imaginas los peligros que implicaría estar desinformado? ¿Contar con información falsa? ¿Filtrar datos al enemigo que le harían creer ir con ventaja cuando no hacen más que cavar su propia tumba...?

Pero la estrategia del Día D no fue sin una táctica.

—Excelente —señala Serge—, pero ¿qué clase de información falsa le vamos a dar a un sujeto que se puede filtrar como quiere en nuestros celulares o computadoras y revisar lo que

conversamos?

El silencio termina por marcar una sonrisa lobuna en el rostro de Sophia.

—Es nuestro turno —dice ella—. En este momento estará atento a las personas de confianza de Nat. A ella o a Jefferson no les creería, pero a nosotros...

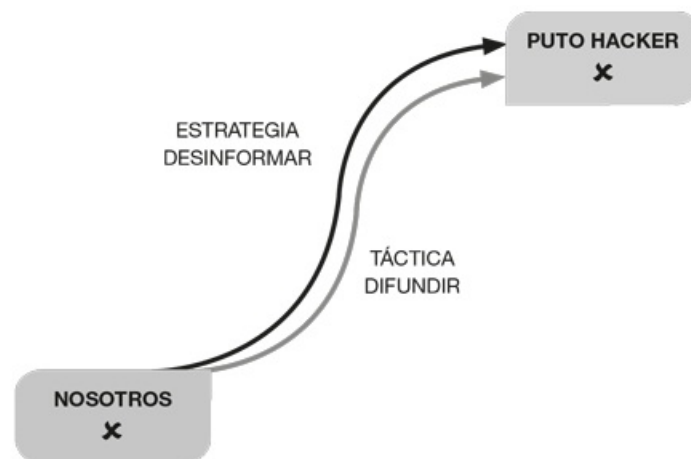
—¿Seremos su carnada? —pregunta y nos mira con evidente indignación—. ¿Así sin más? ¿Acaso se volvieron locos todos ustedes? ¿Yo seré carnada de...?

—Luego de esta conversación, ya podremos encender nuevamente los celulares —añade Nick—, y que empiece la guerra.

La táctica, a diferencia de la estrategia, implica el sistema para poder ejecutar ese objetivo. El modo por el cual se pudo difundir cada uno de esos datos que no eran más que una mentira resultó de importancia crucial para poder llevar a cabo los movimientos que condujeron a los soldados en una nave, como un caballo de Troya, a desembarcar en las playas de Normandía. Y desencadenar la inevitable batalla para reducir al enemigo.

—¿Un mensajito con información falsa será el medio para llegar a él? —pregunta Serge.

—Algo me dice que no es un simple mensajito en lo que estás pensando —murmura Sophia. Acto seguido busco una hoja en blanco y un fibrón. Los dejo al centro de la mesa y señalo:



Tras delinear el objetivo, este queda un poco más claro para mis amigos, quienes van comprendiendo el modo de operar que nos conviene frente a nuestro enemigo.

Hasta que Serge realiza la pregunta del millón.

—¿Y por qué no llamamos a la policía?

Sophia suelta una carcajada.

Nick lo fulmina con la mirada.

Yo suspiro.

—Hola, ¿policía? —So finge que tiene un celular con los dedos de su mano derecha—, llamo para denunciar a un maldito virus que se ha metido en mi computadora y me ha hecho subir a todas mis redes sociales un videíto. ¿Qué dice? ¿Si hubo consentimiento? ¿Si puedo mostrarle el video a usted y a todos los putos puercos que lo acompañan? Ay, déjeme pensarlo... Por qué mejor no se va a la mierda usted y todos los hijos de puta que lo rodean ahora mismo.

Simula colgar y luego se gira a Serge con gesto de asco.

—¿Crees que la policía podría hacer algo para evitar que le jodan la vida a mi amiga?

—Y la mía —se mete Nick.

—Como decía: a mi amiga.

Suelto otro suspiro.

—¿Y si mejor volvemos al plan? Todavía no termino de explicarlo.

Miran el papel en el que estoy trazando las coordenadas.

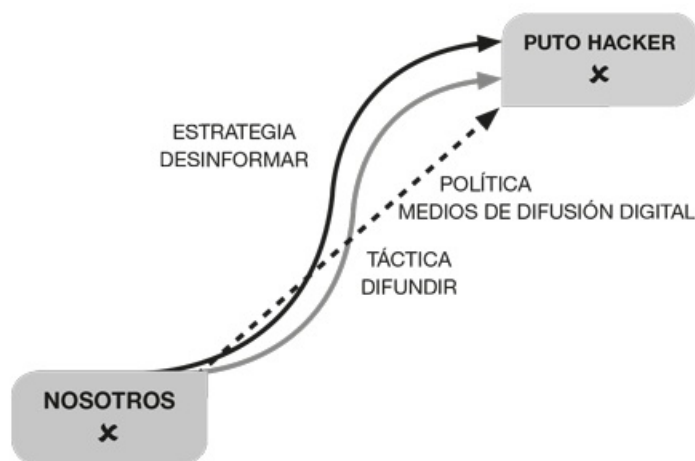
—¿Alguna duda? —pregunto.

Nick levanta una mano.

—Yo no termino de entender por qué —señala en la hoja el rectángulo de la X donde se señala a nuestro enemigo— nuestro objetivo es llegar a él si no sabemos dónde está. ¿Alguna teoría en mente?

—Es un buen punto —le contesto—, por eso es que vamos a suponer un lugar ficticio. Como los religiosos que se dirigen a una tierra prometida, a un lugar que solo la fe los puede conducir. Tenemos que llegar a nuestra tierra prometida y desembarcar con nuestro puto caballo de Troya para atrapar a nuestro objetivo. Cuando menos se lo espere, estaremos tocando el timbre de su casa.

Trazo una nueva coordenada y coloco un título; el silencio se instala en el laboratorio, que de pronto ha tomado un aura detectivesca.



Nick parpadea aunque el asombro es de los tres.

—¿Con medios de difusión digital te refieres a redes sociales, Facebook... y eso? —pregunta Serge.

—Mucho más —le explico—, me refiero a cada maldita *app*. Nuestro *hacker* vive en las sombras, todo en la Internet Sombría funciona de ese modo: a escondidas. Lo contrario no le sirve. Necesitamos pensar de ese modo. Necesitamos pensar como cada chico o chica que manipula una red social a su gusto. A esas estrellitas momentáneas de aplicaciones. Nuestros aliados estratégicos serán los *influencers*. ¿A qué *youtubers*, *dirtyies* e *instagrammers* convocamos?

#058

#TÁCTICA

Salimos de a uno. Sophia es la primera en hacerlo y corrobora que el lugar esté despejado. Lo previsto es que advierta a Julie que estoy escondida y pueda protegerme de los metiches al igual que a Nick. De todas formas, lo peor que nos podría suceder es encontrarnos a un superior.

Serge es el segundo. Le enseño cómo debe marcar en el dispositivo donde pulsamos nuestras entradas y salidas a fin de que figure que todos nosotros hemos cumplido con nuestros horarios de manera puntual.

Golpean la puerta del laboratorio. Abro. Es Sophia.

—¡Vamos! —me dice. Trae ropa para mí y para Nick. La idea es salir vestidos como pacientes.

—Vayan al baño. Yo me cambio aquí.

—No hay tiempo —le digo y me abro la chaqueta.

—Los espero afuera —comenta Sophia un poco incómoda; ha notado que no es la primera vez que quedo desnuda frente a Nick.

Una vez listos, metemos los uniformes en bolsas del laboratorio. Las cámaras de seguridad no serán un problema; le he indicado a Serge cómo pausarlas y hacer que se repitan las últimas grabaciones para que nadie sospeche.

—Nunca creí que estaría escapando de mi lugar de trabajo —murmura Nick mientras se prende la camisa.

—Es para que no te destituyan de camino a querer salir de aquí.

—El Departamento de Asuntos Internos se hará un festín, mierda.

—Puedo probar que el video ha sido alterado y negar todo —le cuento—, pero eso tiene que esperar. Ahora mismo tenemos algo un poco más importante de qué ocuparnos. Nuestro amigo, el *hacker*, ha difundido ese video porque dejé de jugar a sus *lives* de mierda. Tengo que conectarme cuanto antes y eso no puede ser desde el hospital, no le daré la oportunidad de que me siga exponiendo.

—Bien.

Acto seguido, Nick enciende el celular y me anuncia que Serge ya envió la señal acordada.

—Despejado —murmura—. Salgamos.

Y pasa por delante de mí hasta llegar a la puerta.

No sé qué sucederá a partir de ahora, pero en mi intento de darle un beso de despedida, me esquivo y abre la puerta.

Salimos por el subsuelo de la morgue. Es la única manera de no encontrarnos con los doctores que podrían interceptarnos con preguntas, lo cual nos quitaría tiempo. Y el tiempo ahora mismo podría implicar la posibilidad de perder nuestra carrera profesional, nuestros amigos, nuestra familia. Podríamos perderlo todo.

¿Por qué salir desde la morgue? Los médicos que no se ocupan de las labores forenses o de anatomía patológica evitan acercarse a la morgue y no por el miedo que les provocan los cuerpos fríos sobre mesadas o camillas, sino porque el peso de la culpa los podría aplastar al darse cuenta de que la mayoría de esos sujetos entraron caminando y, producto de una mala intervención

quirúrgica, salieron con los pies hacia adelante. O peor: podrían encontrarse con un familiar enfurecido que no se cree eso del «paro cardíaco», «lo intentamos reanimar un millón de veces», «solo un milagro iba a poder salvarlo».

Así es que alcanzamos a escapar.

Una vez que subimos al auto de los guardaespaldas de Nick, el vidrio polarizado me separa del mundo y Nick me acompaña subiendo al otro lado. Pero su actitud de distancia me rompe el corazón en dos.

Yo también he perjudicado mi carrera, él tiene una parte de la responsabilidad de que esté tirando por la borda tantos años de estudio y tantos intentos de encontrar la cura a la enfermedad de mi madre.

—Conduce a casa, Malcolm —señala Nick—. Si tenemos que hacer una parada en el camino, te informaré. Nat, ya puedes conectar tu celular.

Lo busco en un bolsillo, pero no lo enciendo.

—Aún no —contesto mientras el coche avanza—. Nick, primero tienes que saber que cuando fui a verte anoche era para... comentarte una teoría.

Él frunce el entrecejo. Solo espero que no se haga el desentendido de lo sucedido en el gimnasio.

—He estado pensando en el plan que ahora mismo estamos ejecutando —le digo—, y en otras alternativas.

—Le pedí a mi agente en la empresa que reuniera a todos los *influencers* del país y alrededores que puedan acceder en menos de doce horas a la sala de reuniones para dar comienzo al Plan Normandía.

—Diles que preparen un acuerdo de confidencialidad donde infringir las cláusulas sea algo que se pague con la cárcel.

—Malcolm —Nick se dirige a su guardia estrella.

—Copiado, señor.

—Además —me giro a Nick—, tenemos que hacer otras dos labores en paralelo. Una es seguir jugando. Otra es encontrar a los posibles sospechosos de estar con El Virus.

El Virus, alias «El puto *hacker*».

—¿Tienes posibles sospechosos?

Algo parece encenderse en el rostro de Nick.

—Tengo un nombre que encabeza la lista. Pide ahora mismo una orden de captura contra Jeill Nahej.

Pero él no es el *hacker*. Estoy casi segura, lo estuve investigando y tengo motivos para descartarlo. Sin embargo, tenemos que hacerle creer al Virus que sí, que hemos encontrado un culpable, que no daremos marcha atrás con el blanco más obvio de todo este plan. Además no estaría de más investigar al viejo socio de Nick Jefferson.

Nick saca su celular y yo enciendo el mío.

Listo.

Busco el grabador de voz. Nick hace un llamado:

—Comisario Fitzpatrick, necesito que localice ahora mismo al viejo doctor Jeill Nahej. Tengo pruebas que ameritan una orden de captura por asesinato e invasión de la intimidad informática de al menos diez personas.

Llevo el grabador a mi boca:

—Te atrapamos, hijo de puta.

Dejo de grabar y lo subo a mi nube mientras Nick envía por mensaje de texto el monto que le

pagará al comisario para hacer lo que le ordena. Es un sujeto de confianza. Los grandes empresarios también tienen sus aliados estratégicos en la poli y fuera de ella.

—Ya está el anuncio en mi nube —le comunico a Nick y apago el celular. Él hace lo propio.

—¿Y si no cae con esto? —me pregunta Nick.

—Lo hará en cuanto se viralice en YouTube: «La página porno más conocida». ¿Cuál es tu usuario en Dirty? ¿Qué haces para tener seguidores? ¿Qué es eso de que sus dueños están en medio de una guerra de *hackers*? Dirty contra Jeill. Jeill contra Dirty. El cofundador al que le quitaron todo versus la web que sostiene el mercado del porno. ¿Y tú, de qué lado estás?

Una pequeña risita maliciosa escapa del semblante de Nick. Se ha puesto en marcha nuestra táctica. Desinformar al enemigo y prevenir nuevas bajas.

Solo desearía que Nick me besara. He condenado su carrera profesional y, aunque también lo hice con la mía, no puedo quitarme las punzadas de culpa que me atraviesan el pecho. Aún no termino de entender cómo es que las cosas se desbordaron con tanta vertiginosidad. Estamos a punto de perderlo todo.

—Nat —me espabila Jefferson y un dejo de esperanza se despierta en mi pecho—: Enciende el celular. Tienes que seguir jugando.

#059

#NIVELTRES

De pequeña me gustaba juntar libros viejos que encontrábamos en la basura. Los primeros de los que el común de la gente se deshacía eran los libros «prohibidos», es decir, aquellos que contenían violencia o escenas eróticas, sin ser necesariamente literatura para adultos. Aquellos que hablaban libremente sobre estrategias de guerra o estrategias militares resultaron ser mis favoritos. Sobre todo porque gracias a ello fue que conocí a Sun Tzu, Maquiavelo o Von Clausewitz. El primero fue quien me dejó más asombrada, quizás porque fue uno de los primeros que leí. Con doce años ya había leído *El arte de la guerra* y había quedado fascinada desde la primera hasta la última página. Desde entonces, es un libro que me acompaña.

Evaluar el terreno para la guerra implica disponer de cinco factores clave:

1. Una doctrina: es gracias a ella que el pueblo se pone en consonancia con su gobernante y sigue sus reglas. Sin una doctrina, sin un orden que esté precisado, la cosa se diluye. Muchos órdenes al mando dispersan, siembran caos a ojos del enemigo y dividen a los guerreros. De momento, en nuestro bando somos pocos; lo estratégico está en hacerlo crecer con otros pocos que tienen a millones detrás.
2. El tiempo: es el Yin y el Yang. Día y noche. Saber cuánto tiempo se precisa; economizar cada segundo significa un elemento clave para avanzar. Esta idea es el porqué de mi decisión de avanzar con la táctica, seguir jugando y, a la vez, poner en marcha el reclutamiento de unos cuantos colegas virtuales. Aprovechar cada instante y convertir cada oportunidad en un objetivo.
3. El terreno: este es el punto más curioso. Para pelear, es preciso reconocer dónde se está ejecutando el plan. En este caso, todo se trata de ceros y unos navegando en la red, solo que hay consecuencias directas en el mundo tangible. El terreno de esta guerra informática es precisamente Internet.
4. El mando: soy quien ha decidido asumir este rol, no sin serias dudas al respecto. Sobre todo, porque alguien que esté a la cabeza de un grupo de guerreros debe contar con las cualidades de sabiduría, benevolencia, sinceridad, coraje y disciplina... Estoy segura de que fallo en más de una.
5. Disciplina: curiosamente es también una característica del mando. Sun Tzu sugiere que podría ser la más importante. ¿Qué implica? Simplemente, un ejército organizado. Y este punto se enlaza directamente con la estrategia que me he empeñado en utilizar, y que va por la vía de la desinformación. Confío en Sophia, Nick y Serge; el conflicto de «pasiones» es el peligro que debo evitar ahora mismo. Sobre todo si se tiene en cuenta que soy la cuarta involucrada...

Ahora mismo, esto es mucho más que un juego.

Pero debo seguir jugando.

Retirarme, es una derrota asegurada.

—¿Qué sucede?

Sigo atónita mirando la pantalla mientras Malcolm estaciona el auto en el estacionamiento del edificio.

Nick insiste a mi lado:

—¿Qué dice el nivel 3, Nat?

—Bajemos del auto —le digo. No me atrevo a leer las instrucciones frente a sus guardias de seguridad.

—Malcolm —señala Nick.

Sus guardias bajan en un santiamén para custodiarnos en el ingreso a la casa.

—Aquí. —Tomo asiento en uno de los sillones de la sala en cuanto hemos quedado solos y me acerco a Nick para leerle—. Nivel 3: *Selfie*. Debemos tomarnos una fotografía con la cámara frontal del celular donde aparezcamos los dos dándonos un beso y mirando directamente a la cámara.

Nick se aleja y pega su espalda al sillón.

—La va a difundir —murmura.

Niego con la cabeza y aclaro:

—Nosotros la debemos difundir. De perfil en Facebook, en Instagram y en el mail. Ambos. Además de una publicación de cada uno donde nos mostremos completamente de acuerdo con la «relación».

—¿Quiere que hagamos creer a todo el mundo que hemos difundido a propósito el video donde...?

—Sí, Nick. Eso quiere.

Él se levanta y da un golpe a la parte trasera del sofá.

—Hay más. —Me preparo para darle las malas noticias—. Vamos al gimnasio, ahí te explico mejor.

—¿Por qué ahí? —dice él como un ladrón al que le acaban de descubrir su escondite secreto.

—Haz lo que te digo.

El arte de la guerra está basado en el engaño. Si se está cerca del enemigo, se le debe hacer creer que se está lejos. Si uno está lejos, debe hacerse creer que está más cerca que nunca. Se trata de desorientarlo, de aparentar que todo el mundo está desordenado. Pero ello solo se puede lograr si detrás de tal engaño hay un orden tan firme que las apariencias no harían cambiar de opinión a los integrantes del bando. Y todo orden bien definido requiere de un mando al que no le tiemble el pulso cuando deba trazar una nueva línea en el plan.

—Quítate la camisa —le indico a Nick luego de cubrir la cámara del celular tras una de las máquinas para ejercitar abductores.

Intenta una protesta, pero le indico que haga silencio con un dedo sobre mis labios y siga mis indicaciones.

Suspira y lo hace sin más. Sé que está padeciendo. Sé que lo sufre sobremanera. Está acostumbrado a ser el que lleva las riendas en todo, a ser un magnate maniático del control, a ser quien le diga a cada quien lo que debe hacer. Y a partir de hoy, me ha cedido el poder.

Me quito también la parte superior de la ropa y me acerco a la manivela que permite bajar la cadena de la que cuelga la bolsa de boxeo. Una vez que está lo suficientemente cerca del suelo, le indico a Nick con un movimiento de labios que la quite. Él lo hace, liberando la cadena. A continuación le pido que cierre los candados alrededor de mi muñeca izquierda.

«¿Qué haces?», articula.

«Acércate», le señalo.

Él lo hace.

Y con mi mano libre, le doy una bofetada con tal fuerza que me hace arder la palma.

Él contiene un gemido de dolor y gira a mí:

«¿Qué carajos te sucede?»

Observo su rostro. Se ha sonrojado pero nada más. Le indico que se vuelva a acercar y es reticente.

«Se agota el tiempo», gesticulo.

Él no entiende pero se vuelve a acercar. Y le vuelvo a dar una bofetada con todas mis fuerzas; su rostro está mucho más rojo y mis ojos se humedecen por estar haciéndole daño y porque también me está ardiendo como mil demonios.

—Toma la foto —le digo en voz alta al notar que en sus ojos se asoman lágrimas.

—¿Qué?

—Que tomes la puta *selfie*.

Esta vez, sin mucho más que un par de pantalones puestos y con mi torso completamente al descubierto le señalo a Jefferson el celular. Pone la cámara frontal y tomo una de sus manos para cerrarla sobre mi seno izquierdo. Le indico que lo presione y una vez que lo hace, le quito el celular para vernos por la pantalla. Parece que hemos estado llorando a moco tendido y Nick tiene sangre en el labio, evidenciando que ha sido golpeado. Hago énfasis en que se note la cadena en mi brazo.

Miro a Nick.

Él a mí.

Y nos besamos.

Ambos miramos a la cámara y tomo la foto mientras el sabor a sangre y lágrimas inunda mi boca.

Lo siento, Nick. Lo siento tanto.

#060

#ATRAPADO

—¿Qué carajo ha sido eso?! —me grita luego de que aparezca en la pantalla un cartel que reza «Nivel 3 superado» y hayamos apagado el celular.

Difundimos la foto con el texto:

Ahora Yo Uno Dos Amores

—¿Y qué carajos ha sido esa descripción de la foto! —me dice. Corroboro que el celular esté apagado mientras me suelta la cadena. Ambas manos me duelen, una por haber estado encadenada y la otra por los golpes que le di a Nick.

—Quería que difundiéramos una foto y cumpliésemos a rajatabla cada una de sus indicaciones —indico—, lo hemos hecho. Pero no ha indicado las condiciones en que debíamos tomar la foto. Si la miras de nuevo, parece que hemos sido torturados u obligados a llevarla a cabo. Que de hecho, no se aleja en absoluto de la realidad. Quiero que se note que nada de eso se hizo por nuestra propia voluntad, que no nos hemos vuelto locos. No del todo. Quiero que vean más allá de una parejita más que difunde fotos *hot*. Quiero que lean más allá de la descripción en la imagen.

—Tú... —Él lo piensa nuevamente—. ¿«Ahora Yo Uno Dos Amores»?

—¿Ya encontraste el mensaje oculto?

Cuando él se da cuenta, se agolpa contra mí y me besa. Esta vez, sin que ningún hijo de puta nos obligue a ello.

—Señor.

Nick atiende el teléfono fijo de la casa y me acerco al auricular.

—Malcolm, ¿alguna novedad?

—Hemos encontrado al doctor Nahej. ¿Lo llevamos hasta la empresa? ¿A dónde quiere que nos dirijamos?

—¡No! —me meto. Nick me observa nuevamente un poco confuso y me permite hablar con su guardia—. Malcolm, escúchame: tienes que llevarme cuanto antes hasta Jeill y conseguir que me conceda un momento para hablar con él. Tiene que ser en un lugar público y amigable. Como un café. Debemos tratarlo bien hasta que suelte información, será nuestro aliado en tanto quiera colaborar... Pero si llegase a tener algún tipo de conexión con El Virus, se habrá acabado la diplomacia. ¿Entendido?

—Entendido, señorita Hale.

Nick me da la espalda y noto la aspereza que produce entre nosotros cada vez que soy quien debe tomar el mando.

No puede evitar agregar:

—Por cierto, Malcolm: no vuelvas a llamar «doctor» a Nahej. Él no es doctor... ni lo volverá a ser.

Llamo tres veces pero no hay respuesta. Siguiendo el consejo de Anabel, decido girar el picaporte

y entrar; está sin seguro. ¿Quién se encerraría con seguro en su propio despacho?

El estudio de Jefferson es una de las tantas habitaciones en el edificio donde vive que no conocía. Desde el primer vistazo, este lugar es un viaje al siglo XIX: las paredes atestadas de libros, un reloj de péndulo que cuelga de una esquina, láminas del cuerpo humano, un juego de sillones y una máquina de escribir completan el escenario.

Nick está sentado en una silla frente a la máquina de escribir mientras sus codos están apoyados sobre el escritorio y sus manos cerradas en la cabeza como si tratara de evitar que reventase en cualquier momento.

Lo peor que traen los días largos es que parece que nunca van a acabar.

—¿Puedo pasar? —pregunto arrimándome desde la puerta. Finalmente lo hago y cierro a mis espaldas—. No te encontraba por ningún lado, me tenías preocupada. Hasta que le pregunté a Anabel y me dijo que sueles tener días en que te pierdes y lo más probable es que estés aquí sin decir una sola palabra. ¿Es eso lo que haces? ¿Encerrarte en ti mismo y en el silencio?

Me acerco a él. No se mueve. Me asusta un poco. Tiene la mirada perdida en las teclas de la máquina. Me acuclillo a su lado y coloco una mano en su espalda. Siempre me pareció una estupidez cuando las personas dan palmaditas a otras cada vez que los ven angustiados, pero en este instante no sé qué otra cosa hacer.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto y es como si el horror en la sangre de Nick entrase en mis venas. El silencio no es más que una bomba que se expande de a poco por lo que está vacío—. No puedes tenerme así, Nick. Quiero ser importante para ti, lo eres en mis planes y no te abandonaré si es lo que pretendes apartándote de todo el mundo. ¿Qué tienes?

No responde.

Miro la máquina de escribir. Ha tecleado algunas letras.

El trozo de hoja arrancado está en el suelo. Lo recojo, aliso y leo lo que dice:

Manifiesto de arrepentimiento

Me arrepiento de haberlo negado. De haberlo escondido. De haber destruido.

Me arrepiento de haber dañado. De haber llorado. De haber reído.

Me arrepiento de las palabras que no pueden ser dichas. De los contratos que no pueden ser rotos. De los compromisos irrefutables.

Si hay una cara escondida en todo esto, se debe a mi total responsabilidad. Lo peor de todo está en que eso que se guarda hace daño, pugna por salir y se va devorando todo alrededor.

Está empezando y ya parece no tener fin.

Las consecuencias están llegando.

Tarde o temprano tenía que pasar.

Tarde o temprano la oscuridad se tragará el mar.

—Es hermoso, pero en parte me da miedo. ¿Qué significa esto? —le pregunto con la garganta cerrada.

Y él finalmente responde sin mover más que sus labios:

—Me enviaron una carta por mail del Departamento de Asuntos Internos. Debo presentarme mañana a las nueve ante el Tribunal Disciplinario. También he recibido mil mensajes del hospital. El director me ha prohibido asistir mañana hasta solucionar todo el desastre que se ha generado. Y lo peor es que no tengo manera de argumentar o rebatir aquello de lo que se me acusa... que no es

ninguna mentira. Y como si fuere poco, otros alumnos y compañeros del hospital han aprovechado el momento para hacer públicas sus quejas de maltrato y cosas de las que verdaderamente no tengo nada que ver. Ha salido la noticia en diarios digitales y en un noticiario esta tarde. Allí dicen que te obligaba a mantener relaciones sexuales conmigo... —He olvidado respirar. Me he quedado sin aliento y el dolor me rasga el alma. Nick baja los brazos y me mira. Está pálido—. ¿Sabes lo que eso puede implicar? Me quitarán la matrícula profesional, Nat. Sean ciertas o no tales acusaciones, el asunto ya tomó estatuto público y de eso no hay vuelta atrás. Estoy... jodido.

Una lágrima asoma en su mejilla y la angustia zanja un pozo profundo en mi interior.

#061

#HERIDAS

El último movimiento de El Virus ha sido preciso y dañino. Se ha llevado la esperanza de Nick, su profesión y su reputación, lo cual nunca podré perdonarle.

No importa qué sea lo que hagamos, en cada nivel tiene una manera de hacer que perdamos y corramos peligro. Para detener este juego no solo hay que jugar, sino ser conscientes de que deberemos dejar lo más importante de nosotros en el camino.

Ya hemos iniciado nuestros ataques, pero los suyos están pensados de tal manera que han ido tejiendo una red de consecuencias que nos perjudicarán durante mucho tiempo.

Quiero acercarme a Nick y decirle que todo va a pasar, que estaremos bien, pero es lo último que necesita. Además, nunca me salió eso de andar consolando con hipocresía.

Él me salvó. Me salvó de quedar en la calle, me salvó de morirme de hambre, me salvó del millón de deudas que terminarían enviándome a juicio o con conflictos legales. Ahora él necesita de mi ayuda y no puedo hacer más que avanzar con pasos inseguros. Es como caminar sobre arenas movedizas, como tirar un puñado de arena sobre un puente invisible para poder seguir un camino de horror y locura.

—Estoy harta —largo incorporándome de pie al lado de la silla donde él está sentado, lo cual me permite captar ligeramente su atención—. ¿Sabes una cosa? Yo también estoy saliendo perjudicada en esto, también mi familia y mis amigos; sin embargo, tú estás aquí encerrado en tu despacho pensando las consecuencias que podría tener para tu legajo profesional, demonios. Han amenazado de muerte a mi madre, ¿entiendes? He metido a mi mejor amiga y a Serge en un lío monumental, me estoy jugando la carrera en esto, pero no me quedo quieta ni puedo dejar de pensar. Me tiene cansada que nadie reconozca mi empeño por tratar de sacar todo adelante, ser la que tiene que soportar las quejas de otros y tener que andar explicando cada movimiento que hago. Me voy, demonios. Me largo de aquí y de tu empresa, Nick. Te devolveré todo el dinero, ahora mismo. —Rebusco el celular en mi bolsillo y lo saco—. Te devolveré cada céntimo que tengo en la cuenta bancaria ahora mismo y dejaré de estar en deuda con tus socios.

—Nat...

—Al carajo. Al carajo todo.

—Nat, no...

Nick se pone de pie e intenta sacarme el celular de las manos. Yo me opongo y lo sostengo mientras las lágrimas me obstaculizan el proceso de entrar a mi *home banking* y vaciar esa jodida cuenta.

—Nat, basta. No hagas eso.

Sigue intentando quitarme el celular, pero lo sostengo con fuerza. Sus manos tratan abrir mis dedos cerrados en el aparato, pero me opongo.

—¡Aléjate de mí! —le grito e intento ir hasta la puerta, pero él me sujeta por la cintura y cierra sus brazos continuando con sus esfuerzos por quitarme el celular.

La agresividad de la situación me trae recuerdos, me deja pasmada, me raspa la garganta y escarba en todas las heridas que hay grabadas a fuego en mi vida.

Nacemos heridos de muerte, eso nadie lo puede negar. Y cada tanto, esas heridas sangran para mostrarnos que siempre existirá una causa a nuestro sufrimiento.

Sucia.

—¡Nat!

Putá.

—¡Nat, detente por favor!

Trágate todo.

—¡Nat, basta!

Sucia.

Sucia.

Sucia.

—¡Ahhhhh!

El grito sale raspando mi garganta y suelto una bofetada en el rostro de Nick que lo hace retroceder.

Fue con fuerza.

Muchísima fuerza. Mucha más que la que tuve que aplicar para la foto... Lo golpeé.

He golpeado a Nick.

Cuando vuelve el rostro a mí, noto que su mejilla está roja y su labio partido vuelve a mostrar un hilo de sangre.

Lo he lastimado.

—¿Qué... mierda...?

Está herido. También tiene los ojos enrojecidos y las mejillas impregnadas de lágrimas. Pero ahora mismo se muestra en shock, al igual que yo.

Qué acabo de hacer...

Mis manos tiemblan.

Mi mandíbula también.

Los recuerdos atestan mi cabeza.

Mamá llorando. Papá en el hospital. Mi hermana sola. Los cuatro con hambre. Tony recibiendo el dinero. Mi alacena vacía. La tarjeta de crédito mostrando fondos insuficientes. Mi estómago rugiendo con fuerza.

—Nat...

Caigo de rodillas.

De pronto siento frío. Muchísimo frío. Y me siento sola. Herida. Sucia.

—Santo cielo.

Nick corre hasta mí antes de que me siga desvaneciendo en el suelo. Mi respiración es un motor acelerado que sale en una crisis de angustia. Me falta el aire. Mis pulmones no tienen fuerza. Apenas mi corazón es capaz de sostenerme.

La sensación de desvanecimiento va cambiando de a poco al sentir los brazos firmes de Nick sosteniéndome y arrodillándose frente a mí.

Acuna mi rostro en su hombro y me acaricia la espalda pero me aparto. Lo miro a los ojos. Sigo temblando.

—Nat, ¿quieres que llame a un médico?

Niego con la cabeza.

—Nick...

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—Nick... Me violaron.

#062

#CUIDADEMÍ

—Ven aquí, preciosa.

Escucho los disparos fuera la habitación y despierto horrorizada. Papá y mamá están despiertos, en el colchón viejo junto al mío y de mi hermana.

Afuera hay golpes, insultos, gente corriendo. La ventana está iluminada por el brillo azul de una patrulla de policía.

Corro a los brazos de papá y mamá se dirige al colchón en el suelo para despertar a mi hermana.

—¿Mamá...? —se espabila de a poco, pero mi madre le pide que haga silencio.

Aunque mis padres intentan mantener la cordura, se los nota angustiados y desesperados.

Vuelven a disparar y mamá le tapa la boca a mi hermana justo antes de que grite.

—¿Qué pasa allá afuera? —le pregunto a papá, tiritando por el esfuerzo por no llorar o soltar un grito de auxilio.

—Shh, cariño. Haz... silencio. Estaremos bien.

Él me abraza al igual que mamá con mi hermana. Siento un beso en mi cabeza.

Hasta que escuchamos las maderas crujiendo en la puerta.

—Papá...

Sus brazos se cierran con fuerza como si estuviesen a punto de arrancarme de su lado.

—Calma, cariño.

Cierro los ojos y las lágrimas caen hasta mis manos.

Escuchamos otro paso.

Y otro. Y otro más.

Hasta que la puerta se abre de golpe y un láser rojo me ilumina el rostro.

Nick trae pañuelos de papel, un vaso con agua y un cuarto de un ansiolítico.

Estoy sentada en el sillón de su estudio con una manta cubriéndome los hombros y las piernas.

—¿Estás segura de que no quieres que vayamos al hospital? —me pregunta evidentemente angustiado.

—Olvídate del hospital —le pido. Recibo sus pañuelos y el vaso con agua pero no la pastilla.

—Es solo un cuarto. Te hará bien —insiste mientras me sorbo la nariz pero me niego.

—En demasiadas ocasiones he tratado de esconder lo que me pasa tomando pastillas o jugando en Internet. No quiero más distracciones. He estado huyendo todo... este tiempo.

Nick se pasa una mano por el pelo y toma asiento a mi lado. Luego de que bebo un trago con agua, me pide el vaso y él se toma el calmante.

—Mierda —suspira apoyando su cabeza en el respaldo. Sigue con las mejillas rojas y los ojos hinchados. No sé qué hora es pero con seguridad hace rato que deberíamos estar durmiendo. Al menos mañana no tenemos que ir al hospital, aunque sí presentarnos un poco más tarde en el Departamento de Asuntos Internos.

—¿Qué sucedió... luego? —me pregunta.

Trago saliva y le sigo contando:

—Luego de que la policía nos descubrió, llevaron detenidos a mis padres y nos retuvieron en una comisaría a mi hermana y a mí. Resulta que el basural donde estábamos viviendo era un aguatero para ladrones y comerciantes de drogas.

Nick frunce el entrecejo.

—¿Se enteraron ahí? —me pregunta.

Doy otro trago con agua.

—No —le digo—. O es probable que sí... Ahí mis padres negaron saber algo, pero mi hermana y yo tuvimos que pasar por varias casas de acogida hasta que los hechos se aclararon. Quizás mis padres sabían qué clase de cosas pasaban en ese lugar, aunque si estábamos ahí era porque querían que tuviésemos un lugar donde vivir. Ante la desesperación, cualquier habitación cayéndose a pedazos era mejor que estar en la calle.

—¿Alguno de ellos... alguna vez...?

Niego rotundamente:

—Jamás me tocaron ni nos hicieron nada. Todo iba... no diré que bien sino normal. La cosa se descarrió cuando entró la policía. Esposaron a mamá, me arrancaron de papá. Lo golpearon. Le pegaron a mi mamá delante de mis ojos. Los trataron de pedófilos y los acusaron de proxenetas. Luego nos llevaron por separado y no nos creyeron una sola palabra ni a mi hermana ni a mí. Nos trataron pésimo. Además, esa noche mataron a dos chicos que vivían en ese mismo lugar. Uno de ellos tenía quince años.

Nick abre los ojos.

—Guau.

—Fue una verdadera mierda. ¿Entiendes ahora por qué no confío en la policía? No los necesito ni lo haré nunca. Ese día se me quedaron grabados cada uno de sus nombres. Cuando empecé a estudiar en los programas municipales algo de informática, lo primero que hice fue investigarlos. Y una noticia. Resulta que los *dealers* que vivían ahí con nosotros pasaban una coima mensual a los agentes de la comisaría para que los dejaran tranquilos. Se retrasaron con los pagos, metieron presión a dos agentes y escupieron todo lo que sabían. La noticia no demoró en llegar a los medios. Ellos eran tanto o más hijos de puta que las personas que nos cedieron un lugar donde vivir.

—Mierda —Nick suspira. Le pido otro pañuelo de papel.

—Una verdadera mierda.

Por algún motivo, contarle todo este tipo de cosas, aunque sean horribles y dolorosas, me hace sentir un poco mejor.

No del todo, pero intento que sí lo sea.

—¿Te sientes mejor ahora? —me pregunta.

Me encojo de hombros.

Acto seguido, él me quita el calzado y recoge mis pies en sus muslos. Sus manos se deslizan por la piel fría de mis pies y empieza a presionar con suavidad puntos estratégicos. El placer es inmediato. Es mucho mejor que cualquier pastilla de clonazepam.

—Ay, cielos, dónde aprendiste a hacer eso —le digo.

Él esboza algo parecido a una sonrisa. Parece estar pasándolo tanto o mejor que yo haciendo el masaje. Me relajo de inmediato y cierro los ojos.

—Creo que este tipo de cosas no se aprenden —comenta—, es como besar a alguien. Cuando lo haces por primera vez, no tienes un manual que te dice cómo hacerlo. Pegas tus labios a los de la otra persona, si tienes un poquito de agallas los mueves y quizás haya algo de lengua, pero nada más. La única manera de saber si lo estás haciendo bien es prestando atención a los gestos de la

otra parte. Y yo noto ahora mismo que lo estás disfrutando.

—Claro que sí —ronroneo.

Él sigue masajeadando y llega a mis talones. En mi cabeza le sigo dando vueltas a lo que sigue en el relato. Una jueza de paz asignó el lugar donde actualmente viven mi mamá y mi hermana. Luego llegó la nueva escuela. La secundaria. La preparatoria. Tony. Las fiestas. Las drogas. Los robos.

Y lo peor de todo.

Trago saliva e intento despejar los horribles recuerdos. Hay hechos que son como una mancha oscura en la historia vital de cada uno de nosotros.

Hasta que me armo de valor para enfrentarlo nuevamente...

—Nick —murmuro—, ¿cuándo podré saber de ti? Algo. Lo que sea. ¿Por qué escribiste un manifiesto de arrepentimiento?

El suspira.

—A veces intento escribir —murmura.

—Y lo haces bastante bien.

No soy una experta en literatura o poesía, pero me gustó mucho lo que leí, aunque ciertamente me ha dejado bastante preocupada.

—Escribo para exorcizar la angustia.

Eso no me lo esperaba.

Me incorporo y reposo una mano sobre las suyas, deteniendo el masaje, con el que intenta huir de la conversación.

—Nick —murmuro—, quizás tú no lo entiendas, pero necesito saber de ti. Necesito saber tu historia. Me tienes en ascuas, no te conozco, ni a tu familia, no sé nada de quién eres más allá de tu título y la empresa que mantienes. ¿Qué hay detrás del responsable y destacado doctor Nicholas Jefferson?

Él me mira dubitativo y finalmente lo suelta:

—Solo una cosa. Solo una cosa te diré y nada más, ¿estamos? Detesto las preguntas sobre mi vida. Y no lo he hablado nunca con nadie. Solo una persona lo sabe pero nunca tuve que decírselo...

—Anabel —murmuro.

¿Qué tanto sabe ella de Nick Jefferson? ¿Y por qué aun así decide trabajar limpiando esta casa?

Nick me mira con sorpresa.

—Descuida —murmuro—, no me ha dicho nada. Le he intentado sonsacar información, pero tienes todos sus secretos bien guardados con ella.

—Lo sé —murmura.

Tomo sus manos y busco sus ojos.

—Confía en mí —le pido.

Él suelta aire.

Y también palabras:

—Nat... Anabel es mi madre.

#063

#REGALO

No puedo preguntar.

Es todo lo que diré.

Nada más.

No puedo decir una sola palabra más.

Él tampoco.

—Es tarde. Debemos ir a dormir. Y nos reuniremos con nuestros abogados mañana a las seis de la mañana.

Nick se pone de pie.

Parpadeo tratando de procesar toda la información. ¿Cómo que abogados? ¿Nuestros? ¿Por qué a las seis? ¿Cómo que debemos reunirnos? ¿Cómo que Anabel es su madre?

—Ve a dormir, te veo en unas horas —dice Nick y me deja un beso en los labios antes de irse a dormir.

No he podido pegar un ojo en las pocas horas que tenía para dormir. Cuando el reloj suena, aún es de noche y son apenas las cinco de la madrugada. Malcolm me espera para salir. Debo ir a mi viejo departamento para buscar la documentación que el abogado requerirá ante cualquier demanda en mi contra, no obstante todas las cartas se están jugando en perjuicio de Nick. Solo espero que esto se termine rápido, irme de vacaciones con mamá y mi hermana, cenar pasta italiana, viajar en bote y verme con Nick en alguna escapadita nocturna.

No he puesto al tanto a Anabel de que me levantaré antes el día de hoy, ni siquiera he hablado directamente con Nick. Solo le envié un mensaje a Malcolm, aunque seguramente que por esos canales de *feedback* inmediatos que maneja el señor Jefferson llegó el mensaje de que a las cinco en punto debería tener mi desayuno en la mesa.

Anabel apaga la cafetera en cuanto me ve aparecer por la cocina. Su rostro siempre está sonriente pero no inspira alegría; por algún motivo, hay algo que entristece sus facciones y creo saber qué.

—Buen día, señorita Hale —me dice.

Y quedo pasmada mirando sus rasgos, su cabello negro muy distinto al rubio de Nick, sus pómulos redondeados, las arruguitas en los ojos y la nariz recta que sí comparte con quien se supone es su hijo. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede permitir que lleve un uniforme de empleada doméstica? ¿Qué secretos esconde este edificio que nunca terminé de conocer?

—Gra... gracias —le digo a Anabel cuando deja el café servido en la mesa. También deja una bandeja con un tazón con cereales sin azúcar, tostadas y frutas.

—Imaginaba que estaría cansada, así que le preparé un café bien cargado para que le ayude soportar un largo día laboral —comenta Anabel y le respondo con una sonrisa:

—Me hará falta, de eso estoy segura. Y lamentablemente no será un día laboral, aunque pensándolo mejor, me vendrá bien adelantar el fin de semana desde hoy. Necesito alejarme por algún tiempo del hospital, me está consumiendo.

Anabel tuerce el gesto y le ofrezco desayunar conmigo.

—Esto es mucho para mí, no suelo desayunar tanto.

—Disculpe mi ignorancia, señorita Hale. Si quiere puede dejarme por escrito las condiciones de su dieta, yo podría...

Abro grande los ojos y suelto una carcajada.

—¿Condiciones de mi dieta? ¡Ojalá se tratara de eso! Es muy difícil contar cada día con cereales y frutas cuando debes raspar el frasco de café para tratar de hacerte algo que se asemeje a un café decente. Pero descuida, no quiero aburrirte con mis desgracias.

Anabel parece muy sorprendida; la miro y noto su preocupación.

En sus ojos localizo algo que también conozco y muy bien: dolor.

—Anabel. —La examino y le ofrezco sentarse en la silla frente a la mía—. Tú sabes de qué estoy hablando, ¿verdad?

Ella agacha la mirada.

—No, señorita Hale. Acabo de conocerla, apenas sé nada sobre usted. No quiero parecer entrometida.

—No me refiero a mi vida personal. —Busco sus ojos y me mira tímidamente. De pronto siento como si le estuviese hablando a mi propia madre—: Tú sabes lo que es pasar hambre y no tener un céntimo para darle de comer a un hijo. ¿Verdad?

—Yo... —murmura—. No puedo responder, lo siento. Son órdenes de...

—Descuida —la detengo—. No pondré en riesgo tu trabajo. Solo dime una cosa: ¿padeces en la actualidad alguna carencia material?

—No. —Y agrega lo que esperaba—: El señor Jefferson no deja que ninguno de sus empleados pasemos hambre, frío o que no tengamos un techo.

—Exacto —asiento—. Por eso algunos de ustedes viven aquí, en su casa. Otros no. Él aloja a quienes no tienen dónde ir y le responden con fidelidad. Por eso son tan pocos empleados en un edificio tan grande.

Ella tuerce el gesto.

Y su silencio me da la razón.

Acto seguido le paso la bandeja:

—Hazme un favor, Anabel. Prepara el desayuno para el lugar de acogida más cercano y sírvelo con un mensaje de aliento: «Esfuérzate por conseguir lo que deseas». ¿Podrías encargarte de ello? Algo me dice que debes conocer algún sitio. Si no es así, pregúntame y yo te diré cada centro de acogida o cada callejón donde hay niños durmiendo bajo cartones mojados. ¿Está bien? Yo pagaré por ello.

Ella traga saliva. Se la ve sumamente incómoda... hasta que se quita una lágrima que le cae de la mejilla izquierda.

—Muchas gracias, señorita Hale. Yo haré llegar esa comida a un centro de acogida.

A continuación le entrego el dinero y le doy un abrazo antes de salir comiendo una manzana fresca.

—Es mi trabajo, señorita Hale.

Otra vez Malcolm se ha puesto pesado con eso de andar pegado a mi espalda con una Glock en la mano como si fuese James Bond.

—No, Malcolm. Nick ha dejado claro que tu trabajo es obedecerme. Y no me gusta dar órdenes pero contigo haré una excepción: quédate cuidando aquí abajo. He vivido en esta caja de zapatos los últimos meses de mi vida. Y nadie me hizo nada. Puedo con esto yo sola.

Él tuerce el gesto y me pasa uno de sus revólveres.

—No dude en usarlo si lo cree necesario —me dice.

Lo miro anonadada.

—¿Nick ha sugerido que yo lleve uno de esos? —le pregunto.

—No lo ha sugerido, lo ha ordenado en caso de que usted se niegue a recibir custodia. Por favor, guárdelo y téngalo a mano. Al primer disparo que oiga, grito o golpe, estaré ahí en un abrir y cerrar de ojos.

—Bien —murmuro y recibo el arma. Es fría y pesada. La guardo en mi cartera y salgo de la camioneta negra.

Tener que abrir el portón de rejas viejo me hace caer en la cuenta de que uno se acostumbra rápido al lujo.

Subo las escaleras y, al llegar a la puerta, me encuentro con el picaporte roto. Mi primer instinto es buscar el arma. Coloco mi mano dentro de la cartera y quito el seguro del revólver. Por un momento tengo la intención de gritarle a Malcolm, pero, si intento escapar, podría perder la oportunidad de atrapar in fraganti al intruso.

Entro lentamente. Está todo a oscuras. Apenas los primeros rayos de luz solar se filtran a través de la cortina entreabierto del comedor. Está todo igual de desordenado que el día en el que me marché de este lugar. Dudo que alguien se interesara en robarme algo, no obstante, es una opción que no me convendría apresurarme a descartar.

Avanzo y me encuentro con una caja del tamaño de un televisor de quince pulgadas sobre la mesa. Acercó mi oído para corroborar si hay un tic tac. No. Reviso la habitación, el baño, la cocina. Nada.

Mierda.

Me enfrento nuevamente con la caja y la abro.

Hay una nota. La dejo a un costado y saco el aparato que me han dejado dentro.

Es un casco de realidad virtual, ¿qué carajo...?

Miro la nota:

Que este sea un secretito entre nosotros dos, Nat.

Confío en tu discreción, no me obligues a tener que aplicarte mano dura.

Atte., tu amigo, El Virus

#064

#PROPUESTA

Veo que las noticias vuelan rápido; ahora hasta sabe de qué manera lo hemos nombrado. Corroboro que el casco no tenga algún dispositivo que me haga explotar la cabeza en cuanto me lo intente colocar. No puedo demorar. Mientras programo el dispositivo que lo activa, busco rápidamente la carpeta en mi habitación con la documentación de Nick. No me sorprende ver al roedor peludo arriba de mi cama; se ha apoderado definitivamente de mi casa.

—Espero que no estés trayendo amiguitos a casa —le digo amenazándolo.

Llevo la carpeta y me encuentro con que el casco está listo para ser utilizado. Programo el inicio. Solo puede ser utilizado para un juego, nada más. Es para lo único que sirve y ha sido dispuesto de esa manera a propósito.

Me armo de valor y me lo pongo, jugándome literalmente la cabeza en ello.

Estoy dentro.

Mis oídos perciben los auriculares del casco y resuenan en mi cabeza una seguidilla de trompetas. No reconozco específicamente a qué pertenece, pero perfectamente se podría adaptar a la *intro* de un juego.

¡Cómo no me di cuenta antes! Estoy dentro de *su* juego.

El escenario es un montón de tierra, calles de piedra, carretas tiradas, animales muertos con moscas y gusanos. Imagino el olor a podredumbre cuando me acerco a ellos pero no lo percibo. Hay chozas viejas destruidas, como si hubiese pasado un ejército y desmontado cada rincón de esta... aldea.

Bajo la mirada y miro mis manos. Son dos brazos digitalizados, como un cine en 4DX de altísima definición.

Intento quitar el pastizal seco de una de las chozas que ha sido atacada y medianamente se sostiene en pie. Me sorprende no percibirlo al tacto, aunque el juego capta perfectamente mis intenciones. De pronto, mi rodilla golpea con algo y esto sí lo siento. Bajo la mirada. No hay nada. Hasta que caigo en la cuenta de que debo haberme dado contra la mesa del departamento. Salgo de la choza vacía y camino tratando de trazar en mi cabeza el mapa mental de cómo está dispuesto cada rincón.

Una vez fuera, el sonido de las trompetas ha cambiado y ahora se escuchan arpas sonando en armonía con un laúd; conozco este último de los juegos de estrategia en los que solía participar en red cuando aprendí a desbloquear las computadoras municipales. Son usuales los instrumentos musicales de la Edad Media en esta clase de escenarios. Este, particularmente, me hace acordar mucho a Age of Empires. Pero no hay guerreros, no hay trucos, nada de nada. Parece que un tornado ha arrasado y no han dejado siquiera un cadáver humano.

Exploro nuevamente el terreno y, cuando ya estoy convencida de que no encontraré nada, hago el intento por quitarme el casco, hasta que oigo pisadas tras de mí...

Me doy la vuelta sobre la tierra. En efecto, alguien se está acercando a mí. Parece una persona digitalizada para ser adaptada a los gráficos de un videojuego.

Es una chica. Estatura media, cabello negro intenso, delgada; parece debilucha pero camina

con una decisión que intimida. Está vestida con una túnica blanca al estilo grecorromano. Lleva una corona de laurel sobre el cabello.

—Qué tal, Natalie —me saluda.

Y yo no logro salir de mi asombro.

Su aspecto, pese a ser un poco robotizado, no deja de impactarme. Es horrible... o asombroso. O terrorífico. Parpadeo varias veces pero sigue ahí.

Soy yo.

Es una versión de mí misma adaptada para este juego.

El escenario. La música. La ropa de esta chica. Soy yo misma.

No cabe duda: El Virus ha creado un escenario ficticio que representa la guerra que se está llevando a cabo.

—¿Qué pasa? —me pregunta El Virus con mi propia voz—. ¿Nunca te imaginaste como el personaje de un juego?

—Estás... enfermo —le digo masticando las palabras.

Nat, digo, El Virus levanta las manos como si fuese una marioneta.

—Cálmate. No he venido a pelear. Solo quería hablar contigo.

—Muéstrate a ti mismo, hijo de puta. No puedo creer que hayas robado mi imagen y mi voz...

—¿A que no hice un gran trabajo? —La caricaturizada versión de mí misma se coloca las manos en los senos—. Hasta tuve un poquito de generosidad con algunos detalles.

—Vete a la mierda, idiota. Te encontraré, te rebanaré el pene y haré que te lo tragues.

—¿Por qué estás tan segura de que soy un hombre? —Habla y se encoge de hombros—. ¿Quién dice siquiera que deba ser una chica? Puedo ser una persona o ser varias. Puedo no ser una persona. Después de todo, creo que el nombre que me diste es bastante acertado para definirme.

Mi voz sale con una carcajada ronca:

—Claro que eres un virus. Solo debo encontrar la manera de sacarte de todo sistema operativo, así dejas de hacer daño a las personas. Pero, claro, tú y tu jodido resentimiento social está en contra del mundo. ¿Acaso te hicieron *bullying* cuando ibas a la escuela?

—¿*Bullying*? ¿Escuela? ¿Qué es eso? Simplemente aparecí con este cuerpo. Lo único que sé es que debo cogerme al doctor más importante y trabajar para su página porno.

—Eres un...

Me agito hasta su cuerpo digitalizado para arrancarle el cabello virtual, sin embargo, me detiene con una mano en alto:

—No te equivoques, Natalie. En este lugar está prohibido el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Si lo intentas, serás expulsada inmediatamente del juego.

—¿Qué dices? ¿Y cómo arrasaron con todo en esta aldea?

—Es un escenario, como bien debes saber. Lo creé de esta manera. Representa tu situación.

—¿Entonces para qué carajo me trajiste aquí si no es para que pueda encontrarte y arrancarte los dientes?

—Demoraste en llegar —se explica—. Hace más de veinticuatro horas que estoy esperando a que entres al escenario para poder hablar contigo. Así que he debido apresurar un poquito las cosas. Supuse que volverías a tu viejo departamento luego de que hubieras echado todo a perder con tu jefe.

—Solo estoy de paso. Ahora larga lo que tengas para decir porque estoy un poco ocupada tratando de atrapar a un *hacker* que me está jodiendo la vida.

Nat-Virus coloca los brazos en jarras.

—Bien —dice—. Me explicaré. Te traje con una intención. Quisiera hacerte una oferta.

Abro los ojos con evidente gesto de sorpresa.

—¿Tú... quieres hacerme una oferta... a mí? ¿Acaso quieres que... colabore a tu causa enferma y psicópata?

—Exactamente.

—Debes haber enloquecido si piensas que haría tal cosa. ¿Qué me pedirás? ¿Que extermine a la humanidad completa? ¿Que salga con un lanzallamas a quemar personas?

—No sería mala idea, pero se me ocurren métodos más efectivos de exterminar personas en masa o ciudades enteras. Luego ideamos un Plan Maestro. Por ahora, quiero dejarte mi propuesta, Nat...

Carajo.

Mi corazón se acelera.

Hasta que lo suelta:

—Quiero que te unas a mí. Que hagamos una tregua.

Retrocedo.

Es como si me hubiese dado una bofetada. Ella... O él, avanza.

—¿Qué... dices...?

—Formemos un equipo, Natalie. He descubierto tus estrategias tras cada movimiento. ¿Qué fue ese epígrafe en la última *selfie*? ¿Un pedido de auxilio? ¡Muy bien pensado! ¡Bravo! Entiende que eres fenomenal. Podríamos trabajar juntos. Te pagaré mejor que el proxeneta de tu novio. Seríamos los mejores *hackers* de la historia.

—¿Proxeneta? ¿Te atreviste a llamar «proxeneta» a Nick?

—Ya conoces a qué se dedica...

—Todas las personas que participan ahí lo hacen con su consentimiento. Él no es un proxeneta. Yo conozco gente que sí lo es, definitivamente no tienes una puta idea de lo que estás hablando. A mí me violaron a cambio de dinero, ¿no te haces una jodida idea de lo que es el proxenetismo! Seguramente que tú eres el proxeneta y por eso quieres que te ayude en esto, pero olvídale, imbécil. Te encontraré y te haré pagar todo el daño que estás causando.

A medida que hablaba, me he ido acercando más y más a esa imagen barata de mí, inexpresiva y digitalizada, con el rostro demasiado escuálido y cuadrado.

—Solo te pido que lo pienses.

—¡Es obvio que sabes de qué lado estoy!

—Te arrepentirás, Nat. No sabes contra quién te estás enfrentando.

—No. ¿Sabes? No sé en absoluto contra quién me estoy enfrentando, pero lo cierto es que se trata de alguien tan cobarde y tan despreciable que no puede mostrarme su cara o su nombre verdadero. Pero ya que te gusta andar investigando a las personas, supongo que sabes que me gusta descubrir la verdad de las cosas.

—Exacto, por eso te elegí a ti. Y por supuesto que descubrirás la verdad. *La descubrirás.*

Acto seguido, su mano virtual se levanta y me asesta una bofetada, que deja la pantalla en negro y me devuelve a la realidad.

#065

#DEFENDIDA

En cuanto estoy de regreso, me quito el casco y noto la garganta seca.

Levanto la cabeza y me encuentro con Malcolm de pie en la puerta que me mira boquiabierto. Estaba jugando y gritándole a un juego.

—Si... Si quiere —tartamudea—, puede seguir jugando de camino. Es hora de irnos.

Y antes de acompañarlo hasta la camioneta, miro nuevamente el papel. «Que sea nuestro pequeño secreto».

Un mensaje llega a mi celular en cuanto estoy arriba de la camioneta. Es de WhatsApp, de un número imposible de identificar.

¡Bienvenida al nivel 4!

Haz clic en el link de abajo para descubrir el desafío.

Carajo, ¿es que no se le agotan las armas?

Son las seis de la mañana, ¿no descansa nunca? ¿Lleva un registro de cada uno de mis pasos?

Acto seguido apago el celular y le hablo a Malcolm:

—Por favor, ponte en contacto con Nick. Dile que les dé la orden a los *influencers* que lancen los videos. Ahora.

El abogado a cargo de defenderme se llama Joe Golem. Su hermano, Tristan Golem, está a cargo de la defensa de Nick. Son de confianza, llevan cubriendo a Dirty desde hace años y parecen haber trazado una estrategia hace tiempo en caso de que algún hecho salpique a alguno de sus tres clientes predilectos.

—Es importante —explica Tristan— que todas las partes estemos de acuerdo con lo que vamos a decir en la reunión con el Departamento de Asuntos Internos para evitarnos así una visita a Tribunales. Esto debe ser resuelto de la manera más corta y silenciosa posible.

—El hecho ha tomado estado público —dice Nick.

—Creemos que es importante resolverlo de esa manera para que la situación deje de afectar a mi clienta. —La voz de Joe habla por los dos, lo cual me resulta desagradable.

—Ey, ey, ¿qué te sucede? No quiero volver a escucharte hablar por mí —le suelto.

—Nat—la voz de Nick intenta tranquilizarme—, es importante que estés de acuerdo con Joe. Cada uno de sus movimientos será para que no salgamos perjudicados.

—Muchas gracias, señor Jefferson —retoma Joe—. Si usted, Natalie, está en desacuerdo con algo de lo que diga dentro de nuestras reuniones privadas es fundamental que lo exprese. De lo contrario, cuando se trate de un acto público como el que se llevará a cabo el día de hoy, si usted no acuerda con algo de lo que yo diga, no es aconsejable que lo manifieste, ya que podría ser peor. El fiscal buscará el menor ápice de contradicción para atacar.

—Además —añade Tristan—, tenemos la suerte de que en este caso la parte querellante, es decir, la señorita Hale, de la mano de la universidad, y la parte acusada, mi cliente, están de

acuerdo en que todo ha sido un error y que ellos consienten completamente su relación. ¿Es así?

Nick traga saliva.

—Supongo que sí —farfullo. No quiero que la etiqueta de «una relación» nos condene ni mucho menos que una visita a los tribunales logre que me gane el odio de Nick.

Me adelanto a que Tristan agregue algo más:

—El problema es que la universidad me está defendiendo de algo que no quiero que me defiendan. Están equivocados.

—He ahí el quid de la cuestión —explicita Tristan—. Es fundamental que tú y Nick queden del mismo lado. Bien —asevera—, entonces ya tenemos una manera de proceder. Recuerden que es importante no contradecir en ningún punto las pautas que han sido trazadas.

—Entonces —Joe toma la iniciativa—, creo que es momento de hablar de honorarios.

Nick toma un bolígrafo y firma un cheque para cada uno de ellos; la cantidad de ceros me da la pauta de que no es algo que vean muy seguido en sus billeteras.

—¿Están listos los acuerdos de confidencialidad? —le pregunto a Nick en cuanto estamos en los asientos traseros de la camioneta.

—Sí, los hermanos Golem tienen una copia cada uno.

—Me refería a los *videobloggers* —me explico. Son tantos problemas juntos que no es extraño que se nos mezclen las situaciones que nos resultan amenazantes en este instante.

—Ah, ellos —Nick se acerca a Malcolm. Él nota esto y saca un sobre de papel madera de la guantera y nos lo pasa—. Ciento cuarenta y cinco *youtubers*, *dirties* e *instagrammers* subirán sus videos hoy a sus distintos canales. Está todo listo para nuestro primer golpe.

Lo dice como si repitiese mis palabras del día anterior.

Quisiera escucharlo más convencido.

Quisiera yo también convencerme de que las cosas saldrán bien, pero el miedo me tiene comiendo de su mano.

#066

#JEILLNAHEJ

KiwiKawaii. Diecinueve años. Empezó con un canal de videos donde daba *tips* de moda y su cantidad de seguidores se desató cuando hizo un video en vivo donde era secuestrada de modo ficticio. Tuvo en vilo a los visualizadores durante dos semanas hasta que apareció y contó el enorme calvario que le tocó vivir. Una mentira que valió medio millón de seguidores nuevos en el canal de esta ingeniosa chica.

FatalityUltimate. Diecinueve años. Un muchacho que empezó hace tiempo subiendo videos donde se grababa jugando Minecraft. Los seguidores del juego le dieron casi cien mil *follows* a su canal. Más tarde empezó a colgar videos donde comentaba las peleas de otros *influencers* en la red hasta que desenmascaró parte por parte la farsa de Kiwi. Ella le respondió. Ambos sumaron seguidores. Él superó a los de ella con casi setecientos mil. Los seguidores de Minecraft estuvieron de su parte. Kiwi y Fatality acordaron una nueva pelea para el próximo mes.

JohnnyPapaVlogs. Veinte años. Hizo la Escuela de Videobloggers en red. Empezó hace poco tiempo: sus videos inicialmente eran retos donde se ejercitaba en el gimnasio o hacía bromas pesadas en la calle junto a otros dos amigos de la Escuela de Videobloggers. El número de seguidores se disparó en dos momentos específicos: el primero con una serie de videos llamados «Experimento social: la gente reacciona a un hombre sin camiseta y a una chica sin camiseta». Hizo Parte I, Parte II y Parte III. Cinco millones de visualizaciones, tres millones y un millón respectivamente. Su reclamo era que las chicas también tienen el derecho de mostrarse con el torso descubierto si así lo quieren. Tuvo el apoyo de un importante caudal de público. El segundo momento que disparó sus seguidores fue cuando se mostró en un video bailando la canción brasilera «Vai Malandra» en bóxeres y alcanzó las doce millones de visualizaciones. Supo sacar provecho de haberse ganado una enorme audiencia femenina gracias a su defensa feminista. Hoy acumula siete millones de *followers*.

Kiwi, Fatality y Johnny son los primeros en lanzar sus propios videos; el plan es que esto desencadene otros videos en respuesta.

Si la situación ha tomado estado público, que sea en nuestro beneficio.

Kiwi es la primera en sacar su video. La rapidez con la que ha respondido al contrato que le ha permitido ganar cien mil libras es de una eficacia que valoraré de aquí en más. El título del video me llama la atención, quizás para mal: «Escándalo profesor-alumna». Me provoca cierto enojo. Empieza hablando de su video anterior hasta que en un momento señala:

—Bueno, vamos a nuestro asunto de hoy.

Y muestra nuestro video. En un recuadro pequeño a la derecha se pueden ver sus reacciones y, una vez que finaliza, su pequeño rostro redondo y su cabello azul vuelven a ocupar toda la pantalla.

—Qué... carajo... acabo de ver.

Por un instante quiero meterme en la pantalla de la computadora de Nick y golpearle la cabeza a esta chica. Pero me contengo. Haber aceptado trabajar con estos chicos es aceptar que hablen con términos que pretenden ser explosivos y muy poco cuidadosos.

—Volvamos un momento a la parte en que la pantalla se apaga. —Retrocede el video en un recuadro pequeño—. ¿No es obvio que se trata de una edición falsa? Solo noten la disonancia que hay entre los primeros audios y los posteriores. —Lo reproduce—. Esos gemidos pueden haberlos sacado de una web porno cualquiera. Vamos, no puedo creer que les estén jodiendo la vida a estos dos con una edición tan básica. Y, en tal caso, ¿qué problema habría? Son personas adultas, trabajan salvando vidas y no están haciendo nada ilegal. No entiendo por qué arman tanto revuelo empeñados en joderles la vida a dos profesionales que podrían salvar la vida de tu madre, tu padre o un hermano. Abran la cabeza, por favor; no sean imbéciles y déjenlos vivir su vida.

Una vez que termina toda su crítica a nuestro favor, me siento en parte emocionada. Aunque Malcolm les haya pagado para que opinen de esa manera, se nota que la opinión es honesta.

—¡Bien! —Salta a la última parte luego de un video de siete minutos—. Ha sido mi video semanal, espero les haya gustado y me interesa conocer sus opiniones. Dejen aquí abajo todo lo que opinan y de qué lado están: ¿les parece real esta edición barata para joderles la vida a dos personas respetables? ¿Creen que su amor es verdadero? ¡Quiero leerlos! Nos vemos la próxima semana con más de KiwiKawaii. ¡Sayonara, *Kiwers!*

Luego es el turno de Fatallity. Actualiza apenas una hora después que Kiwi. Lo veo justo antes de llegar al Departamento de Asuntos Internos. Lo reproduzco en mi celular pinchado por El Virus antes de bajar de la camioneta que conduce Malcolm.

El título del video es «El doctor le da duro a su paciente». Me repugna que usen esos términos para referirse a nosotros, aunque ellos buscan exactamente lo mismo que Nick y yo: captar al público. Supera las veinte mil reproducciones entre que lo empiezo a ver y lo cargo nuevamente al finalizar. Me molesta su *intro* de personajes de Final Fight peleando aunque a la vez me dan ganas de volver a jugar a ese clásico.

—¡Hola a todos, *Fighters!* ¿Qué tal pasaron su semana? ¡Al fin es viernes! En la *uni* me han destrozado con exámenes pero me alegra volver al canal para poder hablar con ustedes. Y ¿qué mejor manera de hacerlo que dando mi propia opinión acerca de un escándalo que se ha reproducido como las versiones y reversiones de Sub-Zero? ¡En fin! Les hablo del tremendo escándalo que se ha armado desde el momento en que difundieron un video de una residente de medicina en un hospital de Yorkshire. Veámoslo antes de entrar en detalles.

Adelanto la parte donde muestra lo mismo que la otra chica, aunque esta vez, el muchacho hace gestos en los que busca que luego su público lo difunda como memes.

—¡Guau! Eso fue... tan romántico. En verdad lo digo, suponiendo que ese salseo fuera cierto, ¿no es lindo que tu chica te sorprenda en tu despacho luego de un día agotador de trabajo? —Aplaude en un gesto teatral y a continuación se pone serio—: Vamos a lo que me interesa hablar y defender aquí. Quisiera aclararles que, si todo esto los hizo reír, me dan pena, me dan asco, me hacen vomitar el batido de banana y durazno que me preparó la chica de Starbucks hoy por la mañana cuando salí de casa para entregar un trabajo en la universidad. ¿No se dan cuenta? Hay alguien que, lamentablemente uno de nosotros, les está jodiendo la vida a estos señores. —Me molesta terriblemente que se dirija a mí con ese término, ¡solo soy cuatro años mayor que él!—. Debe haber tenido su motivo para hacerlo, aunque no me importa. Ustedes saben bastante bien el modo por el cual se le puede joder la vida a una persona con un video que lo ridiculice y aún peor si ese video es una pésima edición como en este caso. Al menos hubiese incluido un montaje porno o algo parecido, ¡pero no! Debe ser alguien que apenas sabe manipular un programa de editar video y, para colmo, lo hace mal. Lo más preocupante no es su pésimo trabajo al editar, sino que sabe meterse en los usuarios de otros. Pues, así es como ha difundido este video: metiéndose en el Instagram y Facebook de esta chica y enviándolo por correo a toda su casilla de

mail. A ver... ¿Cuán despreciable y miserable tienes que ser para joderle la vida así a una persona que ha dedicado su vida a estudiar para salvarte la vida a ti o a tu novia o a tu novio en un quirófano? Si estás viendo este video, quiero que sepas algo, basura... Porque no hay otro modo para referirme a ti: BASURA. Esta chica podría salvarte la vida mañana mientras tú sigues averiguando de qué manera hacer jodidos videítos. ¿Saben qué es lo que más asco me da? Haber leído los comentarios. La gente que ha seguido el juego burlándose de estas personas. ¿Por qué deberían quitarles el título? ¿Acaso no son personas? A ver... Somos *humanos* y el sexo es *normal* en cada uno de nosotros. No entiendo por qué tanto alboroto de algo que, para peor, ni siquiera es verdad...

Luego de que finaliza este segundo video que dura unos once minutos, corroboro mi conclusión de que estos chicos, pese a mostrarse cómicos o, a veces, ridiculizarse un poco, son en verdad personas inteligentes que saben de qué manera argumentar algo cuando cierto tema los enoja o los conmueve. Me alegra haberlos elegido y haber confiado en ellos. Solo espero que el resto actúe de modo similar.

—Nat. —Nick reposa su mano en mi hombro al notar que me he quedado leyendo los comentarios en apoyo del video de Fatality; solo resta ver el de Johnny que actualizó hace un minuto—. Nos están esperando. La audiencia empieza en diez minutos y debemos estar ahí antes. Será mejor que salgamos del auto.

Acto seguido, el celular de Malcolm empieza a vibrar y, por algún motivo, Nick y yo nos quedamos mirándolo; quizás se deba a que es el primer signo de algo humano que hemos visto en este hombre. Abro la puerta y bajo para dejarlo hablar tranquilo; merece su momento de privacidad.

—Espero que le des unas vacaciones generosas a la gente que trabaja para ti —le digo a Nick cuando desciende de la camioneta.

—Las tienen, descuida. Todas las personas que trabajan para mí reciben un trato digno y vacaciones al lugar que gusten dos veces al año con los acompañantes que decidan. Y velo porque nunca les falte nada.

Recuerdo las palabras de Anabel, aunque su voz se esfuma en un instante de mi cabeza al escuchar el llamado de Malcolm, quien viene tras nosotros tratando de alcanzarnos.

—¡Señorita Hale! ¡Señor Jefferson!

Nos giramos y llega más rápido de lo que yo podría en toda mi vida con esos zapatos.

—Malcolm, ¿qué sucede? —le pregunta Nick.

Trae su celular en mano y me lo pasa.

—Es para usted. Lo han contactado tal como pidió.

Nick lo mira casi sin comprender, pero es el resultado de una orden suya: que Malcolm obedezca a todo lo que yo le ordene.

Y entiendo de qué está hablando Malcolm desde el momento en que lo veo dirigirme el celular.

Trago saliva y me coloco el auricular al oído.

—¿Doctora Hale? —pregunta al otro lado la voz ronca de un hombre.

—Me alegra volver a hablar con usted, y sobre todas las cosas, que no me esté dirigiendo la palabra con mi propia voz, señor Nahej.

#067

#DECISIVO

—¿Disculpe?

Estoy casi segura de que Jeill Nahej no es El Virus pero le hablo en código para que, en caso de que sí lo sea, caiga con su propio peso. Nunca está de más descartar opciones. Y ahora mismo debo apresurar las cosas porque el tiempo se agota: tengo una audiencia en la que se decidirá mi porvenir profesional y un nivel que superar en un juego donde hay mucho en riesgo.

—Señor Nahej —le digo—, ¿le gustan a usted los juegos de guerra y de estrategia?

—De hecho... No. Lo mío es otra cosa. ¿Por qué lo pregunta? Su guardaespaldas me contactó, dijo que tenía que hablar conmigo pronto y no era una opción no hacerlo. Sobre todo si consideramos que hay un video donde se la vincula a mi viejo socio... Del que no quiero saber absolutamente nada. Así que, ahorrémonos los sermones y dígame qué quiere, para qué me ha llamado.

—Comprendo su disgusto, señor Nahej. Sepa que no es mi intención incomodarlo y el motivo por el cual me he puesto en contacto con usted no tiene que ver con ninguno de sus viejos socios. El motivo por el cual he querido contactarlo es otro.

Nick me hace un gesto señalando el reloj de su muñeca; no obstante, presta atención. Está completamente anonadado, no puede creer que esté hablando con la persona que fue cofundadora de su propia empresa secreta pornográfica.

—Dígame qué sucede, doctora Hale.

—Hay un inconveniente, señor Nahej. Ahora mismo estoy por entrar a un tribunal donde se decidirá mi porvenir profesional dentro de la medicina, ya que se ha difundido un video falso. Y del cual usted ya tiene conocimiento. Al igual que sabe muy bien de qué se trata un juicio donde puede arrancarle a uno la matrícula profesional. Por lo tanto, le pido que pautemos una reunión en algún lugar público. ¿Cuál es su cafetería favorita de Yorkshire?

—Señorita Hale... No es de mi interés volver a...

—Me queda poco tiempo, señor Nahej. ¿Qué tan lejos se encuentra usted ahora?

Él suspira.

Nick también.

—Seis horas —me contesta por fin.

—Excelente. Malcolm le sacará un pasaje en el próximo avión a Yorkshire desde donde sea que usted esté ahora. No es mi intención indagar en su privacidad, eso lo hablará directamente con él. ¿Nos encontramos esta tarde en Tearoom?

Volver a la universidad tiene un sabor agridulce. Por un lado, te invaden los recuerdos de los últimos años de tu vida que compartiste con amigos momentos de diversión, quizás algunas drogas y holgazanería. Pero es imposible olvidar la tensa espera de una nota, el agotamiento de que tu agenda se llene de exámenes y trabajos por entregar, el no dormir y el apenas comer.

Jamás pensé que regresaría en estas circunstancias.

Nick y yo estamos en dos asientos enfrentados mientras esperamos a que nos llamen para entrar en la oficina del Departamento de Asuntos Internos. Los abogados nos sugirieron ubicarnos en lugares distintos, sostener la distancia y que nuestro consentimiento sea brindado de manera verbal sin prestar espectáculos escandalosos.

—Pareces una persona a la que todo el mundo le da lo mismo, una actitud que valoro sobremanera, pero en este caso debemos complacer al público, así que nada de escenas —me señala Joe Golem, el hermano a cargo de mi defensa.

Su pelo rubio peinado con raya al costado es justamente lo que menos aprecio en un hombre. Los prefiero un tanto más... desordenados.

—¿Crees que si me lo dices ochocientas mil veces surtirá efecto? —le pregunto.

—Nat —me dice Nick en un tono de reprimenda.

Pero Tristan se interpone con un nuevo lineamiento:

—Nada de hablar directamente entre ustedes o gestos que puedan dar a pensar intimidación. Es importante demostrarle al director del Departamento que son personas que actúan con profesionalismo más allá de la vida privada.

Suelto un bufido y me cruzo de brazos.

Hasta que abren la puerta y la señorita James es quien nos llama. Se trata de la sexy secretaria por la que se muere todo el alumnado y más de un *profe* en la Escuela de Medicina.

—Señorita Hale, señor Jefferson, señores Tristan y Joe Golem. Gracias por su paciencia. Ya pueden pasar, el director Brooks los espera en su despacho.

Su gesto no me intimida y me meto en la oficina antes que los demás.

—Luego de tomar conocimiento de los acontecimientos que podrían ser juzgados como escandalosos para la opinión pública y podrían ir en contra de los acuerdos estatutarios de esta universidad, el Departamento de Asuntos Internos ha decidido tomar parte. —La lectura del acta por parte de subdirector York me resulta algo odiosa, sobre todo porque tengo siete pares de ojos encima: Nick, Joe, Tristan, el director, su secretaria, el abogado del Departamento y el mismo York—. Se discutirán la difusión, a través de soportes digitales de la señorita Natalie Hale, de un video en el que mantiene relaciones íntimas con el doctor Nicholas Jefferson y una fotografía *selfie*. Esto se relaciona con hechos precedentes como la solicitud del señor Jefferson de la baja de Natalie Hale del programa de residencias, una discusión que tomó estado público dentro del hospital donde ambos desempeñan sus labores. Este tribunal entiende que la situación podría tratarse de una amenaza por parte del doctor Jefferson respecto al plan de estudios de la señorita Natalie Hale. El Departamento decide defender a la señorita Hale de cualquier situación abusiva por parte del jefe de prácticas y profesor de la Universidad de Yorkshire, el doctor Nicholas Xavier Jefferson.

Luego de lo que acabo de escuchar, creo que una vena está a punto de estallar en mi cuello; si cree que amenazando con destituir del cargo a una persona que me importa me está protegiendo, es que está haciendo muy mal su trabajo.

—Quisiera exponer la posición de mi cliente —murmura Joe.

—Adelante, doctor Golem —le cede el lugar el director.

Aunque hablo antes de que él se coloque las gafas y comience a leer sus papeles.

Necesito soltarlo o estallaré:

—Más allá de las formalidades necesito exponer mi postura: no tiene una jodida idea de lo que pasa y todo lo que ha dicho está fuera de lugar.

Un silencio sepulcral invade el lugar.

—Ah, y además...

—Su abogado va a tomar la palabra —me interrumpe el director.

—...además, no necesito que me protejan —añado.

Nick se agarra la cabeza.

GiveMeTheDrugsBabe: Pastelito, ¿qué está sucediendo? No he podido evitar preocuparme por ti. ¿Alguien te está chantajeando? Quisiera saber qué harás. No dudes en pedirme ayuda en caso de que lo necesites.

GiveMeTheDrugsBabe: Va contra las reglas pero lleva días sin pasarse por el Hard y algo me dice que está metida en problemas.

WhoIsTheSamurái: Tenemos que ayudarla, pero ¿de qué manera? Todo el mundo habla de ellos. El secreto del doctor no tardará en salir a la luz.

GiveMeTheDrugs: Quizás tiene algo planeado. Pastelito es inteligente y si no ha pedido nuestra ayuda debe tener algún plan en mente. Aun así, sigo preocupado. Ya sabemos cómo son muchas de las personas que nos podemos cruzar aquí.

WhoIsTheSamurái: ¿Y la empresa del doctor? ¿Permitiremos que se difunda y perjudique a alguien más?

GiveMeTheDrugs: No deberíamos. Hasta el momento, el mundo de la pornografía que él controla cuenta con todas las de la ley y cierto sentido de ética. Lo he investigado.

WhoIsTheSamurái: Es hora de que nos entrometamos.

GiveMeTheDrugsBabe: Tenemos que ayudarla.

WhoIsTheSamurái: Aunque vaya contra las reglas del Hard.

GiveMeTheDrugsBabe: Daré de baja todos los archivos que suban en sus perfiles públicos. Pastelito, si estás leyendo esto, espero que entiendas que es por tu bien. Y averiguaré quién diablos te está jodiendo.

WhoIsTheSamurái: Cuento con un software que nos puede ayudar.

GiveMeTheDrugsBabe: Envíamelo encriptado así puedo seguirle el rastro. ¿No tiene proxy, verdad?

WhoIsTheSamurái: Claro que no tiene proxy, ¿por quién me has tomado?

GiveMeTheDrugsBabe: Solo podemos confiar en nosotros tres. Somos un equipo.

—No era necesario que te convirtieras en una heroína —me dice Joe Golem mientras camina tras de mí al tiempo que salgo como un rayo del Departamento de Asuntos Internos.

Nick le sigue el paso:

—Solo tenías que dejarlos hablar a ellos.

—Estaban diciendo un montón de estupideces y me tomaban como a una niña tonta e indefensa hablando en mi lugar.

—Natalie, era en tu beneficio. Tu posición de víctima era una estrategia.

—Mi posición de víctima implicaría una suspensión a la matrícula de Nick —le suelta a Golem.

—Era preferible para terminar con este asunto de una vez por todas y que no nos dejaran en suspenso hasta la próxima citación —me suelta Nick.

Me detengo justo antes de llegar a la camioneta y sopeso la idea de no irme con él. Hasta que Tristan, quien se había quedado atrás, se aparece corriendo con el celular.

Está pálido.

Parece haber visto un muerto. Sus manos tiemblan. Las pupilas de sus ojos tiritan.

Todos nos preocupamos apenas lo vemos llegar.

Su celular cae al césped.

—Natalie, tengo un mensaje para ti. Lo... Lo siento.

Y todo sucede demasiado rápido...

Una vez que está lo suficientemente cerca, me da un puñetazo que me arroja al suelo y lo último que logro discernir es el macizo cuerpo de Malcolm arrojándose encima de Tristan. Y empiezan los gritos. La sangre. Los golpes. Mientras mi mano se acerca al celular que Tristan dejó caer. Hay un mensaje:

Hazlo ahora o tu esposa recibirá las putas fotos.

#068

#DESTRÚYEME

Reunirme con Jeill Nahej en el Tearoom es prácticamente un momento de relax al lado de la mañana que he vivido; la situación con Tristan lo ha dejado tanto a él como a Joe fuera del caso.

—Señorita, ¿qué se le ofrece para beber? —me pregunta un sonriente mesero tras acercarse a la mesa junto al vidrio desde el cual observo a la gente ir y venir.

—Estoy esperando a alguien, gracias —le digo.

No me quito las gafas oscuras; me duele el ojo pero aún más saber que El Virus me ha tocado.

Me ha golpeado y esta vez no ha sido en sentido figurado. Estoy segura del peso que ha implicado tal acción: al exponerse de este modo me ha demostrado que puede hacer lo que se le antoje.

La mala noticia es que he recibido golpes muchísimo peores. El muy hijo de puta no me da miedo; no es nueva la sensación de no estar segura en ninguna parte.

—Claro —me dice el mesero—. Le dejo la carta así va considerando las opciones.

—Gracias.

Y se va.

Aunque mi víctima no demora en aparecerse por el ventanal. Jeill llega y me busca en las mesas. Hasta hace unos días no me reconocería, sin embargo, últimamente soy una chica famosa gracias a Internet.

Jeill tiene ojos rasgados, piel tostada, unos diez centímetros más que yo, es delgado y con ojos negros. Tiene ascendencia hindú. Al fin nos conocemos, exdoctor Nahej. Espero no correr la misma suerte que usted.

Viste una chaqueta marrón, jeans azules y camisa a cuadros. Se acerca a mí y traga saliva en cuanto me ve.

Tener noticias de su vieja vida como pornógrafo parece no traerle buenos recuerdos.

Lamento ser tu pesadilla. Bienvenido al club.

—Natalie Hale —murmura al sentarse en la silla que está frente a la mía. Me cruzo de brazos y le sonrío falsamente sin quitarme las gafas oscuras.

—Un placer estar aquí contigo, veo que no hace falta presentarme.

Él toma asiento.

—Te has ganado cierta fama este último tiempo —me contesta mientras toma la carta que yo he dejado sobre la mesa.

—Una fama desmerecida y poco deseada. Oh, fijate qué coincidencia, a ti te sucedió exactamente lo mismo. ¿No te parece esto una cita romántica?

—Prefiero no salir con alguien que podría implicar un potencial peligro a mi vida actual. Es demasiado tranquila como para asumir un pasado que me persigue. Supongo que por eso me llamaste.

—¿Ah, sí? Me interesa saber el motivo por el cual supones que te cité, Jeill.

—Es evidente que quieres saber cómo hice para salir del embrollo. Pues te lo resumo de la siguiente manera: desaparecí. El tiempo se encargó de borrar mi rostro de los noticieros,

Facebook y de las cabezas de las personas que te cruzan en la calle y dicen «ahí va el perverso que tiene la empresa pornográfica» cuando al llegar a sus casas ponen una porno y empiezan a masturbarse. ¿No te parece contradictorio?

—El mundo es contradictorio, Jeill, pero ese no es el motivo por el que estamos aquí. Me gustaría quedarme a discutir qué tan injusto o contradictorio puede ser el mundo, después de todo elegimos estar en él en lugar de pasar a un mundo desconocido, pero tampoco te cité para que me ayudes a planear mi suicidio. Con el tuyo basta.

—¿A qué te refieres? Yo nunca planeé mi...

—Buenas tardes, ¿qué van a ordenar?

El muchacho sonriente interrumpe la conversación.

—Quiero un té de cacao y una rama de canela.

—Perfecto. ¿Algo para comer?

—El té está bien.

Se gira a Jeill mientras observa apresurado la carta.

—Un café mediano cargado.

—¿Con crema? ¿Leche? ¿Algún agregado?

—Solo café.

—Enseguida regreso.

Se despide y me giro a Jeill. Observo sus ojos enrojecidos, sus manos temblando y sus facciones tensas.

—No creo que tanto café te haga bien. Ya te noto tenso.

—Iba a decir exactamente lo mismo de ti. No hay tanto sol aquí dentro.

Se da un golpecito sobre la nariz señalando las gafas.

—No es posible que esto me esté sucediendo a mí. —Improvisó un lloriqueo mostrándole apenas mi ojo morado—. He sido atacada por un fan y todo por subir una foto teniendo sexo con el idiota de mi jefe.

—Ya, ya. Te jodieron. Ya pasé por eso —añade Jeill.

Me acomodo las gafas oscuras.

—Necesito que me des información de tu vida, Jeill. No vengo a pedirte recetas de cómo despegarte de un hecho que la gente olvidará mañana pero que a ti te condenará para siempre, sino que me informes de quién podría querer joder la web de Dirty. Y por qué ha elegido este momento para hacerlo.

Mencionar a Dirty alarma a Jeill. Mira a todas partes como si tuviésemos un demonio atrás escuchando y listo para informar al mundo que uno de los viejos socios fundadores de la web está aquí ahora conmigo.

—Por favor —murmura—, lo que sea que esté pasando con eso, no tiene nada que ver conmigo. Te pido que me dejes en paz, no quiero volver a saber absolutamente nada.

—Nadie te va a joder. O sí: yo. Pero será solo si no me ayudas.

Él suspira y se sujeta la cabeza como si se le fuese a reventar.

Acto seguido llega el mesero y trae los pedidos. Aprovecho que baja la tensión y se marcha.

Jeill me mira.

—Bien. Sé más específica. Te diré todo lo que sé. Solo no vuelvas a meterme a mí ni a mi familia en esto.

—¿Tu familia?

—Estaba casado cuando sucedió todo. Mi esposa, al enterarse de mi... aventura, me prohibió ver a mi hija. Tenía seis meses en ese entonces. Recién ahora he conseguido volver a verla. No sé

qué están haciendo Dirty, Online Channel y tú, pero lo que sea que esté pasando, yo no tengo absolutamente nada que ver.

—Espera... ¿Online Channel? ¿La productora de películas *on streaming*?

—Sí... Y más viniendo ahora de Dirty. Verás, no soy vengativo. Es más, si lo fuere, no estaría ahora mismo aquí para conversar contigo.

—Vuelve al puto punto de Online Channel —le pido.

Él suspira.

—¿Me estás probando? ¿Quieres saber cuánto sé al respecto? —me pregunta Jeill.

Y le doy un puñetazo a la mesa que provoca que todos nos miren. Las tazas vibran y se vuelca algo del líquido.

Jeill intenta tranquilizarme:

—No llares la atención, te lo ruego. Ya suficiente estás haciendo con esas gafas negras.

—Entonces, dime qué demonios ocurrió con Online Channel y por qué piensas que puede conectarse con Dirty.

—Los están jodiendo. Hay productores y directores que han renunciado a trabajar para ellos. Y todo por un negocio sucio que han armado con la venta de estupefacientes y drogas.

—¿A qué te refieres?

—Quieren que todos sus usuarios consuman drogas mientras ven sus pelis. Se supone que mejoraría la experiencia y el disfrute.

Me asombra un poco pero no me resulta extraño.

—¿Y cuál sería el problema?

Suspira.

—El problema es que el grueso de su público tiene entre doce y dieciséis años.

Mierda.

—Y eso —añade—, lo difundió un *hacker*. Está jugando con los CEO y gerentes de Online Channel. Los está obligando a matarse. Se han iniciado acciones judiciales pero no se detiene.

Mi corazón se acelera.

El Virus. Es él. Los niveles.

Mierda.

—¿Que... se... maten? —le pregunto.

—Así es. Tiene una filosofía de vida un poco extraña. Dice que la mejor manera de corregir la raza humana es exterminándola.

¡Mierda!

—Estuvieron indagando y la última megaempresa en Internet que estuvo perjudicada por algo parecido fue Dirty. Pensaban que estaba intentando vengarme o hacer algo que viniera por ese lado, pero están equivocados. Tú y ellos. Yo no tengo absolutamente nada que ver, créeme por favor. Si aún no he desaparecido bajo una identidad falsa es porque me interesa seguir viendo a mi hijita, demonios.

Las lágrimas empapan el rostro de Jeill.

Yo estoy tratando de procesar la información.

No puede seguir de este modo.

Es demasiado hábil.

No pudo contra uno de los líderes mundiales más importantes. Pero ¿por qué ellos? ¿Qué le hicieron? O les hicieron. Aún no sé siquiera si es hombre o mujer; lo más probable es que pueda tratarse de varias personas.

—Hay más —dice él.

Levanto la cabeza y lo miro.

—Hay otros —señala—. Otros sitios web. Vinculados con pederastia, proxenetismo y venta ilegal de armas. El *hacker* ha armado una red y los está jodiendo de a poco. Uno por uno. Creo que Dirty es un elemento más de la red. Cuando recibí tu llamado... en cierta manera... lo estaba esperando.

Mi corazón da un vuelco al hacerme una idea de lo que sucede.

—No puede ser el mismo *hacker* —le digo—. Dirty no tiene nada que ver con la venta de armas o las drogas.

—Lo sé. Trabajé ahí. No nos metemos con eso, lo teníamos claro desde el comienzo. No queríamos problemas, solo dinero.

—¿Entonces?

Jeill es el primero en darle un trago a su té ya frío.

Y lo suelta:

—Solo se mete con causas extremas. Si está persiguiendo a Dirty... es porque encontró algo terrible.

#069

#ROTA

Le pido a Malcolm que me deje volver sola a casa; él se opone, por lo que debo enunciarlo como una orden para que me haga caso. Ha sido un día sumamente desastroso, así que entiendo que quiera cumplir a rajatabla con su trabajo.

No puedo evitar pensar en Anthony. En momentos que me siento desesperada, dolida y sin rumbo, el rostro de ese imbécil se aparece en mi cabeza para atormentarme como bien hizo durante un tiempo.

Pero también me doy cuenta de que he sido cobarde y una idiota. Mi cobardía ha sido la que me impidió confrontar directamente con Nick y preguntarle por sus secretos; necesito que sea honesto conmigo de una vez por todas.

Necesito saber quién es Nick.

De pronto me he dado cuenta de que no lo conozco en absoluto. No sé quién es la persona con quien me he estado acostando este tiempo, quién es el sujeto de la casa donde he vivido.

Lo que Jeill me ha dicho tiene una lógica que hiere: me ha demostrado que si aún no me he enfrentado cara a cara con la verdad ha sido por miedo a perderlo todo. Nick apareció para salvarme de mis necesidades materiales, de mis deudas y, sobre todas las cosas, de mi soledad. Pero el precio fue altísimo.

Nick es el mismísimo diablo: te tienta y te promete un mundo a cambio de que tomes su mano y descendas al infierno.

Nunca hubiera conocido Dirty de no haber sido por él ni hubiese expuesto a mi familia. Mucho menos estaría siendo, ahora mismo, perseguida por algo que ni siquiera es tangible y no me deja respirar.

Es la verdad o nada.

Es ahora.

Debo saber quién es Nicholas Jefferson.

No puedo seguir de esta manera.

Cuando llego a la casa, Anabel me recibe y, al notar mi gesto, se preocupa de inmediato.

—¿Cómo fue todo? —me pregunta.

—¿Nick no se lo ha contado?— le pregunto arrojando mis cosas en uno de los sillones.

—No. Él nunca me cuenta nada.

Oh, vaya, no soy la primera.

—¿Está aquí ahora? —le pregunto.

—No. Mencionó por teléfono algo del laboratorio y se fue. Sabes... No le digas que te lo he comentado, pero cada vez que lo noto preocupado se mete de lleno en su proyecto sobre genética.

Cuerpos.

—Conozco de qué se trata —murmuro—. También trabajo en ese laboratorio.

Sin mencionar que él es mi jefe.

—¿Y cuál es el problema? ¿Por qué no está hoy en el hospital?

—Anabel... —suspiro—. No es tan fácil. La verdad es que ni yo misma sé lo que está

sucediendo.

Mis mejillas arden al igual que mis ojos.

Entonces hago lo que no hacía en mucho tiempo.

Rompo en llanto contra su hombro y ella me recibe en un abrazo cargado de preocupación.

—Cielo... —murmura—. Lo siento tanto.

¿Que lo siente?

Oh, claro. Ella no es mi madre. Es mucho más realista. Claro que lo siente. Sabe de mi relación con Nick, sabe todo, sabe mucho más de lo que dice. Y sobre todas las cosas, es quien mejor conoce en el mundo a Jefferson.

¿Por qué él la trata como una empleada más? ¿Por qué permite que sea una empleada dentro de su propia casa? Hay cosas que mi sentido de la cordura no alcanzan a discernir con claridad.

Anabel no es mi madre. Y en este momento, necesito estar cerca de mamá. Anabel no va a decirme que todo estará bien y que cuente con su ayuda en lo que sea. No. Y no estará para cuando lo que sea que tengo con Nick se quiebre como el hielo y luego se deshaga. Ella estará con Nick. Y yo no seré más que una más que pasa por esta casa y se va con el corazón hecho pedazos.

—Natalie. —Es la primera vez que me llama por mi nombre. La miro asombrada y escucho atentamente cuando me dice—: No sé bien por lo que estás pasando ahora mismo al lado de Nick, pero lamento mucho que él haya llegado a tu vida. No te pido que entiendas lo destrozado que está por dentro, solo que tengas paciencia y pienses cuánto serás capaz de soportar. No llegues al límite.

#070

#HABLA

La puerta del despacho se abre y Nick entra despeinado y con un agrio olor a alcohol. Yo lo espero al otro lado de su escritorio, sentada en su sillón y en penumbras. Cuando enciende la luz, se sobresalta al verme.

Se queda de pie. Lo miro. Mi ojo está morado. Le duele verme así. El halo oscuro que cruza por su mirada muestra el infierno que está viviendo y que ahora mismo comparte conmigo.

El silencio se vuelve como un hilo de oro muy fino y preciado que decido romper.

—Anthony.

Mi voz se oye rasposa y el nombre sale de mi boca como si tuviese cuchillas

—Su nombre es Anthony.

Él frunce el entrecejo, pero parece entender de qué le estoy hablando. Solo le hablé de un hombre en mi vida. Y es el hombre que me violó.

#071

#HISTORIAS

—¿Por qué no tomas asiento? —le ofrezco—. Quiero hablar de algo justo ahora. ¿Sabes cuál es el motivo? Que a mí no me gusta tener cosas guardadas porque me hacen mierda. Y quizás si las comparto contigo tengas un poquito de la basura que me está intoxicando y ya no será tanto con lo que tendré que cargar, ¿verdad?

Él sigue en silencio. Parece herido, roto, furioso e insomne. No sé qué hora es, pero sí puedo estar segura de que es de madrugada.

Cierra la puerta a sus espaldas y camina; los zapatos resuenan en las baldosas de su despacho. Se sienta en la silla frente al escritorio y escucha sin emitir una sola palabra.

El muy cabrón nunca dice nada.

—Solo dos personas me hicieron muchísimo daño en mi vida —le cuento, inmutable—. Podría enumerarte otros, pero lo que estos me hicieron no se compara en absoluto con lo que me tocó vivir en otras ocasiones.

Parece que Nick olvida respirar cada tanto, ya que su pecho sube y baja acelerado a medida que hablo.

Él no sabía tanto de mí, a decir verdad. Y si ahora estoy abriendo las puertas que guardan los peores momentos de mi vida frente a él es para demostrarle que me ha tocado pasar por cosas terribles. Y quizás, de ese modo, él pueda abrir también otra de sus puertas.

—El dueño de la constructora que contrató a mi padre para el trabajo que le costó la vida, y el tipo que me drogó y me vendió a cambio de unos billetes sucios.

Él se endereza de golpe en la silla y separa los labios.

—Descuida. —Trato de mantenerme impasible pero es muy doloroso hablar de esto—. Ambas cosas sucedieron hace años. No hay vuelta atrás luego de eso. Pero me parece importante que lo sepas...

Él no se mueve. Si antes lo veía furioso, ahora mucho más.

—Mi padre trabajaba a casi cien metros de altura el día que yo fumé un cigarrillo por primera vez. Mientras su hija se escapaba de clase, él ponía su vida en riesgo para ganar el dinero que permitiría que yo fuera a la universidad. Ni arnés, ni guantes; solo un casco de mierda que no alcanzó cuando se partió una viga y cayó al vacío. Pero, para su desgracia, no murió. Agonizó seis días hasta que Dios tuvo un poquito de piedad y se lo llevó. ¿Cómo fue que no murió? No me lo preguntes porque no soy una chica muy devota. Clavícula rota, dos costillas, un pulmón perforado, una mano rota y los riñones destrozados. Ese fue el resultado, entre otras heridas, cortes y raspones. Ese día, cuando volví de la escuela luego de tomar unas cervezas con unas amigas, no encontré a nadie. Aún recuerdo cuando el vagabundo que dormía en la vereda me dijo: «Si buscas a las chicas que viven en tu casa, se fueron llorando en un patrullero; no sé en qué lío se habrán metido, hermana, pero ustedes son de los buenos». Tengo sus palabras grabadas a fuego: nosotros éramos de los buenos y a los buenos les va bien para el carajo. Pero ¿sabes qué fue lo peor de todo? La respuesta del dueño de la constructora: «Tu papá está despedido, que no vuelva cuando se recupere». Sí, existe gente así de hija de puta. Contratamos a un abogado estatal que terminó

siendo comprado por este... señor. Y perdimos todo. Papá siempre decía «No tenemos dinero pero igual somos ricos: tenemos salud, amor y una familia». Al carajo. Un día en que estábamos las tres llorando a su lado, en la cama, nos dijo: «No tenemos dinero y salud pero tenemos amor y una familia unida». Aún recuerdo su sonrisa y su voz, que salió casi sin aliento. Me destrozó el corazón. Esas fueron las últimas palabras que le escuché decir hasta que su alma no soportó más ese cuerpo hecho pedazos y decidió dejarlo. Desde entonces, se rompió todo. Se quebró cada partícula de mi ser.

Me quito una lágrima que me humedece el rostro y Nick intenta decir algo coherente, sorprendido ante la crudeza de lo que le confieso:

—Nat... Yo... Te juro que los encontraré y...

Se detiene.

—¿Qué harás? —le pregunto—. ¿Matarlos? Olvídalo. No eres un asesino.

—Eso no lo sabes.

—He conocido asesinos, proxenetas, drogadictos y pedófilos en mi vida. Y créeme: tú no eres uno de ellos. Pero si de algo estás en lo cierto es que no sé nada de ti.

Su mandíbula se tensa. Lo he enfurecido. He vuelto a presionarlo a hablar.

—Ya están muertos —suelto por fin—. Hace unos años vi en un noticiero que el dueño de la reconocida empresa de construcciones, el poderoso señor Thompson, había muerto de un infarto. Me puse en contacto de inmediato con los servicios fúnebres y encontré dónde estaban por sepultar al viejo jefe de mi padre. Pensé en profanar el cuerpo o hacer algo, lo que fuere, pero al llegar al lugar me sentí pequeña, impotente, desprotegida. Al igual que en aquella ocasión en que el imbécil me echó de su despacho cuando fui a reclamarle que cubriera los servicios médicos que mi padre necesitaba. ¡Y el tal Thompson estaba muerto! Ya nada podía hacer. Pero, por algún jodido motivo, me quedé de pie, helada, mirándolo. Retrocedí con las piernas temblando y me encontré con una escena que me sirvió de consuelo: una chica de no más de veinte años se había acercado a la viuda. Llevaba un niño rubio y muy parecido al hijo menor de Thompson. Me acerqué. Le dijo que ella era la mamá de ese pequeño, «Ernest», y que había acudido a reclamar la parte de la herencia que le correspondía. Lo cual implicaba dos cosas: el jodido Thompson se había metido con esa chica cuando probablemente aún era menor de edad y había engañado a su esposa. La chica se ganó una bofetada y luego la viuda, presa de la angustia y el odio, acudió al cadáver, le escupió y le gritó una cadena de insultos. Hubiese sido interesante que los recibiese en vida, ya que muerto, no hay tierra a la que volver. Regresé a casa con un dolor en el pecho tan grande que durante días sentí que me ahogaba cada vez que me iba a dormir. Una sensación que solo había sentido dos veces en mi vida: con el fallecimiento de papá y cuando desperté del efecto de las drogas que me metieron la noche en que me prostituyeron.

Basta mencionar esta última palabra para que Nick le dé un puñetazo al escritorio y se ponga de pie.

—¡Basta! —grita.

—¿Qué pasa, Nick? ¿Te molesta escuchar mi historia? Como verás, no soy solo la chica delgada e indefensa que crees conocer, sino un esqueleto andante, un fantasma, alguien que verdaderamente ha conocido el infierno.

—Arruinaré a sus familias, tiraré abajo lo que hayan dejado, tienes que darme información, tiene que hacerse justicia por... ¡No puede quedar así! Debo hacer algo, Nat.

Lo miro con los ojos entrecerrados y me pongo de pie lentamente, acercándome a él por el otro lado del escritorio.

—¿Qué tan egoísta eres, eh? Te estoy contando lo más oscuro de mi vida y tú solo buscas

modos de aliviar tu conciencia. ¿No te das cuenta de que eso no exorcizará mis putos demonios? Cagarles la vida no me hará más feliz.

—Pero...

—Nick, no sé a qué clase de vida es a la que estás acostumbrado, pero, de donde vengo, los problemas no pueden solucionarse con más problemas. Son una bola de odio que se carga muertes, drogas y mucho más encima. No pongas las cosas más difíciles.

—¿Qué hay de Anthony? —me pregunta, resoplando e hiriéndome los oídos al escuchar su nombre una vez más.

Y eso es suficiente para que aleje mi rostro. No obstante él lo toma entre sus manos haciendo que clave mis ojos en los suyos tan azules y gélidos como el hielo.

—Nat —insiste—. ¿Qué sucedió con Anthony?

—Él... está muerto. Ya te lo dije.

—¿Cómo murió?

Los labios me tiemblan. Los ojos también. Me cuesta respirar y mi garganta se cierra cuando suelto la verdad más desgarradora de todas:

—Yo lo maté.

#072

#ANTHONY

—¿Qué...?

Lo evado y vuelvo a la silla; Nick se queda mirándome con el entrecejo fruncido y el aire contenido.

—No estás hablando en serio —asevera.

Lo examino.

—Quizás —digo por fin—. Pero es cierto que... lo maté. Con el pensamiento. Es el demonio más grande que conocí alguna vez y lo he enterrado en mi cabeza. No quiero volver a saber de él.

Entonces Nick suelta el aire que parece haber estado conteniendo como si fuese una represa de agua.

—Natalie, ese imbécil podría estar en la calle haciéndole daño a otras personas o aprovechándose de otras chicas. Hay que hacer algo.

—No, Nick. Entiende. Eso no arreglará nada.

—Natalie...

—¡Alimentas un odio que no sirve!

—Y si no puedo hacer nada, ¿para qué carajo me cuentas todo esto?!

—¡Porque necesito que me hables de ti!

Mi respiración se agita.

El silencio cae sobre nosotros como una capa densa y oscura.

Nick me mira.

Respira.

Exhala profusamente.

—Qué fue... lo último que supiste de él...

Suspiro, harta.

—No vires el tema nuevamente a mí. Eres un cobarde.

—Me lo dicen a diario y tú ya llevas unas dos o tres veces. Ahora dime qué fue lo último que supiste de ese tal Anthony porque, si no lo haces tú, averiguaré yo dónde está y no será para algo bueno, créelo. Llevo tiempo buscando una nueva bolsa de boxeo.

Entonces recuerdo los puñetazos limpios que le daba a la bolsa en su gimnasio y mi corazón se encoge. Por algún motivo, imaginar que ese sea el cuerpo de Anthony no arregla las cosas. En verdad hubo un tiempo en que lo amé con una locura tal que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para salvarlo de aquello que lo atormentaba. Porque siempre creí que él me estaba salvando a mí cuando lo que hacía no era más que hundirme más y más profundo.

—Lo... Lo vi. Hace un año.

La voz me tiembla. El recuerdo me invade como una tela de araña tejiéndose en mi memoria.

—Estaba de visita en casa de mi madre —le cuento y se acerca a mí, pero eso no cambia la horrible sensación de soledad—, y fui hasta el supermercado. Estaba mirando los precios, siempre me fijo en los que están más cerca de suelo porque son los más baratos, hasta que en un momento levanté la vista y lo vi de espaldas... Estaba... ojeando la estantería de licores.

Aún lo recuerdo de manera tan nítida que duele. Tenía la misma chaqueta de cuero negra que usaba para todo. Aún recuerdo el olor a cerveza, marihuana, tabaco y cuero que dejaba al pasar. Me enloquecía. Su cabello negro desordenado, los ojos rojos, el aro en el labio, los tatuajes en sus manos y en el cuello, las ojeras amoratadas bajo una mirada demasiado oscura y apagada. Era... él. Estaba perdido, se lo veía angustiado... como siempre. Tuve la ligera intención de acercarme a él, quedé hipnotizada... quedé jodidamente hipnotizada. Por algún motivo quería preguntarle si necesitaba algo, o al menos cómo había estado todos estos años. Pero en su lugar, lo único que pude hacer fue...

—Me arrojé al suelo —le cuento—. Me dejé caer, respiré hondo, empecé a llorar y dejé todo lo que quería comprar. Salí escondiéndome como si alguien me estuviese persiguiendo y corrí tan rápido como pude. Hasta que mi corazón y las lágrimas no lo soportaron más y me escondí en un callejón a llorar tras un montón de bolsas de basura.

Nick asiente con cierta indignación. Mi voz quebrada ha puesto en evidencia algo que él deja entre signos de pregunta:

—¿Aún sientes algo por él?

Mi garganta se reseca y quedo en completo silencio. Veía venir la pregunta, pero nunca me animé a preguntármela a mí misma.

Él insiste:

—Natalie... Contesta... ¿Aún sientes algo por... ese hijo de puta?

#073

#ELJEFE

—Asco —le contesto—, asco es lo que siento por él. Pero no pude evitar... quedar paralizada al verlo. Al igual que con el viejo señor... Thompson. Solo esas dos personas tienen el efecto de hacerme sentir tan pequeña como una cucaracha. Lo vi y me quería morir.

Nick asiente en repetidas ocasiones hasta que finalmente rompe el silencio y ofrece:

—Ven. —Se da la vuelta y va hasta la puerta del despacho—. Necesito... que veas algo.

Más subes, más te metes en el corazón del infierno. Esa fue mi deducción al llegar a esta fría casa con estructura de edificio; cada día reafirmo un poco más mi teoría.

Segundo piso: las habitaciones.

Tercer piso: el gimnasio.

—Nick. —Me detengo de camino en las escaleras—: ¿Qué hay aquí? En este piso... además del gimnasio.

El me mira. Su mandíbula se tensa, pero parece recordar que estamos en momento de arrancarnos todos los secretos y contesta:

—Habitaciones.

Mi garganta se reseca.

—¿Cuarto de invitados? —le pregunto—. ¿Por qué? Los hay en el piso de abajo.

—Aquí viene otra... clase de invitados. Hasta el momento, se trató de invitadas. Chicas del programa... Dirty Stars.

Mi corazón se paraliza y la sangre empieza a hervir bajo mis venas.

—Dijiste que no las traías a tu casa. Que no las metías en tu... en tus camas. Que aquello que hacías conmigo no lo hacías con ninguna otra persona.

—Yo nunca dije esa mierda, Natalie. Vamos, ¿qué clase de cosas han escuchado tus oídos? Sí dije que no venían a mi casa. Y es que a partir de este punto, ya no es mi casa. Cada piso tiene un nombre. El segundo y el primero son mi casa. El tercero es La Máquina.

—¿La Máquina?

Señala la puerta al gimnasio.

Y recuerdo la manera en que cada sector de ese lugar se convierte en otra clase de sitio. Cadenas, sogas, cerrojos, llaves. Podría ser una trampa mortal, sin embargo, pasa a convertirse en un lugar donde pueden habilitarse prácticas de sadomasoquismo.

—Me hiciste creer que yo era... una persona diferente para ti. Una chica... especial.

Abre la boca para cortarme, pero lo interrumpo con una mano en alto:

—No digas que no pronunciaste esas palabras. Lo sé, nunca las dijiste. Pero, por algún motivo, fui una estúpida y creí que me estabas diciendo eso, creí que el modo en que me hacías sentir era motivo para creer que algo bueno podía suceder... entre nosotros. Qué tonta fui.

—Tú... No eres...

—¿Sabes qué no te dije de mi historia con Anthony? Que antes yo me había enamorado de él. Una parte de mí estaba de acuerdo con jugarme la cabeza con cada puta decisión que él tomaba. Sentía que era algo... peligroso. Atractivo. Hasta que el peligro me expuso al borde de la cornisa

y fue él, la persona a quién más amaba, en quien más confiaba, el que me empujó al vacío...

—Tú a mí no me... amas, Natalie.

Trago saliva.

Y quedo helada.

Sus palabras son exactamente el punto en que nunca antes me había detenido a pensar. ¿Qué somos él y yo? ¿Qué hay entre el magnate Nicholas Xavier Jefferson y la chica que no tiene donde caerse muerta de Natalie Hale? ¿Amor? Definitivamente no. Una relación tremendamente enfermiza, llena de secretos y mentiras a la cual ambos hemos consentido.

—¿Sabes? —Tuerzo el gesto y me quito una jodida lágrima de rostro—. ¿Tú qué carajo sabes acerca de lo que siento?

Noto la manera en que Nick cierra los puños con fuerza.

—Seguramente estás pensando —improviso una voz grave—: «Oh, la he cagado, la he cagado». Pero no te sientas tan a gusto porque estás a punto, solo a punto de cagarla.

Lo cual equivale a... estás a punto de enamorarme.

Aunque sea lo último que deseo para mí.

—Sigamos subiendo —dice él con la voz fría y monótona.

Cada paso, cada escalón, es una muestra de lo que se siente darle una probadita al dolor más horrible. Es como si hubiese roto en pedazos tu corazón y te hiciesen lamer cada surco ensangrentado que queda en las heridas.

¿Creías haber visto lo peor? Te equivocas. Es que aún no lo has conocido a él: El Jefe.

#074

#SOMETIDAS

No eres única.

No eres especial.

No eres el amor de su vida.

Antes que ti, hubo otras.

Antes de conocerte, hubo mejores.

Eso es, quizás, lo que cada chica del mundo se empecina por negar. Hasta que el destino prepara la mejor de sus bofetadas para hacerte vibrar la cabeza de un golpe.

Nick empuja la pesada puerta blindada que se abre por reconocimiento digital; la espesa oscuridad me deja un tanto helada.

¿Qué hacemos aquí? ¿Cómo carajo es que aún no he salido corriendo? Anabel lo sabía. Anabel lo sabía y me lo estuvo advirtiendo todo este tiempo. Yo no la escuché... o no quise. Debería escaparme. Pero no lo hago. Ella no me sacó de aquí. No me lo dijo con todas las letras, no me dijo que Nick Jefferson era en verdad peligroso. Ella es cómplice... o rehén. ¿Qué tan enfermo hay que estar para que tu madre lleve el uniforme de una empleada doméstica?

—Natalie —dice él, cerrando la puerta a nuestras espaldas. Mis ojos solo ven color negro—. No hay persona en el mundo que haya entrado aquí sin tener que firmar antes un contrato de confidencialidad. Te lo advierto: no puedes decir una sola palabra a nadie de lo que verás.

Trago saliva.

Me muevo en el espacio, pero el sitio parece una habitación vacía. ¿Por qué tanto secreto?

—¿Qué hay en este sitio, Nick? —le insisto—. No puedo ver nada. Enciende la luz.

—No. No encenderé ninguna luz hasta que me des tu palabra de que nadie sabrá nada de lo que hay desde este piso hacia arriba. Tú pediste conocer mis secretos y esto es mi vida secreta. La de una persona enferma, como muy bien piensas de mí desde el día en que nos conocimos.

Mi garganta se seca y carraspeo para lograr articular palabras. ¿Es válida la opción de pedirle que me deje salir corriendo? ¿Por qué no lo he hecho aún? Evidentemente algo me empuja a quedarme y conocer quién es la persona que está detrás.

—Tienes mi palabra —sentencio—. No diré absolutamente nada de lo que tengas en esta casa. Ahora enciende las luces.

Una pequeñita luz se enciende desde el lado derecho y miro en esa dirección. Es el celular de Nick. Primero ilumina la tela de su camisa, luego su rostro. Y sus ojos a media luz se dirigen a mí cuando me encuentra en el punto oscuro donde me escondo.

Un halo de luz blanca me encandila y me cubro los ojos con las manos.

Tres reflectores iluminan el cuarto vacío. Mientras mis ojos se van acomodando a los nuevos matices descubro que en efecto esto es una habitación vacía... y vidriada por completo.

—Yo lo llamo El Sometedor.

Carajo.

Señala una puerta de vidrio al otro lado.

Y alcanzo a percibir ruido desde el punto señalado. Alguien del otro lado del vidrio se está moviendo. Alguien o algo.

—Es la primera vez que traigo a una chica aquí sin que se ponga su uniforme —decreta él.

Y la puerta de vidrio que se recorta entre las paredes espejadas se abre.

Retrocedo muerta de miedo cuando un hombre enorme con la cabeza cubierta por una lona negra y agujeros en los ojos se aparece. Tiene pantalones de cuero negro y una correa. Lleva el torso desnudo y cicatrices en todas partes.

—Nat, te presento a nuestro anfitrión —explica Nick—. Es el anfitrión de El Sometedor. Para entrar aquí, no puedes tener puesta ninguna otra prenda más que esa correa en tu cuello. Todo lo que hagas y lo que él te haga lo dictaminaré yo al otro lado del vidrio y te pagaré porque me dejes ver y consientas a cada cosa que yo te diga que hagas. En el contrato, tienes un seguro donde resarcen a tus herederos directos en caso de que sufras heridas de gravedad... o muerte.

Luego mira nuevamente al anfitrión y le hace un gesto para que se marche; este lo hace y se cruza por mi cabeza la imagen de un verdugo de la época medieval.

—¿Alguien ha muerto en este sitio? —le pregunto.

Nick no se inmuta. Solo me sostiene la mirada y respira agitadamente.

—¿Alguna vez... ordenaste que asesinen a alguien? —le pregunto.

—Los accidentes suceden —contesta por fin.

Y mis músculos se deshacen.

Es como si un hueco se abriese en el suelo para empujarme en su profundidad y arrastrarme en su interior.

Si este sitio ya se ha cobrado la vida de alguien, ¿qué nos espera allá arriba?

—¿Una chica indefensa murió por tu culpa? —le digo acercándome a él como si le vomitara mis palabras—. Perverso hijo de puta, ¿ordenaste que torturasen a una chica hasta matarla y todo mientras te masturbabas al otro lado del vidrio? ¿Qué demonios sentías, eh? ¿Qué mierda tienes en la cabeza?

Sacudo su rostro de una bofetada que queda resonando en todo el piso vacío.

—No me equivocaba cuando te dije que te detesto como nunca detesté a nadie en mi vida —le suelto.

—Natalie —me dice—, aquí nadie murió por mi culpa. Pero... sí sucedieron accidentes. No uso este cuarto desde hace más de un año.

—¿Un año dices? —Algo hierve en mi interior—. ¿Tienes mierda en la cabeza, eh? ¿Cómo que un año? ¿Y qué carajo hace ese loco con la correa si este cuarto no se utiliza hace un año?

Y mi cabeza explota cuando suelta:

—Ken trae a Beatrice Lange a este cuarto... Y esta noche... traerá a Sophia Petrova.

#075

#INMACULADO

—No contestes a las llamadas de Ken y punto —le grito a Sophia desde el celular de Nick—. ¡Que no salgas ni esta noche ni nunca con Ken! —le insisto—. Está con Beatrice. Lo he confirmado, antes lo sospechaba pero esta vez lo he confirmado... Lo siento, amiga. No llores. Por favor, no llores.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunto a Nick tras devolverle el celular.

—Tienes que confiar en mí aunque no te diga todo lo que quieres saber. No puedes saberlo todo.

—¿Por qué no? Aunque duela, prefiero conocer la verdad de los hechos.

—¿Quieres seguir subiendo? —me sugiere.

—Quiero saber quién mató a esa chica y qué tienes tú que ver con eso —le exijo.

Él se adelanta y queda delante de mí, a escasos centímetros. Su barba de varios días sin afeitarse es un poco más densa de lo habitual.

—Yo estuve aquí —me dice.

—Acabas de decirme que... —murmuro aunque me interrumpe:

—Yo estuve aquí, Nat. No allá.

Miro hacia atrás y...

Ay, no.

No, mierda, no.

Nick no siempre fue El Jefe.

—Tú... —murmuro—, tú eras... el anfitrión.

—Vamos —insiste—. Querías conocer qué clase de persona de mierda soy y ya lo vas descubriendo.

—No —me planto—. Tú no eres eso.

Lo sujeto por un brazo con fuerza: él se intenta soltar sin hacer la suficiente fuerza.

—¿Qué mierda quieres mostrarme? —le digo—. ¡¿Cómo puedes ser tan... idiota de esforzarte por hacer que te vea como...?!

El silencio se alza y llena los espacios que quedaron vacíos en mi discurso.

—¿Cómo el que mató a una chica? —insiste.

—Algo había detrás. Dime la verdad, Nick.

—Esta es la puta verdad, Nat. —Él se pega con violencia contra mí y en sus ojos hay fuego—.

Te estoy mostrando la versión de mí mismo que ven mis ojos. El hijo de puta que vive con su madre como una empleada, que tiene una casa gigantesca llena de rincones perversos, que ha visto la muerte de primera mano... Nada justifica lo que hago. Nada. Me estás viendo de la manera que yo me veo cada día a cada puta hora.

—Entonces te invito a que te veas como yo te veo, Nick...

—¡¿No puedes simplemente dejarme en paz?! ¡Déjalo estar y no sigas!

Comienza a darle puñetazos a los vidrios que están blindados.

Ese es el Nicholas Jefferson de todos los días. Con el que debe aprender a sobrevivir cada día.

Es el Nick a través de sus ojos.

—¡Basta, Nick! —le digo y me voy contra los vidrios—: ¡Ey, tú, ¿por qué no vienes a ayudarme?! ¿Te divierte el show? ¡Sal de ahí, carajo!

—¿Qué quieres, Natalie?! —me grita Nick—. ¿No te es suficiente? ¿Nada te es suficiente? ¡¿Qué carajo quieres?! ¡¿Cuánto más hace falta para que dejes de hacer lo que estás haciendo?!

Y lo pienso.

Le doy mil vueltas.

Él necesita darse una nueva oportunidad.

Aunque ello implique que yo deba hacer exactamente el mismo camino de mierda que él tuvo que atravesar.

Como Virgilio yendo tras Beatrice en los siete infiernos.

—Quiero... —murmuro con cierto temor—. Quiero que este verdugo se vaya y nos deje a solas. Hay una última cosa que puedes hacer por mí.

#076

#SUPLÍCAME

No tienes tiempo,
te estoy vigilando,
ha llegado el momento de destruir...
tu supremacía.

Él es el lado oscuro de la luna. Es el secreto mejor guardado. Es la vida bajo llave que guarda para que nadie descubra las cosas horribles que ha hecho. Es los ojos que me ha prestado para poder echar un pequeño vistazo a una cabeza impregnada de demonios.

Solo eso he podido discernir: un vistazo. Y sé que hay más. Pero necesito que él vea desde mi perspectiva, que no es la persona que fue, que todo ha cambiado.

Nada es lo mismo.

Nada lo fue desde que él se apareció ante mí en el hospital de Yorkshire.

Este es el lado oscuro de la luna.

Donde estoy ahora.

Me he metido a la boca del lobo para conocer qué tan oscuros son los rincones donde hay carne podrida.

Estoy dentro.

Conociendo lo que hay más allá de lo que muestra.

Dicen que, si damos la vuelta al mundo, seguiremos viendo la misma cara de la luna, ya que ella gira con la Tierra. Y que no hay satélites desde los cuales pueda observarse qué esconde la cara más peligrosa de todas.

Es él.

Es Nick.

Estoy intentando destruir su supremacía.

—De rodillas.

El altavoz suena. Ahoga exactamente lo que la voz me ordena. Mis rodillas desnudas se afirman sobre las baldosas frías.

—N... No... No te... tengo miedo... —murmuro hacia mis adentros.

—No hables si yo no te lo ordeno.

Pego los labios.

El tono en el que profiere sus palabras me deja, ciertamente, un poco atemorizada, intimidada y, a la vez, extasiada.

Mis ojos están tapados por su corbata gris. Mi favorita. La que tenía puesta cuando llegó y lo encontré en su despacho. Nada puedo ver.

El verdugo se fue. Ahora el anfitrión es otro.

Es exactamente el que yo pedí.

Mi corazón está tan acelerado como mi propia respiración.
La puerta de vidrio se abre. Escucho también cuando se cierra.
Los pies descalzos avanzan.
Por un instante, extrañé el perfume a cuero y tabaco.
Él está ahí. Caminando. Viene por mí.
—Levanta la cabeza —ordena.
Y con total sumisión, correspondo a su orden.
Acto seguido, él cierra la correa en mi cuello. Tira de ella y antes de que la presión se vuelva mortal, se detiene y la deja con la presión justa.
—Camina —ordena—, en cuatro patas.
Mi corazón se acelera aún más y quiero sacar una risa tonta, pero no puedo. Es ahí cuando noto que el miedo me está tomando.
—¡Vamos!
Mis manos se afirman contra el suelo.
Pienso en mi ropa. No está.
Nick tironea de la soga e indica:
—Levántate.
Noto que estamos contra la pared espejada.
Apoyo mis manos contra el vidrio y una de sus manos se cierra con fuerza en mis muñecas. Las apoyo junto con los codos en el vidrio. Y un cosquilleo sacude mi entrepierna cuando siento la palma de su mano acariciándome los glúteos como si fuese a comerse un trozo de carne.
—Eres una perra —sentencia.
Y trago saliva.
Definitivamente... está... pasando los...
—¡Dilo! —me grita, pegado al oído.
Y empiezo a entender.
Le pedí que hiciera esto en un intento de demostrarle que puede darse una segunda oportunidad. Le pedí que viese su vida a través de mis ojos. Pero él sigue obstinado por querer mostrarme su vida a través de los suyos. Y él se ve como un enfermo, un psicópata, un asesino hijo de puta. Entonces, se comportará... de ese modo.
—Di que eres una perra, maldita —me dice al oído y tira hacia atrás de la correa haciéndome inclinar el cuello.
Por un instante cruza en mi cabeza la idea de que me desnucará si no hago lo que me dice.
—S... Soy... —murmuro con un claro dejo de temor—. Soy... una perra.
Él suspira. Pero de una manera extraña... extasiado. Es como si acabase de beber un trago de bourbon.
—Di que eres una perra hija de puta y que quieres que te coja —me dice. Sigue tirando de la soga, ejerciendo una presión contra mi cuello que en verdad me atemoriza.
—Soy... —murmuro—. Soy una... perra hija de puta y quiero... que me cojas.
—Suplícame —exija.
—Mierda, no...
—¡Suplica!
—¡No voy a...!
Y me da una nalgada tan fuerte que mi corazón se desboca.
—Soy una perra hija... de puta y quiero que me cojas duro... Por favor, cógeme duro. Te lo suplico.

#077

#CONDENADA

Nick inhala profundo como si pudiese saborear mis palabras.

—Por favor —insisto y me sorprendo a mí misma haciéndolo—, quiero que me cojas ahora.

Noto su mano tensarse contra las mías afirmadas en el vidrio. La otra sobre mis glúteos. Nick da una nalgada y dejo escapar un gimoteo.

—¿Y eso? —murmura.

—Yo... No lo volveré a...

—No, no, no.

Y vuelve a golpear. El impacto de su palma resuena contra la piel de mis glúteos.

Esta vez muerdo fuerte para no dejar escapar el gritito.

—Hazlo —insiste—. Más fuerte.

—¿Puedo?

—Solo mientras te toque.

Sus manos se deslizan hasta mi cintura donde me toma con fuerza y me da la vuelta, colocando mi espalda contra el frío cristal. Lejos de incomodarme, la sensación me deja sumergida en un placer confuso, culposo.

Las manos de Nick se cierran sobre mis pechos y los acaricia con firmeza, sin llegar a hacer daño. Su lengua recorre el valle entre mis senos y cuando su palma está en mi cintura, cierra sus dientes sobre mis pezones, momento que me permito soltar un grito extasiado.

Él insiste y mordisquea aún más fuerte. Está al borde de hacerme daño.

Al límite.

Yo lo he empujado al límite.

Y no sé cuánto pueda soportar una vez que lo rompa.

—¡Ay...! ¡Aaaay! —insisto—. ¡Por... favor! ¡Ay!

Percibo su barba rozando mi abdomen y deslizarse hasta mi sensible pubis. El cosquilleo logra hacerme retorcer pero me sostiene con una mano en mi pecho, pegada contra el cristal.

—Quédate como estás, nena. La espalda pegada a la pared, no te muevas.

Cómo carajo quiere que no me mueva si él sigue haciendo esas cosas; su lengua desciende y empieza a realizar círculos en mi entrepierna, acariciando y presionando con suavidad...

—¡Ay!

Me penetra con su lengua y yo me retuerzo, esforzándome para no doblegarme y caer.

Él me da una nalgada en el glúteo izquierdo.

—¡Dije que te quedas quieta! —insiste.

Me muerdo el labio inferior cuando me toca con dos dedos y separa lo justo para llegar aún más profundo con su lengua.

Mi interior es una montaña rusa de sensaciones, un carro a punto de desbordarse de sus rieles, exactamente igual que mi cordura. Él insiste y yo no puedo contenerlo más, es imposible no retorcerme, es una tortura casi imposible de cumplir el distanciarme del cristal.

—Hazlo —me dice Nick y su voz vibra en mi entrepierna—. ¡Hazlo! ¡Di lo que eres!

—¿Qué...?!

—¿Qué carajo eres!

Por un momento creí que el juego de empujarlo a su límite se había terminado, pero me equivocaba. Sigue aquí. Él continúa y deja en claro que esto ya no es un juego, ya no es una prueba, he renunciado a que pueda verse como le ven mis ojos. Estoy en los de él.

—Soy... una... perra... —Las palabras salen de mi boca como si se tratasen de un calmante que apacigüe a la bestia.

—Continúa.

Él muerde.

—¡Ay!

—¡Continúa!

Vuelve a morder.

—¡Soy una... perra mala, sucia y quiero que me cojas ahora!

La palabra se ha filtrado por sí sola de mi boca.

Ha salido, desenterrándose de donde estaba y ha llegado para joderme la cabeza.

Sucia.

Soy una perra mala, sucia.

Sucia.

Sucia.

Sucia.

—¡Hazlo! —me grita Nick—. ¡No te detenga, maldita seas, no te detengas!

Trago saliva; sentir nuevamente el mordisqueo y sus gritos me sacan de quicio. Ya no es una situación placentera. Yo consentí a esto. Yo quise conocer sus extremos. Y ahora temo no poder escapar.

—Vamos, nena. Tienes que tragarte todo.

Era la primera vez que decidía acceder a la intimidad con alguien.

Él me abrazó. Me contuvo cuando más lo necesité.

Le debo tanto, pero bastó un solo gesto para canalizar todo mi afecto desbordado en ira hacia el mundo.

Anthony me observa. El flequillo negro le cae sobre los ojos mientras sostiene la mirada directa hacia mí.

No sabía bien qué hacer con su sexo en mi boca. Que te agaches. Que te quites la ropa. ¿Qué hace apenas una semana que nos conocemos? No importa, tú haz lo que te digo si quieres que siga a tu lado. Entiende, cariño, hay chicas que se han comportado mucho mejor que tú. Sé una buena chica. Eso es. Mézetelo a la boca. ¿No te entra más? Te ayudo. ¿Te molesta que te empuje la cabeza? ¿Qué? No entiendo lo que dices... ¿Que te estás ahogando? Oh, claro, disculpa.

Me aparté y lo quité de mi boca, tosiendo.

—Oh, vamos, no vengas ahora con que eres una chica susceptible. Apenas te entró la mitad. Si no te toca la garganta, no estás dando todo lo que podrías...

—Yo... No... Es lo que puedo hacer... Anthony.

—Está bien que sientas miedo, vamos, a todas les pasa. Es sexo y ya. Te lo metes en la boca, te lo metes por abajo, disfrutas y se terminó.

—Pero... ¿y si... no quiero hacerlo?

Aún recuerdo el modo en que cambió su gesto.

Sus ojos echaron fuego; me tomó de los pelos y me obligó a meterme su miembro en la boca.

—Hazlo —ordenó—, si no quieres saber lo que les pasa a las chicas que no hacen caso.

El primer dedo me espabila. Al comienzo duele, luego se torna apenas placentero, pero estar con los ojos cerrados hace que las cosas se compliquen. Necesito saber que no es Anthony quien está ahí. Necesito verle a la cara. Saber que si esto parece sexo forzado, es con mi total consentimiento porque se trata de Nick Jefferson.

—¿Qué carajo haces? —me dice cuando ve que me llevo una mano a la corbata que me cubre los ojos—. ¡No puedes quitártela!

—Yo... creo que...

—Al carajo, tú aceptaste esto.

Yo acepté esto.

Yo lo hice.

—¡Ay!

Los brazos de Nick me rodean la cintura y mis piernas se aferran a su espalda mientras mis manos se sostienen del vidrio. Pero pronto sus manos se cierran en mi espalda y siento que entra con toda su fuerza en mi interior.

—Oh, sí, cariño, sí... Tienes... que... hacer el esfuerzo de que entre... toda...

Me empujó la cabeza.

Más.

Más.

Me ahogué.

Intenté apartarlo.

—¡Métete la jodida verga en la boca!

Sus gritos me dejaron aturdida.

Intenté hacerlo.

Y bastó que me tocara la garganta para sentir la bilis subiendo a mi boca y no poder contener...

—Eso es nena, sí.

Me ahogaba.

Me quedaba sin aire.

Él acabó en mi boca, directo en mi garganta.

Sentí que el vómito ya estaba en mi faringe pero no tenía por dónde salir. Podía oler a bilis. A semen. A saliva. A dolor y bronca y a un corazón hecho mierda.

—¡Qué carajo...!

El vómito me obstruyó las fosas nasales.

Anthony se separó.

Vomitó con fuerza por la boca y la nariz en el suelo de la cueva que llamaba habitación.

—¡Mira lo que hiciste, hija de puta!

Seguí vomitando. Creí que me moriría. Nunca estuve tanto tiempo sin poder respirar. Me sentía arder. De haber tenido un espejo, sabría que el oxígeno ya no llegaba a todo mi cuerpo.

—¡Limpia toda esta mierda, perra sucia!

Anthony se marchó a asearse y lo único que pude decirle fue:

—¡Per... dón!

—¡Al carajo!

Temía perderlo.

Temía perderlo por no saber cómo era el sexo.

Por no ser la chica que él necesitaba.

Creía que podía salvar a ese chico atormentado y dolido consigo mismo, pero estaba equivocada.

Hay personas a las que es imposible darles una mano. Nadie te salva la vida cuando ya estás lo suficientemente podrido.

Nunca me sentí tan sucia. Y lo peor, una traidora. Con la sensación de que todo había sido por mi culpa.

Él era lo único que tenía y no podía perderlo.

#078

#SANGRAS

Cierro mis manos con fuerza en la espalda de Nick, clavando mis uñas sobre sus músculos macizos, como si en el intento me estuviese defendiendo de Anthony.

Nick entra y sale mientras mis piernas se cierran a su alrededor para no caer mientras me penetra con fuerza y mi voz sale en gritos y gimoteos. Sin conseguir quitar de mi cabeza la imagen de Anthony, su voz, su boca profiriendo insultos... Aún no puedo creer cómo fue que un día decidí alejarme de él. Quizás ya me sentía lo suficientemente sola y despreciada. Y todo para terminar encontrando a otro muy similar, que me tiene sujeta mientras me penetra y grita insultos.

La diferencia es que a Nick sí le doy mi consentimiento y él lo esperó en todo momento.

Nick.

La chica.

Anthony.

Papá...

Mamá...

¿Qué pensarían si se enteraran de lo que estoy haciendo? Los he decepcionado.

Mamá, ahora mismo debería estar buscando una cura a lo que te sucede y no lo he hecho. En su lugar me he enamorado de un hombre atormentado con su propia vida y le he seguido el juego en todo momento. He puesto mi cabeza a cambio de que El Virus no se cargue la empresa.

Papá, tú dejaste la vida para que hoy no estuviese haciendo justo lo que estoy haciendo. Porque lo más probable es que luego del sexo, como cada vez que estoy con Nick, quiera ofrecerme un trabajo con una paga desmedida.

Sexo por dinero. ¿De eso se trata? ¿En verdad lo estoy haciendo?

De una cosa sí estoy segura: las sumas de dinero vinieron luego de la primera vez que me acosté con él. Y de eso ya no hay vuelta atrás.

Esta vez fue con mi consentimiento, yo he elegido hacer de mi vida, un desecho...

—Eres... grandiosa.

El momento debería ser muy diferente.

Nick me sostiene por los glúteos, presionándolos con fuerza y penetrándome con una ferocidad que me obliga a morder su hombro y clavar las uñas en su espalda. Nunca lo hizo con tal desenfreno, nunca estuve con una persona que lo hiciera de este modo.

La barba de Nick me roza el hombro, su fuerza me dejará crudas marcas y moretones, sus insultos que ahora me excitan quedarán grabados en mi cabeza. Y lo peor es que estoy disfrutando de esto. Disfrutando de él. Aunque por mi cabeza se crucen mil ideas y recuerdos de esos que marcan tu camino para siempre. Estoy dando lugar a la locura desatada de Nick. Y a la mía misma.

Porque me gusta sentirlo dentro de mí.

Me gusta cuando sus manos impactan en duras nalgadas contra mis glúteos, sentirlo dentro de mí sin piedad alguna, su pene entrando y saliendo hasta cortarme el aliento, su boca recordándome

que soy su perra exclusiva y él un amo absoluto...

Estoy prestando mi total voluntad a algo enfermizo. Rodeados de espejos. Él vestido con pantalones de cuero mientras un collar de cuero y tachas me tiene atada a una correa. Un mal movimiento y Nick podría decapitarme. Pero la presión, el ardor, la mezcla de sensaciones y su intensidad es casi... lo que he estado buscando en mucho tiempo.

No sé qué están haciendo Dirty, Online Channel y tú, pero lo que sea que esté pasando, yo no tengo absolutamente nada que ver.

Intento deshacerme de la voz de Jeill Nahej resonando en mi cabeza.

Lo difundió un hacker.

¡Basta!

Está jugando con los CEO y gerentes de Online Channel. Los está obligando a matarse. Se han iniciado acciones judiciales pero no se detiene.

¡Cállate, maldita sea!

Tiene una filosofía de vida un poco extraña: dice que la mejor manera de corregir la raza humana es exterminándola.

¡Sal de mi cabeza ahora! ¡Déjame!

Hay otros sitios web. Vinculados con pederastia, proxenetismo y venta ilegal de armas. El hacker ha armado una red y los está jodiendo de a poco. Uno por uno. Creo que Dirty es un elemento más de la red. Cuando recibí tu llamado... en cierta manera... lo estaba esperando.

¡Aléjate! ¡Vete a la mierda! ¡Cállate!

Solo se mete con causas extremas. Si está persiguiendo a Dirty... es porque encontró algo terrible.

—¡Aléjate de mí!

Empiezo a darle puñetazos a Nick en el pecho para que me suelte y él parece excitarse aún más con mis súplicas. Sus ojos son tan oscuros como un eclipse y las venas se marcan en su cuello y en las sienes. Las gotas de sudor le caen por cada centímetro del cuerpo.

—¡Suéltame! —le ruego.

Cierto ardor se me sube por todo el cuerpo y me empuja a dejar de sentir lo que estaba sintiendo hasta hacía un momento atrás. De pronto no quiero seguir con esto.

—¡Suéltame, Nick! ¡Apártate de mí! ¡Te lo estoy diciendo en serio, apártate!

Algo en su cabeza hace un clic y sus ojos empiezan a entornarse, las cejas a arquearse y un halo de asombro y horror cruza por su semblante.

Poco a poco me suelta, devolviéndome al suelo.

Mis piernas fallan en cuanto mis pies tocan el suelo y caigo con mi entrepierna adolorida.

—Nat...

Levanto mi cabeza, retorcida del dolor, y las lágrimas saltan de mis ojos. Él podría haberme matado y yo hubiese seguido extasiada con ese jodido dolor. ¿Y si me ha hecho daño... en serio? ¿Y si algo dentro de mí se ha fisurado o... roto?

—Nat, ¿estás...?

Estoy herida.

Él me ha hecho esto.

Entonces descendo la mirada y encuentro sangre en mi vagina.

—¡Carajo! ¡Natalie!

#079

#PERVERSO

—Aléjate... —le pido con mi voz entrecortada—. No... me... toques...

Él se incorpora y me observa. Aún tiene las venas marcadas en su cuello y su pene continúa duro. Quizás no en el mejor de los sentidos: Nick es una bestia.

—Pero... ¡Natalie, estás sangrando! —insiste.

—Lo sé, no soy ciega.

—Tengo... Tengo que llevarte a un...

—¿Estás... loco? Creerán que me violaste. Además no se trata de una hemorragia, se detendrá.

—Ningún violador lleva a Urgencias a la chica que ha dañado, santo cielo. ¿Qué carajo dices? ¡Vamos!

Intenta hacer el esfuerzo por tomarme en brazos pero mi respuesta instintiva es clavarle las uñas en los brazos apenas siento su tacto.

—¡Te dije que no me toques! —le recuerdo y se aparta—. ¡¿Es que no lo entiendes?! ¡Tú me hiciste esto!

—Yo no... No me di cuenta... Lo juro, jamás tuve la intención de... hacerte daño. Ni siquiera pensaba que terminaríamos haciéndolo en este sitio. ¡Mierda, llevo más de un año sin poner un pie en este lugar enfermizo!

Observo los elementos como la capucha y el pantalón de cuero hecho jirones en el suelo. No recuerdo bien en qué momento le quité esos elementos fetichistas pero lo cierto es que él los ha destrozado. ¿Qué hubiese pasado si, para canalizar un poco de tanta ira, me hubiese roto la cadera o el coxis? ¿Y si los pensamientos de Anthony y Jeill no se hubiesen cruzado por mi cabeza? ¿Y si yo hubiese dado mi aceptación a que este enfermo hijo de puta me hiciese daño? Pienso también en lo que una vez me dijo Serge: «¿No sabes lo que es el Síndrome de Estocolmo?».

No sé si tenga ese puto síndrome, pero no seré yo la que se mate para satisfacer el apetito monstruoso de este hombre.

Poco a poco intento afirmar mis manos en el vidrio que yace a mi espalda y me voy incorporando sin aceptar la ayuda de Nick.

Y quizás sea cierto que él no tiene del todo la culpa.

Quizás sea cierto que gran parte de toda esta mierda sea solamente culpa mía.

Quizás sea demasiado tarde para pensar en todas las advertencias...

Pero mejor tarde que nunca.

—Llamaré a Ken o a Kaneki —me dice Nick—. Tengo colegas que podrían venir a atenderte. Tiene que revisarte un médico.

—¡Estaré bien, Nick! Además, no permitiré que nadie entre a este sitio y me vea en este estado.

Las rodillas me tiemblan en cuanto intento permanecer en pie.

Ando a duras penas sosteniéndome del vidrio con la perspectiva de poder llegar a la puerta mientras la voz de Nick sigue insistiendo, junto con la tentación de hacerle caso y caer nuevamente en su juego.

—¡¿Para eso querías venir?! ¿Para humillarme? ¡Te lo advertí mil veces!

Me detengo antes de llegar a la puerta cerrada que da salida al exterior y lo miro con odio. Un odio que también va dirigido a mí porque es la reacción que espero antes que ceder a él.

Antes que ceder otra vez a él.

¿Intentar que se viese a sí mismo como yo lo veo? ¿Es que soy tan estúpida? ¡Está claro que no lo conocía en absoluto!

Hasta hoy...

—¿Humillarte? —le pregunto, cargada de asco y bronca—. ¿Yo humillarte a ti? ¿Qué carajo te pasa, Nicholas?

—Me pediste venir. Me exigiste conocerme en verdad, me empujaste a lo peor...

—¡Yo soy la que está lastimada, desnuda, sangrando con una puta correa al cuello!

Dicho esto busco la hebilla en el collar de cuero y me deshago de él, pudiendo respirar un poco mejor.

—¡Estás aquí porque lo quisiste! —me recuerda—. ¡Yo no te obligué! ¡Tú lo quisiste! Nunca jamás hago nada sin el consentimiento de la otra persona, ¿es que eso no te quedó claro ya? Veo que no hemos hecho más que perder el tiempo.

—¿En verdad crees que todo ha sido una pérdida de tiempo? Sin duda, lo único que fue perder el tiempo ha sido permitir que te metas dentro de mí.

—Lo estabas disfrutando.

—¡Ese es el problema!

—No lo pensabas así cuando gritabas mi nombre y te llamabas a ti misma perra suc...

—No te atrevas a repetir esa puta mierda —le advierto con un dedo en alto. El infierno arde y realza sus llamas en mi interior.

Nick me mira.

Está desahuciado.

Y yo rota, por dentro y por fuera.

—Aún no terminas de conocerme —murmura un poco más calmo, al tanto de que algo se ha quebrado para siempre entre nosotros dos—, pero sí te has acercado. Bastante. Y estás huyendo de mí.

Huyendo.

Huyendo de él.

¿Con qué ojos lo ves ahora, eh, Nat?

—Sí —digo por fin entre gimoteos y conteniendo el llanto—. Estoy... huyendo de ti.

—Creí que no me abandonarías también tú... Quise protegerte de otros, cuando la peor amenaza fui yo.

Trago saliva.

Me hiere escucharlo hablar de ese modo, pero no es más que un rasgo propio del psicópata de libro que es. Manipulador, mentiroso, deshonesto... e irremediabilmente seductor.

—Lo siento, Nick —digo por fin—. Lo siento.

—¿A dónde irás?

—A mi casa... De donde no debería haber salido. Y no hay vuelta atrás en mi decisión.

—¿A tu casa? ¿Estás loca? ¡Cualquiera podría meterse y...!

Se detiene.

Sé lo que dirá.

Que un hijo de puta se meta en la casa y me haga daño.

Pues justamente es lo que acaba de suceder.

—Nos hemos quedado sin opciones —le digo—. He puesto a prueba tus límites...

Entonces su entrecejo se frunce aún más y vuelve a la furia y al asco.

—¿Me estabas... poniendo... a prueba? —articula.

—Yo... solo quería... conocerte.

—¡Pues esto soy! ¡Demonios! ¡Esto es lo que soy! Y aún debes terminar de conocerme.

—¡No eres esto!

—¡¡Sí que lo soy, Nat, entiéndelo de una puta vez!!

—¡¡¡No, Nick, no eres esto!!! ¡¡¡Tú eres el hombre que está intentando salvar a cientos de embriones para que no sean desechados y se conviertan en niños con una familia!!! ¡¡¡Tú eres el hombre que me salvó de morir de hambre, eres el hombre que me dio trabajo, que envió a alguien a protegerme cuando me metí en problemas, eres el hombre que ayudó a mi madre y a mi hermana cuando la miseria económica las estaba hundiendo!!! Eso eres. Mucho más que este costado oscuro que goza de romper cualquier límite.

Cuando termino de hablar, respiro de manera agitada. Él me mira. Luego a un lado. A otro. Parece perdido.

Lo he desencajado.

Creo que finalmente he logrado... algo en él.

Hasta que sus labios murmuran entre tartamudeos:

—Tú... Tú eres tan perversa como yo al consentir mi perversión.

Santo cielo...

Mis manos buscan nuevamente el picaporte.

Está todo perdido.

—Lo sé, Nick. Lo sé. Por eso mismo es que me voy. Lo siento...

—No.

Levanta la mano y se acerca a mí. Continúo abriendo la puerta y me arrastro afuera. Espero que nadie me encuentre en este estado. Solo debo llegar a mi habitación, sacar algo de ropa, ducharme y escapar de este sitio.

—¡Nat, vuelve!

Su voz.

Su voz quebrada.

Ay, no...

Miro por encima de un hombro y mi corazón se parte en pedazos aún más pequeños. Se pulveriza dentro de mi pecho.

Nick está llorando.

Y suplicándome:

—No te vayas, por favor...

Es un niño herido, destrozado, suplicante.

—No te marches, Nat. Si quieres ignórame a mí, no volveré a hablarte, no te saludaré en las mañanas, pero... te pido que no me abandones...

Antes de que mi corazón decida ceder ante sus intentos de convencerme, mi razón dicta una y otra vez las mismas palabras: manipulador, perverso, enfermo, seductor.

—Nick —le explico y señalo mi propio cuerpo, cada una de mis heridas—: Tú eres esto. No yo. Por eso mismo es que me voy. Perdóname por haberlo intentado o haberte dado esperanzas, pero no fue sino hasta hoy que lo he entendido... No puedo salvarte.

#080

#ADVERTIDA

Estás sola.

Te das cuenta de que estás sola cuando te has confrontado con la muerte. Cuando la vida te ha dado tantos puñetazos que necesitas sensaciones aún más fuertes que sean capaces de conmover algo en tu vida.

El problema es que tantos golpes te dejan tan lastimada que poco a poco la vida va perdiendo el sentido para ti. Un rumbo preciso. Te desorientas, buscas un signo, buscas algo por lo que seguir, pero te das cuenta demasiado tarde que esas elecciones han sido signadas por los golpes anteriores.

No es lo mismo cuando te toca tomarle la mano a esa persona tan importante para ti. No es lo mismo cuando notas que está abandonando lo poco de vida que le queda.

Notas que tú no pudiste hacer nada por solucionarlo.

Muchos miran hacia atrás ante un presente tormentoso, en busca de un pasado que fue mejor. Pero si ese pasado solo te muestra hambre, miseria, calle... El llanto de tu madre. El último respiro de tu padre. Las oportunidades que se terminan para tu familia. Un servicio de salud deficiente, un hueco en el estómago, la basura como una mina de oro donde encontrar cartón o botellas... ¿Qué puedo buscar en el pasado si fue aún peor de lo que es el presente? ¿De qué me serviría dar marcha atrás en la desolación? ¿Cuánto tiempo queda para que todo colapse de una vez por todas?

Que tenía que hablar. Eso me decías, voz de mi conciencia. Creía que me haría sentir un poco más aliviada.

Quizás no pueda solucionar el pasado que me tocó, pero eso no quita que aún esté a tiempo de solucionar algo. Aun cuando no sé quién dice la verdad y quién es realmente peligroso. Aun cuando los engaños me hayan obligado a caminar con los ojos vendados por un puente que se tambalea.

Puede que esta ducha en un lugar tan lujoso como este sea la última. Salgo afirmándome en los muebles y camino rengueando hasta donde guardo mis pertenencias. Demoro en guardar las cosas y arrastro mi maleta cargando la extraña sensación de que en cualquier momento Nick pueda aparecer para detenerme, para pedirme que no me marche.

Pero su ausencia demuestra que en verdad está preocupado por mí: si está cerca, me hará daño.

Y yo a él.

Esto no puede seguir. No más.

Ambos hemos tocado fondo.

No más juegos.

No más jefe.

Ni doctor.

Ni *hackers*.

Se terminó.

Al carajo las reglas. Al carajo todo.

Gracias, Nick, por haberme enseñado que a veces hace falta mandar todo a la mierda y hacer lo que uno realmente considera necesario.

—¿Está segura, señorita Hale?

Malcolm parece cansado. Será mi último favor. Una vez que me haya ido, todos aquí podrán descansar y seguir con sus vidas en paz.

Hay vidas que no se deberían cruzar jamás.

—Necesito distanciarme de esto cuanto antes. Tú has sido muy bueno conmigo...

Intento dedicarle una sonrisa forzada.

Apenas está amaneciendo.

Malcolm da un paso adelante; su gesto siempre me resultó indescifrable. Se quita las gafas oscuras y descubro sus ojos grises.

Es enorme. Muy grande. Tiene el cabello rapado, apenas más largo en la parte superior. De pronto, noto sus hoyuelos marcarse cuando me dedica una sonrisa genuina.

—Ya está. Se ha terminado y no me interesa sostener un estilo de vida que no tiene que ver conmigo —le explico.

Acto seguido, él se inclina un poco y busca mis ojos.

—Lamento oír esa noticia, señorita Hale —declara—, pero sepa que pase lo que pase, cuenta con mi protección y con lo que necesite. Eso no lo ponga en duda, jamás.

Lo miro a los ojos y no me puedo desprender de ellos.

Además se ha acercado... demasiado.

—Gracias, Malcolm —le digo y giro la cabeza.

No quisiera que se confunda.

—Bien —él retrocede y se coloca las gafas oscuras.

Acto seguido abre la puerta trasera del auto y me subo sintiéndome incómoda por el gesto que ha tenido hacia mí.

Se ha acercado... demasiado. Y se ha quitado las gafas oscuras por primera vez.

Bastó decir que lo mío con Nick ha terminado para que se corriera de su lugar profesional...

¿Qué carajo acaba de suceder?

#081

#RETORNO

Una nota me espera en el asiento de atrás; la descubro un par de cuadras luego de que ya ha arrancado el coche.

Lamento que haya sucedido de este modo. Solo espero que lo perdones, él no tiene la culpa de ser así.

Lamento también que lo hayas conocido, creí que contigo las cosas serían diferentes.

Si te alejas, supongo que servirá de algo.

Cuida de ti ya que no cuidarás de él.

Al menos tienes la opción de elegir escapar. Yo no.

ANABEL

Por algún motivo no me sorprende; solo se puede leer como una madre preocupada por el bienestar de su hijo. Pero, si me marchó, no es enteramente por él.

Esto es una guerra, no se me ha olvidado.

Dicen que soldado que huye sirve para otra guerra; sin embargo... no estoy escapando, Anabel. O sí. De la única guerra que pretendo alejarme es de la que consume el alma de Nicholas. Pero es a fin de pelear en otra mucho peor.

Estoy en camino a encontrarme con mi verdadero enemigo.

Nick también jugó. También me tendió sus trampas. Pero si algo me ha quedado claro en este tiempo y luego de este día, es que él... no es el peor.

Algo más me espera. Esto aún no ha acabado.

Estás ahí, lo sé, puedo presentirlo, has estado aguardando por mí todo este tiempo.

La cacería no ha hecho más que empezar, bebé.

Tres horas antes

Mi círculo de sospechosos se cierra cada vez más. El principal: Nick Jefferson. Él podría ser El Virus sin saberlo directamente. Puede que todo Dirty sea El Virus. La información que le he dado a mi computadora es exactamente la misma que alguna vez le di a esta empresa.

Mis opciones son mínimas.

Debo encararlo; debo tomar a ese indomable toro por las astas y concentrarme en él para que me muestre cuál es su límite.

Lo siento tanto, Nick, pero te haré sufrir. Lo haré porque me lo pediste. Tengo un trabajo que hacer y es encontrar a un *hacker* aunque este seas tú.

Ochenta y siete minutos antes

Anabel se ha ido a dormir; ya sé dónde deja las llaves de cada puerta. Podría asumir el riesgo de hacer un *tour* por cada uno de los seis pisos, sin embargo, en caso de que mi peor sospecha se

confirme, y que Nick y sus socios sean El Virus y me estén haciendo participar de un enfermo juego no dudarán en arrancarme la cabeza si me escabullo más allá de lo permitido.

No quiero arriesgarme a meterme en el sexto piso y que al otro lado me espere un sicario con una motosierra; la sola idea me trae la imagen de Maddie.

Meto la llave tratando de hacer el menor ruido posible. Una vez que esté dentro, habrán pasado los inconvenientes. Conozco el despacho de Jefferson, tiene paredes aislantes, no pasa el ruido de un lado a otro. Pero he metido un pequeño Handy en la puerta que me avisará por la *tablet* cuando el señor Jefferson haya cruzado la puerta de su casa.

El único inconveniente es que, sintiendo lo que siento, en caso de estar errada, saldré sumamente herida de este desquiciado plan. Solo me tengo que enfocar.

Cazar al *hacker*. Cazar al *hacker*. Cazar al *hacker*.

Paso la llave y enciendo las luces. Solo estamos sus libros y yo; hay señaladores en libros sin terminar. Otros bastante gastados. Noto que le gusta subrayar y escribir notas al margen, como si tuviese pequeñas conversaciones párrafo a párrafo con el autor.

Miro la hora: han pasado solo tres minutos.

¿Cuánto más tardará en llegar?

Tengo el cargador de mi *tablet*, podría ir matando el tiempo mientras leo y además...

#082

#DENTRO

Ochenta y un minutos antes

Definitivamente Nick tiene un gusto aburridísimo por la lectura; la mayoría son libros sobre negocios, estrategias empresariales, cómo ser un CEO eficiente y de qué manera mejorar la productividad de los empleados. En este caso, podría atribuirse a los *influencers* y seguidores.

Al otro lado de la biblioteca me encuentro con lo que me interesa: medicina. Me coloco los auriculares (soy de ese porcentaje reducido de la población que puede y elige leer mientras escucha algo de música) y avanzo hacia mi objetivo.

Setenta y siete minutos antes

Sé que cuando ustedes eran niñas pequeñas,
soñaban con estar en mi mundo.
No lo olviden, no lo olviden.
Respeten eso e inclínense ante mí, perras.

Me llevó algo de tiempo vivir mi vida,
pero no piensen que solo soy una esposa.
No lo entiendan mal, no lo entiendan mal.
Esta es mi mierda, inclínense ante mí, perras.
Inclínense ante mí, perras.
Inclínense ant...

Alerta

Alerta

Alerta

Alerta

Alerta

—Oh, mierrrrrda.

El anuncio me da excelentes resultados; lo único malo es que acaba de interrumpir a Beyonce justo en la mejor parte de la canción. Dejo de bailar y me pellizco fuerte la piel del empeine para forzar lágrimas en mis ojos. Mi respiración se acelera.

Apago las luces. Me siento en el sillón del doctor Jefferson.

Lo siento tanto, Nick, pero te haré sufrir. Solo espero que no seas lo que pienso que eres...

#083

#DILEMA

Once minutos antes

Llego desnuda, sangrando, sumamente adolorida y arrastrando los pies hasta la habitación que tengo asignada en la casa.

Sabía que esto sucedería; sabía que pondría mi vida en riesgo al jugar con los límites de Nick. Pero es un riesgo que estaba dispuesta a correr. Me quedaba sin opciones. Debía tomar el toro por las astas... y me enterró un cuerno en el estómago, aunque salió a tiempo. Justo antes de que la herida fuese mortal.

Apenas entro en la habitación, busco la lista. Solo quedan tres nombres sin tachar.

Elimino el que la lidera. Solo quedan dos. Dos. Y se me ha agotado el tiempo. Es hora. Debo arriesgar.

#084

#INESPERADO

Mi corazón late con fuerza una vez que Malcolm estaciona el auto en la puerta de mi departamento.

Malcolm me mira.

—¿Quiere que la acompañe, señorita Hale? —pregunta sonriendo.

Carajo.

—¡No! —La palabra sale disparada como una bala—. Digo... no, gracias, Malcolm. Ya te he dicho que mi historia con tu jefe se ha terminado. Ya no tienes obligaciones que cumplir.

Él insiste:

—Eso no quita que la acompañe. Es un lugar potencialmente peligroso, más considerando las circunstancias en que vinimos a buscarla la última vez.

Mi corazón se acelera. No tenía en mente que sucediera algún imprevisto.

—¿Estás diciendo que quieres que te invite a pasar? —le digo.

—Le daré mi protección.

Mierda.

—Escucha, Malcolm —carraspeo en busca de las palabras adecuadas—, no sé muy bien lo que has imaginado. Si te pedí que me trajeras, era para poder llegar pronto a mi casa. Pero no quiero que pienses que yo... Opino que eres una persona muy agradable y que encontrarás una chica que te quiera...

Su gesto por detrás de las gafas negras me muestra que está un poco incómodo o molesto. O ambas. De ninguna manera le permitiré pasar. Me parece un hombre atractivo, servicial, agradable y sumamente caballero, pero no me encuentro física ni emocionalmente disponible para recibir a otro hombre en mi vida. Jefferson me ha dado una dosis necesaria y suficiente para no querer más hombres de aquí a un largo tiempo.

Pensar en esos términos me huele a despedida de Nick, cosa que me aterra.

—Señorita Hale —contesta Malcolm. La molestia es palpable—. ¿Qué me está queriendo decir?

—Yo... solo... Tú no estás queriéndote meter en mi cama, ¿cierto?

Él parece llevarse un susto grandísimo.

—¡Santo cielo, no! —reclama y lo pongo sumamente nervioso. Su piel se pone morada—. Solo estaba intentando ser cortés.

—Ohhhhh, claro ya.

Mi mano se aferra al picaporte. Estoy helada.

—Disculpa —le digo, presa de una vergüenza descomunal—, yo no... no supe interpretar bien la situación. Lo siento. No estoy acostumbrada a que me traten... bien. Es triste, lo sé.

—Descuide, señorita Hale. ¿La ayudo a bajar su maleta?

—Por favor—murmuro.

Ahora parece llevar cierta prisa en que me vaya.

Nos dirigimos hasta el baúl y una vez que saca mis cosas, levanta mi equipaje y me lo ofrece.

El cielo rosáceo del amanecer se recorta tras su amplia espalda.

—Por cierto, señorita Hale, una cosa más —murmura acercándose nuevamente a mí. Demonios, este mastodonte no conoce lo que implica el espacio personal—: No quiero que malinterprete esto que está a punto de suceder, pero estoy jodido hasta la cabeza si no lo hago.

—¿A qué te refieres?

Bajo la cabeza.

Él tira la maleta al suelo.

Tengo una Glock 37 apuntándome a las costillas.

Él habla y, por primera vez, noto un dejo de angustia:

—Métase al baúl y no intente escapar... o tendré que matarla.

#085

#TOPOLOGÍA

Las maneras en que un plan maestro puede fallar son infinitas. Las opciones parecen no terminar jamás, por mucho que uno intente definir las coordenadas exactas a partir de las cuales será necesario no perder la cordura ni siquiera cuando un engranaje se salga de su lugar.

Al momento de plantar cara en una guerra, hay variables imprescindibles a ser consideradas para evaluar quién se encuentra saliendo victorioso y quien está cavando su propia tumba. Conocer el terreno es fundamental.

Que te metan en un baúl, que tiren todas tus cosas a la calle y te lleven sin saber a dónde hace que pierdas todas las coordenadas.

Todo había tomado su dirección precisa, y me estaba yendo demasiado bien como para ser verdad. Pase lo que pase, si no me lleva a que El Virus me fusile en persona, es porque me necesita viva. ¿Para qué? Solo me queda una opción: encontrarlo. Y la manera es a través del casco de realidad virtual, pero este está en mi casa, lugar del que me alejo cada vez más rápido.

Topología: del griego τόπος, «lugar», y λόγος, «estudio». Implica conocer la relación entre la posición de los cuerpos, superposiciones, existencia de agujeros, vacíos, continuidad y subconjuntos. Dicha topología puede estar definida por su involucramiento en las redes. De hecho, lleva por nombre «topología de redes», lo cual define el posicionamiento de los dispositivos conectados y tiene un aspecto decisivo en las tareas que pueden llevarse a cabo.

Antes de que Turing se comiera la manzana o Steve Jobs fuese tapa del *Times*, Sun Tzu ya estaba pensando el terreno de guerra.

Conocer el lugar, la disposición de los cuerpos, evaluar las posibilidades:

Garantía de la victoria en una batalla:

Enemigo vulnerable + soldados competentes + terreno favorable = Éxito para el ataque

Garantía de la derrota:

Ejército propio vulnerable + soldados inservibles + terreno desfavorable = Retirada

Si la retirada no es posible, sea porque el gobierno ordena atacar de todas formas o porque un imbécil te ha metido a punta de pistola en el baúl del auto, despojándote de todos tus chiches tecnológicos en mitad de la calle y llevándote quién sabe a dónde, lo que sugiere Maquiavelo y nuestros expertos estudiosos de la guerra es una indicación tan clara como peligrosa...

Emplear los cinco ataques mediante el fuego.

Es necesario ser consciente de que se trata de una decisión desesperada y que habrá consecuencias nefastas.

Pero si algo me ha enseñado esta vida de mierda es que en la desesperación todo vale. Y yo estoy desesperada.

#086

#FUEGO

—¡Eeey! —le doy un puñetazo a la tapa interna del baúl. El autocontrol en momentos como este no funciona en absoluto, aunque tampoco me conviene deberle otro bonito coche a Nick—. ¡¿Qué es lo que ese hijo de puta te está haciendo?! ¡Yo puedo ayudarte!

¿En verdad puedo?

Malcolm no acusa recibo de mis gritos. Sigue conduciendo a una velocidad inaudita, sumamente impropia en él.

—¡¿Podrías al menos conducir más despacio y con mayor cuidado?!

—¡Lo siento!

Su respuesta me indica que no estoy hablando sola y que, quizás, tenga algo de culpa. Por lo tanto, no es un cómplice, sino un rehén más.

El auto se detiene; el sol ya está plenamente en el cielo y mi cabeza es una bomba por no haber dormido en más de veinticuatro horas.

Malcolm abre la portezuela del baúl y su figura se recorta entre los rayos luminosos de sol y un calor insoportable se mete por todas partes. No sé cómo ha hecho para deshacerse de Jefferson, pero ha conducido por más de tres o cuatro horas, que me han resultado eternas metida en esta mierda. Aún no puedo creer que haya conservado el oxígeno.

—Señorita Hale —dice apenas me ve.

Le sacudo el pecho de una patada con todas mis fuerzas que lo derriba al suelo, haciéndolo retroceder. Entonces aprovecho la oportunidad para salir del baúl y, completamente desorientada por no saber dónde carajos me encuentro, me echo a correr sin rumbo preciso.

El lugar es bastante más caluroso que Yorkshire. Hace rato que hemos salido de la ciudad, pero ¿dónde estoy? Todo no es más que tierra, tierra y más tierra que se alza en brumas de polvo a cada paso desesperado que doy. Entonces escucho a Malcolm tras de mí. Puedo ver la carretera a lo lejos, al menos a un kilómetro y medio.

Un ardor impresionante me atraviesa el abdomen y se clava en los huesos y músculos de mi entrepierna. El pantalón deportivo que me he puesto, al igual que la camiseta suelta y demasiado grande, son parte de mi viejo atuendo, ya que no he querido llevarme absolutamente nada de la casa de Nick. En estos momentos, puede que sus camisas refinadas de seda y faldas de terciopelo que Anabel me había planchado con tanto cuidado fueran completamente contraproducentes para permitirme escapar, así que agradezco haber tomado esa decisión.

Cuando ya percibo los pasos de Malcolm pisándome los talones, el ardor en mi entrepierna se intensifica y se vuelve como un enorme agujón soltando su ponzoña en todo el sector de mi abdomen hasta mis muslos, lo cual hace que mis piernas flaqueen y trastabille... Momento del que Malcolm se vale para capturarme arrojando su enorme masa corporal encima de mí, procurando no destrozarme en el intento, pero inmovilizándome por completo.

Grito con fuerza aunque no tardo en discernir el cañón de su Glock 37 apuntando en medio de mis ojos.

—Cierre la boca, por favor. Nadie podrá escucharla aquí —declara.

Trago saliva.

¿Qué tan desesperado está él? ¿Podría ponerlo a prueba como hice con Nick? Definitivamente, no.

—No me obligue a hacer algo que... no me dejaría vivir en paz nunca más. Yo protejo a la gente, no hago este tipo de cosas —dice él con la culpa atravesándole la voz.

—¡En estos momentos no estás protegiendo a nadie! —le suelto—. ¡Me estás... lastimando!

—Estoy protegiendo a mis hijos —declara.

Y todo cierra en mi cabeza: El Virus se ha metido en su casa y ha amenazado a Malcolm con hacerle algo a su familia.

Trato de avanzar en dirección a la camioneta, pero caminar se vuelve algo insoportable. Debo hacer reposo, tomar un calmante, hidratarme y dormir mucho; precisamente lo contrario a lo que estoy haciendo ahora.

—Carajo.

Escucho el quejido de Malcolm y lo miro por encima de mi hombro. Está observando entre mis piernas: una enorme mancha de sangre cubre mi pantalón.

—Me has lastimado —le digo—. Estoy herida.

—Imposible. Yo no... No la toqué... Ahí.

—Cuando me derribaste hiciste que me golpeará con una roca. No te haces una idea de lo que me duele.

—Carajo, carajo, carajo. —Él comienza a desesperarse.

Ahora en su cabeza cruza la idea de que no solo está faltando a la norma de proteger a las personas, sino que le está haciendo daño a una chica, y en sus partes íntimas.

—Necesito ir a un hospital —le digo—, si la herida es profunda, puede que haya una hemorragia interna, lo cual es demasiado probable. El golpe ha sido terrible. Por favor, no intentaré hacer... nada.

—Por favor, cálese y siga caminando... Haga un esfuerzo. Esto es aún más difícil para mí de lo que se imagina.

—¿Y si me desangro?

—No. Yo la... ayudaré con lo que necesite. Es médica, ¿verdad? Dígame qué le hace falta y se lo traeré.

—¿Al menos puedes decirme a dónde vamos? —le pido.

Y me señala hacia adelante, a unos veinte metros de donde dejó estacionada la camioneta.

—Hacia allí —responde.

Es una cabaña vieja y arruinada. Está enclavada en medio de este desierto. De la nada. Nadie podría encontrarme.

—¿Para qué? —insisto.

Y mis preguntas ya comienzan a hartarlo.

—¡No lo sé! Él me pidió que lo hiciera. Solo he cumplido con traerla hasta aquí.

—¿Te dio la orden de hacer algo más? ¿Matarme...?

—No. Solo de deshacerme de sus cosas. Las dejé en la calle. Él las ha recogido.

Mi computadora. Mi *tablet*. El celular nuevo. Mi ropa. Mis pertenencias íntimas. Lo poco de mi vida que quedaba, lo poco de mi privacidad, cabía en una maleta de siete kilos.

Y ya ni eso tengo.

—Él —añade Malcolm trastabillando— es solo una voz en mi celular. Me muestra una y otra vez que va tras cada paso de mis hijos. Me envió un video donde apuntaba a su cabeza con una magnum. No puedo permitir que les haga daño... No puedo, señorita Hale. Él solo quiere

apartarla de... todo. Hasta que haya terminado.

—¿Ter... minado?

—La guerra. Mencionó algo de apartarla hasta que la guerra haya acabado.

Si eso cree ese hijo de puta, está tremendamente equivocado.

Estaré atada y encerrada en una casa en mitad de la nada. Solo espero tener cerca un fósforo y una cubeta de gasolina.

#087

#ATAQUE

La casa es pequeña. Solo llego a discernir un comedor, una cocina apartada y dos puertas que, supongo, deben dar a una habitación y a un baño. Huele a encierro. Está equipada con muebles viejos que crujen por sí solos. Malcolm me indica tomar asiento en una de las sillas. Acto seguido saca del interior de su saco unas esposas que cierra a mis espaldas.

—No intentaré escaparme, no pondría en riesgo la vida de tus hijos —le digo, siendo completamente honesta.

Aunque ya falté a su confianza.

—Lo siento, señorita Hale, pero no puedo correr riesgos.

Luego busca una soga de una de las puertas que concluyo da hacia una habitación y me inmoviliza las piernas forzándome contra la silla desde los tobillos, la cintura y el pecho.

—Lamento haberme escapado —murmuro aún presa de la culpa—. No sabía que ese sádico está poniendo a tus hijos en peligro. Te prometo que en cuanto salgamos de todo esto, lo encontraremos y...

—Cuando salgamos de todo esto, dejaré el cargo y desapareceré con mi familia. He estado en la guerra, he matado hombres, derribado naves, detonado explosivos, pero nunca, nunca puse la vida de mi familia en riesgo. Ellos son lo más importante para mí.

Vaya, vaya, aquí tenemos a alguien que conoce muy bien de guerras.

—Malcom —murmuro—, dijiste antes que me traerías todo lo necesario para que me curara la herida. ¿Puedo encargarte alcohol, gasas, un relajante y un antiinflamatorio?

Él me mira un poco dubitativo.

—Está bien —accede por fin—. No va en contra de lo que me indicó. Solo debo tenerla apartada y velar por que no se escape de esta casa.

—Gracias —contesto y, valiéndome de la oportunidad, añado—: Ah, y algo más: en mi casa tengo una caja con un casco de realidad virtual. Creo que lo dejé sobre la mesa. ¿Podrías traérmelo? Digo, para matar el tiempo... Tengo las llaves en el bolsillo derecho de mi pantalón. ¿Puedes? Será más fácil permanecer aquí todo el fin de semana si tengo algo con qué entretenerme.

Él me mira con gesto de sospecha y suspira.

—¿Eso puede hacer que se ponga en contacto con alguien?

Trago saliva.

En cierto modo... quiero ponerme en contacto con mi secuestrador así que la respuesta a esa pregunta es sí.

—¿Qué dices? —le suelto—. ¡No! Bah... mira, para que confíes en mí te diré la verdad: sí, eso sirve para que puedas contactarte con quien quieras, pero no es mi intención. Una vez que lo traigas, lo usaré solo en tu presencia así corroboras que estaré jugando. Vamos, para matar las horas. Y si quieres, te puedo enseñar unos trucos para romperle la nariz a Sub-Zero en Mortal Kombat, ¿quieres?

Malcolm suspira. Acto seguido se incorpora, se quita el saco y se lo coloca sobre un hombro.

Su camisa blanca ceñida a su enorme torso está sudada y con tierra debido a la revolcada que nos dimos hace un rato, no precisamente en el mejor de los sentidos.

—Solo si me enseñas a romperle el cuello a Kitana —contesta—, esa zorra siempre me jodió las *fatalities*.

#088

#ENCERRADA

Hay un reloj sobre una de las paredes que marca las 9:58 a.m. No sé si está bien, lo más probable es que sí, aunque desearía que fuese muchísimo más tarde.

No sé con qué excusa Malcolm se ha librado de Nick para apartarse durante al menos cuatro horas. Seguramente la excusa de algún inconveniente familiar, que siempre funciona cuando de trabajo se trata.

El tic tac se me clava en la sesera, es un intento vano por fantasear que tengo el imposible poder de acelerar el tiempo.

Con mi hermana siempre solíamos jugar a preguntarnos: «Si pudieras tener un poder, ¿cuál sería?»; la respuesta fue cambiando a medida que fuimos creciendo. A los cinco años, mi respuesta era poder ser invisible, para meterme en las tiendas de helados y dulces, comerme todo sin que los dueños se dieran cuenta y salir de ahí con el estómago lleno. Por otro lado, el de mi hermana era la velocidad con superfuerza para sacar la mayor cantidad de comida de ciertos lugares sin que nadie se percatase y traerlo para mi familia.

En ambas, el hambre resonaba con toda su ferocidad. Las consecuencias de un niño que no se alimenta bien durante los primeros años de su vida son cruciales para el resto del camino. Creo que a ello se debe que ambas somos hoy sumamente menudas, con la piel quebradiza y los huesos demasiado saltones, y una altura que no supera el metro sesenta.

A los nueve años, conocimos los juegos de SEGA en los negocios barriales. Me volví una experta en el Arcade, al lograr convencer a los niños de que me dieran sus fichas.

«Si te gano, me das dos fichas, una para mi hermana y otra para mí, ¿estamos?».

Ellos reían a carcajadas.

«¿Una chica retándonos a jugar?». Ese tipo de respuestas me hacían enfurecer, pero dejaba que la ira tuviese lugar atacando los botones y entendiendo al detalle de qué manera debían ser los movimientos para noquear a sus personajes.

Dos fichas. Cuatro fichas. Seis fichas. Diez fichas. Mi hermana nunca fue tan buena, por lo que yo ganaba las fichas para darle la mitad a ella.

«¡Lárguense de aquí, niñas! Este lugar es para hombres, no para ustedes, ¿no lo entienden? ¡Largo!».

Usualmente ese era el argumento de los varones para corcernos de las tiendas de Arcade una vez que se quedaban sin dinero y arrasados por la humillación de que una niña les ganase en los juguitos.

Me sentía gloriosa.

Por eso, siempre fui una fanática de SEGA. Digamos que Nintendo también me gustaba, pero SEGA siempre fue mi predilecto.

A los quince me hice una chaqueta de jeans con las letras escritas en la espalda. Al día de la fecha, sigue siendo mi favorita.

Pero, pese a que nos corrían, regresábamos o andábamos de tienda en tienda confrontando a los niños y ganando competencias con fichas. En ocasiones, se nos juntaban tantas que las vendíamos

a mitad de precio, hasta que un tipo nos descubrió y nos corrió. Teníamos unos once años cuando ocurrió. Desde entonces, no nos volvieron a recibir en las tiendas de Arcade.

—¿Y bien? —me preguntó un día mi hermana en que estábamos sentadas en el cordón de la vereda—. ¿Qué haremos si no nos dejan volver al Arcade ni tenemos patinetas?

—Jugar a las muñecas.

Ella me miró y ambas soltamos una risotada.

Hasta que mi cabeza se iluminó.

—Oye... hace un tiempo me acerqué a esos lugares donde papá paga los impuestos y mamá busca los bolsos con mercadería.

—¿Te refieres a los centros asistenciales?

—Creo que se llama ayuntamiento.

—Algo así.

—Escuché que esas computadoras que solo tienen las familias ricas han llegado para que todos podamos tener acceso a ellas y hay cursos donde enseñan a usarlas. ¿No te parece alucinante?

—¿Se puede jugar SEGA con esas cosas?

—Mmm, no lo sé, aunque los cursos decían que era para aprender conceptos básicos de programación o algo así.

—Ufff, entonces no me interesa. Ve tú, Nat.

—Vamos, será divertido, ¿quieres?

—Asegúrate de si puede jugarse al SEGA en esas computadoras y luego me cuentas, ¿sí?

—Okay, hermanita.

—Ve, Nat. Buena suerte.

Vaya mierda que tuve suerte.

12:57 a.m.

Mi estómago es una bomba que ruga de hambre. He cabeceado varias veces y he podido dormir otros momentos, pero el hambre no me deja pegar ojo nuevamente. Además, hace un calor endemoniado. ¿Dónde mierda me ha traído? No estoy acostumbrada a los climas secos. Quizás por eso El Virus ha decidido tenerme apartada en este sitio.

Me arde la garganta. Necesito hidratarme. Necesito comer. Y, sobre todas las cosas, dormir.

3:15 p.m.

Despierto e intento mover las piernas, pero un calambre que me ha tomado los glúteos se concentra en mi vagina y me llega al pubis. Carajo, es horrible. Además, tengo el trasero adolorido por la tabla de la silla, ¿no podía al menos traerme un cojín?

También necesito una ducha. Huelo horrible. Y me duele todo.

5:45 p.m.

Sed. Tengo sed.

El sol se está escondiendo.

En mi estómago hay un agujero tan grande como mi pasado.

El calambre ha cedido pero moviéndose de un músculo a otro. Realizo movimientos suaves cada tanto para no lesionarme y acomparar los calambres. Pero la fuerza se me va agotando...

8:45 p.m.

Mamá. Mamá está enferma.

Entro en la habitación de la casa y la encuentro con los ojos cerrados. Fría. Mi hermana permanece a su lado.

Y me observa con odio.

No es necesario que lo diga para que me dé cuenta...

Mamá ha muerto.

#089

#ELGUARDAESPALDAS

Despierto con el corazón acelerado y la respiración entrecortada.

Mamá... Ese sueño. Ese maldito sueño ya lo he tenido antes, pero amenaza con volverse realidad a cada hora. Tengo que salir de acá. Sin Nick, es probable que quite la seguridad a mi familia. ¿Qué implicaría que me tocara rendirme en esta guerra? ¿Perder también a mi hermana? ¿A mi madre? ¿No estar tomando su mano cuando le toque... indagar al otro lado de esta vida?

Quizás no haya sido el encierro o el hambre o el dolor o la escasa luz, sino todo eso junto, pero lo cierto es que estoy empezando a delirar.

Una luz se filtra por la ventana y un chispazo de energía renace en mi pecho. Luego llega el ruido del motor, sentenciando que Malcolm está aquí. Por un instante, cruza en mí la esperanza de que sea Nick, pero no sé si verlo sería un milagro o una desgracia.

Malcolm mete la llave y entra. Se ha cambiado el atuendo. Esta vez está fuera de servicio con una camiseta de polo mangas cortas color verde manzana, pantalones caquis, que resaltan unas fuertes y musculosas piernas, y unos zapatos náuticos un tono más oscuro que el pantalón.

Su cabello siempre prolijo ahora está despeinado. Quizás salió demasiado apresurado de su turno de custodia de Nick, pasó por su casa, visitó la farmacia y otro sitio más. Ahora mismo entra con una caja bajo el brazo y una bolsa con el logo de Yorkshire Salud y otra más de papel.

—Ey —me dice, quedándose de pie y observándome con gesto de «qué carajos te estoy haciendo»—. ¿Cómo ha estado?

Lo observo, pero no contesto. Quizás por la estupidez que acaba de preguntar, quizás porque carezco completamente de energías como para poder hilvanar una oración de corrido.

—Lamento todo lo que está sucediendo. —Entra y coloca el seguro a la puerta. Se guarda la llave en un bolsillo. ¿Es que esta casa no tiene otra de emergencia? Las ventanas tienen rejas, por lo que las descarto como posible vía de escape—. Pero ya sabe que me he quedado sin opciones. La habría dejado encerrada en la casa si no hubiera escapado. Si la até fue por precaución de que no mataran a mis hijos y que todos estemos bien con tod...

—Quiero hacer una llamada —le suelto con claridad aunque muy muy bajo, casi sin energías.

Deja la caja y la bolsa de la farmacia en la mesa; lleva la de papel hasta la cocina.

Me mira y yo insisto:

—Marca tú el número si quieres. Yo te lo dictaré.

—Sería en contra de las indicaciones de...

—¿Te impidió que haga una llamada?

—Me prohibió que se conectase a Internet.

—No necesito conectarme a Internet para saber cómo está mi madre. Necesito llamarla. No haré nada indebido mientras ella y mi hermana estén bien. Cree en mí. No pondría su vida en peligro del mismo modo que tú no lo haces con tu familia.

—Es distinto —murmura.

—Oh, claro que lo es. Yo soy la que está atada y lastimada mientras tú andas de aquí para allá. Ah, y que pesas cincuenta kilos más y mides cuarenta centímetros por encima de lo que yo mediría

parada en punta de pies. Coloca el seguro a todo, ponle llave, aleja los cuchillos y los vidrios, consérvame atada si quieres, pero no me prohíbas que hable con mi madre. Si no, conocerás lo que soy capaz de hacer.

Él niega con la cabeza. No le he dado miedo, sino pena.

—Un minuto. Ni un segundo más —dice él mientras saca el celular.

Le dicto el número de mamá y me pone el auricular al oído.

Demora tres tonos en atender. Tres eternos tonos que me dejan el corazón en un puño.

Hasta que atiende.

—¿Sí...?

—¿Mamá? Santo cielo, soy yo, Nat.

—Nat, cariño. ¿Qué sucede? Te he estado intentando llamar todo el día. ¿Estás bien?

—Sí, mamá... Yo... Estoy bien. Solo quisiera saber cómo están ustedes por allá. ¿Siguen custodiándolas?

—Sí, cielo, y no sabes lo incómoda que me pone tener una patrulla y policías deambulando todo el tiempo por el edificio. Al menos tres veces al día sube un oficial para corroborar que estemos bien. Por cierto, algunos son muy guapos. Hay uno de cabello corto, músculos y ojos oscuros que es todo un galanazo, ¿dónde te haces estos amigos?

Suspiro y miro a Malcolm, quien me sostiene el celular y mira hacia otro lado cuando escuchamos ambos que mamá se está refiriendo a él.

Ja. Un galanazo. Que me tiene secuestrada ahora mismo.

—Ni te imaginas —le digo y basta para que Malcolm me arroje una mirada asesina—. Mamá, te he llamado por otro motivo. Estoy ahora mismo usando el celular de un amigo ya que he perdido el mío. Escúchame bien: cualquier urgencia o algo que necesiten, se comunican a este número, ¿okay? Al menos, hasta que pueda conseguir un celular nuevo.

—Oh, cielo, sabes lo costosos que son los celulares. ¿Por qué mejor no le pides a tu... amigo que te preste el suyo cada vez que haga falta?

—Porque no, mamá.

—¿Es tu novio?

—¿Qué?!

—Vamos, cielo, ya sabes que puedes confiar en tu madre. Además, este tiempo te he notado un poco más contenta. Tu hermana me ha contado acerca de los depósitos que nos hiciste. ¿Él te da el dinero? Dile que es muy generoso, se lo agradecemos mucho. Dile que si quiere, podrá ir de vacaciones a Venecia con nosotras...

—Mamá...

—¿Cuándo tiene sus vacaciones?

—Mamá...

—Además, si es tan guapo como el que vino a visitarnos hoy será la envidia de las...

—¡Mamá!

Ella hace silencio un poco asustada por mi grito que incluso a Malcolm le ha sorprendido.

—Lo siento —le digo—, pero no tengo novio. Créeme cuando te lo digo. Por cierto... —Miro detenidamente el rostro de Malcolm y me detengo en una vieja cicatriz que tiene bajo la ceja derecha, quizás puede haberse debido a su pasado en la guerra—, el guardaespaldas del que hablas, ¿tenía un corte en la ceja por encima del párpado?

—Okay —dice Malcolm y corta al llamado.

Intento saltar de la silla para meterle las uñas por las cuencas de los ojos, pero las sogas se tensan y me sujetan.

—¡Ey, idiota! ¡Devuélveme el celular!

—Es mío y usted, señorita Hale, se estaba excediendo tanto de tiempo como de palabras.

—¿Por qué carajo no dejas esa farsa de tratarme de «usted»?

—El señor Jefferson sigue siendo mi jefe y sus órdenes siguen siendo obedecerle y estar a su servicio.

—¿A mi servicio? Okay, desátame y métete una bala en la cabeza.

—No haré eso. Más importante que mi jefe son mis hijos.

—Entonces déjate de tonterías, imbécil.

Él resopla.

Lugo se dirige a la cocina y trae la bolsa de papel.

—Le he traído... algo de comida y agua mineral. No me fio de las conexiones viejas de esta casa. Cuando me ordenaron venir a limpiar ayer por la tarde, todo era un asco. Dudaba siquiera de que hubiese electricidad.

—¿Me traes agua mineral y medicamentos? ¿Acaso se te olvida que soy tu rehén?

—Yo no soy un secuestrador.

—Sí que lo eres, y además, imbécil. ¡Suéltame!

—No... No voy a... soltarla. Al menos hasta que se haya calmado y demostrado que puedo confiar en usted y no hará alguna estupidez que haga peligrar a mis hijos.

—Ay, demonios...

Noto que Malcolm saca de la bolsa de papel una hamburguesa envuelta en papel de aluminio, una lata de Coca-Cola y una cajita con papas fritas de la que se come una.

—¿Eso es para mí? —le pregunto con sarcasmo.

—De hecho, sí.

—¿Y cómo quieres que coma si tengo las manos esposadas al otro lado de la silla?

—Sencillo —decreta.

Coloca una silla con el respaldo delante de mí y se sienta a horcajadas.

—Abra la boca —señala—, no ha almorzado. Le hará bien cenar, comer algo aunque sea comida chatarra. Me he ocupado de corroborar que la carne esté bien asada cuando la sacaron de la plancha.

—¿Estás de puta broma?

—No quiero que se enferme o le pase algo por mi culpa. Aquí el único responsable es otro.

—Me heriste justo en la vagina.

No, no es así. Ese fue Jefferson, pero el argumento me sirve para hacerlo sentir culpable y manipularlo.

—Y ya es suficiente para mi juicio —contesta—. Me ocuparé de que se reponga mientras esté a mi cargo.

—Uff...

Acto seguido sostiene la hamburguesa con ambas manos y la acerca a mi boca. La observo de refilón y el olor se mete en mi nariz, haciéndome rugir el estómago. Una parte de mí implora por ese trozo de carne deliciosa, pepinillos, aderezos y pan con semillas.

—Por favor —insiste.

Y abro lentamente la boca. Él mete la hamburguesa en mi boca y como. Mastico la comida y la convierto en un bolo que, tras un momento, se lo escupo en la cara.

—Por favor.

Me espabila.

He fantaseado con escupirle la comida. Ni siquiera he mordido aún la hamburguesa que huele

delicioso.

De hecho, me siento tan hambrienta que no quiero desperdiciar nada de nada.

Accedo y dejo que meta la hamburguesa en mi boca. El sabor es tan intenso y agradable que demoro en tragarme el trozo.

Acto seguido acerca la lata de Coca-Cola con un sorbete. La acerca a mis labios y bebo un trago. Luego vuelve a acercarme la hamburguesa y dejo que me alimente hasta que la he terminado toda al igual que la lata de refresco. Sigo con las papas fritas y él me limpia los labios con una servilleta de papel. Tenerlo tan cerca, acariciando mis labios, es horrible e incómodo. De hecho, porque nunca me había percatado de su atractivo hasta este momento.

—Bien —señala—, continuemos con esto.

Busca la bolsa de la farmacia y saca el alcohol, una botella con agua, vendas y pastillas.

—¿Cuál primero? —me pregunta mostrando las dos tabletas de pastillas, el relajante muscular y el antiinflamatorio.

—El antiinflamatorio —le digo—. Necesito que disminuya la hinchazón, además tiene antibióticos que prevendrán cualquier infección.

—Okay.

Y saca una de las tiras. Luego abre la botella con agua mineral y saca el sorbete de la lata de Coca-Cola.

—¿No importa si...? —pregunta antes de hacerlo.

Le dirijo una risita fingida de «vete a la mierda» y lo hace sin más.

Me coloca la pastilla en la boca y mi lengua roza la punta de su dedo índice por accidente, provocándome un intenso cosquilleo en el estómago.

Trago rápidamente la pastilla y le exijo la botella con cierta prisa para poder beber. De no ser por que me ha secuestrado, pensaría que sus servicios van más allá de una gentileza ocasional.

Luego de tragar, saca un paño de gasa y alcohol.

—Vamos a desinfectar —dice.

Y lo detengo:

—Aguarda. Debo lavarme primero. Y antes de que me toques la vagina, prefiero morirme con la herida.

—No está hablando en serio. Ya le traje...

—Necesito ducharme.

Él suspira.

Luego de pensarlo un momento, se pone de pie y se dirige hasta la caja que me ha traído. De esta saca algunos elementos como un cepillo de dientes, ropa interior, toallas higiénicas y pasta dental.

—Estaban en su casa, espero que no le moleste que las haya tomado —decreta.

—No, no me molesta, de hecho, es muy gentil de tu parte. Gracias.

Va hacia atrás y abre las esposas, dejando mis manos en libertad. Desata la soga que me tiene pegada a la silla y me estiro, sintiendo todos los músculos acalambrados.

Él recoge los elementos de aseo.

—Hay toallas limpias —señala—. Vamos.

—¿Vamos? ¿Y a ti qué carajo te pasa?

Él me mira con una ceja en alto.

—No me queda más opción que vigilarla mientras se ducha.

#090

#SECRETOS

Me ha tocado pasar por situaciones humillantes a lo largo de mi vida, pero ¿esto?!

—Cierre la cortina si quiere—señala—. Puede quitarse la ropa al otro lado. Yo vigilaré que se mantenga lejos del ventilete.

Santo cielo, ¿en serio?

Camino hasta el baño y me encuentro con que es un cubículo con mosaicos del mismo tamaño que el mío en la caja de zapatos donde he vivido en los últimos meses; la cortina alcanza a cubrir toda la ducha, pero la ventana se encuentra por encima, por lo que, si quisiera escaparme, Malcolm necesariamente me vería.

El punto que me preocupa es que la cortina del baño es blanca; solo espero que no sea translúcida...

Abro el agua caliente y espero un momento hasta que toma la temperatura que deseo. Me quito la camiseta mientras Malcolm está de brazos cruzados, cubriendo el umbral de la puerta. Cuando empiezo a desnudarme, él mira al suelo, un poco incómodo.

Me quedo en ropa interior y me meto a la ducha; arrojo estas prendas un momento después y noto que Malcolm sigue observando a un costado. Cada tanto le dirijo un vistazo y noto que sus ojos están clavados en la ventilación por encima de la ducha.

Cuando me enjabono, observo los moretones. Cada uno. Nick me los ha provocado y, por muy extraño que parezca, no lo recuerdo con odio, sino con una mezcla de excitación y culpa. Tengo uno en la curva del hombro, otro par en mis brazos y uno con un poco de inflamación en mi pubis. Es el que más duele, considerando que Nick me penetró sin piedad, golpeando con fuerza su cuerpo y el mío. En mi espalda debo tener otros, lo podría corroborar de tener un espejo de cuerpo completo. De pronto noto un corte en la rodilla izquierda; debe ser de cuando Malcolm me derribó al suelo terroso.

Una vez lista, cierro el agua y me seco detrás de la cortina. Es extraño sentir los ojos de Malcolm todo el tiempo, aunque algo me dice que en verdad sigue protegiéndome.

Me coloco un sostén, una braga limpia y una blusa. Luego, me envuelvo en la toalla de la cintura hacia abajo para salir.

—¿Qué hace? —me pregunta—. Póngase un pantalón.

—Me hiciste un corte —le digo señalándome la rodilla—. Debo desinfectarlo.

—¿Ahora?

—Primero me cepillaré los dientes. ¿Serías tan amable de pasarme mi cepillo y la pasta?

Él suspira.

A continuación hace lo que le he pedido y me lo alcanza. Tras terminar, me señala que vaya hasta la puerta que aún no ha sido abierta.

Estaba en lo correcto. Es una habitación. Quienquiera que haya vivido en este sitio, dormía con alguien o bien aquí vivían dos personas. O tal vez le gustaba dormir bastante estirado, puesto que la cama es de dos plazas.

—Usted descansará aquí. Yo me traeré una silla.

—¿Dormirás en una silla? —le pregunto, sin poder creérmelo... Hasta que recuerdo que fue un soldado y supongo que en la guerra las ha tenido que pasar mucho peor.

—No dormiré. La estaré vigilando.

—En algún momento tendrás que dormir —le digo y me siento al borde de la cama.

Él se marcha hasta la cocina y miro un mueble. Me dirijo hasta él y abro los cajones. Nada.

Malcolm vuelve con alcohol, gasa y cinta adhesiva. También arrastrando una silla.

—Extienda la pierna—indica.

Intento subirla a la cama, pero el músculo de mi muslo se ha entumecido luego de tanto estar sentada y los golpes de la noche anterior; sin contar que he corrido como si mi vida dependiere de ello. De hecho, mi vida dependía de ello.

—Déjeme ayudar —dice y se acerca—. ¿Puedo?

Señala mi pierna.

—Mmm, bien —accedo no sin algo de reticencia.

Él toma mi pierna con cuidado y se sienta en la silla al costado de la cama. Reposa mi pierna sobre su regazo y observa la profundidad de la herida abriéndola un poco.

—¡Auch! —me quejo—. Ten cuidado. Ya he revisado yo eso.

—Lo siento —dice. Pero me gusta que se preocupe.

Un momento...

¿Me gusta que se preocupe? Okay, ya terminé de desquiciarme.

—Pásame el alcohol.

Sin embargo, él toma la gasa, la empapa en alcohol y la pasa alrededor de la herida.

—No echas dentro —le indico.

—Lo sé —contesta—. He detenido hemorragias de bala, cuchillazos y hasta de un brazo arrancado por un explosivo.

Algo se remueve en mi pecho y es la conmoción que me provoca saber lo que debe haber pasado este hombre en la guerra. Debe haber sido superdifícil.

—Si uno ahoga la herida, no cicatrizará —me dice.

—Exacto. ¿Puedes ventilarla? Si consigues un papel, me echaré aire hasta que pueda quedarme dormida. Ayudará.

—Creo que no tengo papel —dice con cierto gesto de preocupación.

Y una vez que deja de pasar alcohol, se agacha y acerca sus labios a mi herida. Donde sopla muy suavemente.

Mi corazón se acelera y un incómodo cosquilleo nace en mi interior. Hasta que se aparta.

Sería demasiado estúpido pedirle que no se apartara, que se quedara, que siguiera haciendo eso. Pero debo volver a mis cinco sentidos y recordarme que yo no le preocupo en absoluto.

—Gracias —le digo, sorprendiéndome incluso a mí.

—No dé las gracias. —Coloca un trozo de paño esterilizado y lo pega con cinta alrededor—. Está secuestrada aquí por mi culpa. No soy el responsable ya que obro en contra de mi voluntad, pero aquí estamos.

—Lo sé —declaro—. Ya hablé con mi madre. Estoy más tranquila. Mientras a ella no le pase nada, no me molesta del todo pasarme un fin de semana aquí dentro.

—No sé si será solo un fin de semana —murmura. Y ni él quita mi pierna de su regazo ni yo lo hago.

—Descuida —le contesto—. Sé cómo es él. Me tendrá apartada hasta que haya conseguido su objetivo. Pero hay que detenerlo.

—Por ahora, solo me preocupa que mis hijos estén bien. Luego, lo atraparé y le arranc...

—Chissst —lo mando a callar.

Y gesticulo «pásame tu celular».

Él me mira con el entrecejo fruncido, desconfiando. Quita finalmente la pierna de su regazo y me devuelve a la cama.

—¿Qué...?

Y lo vuelvo a mandar a callar con un dedo sobre los labios.

Con muchísimo recelo, lo hace finalmente. Me entrega el celular y en cuanto lo tengo en mi poder, lo apago.

Suelto el aire contenido.

—¿Qué sucede? —pregunta.

—Te escucha y te ve por aquí. Sigue cada uno de tus pasos desde el celular. —Se lo devuelvo y lo guarda—. Si dices que quieres arrancarle la cabeza, te escuchará y, posiblemente, le hagas enojar.

—Hijo de...

—Lo sé, lo sé. Ya no hay insulto que le quepa.

—Bien. Creo que será mejor que... descanse.

—Si quieres echarte una siesta, yo no me iré.

—Descanse, por favor —insiste con el tono un poco más firme.

Y se sienta en la silla, frente a mí.

Me rindo por querer mostrarle confianza y le doy la espalda. Junto mis manos y las meto por debajo de la almohada. Cierro los ojos y él apaga la luz.

Luego se sienta a observarme como un búho y mi corazón da un vuelco.

—¿Es en serio? —me giro a él de golpe.

—¿Qué?

—¿Te vas a quedar ahí y ni siquiera darás las buenas noches?

Una risita asoma por sus labios, aunque la contiene.

—Buenas noches, señorita Hale.

—Uff... no al estilo robot, genio.

Frunce el entrecejo.

Le doy la espalda nuevamente y apoyo la cabeza en la almohada. Mientras permito que también escape de mis labios una risita genuina... tanto que me asusta.

#091

#MALCOLM

No sé qué hora es, pero llevo un largo rato dando vueltas, cerrando los ojos, abriéndolos, dando vueltas, intentando soñar despierta; pienso en Sophia, pienso en mamá, doy otra vuelta, pienso en mi hermana, pienso en Nick y me detengo mirando el techo.

—¿Qué hora es? —le pregunto a Malcolm.

Su rostro es apenas iluminado por la luz de un cielo nocturno despejado.

—Tengo el celular apagado —señala.

—Mientras no digas cosas que te pongan en riesgo, te sugiero que lo tengas prendido.

—Okay.

Se mete una mano en el bolsillo y cierta idea se cruza por mi cabeza.

—Aguarda —le pido.

Él se detiene y me mira.

—¿Qué sucede?

—Antes... ¿podemos conversar?

Su gesto cambia, aunque no alcanzo a distinguir si es a enojo o confusión. Guarda el celular nuevamente.

—Bien —accede—. La escucho.

—No, creo que no entendiste. Dime algo. Lo que sea. Pero dime algo que me pueda distraer de todo este lío donde estamos metidos.

—¿Algo como qué?

—No lo sé... Háblame sobre tus hijos. O tu esposa. ¿Es rubia? ¿Pelirroja? ¿Morena? ¿Te prepara la comida que más te gusta en los días malos? ¿Sabe que trabajas para Nicholas Jefferson?

—Lo hacía —señala, acentuando el tiempo pasado de la oración—. Y no... No lo sabía...

—Oh —me quedo helada—. Yo... Lo... Lo siento. No tenía idea de que fueres... viudo.

—Descuida —contesta—. Viudo no. Divorciado. Al parecer, no toleraba demasiado mis viajes y las secuelas de mi paso por la guerra.

—Me lo imagino. Mucho tiempo sin verse...

—El problema no era eso, precisamente. Regresé un día de una batalla en Oriente Medio, donde casi pierdo un ojo, antes de lo previsto para que pudiera recuperarme. Entonces la descubrí preparándole el desayuno a un hombre que estaba acostado en... nuestra cama.

—Mierda.

—Ese momento fue peor que cualquier guerra de mi vida. Y eso que las he tenido...

—Yo... No sabía que te habían hecho semejante cosa. Aun así, no puedo creer que lo haya metido en la misma cama. ¿Qué hay de los niños?

—Esa noche habían ido de campamento con unos amigos de la escuela. Nunca se imaginó que llegaría dos semanas antes de lo previsto.

—¿Y qué... hiciste...?

—Saqué el celular y grabé al tipo saliendo de la cama. Luego a mi esposa en ropa interior.

Terminé de recolectar mis pruebas y busqué un revólver. Eché al tipo desnudo a la calle con el cañón en su cabeza y fui a hacer la valija. Y la de los chicos. Ella intentó detenerme, pero no pudo. Decía que no podía llevarme a los niños, que iba contra las reglas.

—¿Y qué... sucedió?

—Mostré el video en el juzgado y obtuve la tenencia de los niños.

—Santo cielo...

—En varias ocasiones quiso explicarme que había sido una aventura sin importancia. Acudió a mi casa suplicándome que volviéramos, que fue un error, que no volvería a suceder. Lo pensé muchas veces, quería creerle pero era imposible. Y si no cedí, fue por el bien de los niños.

—¿Por qué lo dices? ¿Sospechas de que fue más de una aventura?

—Cuando algo así sucede, te sientes en estado de alerta. En mi caso, lo presentía, ya que hacía dos viajes que ella no quería tener ninguna clase de acercamiento sexual. Hasta ese día ya llevábamos seis meses sin hacer absolutamente nada. Lo extraño es que ella estaba cada vez más linda y, evidentemente, no era para mí.

—Santo cielo... Lo siento tanto.

—Descuida.

—¿Y qué hay de los niños? ¿Qué edad tienen?

—Siete. Son gemelos. Dos varones: Gabriel y Mateo.

—Vaya. Nombres tan poco... ingleses.

—Vengo de familia religiosa. Mis padres son del tipo conservador, además de que mi madre tiene raíces latinas.

—Oh, claro, ¿y dónde están ellos ahora?

—Los fines de semana están con la madre. Mañana los busco y los llevo conmigo a casa. Para entonces, tendrás que pasar más horas a solas si es que aún no he podido liberarte.

—Descuida. Mientras mi madre esté bien, podré tomarme unas pequeñas vacaciones en este sitio. Además, tengo una restricción de volver al hospital a trabajar hasta que se haya solucionado todo el lío con el Departamento de Asuntos Internos.

—Bien.

Suspiro.

A continuación me acomodé a un costado de la cama.

—Ven —le digo—, duerme. No me escaparé a ninguna parte. Debes descansar tú también.

—No dormiré con usted —dice con una firmeza me hace sentir despreciada.

—No tengo ninguna peste, eh.

—No dormiré simplemente.

—¿Por qué? Yo no puedo conciliar el sueño con un par de ojos encima observando cada cosa que hago.

—Lo siento, señorita Hale, pero aún no se ha ganado mi confianza.

#092

#ENTRENOSOTROS

- ¿No confías en mí? —Me siento de golpe—. Okay, eso ha sido cruel, ¿sabes?
- Lo siento.
- ¿No vas a retractarte?
- No.
- ¿No?! Entonces... Yo no voy a dormir.
- Bien. Aunque me corresponde advertirle que, si no descansa, su herida demorará en sanar.
- Ya te dije que no puedo dormir si me vigilas.
- A mí me vigila un virus informático. Descuide.
- Ese virus informático también me vigila a mí, por lo tanto, son cuatro pares de ojos los que tengo encima.
- Técnicamente, sí.
- ¿Y no te resulta insoportable? ¿Qué es lo que te ha dicho de tus hijos?
- Me ha enviado fotos. Los está siguiendo.
- ¿No quieres deshacerte de él?
- Demora un momento en responder.
- Aún no puedo —dice por fin.
- ¿Por qué?
- Por mis hijos.
- ¡Demonios, tú no tienes absolutamente nada que ver en todo lo que está pasando!
- Él asiente.
- Me ha metido en esto injustamente —contesta—. Acuerdo con ese argumento, señorita Hale.
- Entonces que te haga a un lado. Está haciendo las cosas muchísimo peor de lo que habíamos convenido y juega sucio.
- Mmm.
- ¿Sabes una cosa? —Me levanto de la cama y voy hasta la puerta—. Al carajo sus reglas. Al pasar por su lado, me detiene cerrando una de sus manos en mi brazo izquierdo.
- ¿Qué va a hacer, señorita Hale? No se apresure con decisiones erróneas.
- Lo iré a buscar, Malcolm.
- ¿Qué?
- Al Virus. Lo buscaré ahora y le diré que se detenga. Que te haga a un lado de toda esta mierda y que deje de joderme la vida. Me tiene a mí, que deje todo lo demás. Si quiere guerra, que se enfrente conmigo.
- Él no la va a enfrentar. Ni siquiera sabemos quién es.
- Tú no sabes quién es. Yo... Yo creo que sí.
- Él hace silencio.
- Y prosigo:
- Lo buscaré y haré lo posible por joderlo.
- No permitiré que salga de esta casa bajo ningún concepto. Por favor, no haga las cosas más

difíciles.

—No, Malcolm. El que se está equivocando eres tú. Existen mil maneras de encontrarse con El Virus. Y él ha establecido una para que nos veamos directamente.

—¿Cómo...?

—Él está aquí. En esta casa.

De pronto Malcolm se pone de pie y busca el arma.

—No de ese modo —le explico—. El Virus está ahora mismo... sobre la mesa del comedor.

#093

#SANTIFICADO

Acercarme al casco guardado en la caja sobre la mesa podría equivaler a subir hasta el sexto piso del edificio de Nick y saltar por la ventana.

Un pequeño acercamiento a la verdad podría implicar el mayor de los desastres. Las opciones, una a una, se fueron recortando en el mapa de lo posible. Nick ya no está. Yo me fui. Porque él me abandonó en cuanto decidió hacerme daño, pese a que se lo pedí. Creí que podía protegerme pero no era cierto.

Las cosas deberían haber seguido un curso sensato, enamorarme de un hombre que me convenga, alguien como Serge, quizás, pero no, tuve que fijarme en Nick. Y las cosas podrían haber ido muchísimo mejor, de no haber sido por un imbécil que se cruzó en el camino para declarar una guerra.

Aún pienso en su sonrisa. En esos ojos azules que nunca volverán a mirarme del mismo modo. En sus manos firmes. En su semblante enigmático, imposible de descifrar.

Sus secretos. Sus mentiras. Sus juegos. Su perversión. Mi destrucción.

¿Se puede extrañar a alguien que te hizo tanto daño? A un hombre que no terminaste de conocer, pero que conoce hasta el último detalle de tu persona. ¿Me extrañará cuando ya no esté a su lado? ¿Querrá volver a verme por la mañana? Desconfié de él, sin embargo, debía haberlo descartado en tanto opción. Es el lado oscuro de la luna.

Una oscuridad en la que apenas pude adentrarme y darme cuenta el horror que hay dentro. Lo que no sé es si en verdad no querría volver jamás. Volver a él aunque salga dañada en el intento. Es justamente aquello contra lo que no he podido cortar en este último tiempo.

«Tú también me caes mal.»

Él sabía que nunca lo había soportado, aun cuando me tomó en sus manos por primera vez y nos besamos como dos personas sedientas en busca de la última gota de agua.

«¡Nat, vuelve!»

Lo siento, Nick.

«No te vayas, por favor...»

Debo hacerlo. Asumí el compromiso de descubrir y detener a quien está tras todo esto.

«No te marches, Nat. Si quieres, ignórame a mí.»

Tomo el casco. Lo enciendo. La voz de Nick me sigue atormentando.

«No volveré a hablarte, no te saludaré en las mañanas, pero... te pido que no me abandones...»

Con lágrimas en los ojos me pongo finalmente el casco encendido, mientras los ojos de Malcolm están clavados en mi espalda. No se hace la más mínima idea de lo que está a punto de ocurrir.

La pantalla se enciende. De a poco, el escenario se va abriendo lugar frente a mí.

Una de mis canciones favoritas suena en un parlante lejano o en una radio que alguien olvidó apagar. Oh, vamos, tiene que ser una broma.

El Virus ha creado este escenario tan a medida que me deja impresionada. Hasta tuvo el detalle de indagar en las canciones que más reproduje últimamente en mis cuentas.

La voz de Bobi Adonov me llega tan seductora y ronca como siempre. Sabe que es mi cantante favorito, ¡un poco más y lograré conmovirme!

Lo ignoro y avanzo en el suelo pantanoso que se extiende en la pantalla diseñada a medida de mis ojos virtuales. Miro hacia abajo y encuentro que mis piernas están desnudas. Llevo puestas unas sandalias atadas a los tobillos. Más arriba solo porto un short de gabardina que deja la mitad de mis glúteos descubiertos. ¿Qué carajos le sucede...? Además, tengo puesto solo un sostén en mi torso con el estampado camuflado, típico de una militar porno a punto de salir a la guerra.

—¿Qué carajo crees que soy que me diseñas de esta manera, eh? —le grito a la oscuridad de la noche pixelada que se alza delante de mis ojos.

Pero no obtengo respuesta más que el sonido de un lobo a lo lejos. Santo cielo, ¿por qué no puede hacerlo simplemente más sencillo?

La respuesta llega de inmediato.

Porque soy parte de sus juegos.

—¿Dónde carajo te metiste? —insisto pisando las hojas y la hierba que cruje bajo mis pies.

Avanzo. Estoy cerca. Lo sé porque algo llama mi atención...

Un pasaje en el camino del bosque. La luz se ciñe sobre los troncos de los árboles formando rostros fantasmagóricos. Carajo. Alguien pasa corriendo detrás de uno. No es más que un destello verde a gran velocidad que reconozco de inmediato; lo cual confirma mis suposiciones de donde me encuentro.

—Agradezco el tiempo que te has tomado en cada detalle. ¿De qué se trata esta mierda de bosque? ¿Y esa música? ¿Intentas seducirme? Lo siento, no quisiera romper tu corazón, pero me gustan las personas de carne y hueso, no los virus informáticos, lamentablemente aún no soy robotfílica. Si es que el término «robot» pudiera describir tu inconsistencia material. O debería llamarme «softwarefílica», ¿no crees?

Alguien vuelve a pasar corriendo tras un árbol y doy un salto tras escucharlo. Carajo. No saldrá. No van a atacarme. Estoy en el escenario de mi juego de pelea favorito. Él lo sabe. Cómo demonios lo ha descubierto, no lo sé. Los personajes detrás son parte del paisaje, nunca han atacado a los contrincantes.

Pero aquí estamos.

Y si quiero que esta mierda siga y se termine, debo ponerme en posición.

—Bien, bien —le digo—, voy a ponerme de pie justo donde debo y mira... —Me inclino un poco, levantando las manos con los puños cerrados y haciéndome hacia adelante y atrás; lo cual es exactamente lo que estaba esperando para aparecerse.

La grava cruje bajo sus pisadas a medida que se va recortando su figura en una definición altísima. Se abre paso entre los árboles y el terreno empantanado. En esta noche ficticia no hay luna.

Lo ha vuelto a hacer: ha vuelto a valerse de mi imagen para diseñar la pista con sus personajes.

—Natalie.

Su voz es idéntica a la mía aunque mucho más decidida.

Tiene puesto exactamente el mismo atuendo que yo, aunque todo es de color morado intenso.

—Fíjate que tengo el honor de decir lo mismo —artículo con cierto odio—, Natalie Segunda.

Sigue caminando y se pone de pie justo a unos pasos de mí, donde se supone que debemos estar para que empiece el primer *round*.

—¿Así que me trajiste a pelear? —le digo.

—Yo no te traje. Tú viniste sola.

Carajo, no deja de intimidarme tener que hablar conmigo misma. ¿Cómo sería tener que golpearla? O golpearme. O el uso que deba hacerse de la primera o tercera persona...

—Vine porque tú dejaste ese casco en mi casa a fin de que nos comunicáramos. Sabías que volvería. Y tenías preparado este sitio para ese día.

—Eres tan inteligente, cariño.

—Métete tus adulaciones por el culo, idiota.

—Oh, vaya, estás enojada.

—¿No crees que tengo motivos de sobra para enfurecerme?

—Lo supuse. Por eso preparé el terreno para que te sientas cómoda en un lugar donde pelear.

Su cabello recogido en una trenza gruesa se mueve mientras habla. Gira la cabeza, lo cual me hace suponer que, quizás, se debe estar moviendo al otro lado, donde quiera que esté, en la cabina o en las sillas tras el casco. Algo hace que se mueva de esa manera. ¿Quizás tantas horas frente a la computadora le jodió el cuello?

—Hay que hacer ejercicio de vez en cuando —le digo—, más aún si te pasas horas frente a la PC.

—Tengo experiencia noqueando a mis contrincantes cuando se trata de videojuegos, Hale. De todas formas te lo agradezco. Me alegra saber que te preocupas por mí, cariño. Iré al médico. ¿O quieres ser tu quien me atienda? No podrías negarte y ni siquiera sabrías si el mismísimo Virus es quien esté metido en tu despacho para que le cures los dolores de cuello.

—Claro. Estaré encantada de recibirte en mi consultorio. En primer lugar, te meteré una aguja con anestesia y cuando despiertes, estarás tras una celda y con un testículo mutilado por haberme ultrajado.

—¿Ultrajado? Creo que te estás equivocando, bebé.

—Sí. No te sigas esforzando. Ya sé quién carajos eres y he estado esperando mucho tiempo poder darte una paliza, imbécil. ¿Por qué mejor no te acercas y me pones a prueba?

#094

#ELVIRUS

—¿Anthony? Oh, lo siento. Yo tengo otros atributos de belleza y me gusta tratar a las chicas de otro modo.

—No, hijo de puta. Ya sé que no eres Anthony. Ese jamás tuvo ningún talento salvo para manipular a chicas inofensivas. Es una pena que hayas utilizado tu inteligencia para cosas estúpidas y planes conspirativos imposibles.

—¿Im... posibles? Nunca. Estoy logrando... cada uno de mis objetivos... Siempre los alcanzo.

—¿Por qué no cierras la boca? ¡Ah! Y si querías que nos encontrásemos en terreno de pelea, hubieses elegido otra pista, por una vez me hubiese gustado que te dieras un gusto y, así, corroborarías mis suposiciones. Me sorprende que hayas diseñado un escenario al detalle de mi videojuego favorito.

—No puede ser...

—Sí que puede. ¿Por qué no le pusiste espadas? Creí que al menos, si en algún momento querías pelear conmigo, tendrías listo un sable o una katana.

—Tú...

—Se terminó tu juego. Ya sé quién eres, y para que no me empeñe en encontrarte y cortarte la garganta tendrás que matarme antes... Samurái.

#095

#SOYTUESCLAVA

Tras soltar la última palabra, noto que mi corazón está sumamente acelerado. Es como si hubiese corrido una maratón para luego volver al mismo punto de regreso tras haber roto la cinta de Winner.

Aunque sé que esta mierda recién empieza.

Natalie Segunda se queda impactada, algo en su gesto parece haberse sorprendido demasiado y queda pasmada unos segundos. Podría valerme del momento para avanzar y darle algunos golpes, aunque no le estaría haciendo daño en la vida real tal como me gustaría.

—¡Te metiste en mi privacidad, difundiste un video de mi intimidad, me obligaste a compartir una puta *selfie*! ¡Estás a punto de joderme la carrera profesional y no tengo lugar donde ir sin sentir tu puta presencia encima de mí! ¡Eso, carajo, eso es ultrajar a una chica!

Mientras hablo, me voy acercando a ella, a mí, a él, o a lo que sea que esté delante de mí.

Su gesto parece decaer ante la cercanía y mis acusaciones. Se endereza con evidente molestia.

—Perdón —me suelta—. Per... dóname. En verdad. Yo... no quería que te sintieras así. Intenté que entendieras que de mi lado es donde tienes que estar. No te convienen todas esas personas con las que te has vinculado en este tiempo. Tienes que razonar.

—¿Razonar?! —No logro contenerme más y cierro una mano en su cuello. Tocarla se vuelve tan real que me impacta—. ¿Qué... carajos... está sucediendo?

Natalie Segunda sonrío con una malicia impropia en mí.

—Te pusiste el casco —señala—. Esta vez pude hacerle ciertas... mejoras, por decirlo de algún modo. He perfeccionado el dispositivo.

—¿Te metiste en mi casa?

—Encontré el modo de meterme en tu cabeza. Entrar en tu casa nunca supuso un inconveniente para mí.

Cierro con fuerza mi mano en su cuello e intenta hacer ceder mis dedos con los suyos, aunque es inútil.

—Dime qué carajo hiciste conmigo. Dime qué mierda está pasando, Samurái. ¿Por qué te estás quedando sin aire ahora? Tu corazón latiendo... mi corazón... en ese cuello... Todo es tan jodidamente real.

—Te... estás... matando —murmura.

Y abro grande los ojos hasta soltarla.

Ella cae al suelo.

—¿Dime qué carajo pasa!

Me toco los brazos. Me pellizco. Me arde. Todo es tan... ¡Mierda!

—Te pusiste el casco y caíste dormida —explica—, ¿a que no soy un genio? El mecanismo es exactamente el mismo por el cual se rigen los sueños. Cuando duermes, hay conexiones sinápticas que provocan que vivas en presente y todos tus sentidos estén alerta. Distinto a una simple proyección de realidad virtual.

—¿Entonces estoy... dormida?

—Y plenamente consciente. Freud me amaría.

—Un momento —Por muy asombroso que esto pueda parecer, definitivamente no lo hizo con motivos lúdicos y de que una marca le pague por semejante hallazgo—, ¿vas a difundir cascos a todo el mundo y te meterás en sus cabezas para obligarlos a matarse entre ellos?

—¿Qué?! ¡No! Por muy seductora que suene la idea, no tendría los medios para masificar el dispositivo.

—¿Entonces cuál es el secreto de todo esto?

—Aunque —prosigue—, debo admitir que he considerado la idea. Sobre todo, empezando por el doctor Jefferson. Aún no he aprendido cómo hacer para que esas conexiones sinápticas muevan un brazo, te obliguen a tomar un cuchillo y te lo entierres en la garganta, pero estoy trabajando en ello.

El hecho de que haya mencionado a Nick en esos términos me pone furiosa y me alzo encima de ella para obligarla a que cierre la boca.

—¡No te atrevas a hacerle nada! —le grito, y esta vez le doy un puñetazo.

Ella muestra una sonrisa lobuna, me toma por los brazos y clava sus uñas tan fuerte que me hace sangrar.

—¡Aaay!

—Hazte a un lado, perra.

Retrocedo cuando sus manos siguen subiendo y se clavan en mi cuello. Aún no puedo creer que pueda sangrar y sentirme lastimada dentro de un puto juego de... realidad virtual.

—Todo héroe de videojuego tiene su arma —decreta y noto el modo en que sus uñas crecen en garras afiladas y brillantes—. Tú tienes la una opción de elegir una —señala.

—¿Y cómo? ¿También haces magia?

—No. He dispuesto un inventario de elementos que puedes encontrar tras los árboles. Escorpio te lo traerá.

Escorpio es uno de los personajes que corre de un lado a otro entre la oscuridad de los personajes.

—Vamos, Natalie. Tienes que pelear —insiste.

—En ese caso... Quiero una ballesta. Con municiones.

Ella levanta una ceja, juzgando mi decisión.

—¿Es una broma?

—No. Tráeme mi puta ballesta.

Me giro a Escorpio y en segundos aparece corriendo. Me entrega la ballesta. Lo miro y quedo un poco pasmada por tenerlo frente a mí.

Hasta que me espabilo al sentir varios cortes en simultáneo abriéndome la piel de un lado del rostro.

—¡Pelea, perra!

La miro y paso mi mano por la herida. Tengo sangre. Me observo la mano y noto que en verdad arde. Corro para escudarme en alguno de los árboles, aunque no puedo hacerlo.

—¿Desde cuándo puedes hacer participar del escenario aquello que está alrededor? —me suelta.

—Carajo.

Ella se acerca corriendo hasta mí y levanto la ballesta. Intento darle pero es imposible. La esquiva. Es demasiado rápida.

—¡Tú me rechazaste! —grita y clava las uñas en mi tobillo. Me arrastra por la grava mientras entierra sus uñas de una manera que me hace aullar del dolor.

Intento apuntarle con la ballesta pero la flecha se clava en el árbol.

—¡Me diste el derecho a escoger un arma! —le grito.

—Sí, pero no a conservarla.

Sigue clavando sus uñas, subiendo por mi cuerpo.

—¡¡Basta!! —le ruego ante semejante tortura.

Sus uñas se van enterrando en mis piernas, de modo que solo mis huesos la detienen.

—¿Qué me darás a cambio de que me detenga? —dice.

—Esto.

Y le sacudo una patada en el rostro, obligándola a retroceder.

Me arrastro en busca de una de las flechas.

Cuando está demasiado cerca, me escudo con la flecha y se la clavo en una mano.

—¡Ay, carajo! —suelta y le entierro aún más la flecha atravesando su mano.

—Si gano esta mierda —le digo—, ¿me dejarás en paz?

—¡Aquí yo soy quien pone las reglas!

Le retuerzo la flecha en su mano mientras sujeto su brazo libre con el que intenta defenderse.

—Pero eso no quita que igual pueda hacerte sufrir. Tus reglas hacen que ambas podamos sentir el dolor de esta mierda. Ahora te lo haré pagar.

—Yo... no... estaría tan segura de eso.

—¿A qué te refieres?

Entonces escucho unos pasos corriendo a enorme velocidad desde mi izquierda.

Y lo último que observo con claridad es el puñetazo de Mileena.

#096

#COLAPSO

Abro los ojos lentamente. No sabía que se pudiese perder la consciencia dentro de un sueño. Mucho menos por un golpe que proviene de un personaje de videojuegos que debería estar corriendo alrededor sin poder salir de su margen, tal cual está programada. O debiera estarlo.

Escorpio me tiene sujeta por las manos. Su pierna contra mi espalda me obliga a mantenerme sentada. Mileena tiene sujetos mis pies. La fuerza de estos personajes nunca superaría a la de una simple humana infiltrada en un combate mortal. Tengo la vista hacia abajo y lo primero que distingo es mi pecho manchado con sangre.

—Te ves adorable, Pastelito.

Escucharla dirigirse a mí de esa manera me provoca repulsión. Voy tratando de aclarar mi mirada hasta discernir que el escenario ha cambiado. Estamos sobre un pasillo con suelo de piedra. Hace un calor infernal. Alrededor de la pasarela hay enormes columnas de fuego que se alzan. Y delante de mí, un trono con forma de dragón montado por una chica, una versión físicamente parecida a mí. Pero que no soy yo.

—Te he derrotado, Pastelito —señala—. Pero ello no quita que seas una persona sumamente inteligente. Cuando te quedas sin más opciones en la guerra y hay que atacar, debes acceder a los cinco modos de ataque por el fuego, ¿verdad?

—Eres...

—Oh, vamos, ¿no te has agotado ya de decirle a la gente lo que se supone que es? En este momento te estoy perdonando la vida, pero me respondes con insultos y puñetazos; llevo dándote oportunidades desde hace tiempo. Y ¿sabes una cosa? Me estás hartando, ya.

—No haré lo que sea que quieras que haga. Yo no soy como tú y nunca lo seré.

—¿Que soy qué? ¿Porque me metí en tu privacidad y te expuse? Lamento decirte que tú también lo has hecho y más de una vez. Jodiste a más de una persona con esas extrañas aficiones que tienes. Inclusive jodiste a Nicholas Jefferson, tu amorcito. Que, de hecho, era lo que querías. Si nunca nos hubieses pedido ayuda para buscar algún recoveco oscuro en su historia, nada de esto estaría sucediendo ahora.

—Tú jodiste las cosas. Solo les pedí que me dieran información y punto. Les pedí ayuda y tú te abusaste de ello.

—Verás que tu pedido coincidió con un objetivo que venía persiguiendo desde hacía tiempo. Una vez que tuve Dirty en mis manos, indagué todo sobre la empresa. El inconveniente es que, con el tiempo, te das cuenta de que no sirve eliminar a los que hacen el mal sino que estás siendo inmensamente justo en asesinar almas inocentes. No se merecen el caos de este mundo.

—¿No te das cuenta de lo retorcido que eres?

—No tanto, Pastelito. Solo pienso un poco distinto a los demás. Desde pequeño me molestaba lo terriblemente mundanos que eran mis compañeritos para hablar, para moverse, para relacionarse con los demás y en su comportamiento en general, yo nunca quise ser como ellos. Siempre supe que estaba destinado a algo más. Por eso mismo es que en este momento puedo estar sentado en este bonito trono mientras tengo a la chica de mis sueños de rodillas delante de mí.

—¿La chica de tus sueños? ¿Por qué mejor no me matas y terminas con esto? Si luego de ese golpe no he despertado, es porque evidentemente estoy conectada a esta mierda y saldré cuando tú lo quieras, ¿no?

—Ay, Pastelito... Me recuerdas todo el tiempo por qué es que te amo. Por qué te elegí a ti y no a otra.

—Tú no podrías haber elegido a nadie. Y seguramente nadie te eligió a ti, demonios, seguramente das asco.

—Estás equivocada, cielito. Si no me muestro en público es porque ningún puto humano es digno de ver la obra maestra que he hecho conmigo mismo. Me estoy reservando para una sola persona... que debiera ser más bien como yo.

—¡Tú eres una persona, deja de decir que no!

—Es probable que en algún momento lo haya sido.

Acto seguido se pone de pie y empieza a caminar hasta mí. Poco a poco, su cuerpo se va pixelando aunque no deja de ser Natalie Segunda.

—Te mostraré quien soy... pero eso sucederá una vez que me haya ganado tu confianza. Quiero que seas toda mía y que prestes tu voluntad a lo que podríamos hacer los dos. Después de todo, soy un caballero.

—Nunc...

¿Un caballero?

—No te apresures en dar tu respuesta. Eres muy inteligente, pero no lo suficiente como para haberlo descubierto por ti misma. Solita. Esperé que lo hicieras pero no fue así.

—¿A qué te refieres?

—Pastelito... —Natalie Segunda se coloca de rodillas delante de mí. Sus manos tocan mi rostro e intento soltarme. Está demasiado cerca. Pese a que soy yo misma, me da asco saber que está detrás de esos ojos—. Tienes que ser mía... Aunque no lo sepas, yo a ti te amo. Te amo desde antes de conocer tu identidad. Y eres tan dulce y tierna y deliciosa.

—¡Apártate de mí!

—Déjate llevar, Pastelito.

—No... te...

—Si me haces daño, Escorpio te arrancará la cabeza. Olvidé mencionar que si mueres en el juego, no podrás desconectarte jamás. Estarás en un sueño profundo para siempre. Muerta en un sueño, literalmente.

Mí corazón da un vuelco.

Por mucho que intente que eso no tenga coherencia, que no esté en lo cierto, tiene razón. El dispositivo que ha creado tiene una lógica tal que el cerebro debe quedar preso del casco hasta que el programador lo decida desde el exterior del escenario. Desde el mundo real.

—¿Y bien? —insiste—. ¿Aceptarás formar parte de mi equipo? Te elegí a ti, Pastelito... Yo te amo...

Y sus labios impactan contra los míos.

#097

#GAMEOVER

El beso es asqueroso y sumamente impactante. Mi corazón se acelera, noto que va más allá de la simple simulación que este juego pueda mostrarme.

Es la primera vez que beso a una chica, me tiene inmovilizada, amenazada, no puedo hacerle daño. Mete su lengua en mi boca, mete mi propia lengua en mi boca, son mis labios los que están ahora mismo contra los míos. Una de sus manos rodea mi cuello y me atrae aún con mayor fuerza a su boca que me besa con avidez. Sus tetas se presionan contra las mías mientras una de sus manos me toca el abdomen y baja hasta el botón de mi pantalón. De pronto aparto el rostro del suyo con un gesto de asco.

—¿Qué sucedió, Pastelito? —me provoca—. Ya sabes lo que pasa si no me haces caso. Ah, y se me olvidaba... Cuando te dije que hay cinco modos de atacar por el fuego, yo tengo mis propios métodos: prender fuego a tu madre, prender fuego a la casa con Malcolm y contigo dentro, prender fuego a tu hermana y, por último, hacer volar en pedazos la casita de Nicholas Jefferson. Tú decides. Eso aceleraría mis planes, aunque me divertiría menos.

Me quedo helada, quieta.

Natalie Segunda sonríe y vuelve a atraerme a sus labios. Me besa con fuerza, saborea con su lengua en mi boca. Sus uñas ya no están por lo que su tacto se vuelve suave sobre mi abdomen desnudo. Y vuelve al punto donde fue antes. Desprende el botón de mi pantalón e ingresa sus dedos. Acaricia y presiona con suavidad mi pubis. En esta realidad no está el dolor, ni hay heridas o consecuencias de la lujuria de Nick. El Virus acaricia hasta encontrar lo que busca. Acaricia con la punta de sus dedos mi entrepierna y toma mi clítoris con dos de sus dedos. Lo acaricia, lo presiona, mientras no deja de besarme.

Primero un dedo, luego otro.

—Estás... húmeda —dice—. Y tienes esa belleza —me presiona el clítoris—, jugosa y tierna.

No respondo.

Presiono la mandíbula para contener las ganas de morderle el rostro y arrancarle un pedazo de piel.

—No te sientas obligada a contestar, lo estás haciendo excelente.

Y vuelve a besarme mientras ingresa su dedo y lo saca. El segundo acaricia también y dibuja círculos en mi vagina.

Ni hombre...

Penetra. Ingresas otro dedo. Me duele.

Ni mujer...

Se mete dentro de mí con fuerza.

Ni uno...

Otra vez.

Ni varios...

Y otra.

Y otra.

Y otra.

—¡Un *cyborg*!

Carajo.

Me aparto de golpe de él y me encuentro con su gesto de disgusto.

—Ya sé lo que eres, mierda, ¡cómo no me di cuenta! ¡Eres un jodido *cyborg*! Pero te refieres a lo de «un caballero» porque naciste hombre, ¿verdad?

Me mira y saca su mano de mi entrepierna.

—Eres perfecta para romper con momentos deliciosos. —Se aparta, aunque no se incorpora. La distancia entre su rostro y el mío sigue siendo de menos de un metro.

—Pero estoy en lo cierto. Debes darme crédito por ello. Eres Samurái. Eres un *cyborg*. Fuiste hombre. No estás del todo contento con tu aspecto, por eso no te gusta que la gente te vea. Y sobre todas las cosas, eres un cerdo asqueroso al que le gusta abusar de chicas y masturbarse viendo escenas lésbicas.

Me observa pero no dice nada.

Un *cyborg* es una persona que no está en acuerdo del todo con su situación de humana y decide incorporar partes a su cuerpo y reemplazar otras por partes de robots, dispositivos cibernéticos, microchips; el objetivo es mejorar las limitaciones humanas.

Lo he atrapado.

No hay muchos *cyborgs* en el mundo. Será fácil localizarlo.

Así que lo sigo provocando:

—Quizás... tengas razón —le digo dejando entrever la desesperación en mi voz—. No te conoceré en persona. Ni sabré tu nombre verdadero. Pero he descubierto tu perfil, sé hasta la más profunda de tus intimidades y no podrás contra eso. Sé cómo encontrarte si llego a salir de aquí.

—Exacto, Pastelito. Hubo algo que salió de mis planes y no lo pude controlar. Estaba todo milimétricamente pensado hasta que empezaste a dar pelea y me fuiste arrinconando.

Una sonrisa se va marcando en su rostro evidenciando su locura.

—¿Qué querías compensar con ese... dispositivo que has generado... en ti mismo? —le digo esta vez con genuino interés.

—Eres una chica inteligente —declara. Poco a poco se va acercando a una verdad que no me siento del todo preparada para escuchar...—. No quiero ponerme melodramático pero esa parte nueva de mí que he creado ha sido para ayudar a otros. Soy un activista. Soy una persona que sostiene su ética sin discriminar ni hacer daño a nadie.

Sus ojos, mis ojos, se llenan de lágrimas mientras relata y mi corazón se queda helado:

—Me hicieron mucho daño. Era muy pequeño cuando mi papá me azotaba con el cinturón porque me gustaba usar faldas pese a que me obligaba a ser como los demás varones. Él también tenía sus gustos fuera de lo común, pero nunca se los critiqué.

—Ay, no. —Me llevo una mano a la boca.

—Nací varón. A veces fui una niña. Papá me azotaba. A mamá le gustaba tocarme. Yo era su princesita, un juguete preciado. Siempre me sentí bella a su lado. El problema es que los demás no entendían y me criticaban por ser a veces una y otras veces, otra. —Hace una pausa—. Tuve desde siempre una conexión particular con las computadoras. Dedicué mi vida a amarlas y ser como ellas. Una computadora puede ser exactamente lo que quiere ser y nadie le jode su sistema operativo. Ahora lo que he hecho contigo y conmigo ha sido corregir cualquier límite que te pueda imponer la vida. Siempre amé las computadoras porque... yo me siento una. Y esto va mucho más allá de un fetiche. Tú no lo entenderías. No entenderías mi *hardware* ni mi *software* porque ahora eres una simple mundana. Pero podrías seguir creciendo a mi lado. Solo ayúdame a destruir a

todos esos perversos que intentan joderles la vida a personas indefensas.

—¿Cómo es posible que te hayas metido algo para ser un... *software*?

—Insertando un *hardware*, por supuesto. Ahora tengo un sistema operativo en mi cerebro para poder entender mejor a las máquinas. Ser más... sensible a ellas.

—¿Có... cómo es que... te... lo inser... taste?

—Me operó un médico amigo de la familia. Soy mucho más que un *cyborg*, estoy por encima de cualquier especie, Natalie. Entiende mis cualidades, estoy segura de que podrías hacerlo porque tú también eres especial. Siempre tuviste un talento nato para las máquinas.

—Yo no...

—A ti te pasaron cosas terribles. Te jodieron la vida. Y eso podría haber arruinado tu talento, pero no. No lo lograron. Puedes seguir creciendo. Solo debes estar del lado del *software* correcto.

—¡Carajo, no...! ¡A tu lado jamás!

—¿Por qué? ¿Porque tu corazón es de Jefferson?

Me quedo mirándolo en silencio.

Me siento perdida y al borde de la locura. Pensar en él, pensar en que algún día lo volveré a ver me arma de valor.

Lo amo.

Lo amo y... si muero... no habré tenido tiempo de decirle lo que siento. De despedirme de mamá. De abrazar a mi hermana. De disculparme con Malcolm. De cederle parte de mi dinero a Sophia para que no tenga que rogar nunca más por quinientas libras.

—Aún no lo conoces, Nat —insiste—. Quizás no sea lo que te convenga, pero podrías intentarlo. De lo que estoy segura es de que ese pornógrafo no te conviene. Tú estás... para mucho más que... eso... A ti te prostituyeron. Y él junto a sus amigos sostienen ese negocio.

Las palabras cruzan por mi cabeza y cada vez me siento más gélida. Pese a que las llamas del infierno arden a nuestro alrededor.

—Tú... no tienes idea lo que es que... —empiezo. Pero lo pienso varias veces.

—¿Qué sucede?

Las palabras de Jeill resuenan en mi cabeza.

Si los está persiguiendo es porque encontró algo terrible.

Mi corazón se pulveriza y lo miro a los ojos. Mis ojos. Esos donde yo no soy.

Debo avanzar aunque deje mi alma en el camino.

—¿Qué... encontraste sobre... Dirty? —le pregunto casi sin aliento.

—Ay, Nat. —Suspira—. En verdad, creí que lo encontrarías por ti misma. No quería ser yo la que te rompiera el corazón.

—Dilo. Dilo de una puta vez.

—¿Conoces Little?

¿«Little»?

—N... No.

—Dirty ha fundado una empresa pornográfica en la Internet Sombría. Es un criadero de chicas. Compran los bebés antes de nacer y los implantan en mujeres encerradas en campos de concentración. Luego los filman. Puedes pagar millones por estar *online* en uno de sus cuartos. Hacen lo que tú les pidas. Si te gustan, los puedes comprar. A ellos o a sus órganos.

Mi cabeza empieza a atar cabos y solo quiero desaparecer.

Los bebés.

Cuerpos.

Los embriones.

Las madres.

El proyecto...

Cuerpos se trata de salvar embriones para venderlos a la industria del porno, el tráfico de personas y la venta ilegal de órganos.

—¿Nat? —insiste, buscándome los ojos.

Me siento terriblemente engañada y estúpida.

¿Es eso lo que Nick escondía en el quinto y sexto piso? ¿La verdadera información sobre el proyecto de Cuerpos? Yo estuve... intentando... darle vida a un bebé todo este tiempo. Un bebé que podría ser vendido a un pedófilo. ¿Es que ese futuro quería yo para él? ¡Mierda, mierda y más mierda!

—¿Sigues con la intención de salir corriendo de este sitio para buscarlo? —me pregunta, concluyente.

Y con el corazón en un puño le contesto:

—Estoy... contigo. Dame las pruebas. Muéstrame que ese lugar existe... Y me implantaré lo que haga falta para destruir a Jefferson. Seré como tú.

AGRADECIMIENTOS

A Liliana Alaniz, por el apoyo inquebrantable.

A Darío Galante, por su conferencia Humanidad 2.0 y compartir su enorme saber.

A Liliana Bodoc, por un almuerzo contingente que nos encontró. Y por los demás encuentros.

Al nuevo público, los lectores adultos, que me ha alojado.

A mi abuelo, en su memoria.

A mi abuela, por seguir a mi lado.

A esos momentos terribles que atravesaron estas páginas.

A los que están desde siempre y crecen junto a mí.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

